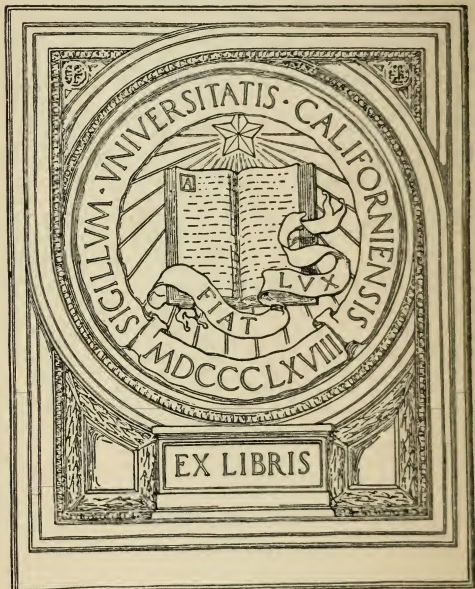


LOPE DE VEGA

POEMAS

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
AT LOS ANGELES



EX LIBRIS



1850
1851
1852
1853
1854
1855
1856
1857
1858
1859
1860
1861
1862
1863
1864
1865
1866
1867
1868
1869
1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900
1901
1902
1903
1904
1905
1906
1907
1908
1909
1910
1911
1912
1913
1914
1915
1916
1917
1918
1919
1920
1921
1922
1923
1924
1925
1926
1927
1928
1929
1930
1931
1932
1933
1934
1935
1936
1937
1938
1939
1940
1941
1942
1943
1944
1945
1946
1947
1948
1949
1950
1951
1952
1953
1954
1955
1956
1957
1958
1959
1960
1961
1962
1963
1964
1965
1966
1967
1968
1969
1970
1971
1972
1973
1974
1975
1976
1977
1978
1979
1980
1981
1982
1983
1984
1985
1986
1987
1988
1989
1990
1991
1992
1993
1994
1995
1996
1997
1998
1999
2000

marco

OBRAS DE LOPE DE VEGA



LOPE DE VEGA

POEMAS

EL ISIDRO :: LA FILOMENA
LA ANDRÓMEDA
LA CIRCE :: LA ROSA BLANCA
LA GATOMAQUIA



PROLOGO, EDICION Y NOTAS
CRITICAS Y BIBLIOGRAFICAS
DE
L U I S G U A R N E R

Es propiedad de la
Editorial Bergua.

Queda registrado y
hecho el depósito que
marca la ley.

Impreso en España

Printed in Spain

PQ
6455
A3
1935a

SPANISH

EL ISIDRO

DEC 31 1935

GARCIA
RICO

242292

EL ISIDRO

(Madrid, 1599)

Es éste uno de los poemas más característicos de Lope, en el que se manifiesta más que en cualquier otro el espíritu genuino de poeta popular.

De un pasaje de La Filomena (1621) se deduce que el Fénix compuso su Isidro antes que La Dragonteá, lo que nos da la certeza de que es aquél su primer poema escrito, si no el primeramente publicado. Lograda esta cronología, se puede precisar que—escrito entre 1596 o principios del 97—es el tránsito de la forma popular de los romances de Lope al poema culto, y, por consiguiente, en él se manifiestan elementos de las dos tendencias: la popular y la culta.

Toma Lope para su poema un asunto religioso y popular, y para desarrollarlo busca la forma, popular también, de los versos cortos, tradicionalmente españoles; para nada se acuerda de los mitos greco-latinos que el Renacimiento había puesto en moda, ni usa tampoco los versos renacentistas ni la octava real: tan sólo en algunos detalles de erudición se advierte el poeta culto.

En noviembre de 1696 se sabe que Fray Domingo de Mendoza proporcionó a Lope copia de algunos documentos que habían de servir para la beatificación del bienaventurado Isidro; Lope, estudiando estos documentos, pensó en hacer un poema a modo de romancero, en el que se cantase la vida y prodigios del Patrón de Madrid. En ello trabajó con fe y ahinco hasta que, a principios de 1599, salió a luz este característico poema religioso-popu-

lar del Fénix, que, viniendo a ser de transición en su obra poética, es una síntesis del arte de Lope, que siempre tiene raíces en el pueblo y su tradición, aunque las ramas de sus versos se eleven a veces al cielo de la poesía más culta y académica.

Es uno de los poemas más extensos de Lope, que, identificado con el pueblo de Madrid, supo dar a su obra la voz popular más característica, movida por la acendrada devoción al santo madrileño, al que, tiempo después, había de consagrar otras obras poéticas y dramáticas, y hasta organizar en las fiestas de su beatificación un certamen poético, del que Lope fué el mantenedor, y, luego, el cronista de las fiestas a la canonización de Isidro dedicadas.

Consta este poema de diez cantos, escritos en fáciles y vibrantes quintillas de carácter popular, no obstante lo cual resultan a veces un poco oscuras para el lector moderno.

En opinión de Rennert, hizo Lope en esta obra un alarde de poesía popular española, si bien—tendencia a lo culto—en algunos pasajes no puede prescindir el poeta de una cierta erudición que, si le acerca al poema erudito, le aparta, desgraciadamente, de la espontaneidad popular, que es su mayor encanto. De haberse decidido a suprimir todo el fárrago culto, hubiese sido este poema isidrano un verdadero romancero de la vida del Santo madrileño. En el poema hay muy marcados aspectos de romancero popular, así como escenas de comedia de santos y hasta de auto sacramental.

No faltan tampoco los elementos del poema culto; cierto aparato épico fantástico, con intervención de fuerzas de la naturaleza y fuerzas extraordinarias: la Envidia, que sale del infierno; los ángeles, que acompañan al Santo en sus viajes y le instruyen en los misterios de la Religión y otras ficciones, como la romería a Tierra Santa en visión mística, todo lo cual alterna con la vida sencilla y hasta vulgar del Santo, igual a la de cualquier labrador castellano del siglo XVI.

Sobre estas características de poema culto, sobresalen siempre las populares, que son las que hoy pueden inte-

resar, y que por su viveza y color localista parecen, más que cantos de un poema, fragmentos de un romancero popular, como, por ejemplo, aquel en que se compara a Isidro de Madrid, el labrador, con San Isidoro de Sevilla, el sabio.

Este aspecto popular, sobreponiéndose al culto, lo anula, hasta el punto que un crítico moderno—Vossler—no le considera como poema épico, en sentido estricto, ya que en él no puede ver más que el elemento popular, vivo y vibrante, que arrastra como peso muerto el farrago de la erudición culta. A ningún lector moderno interesa el poema erudito, ya que en esta obra del Fénix sólo verá el aspecto popular en toda su lozanía y frescura, donde vive el pueblo español del XVI, siempre preferible a los extensos y engolados poemas eruditos de imitación italianista, que ahogan en retórica la clara vena de la genuina inspiración popular de Lope.

Entendiéndolo así nosotros, y ante la imposibilidad de reproducir íntegro—por razón de espacio—el poema, damos a continuación tan sólo aquellos fragmentos populares más característicos de El Isidro, si bien conservamos los epígrafes de cada canto, que servirán para orientar al lector en el desarrollo de todo el poema.

BIBLIOGRAFIA

Isidro, poema castellano de Lope de Vega Carpio, secretario del marqués de Sarriá. En que se describe la vida del bienaventurado Isidro, labrador de Madrid, y su Patrón divino...—Por Luis Sánchez. Madrid, 1599.

Se ha dicho que había una edición anterior, más no se ha comprobado con ejemplar ninguno a la vista.

En Madrid, nuevas ediciones en 1602 y 1603, por Pedro Madrival.

En Alcalá, otra en 1607, por Juan Gracián.

En Barcelona, otra en 1608, por Honofre Anglada.

En Madrid, otra en 1613, por Alonso Martín.

En Madrid, otras en 1632 y 1638, por la Imprenta Real, y a costa de Alonso Pérez.

En 1746 se hizo una edición contrahecha en Madrid, con fecha de 1599, simulando ser la *princeps*.

En la edición de las *Obras sueltas* de Lope, publicada por Sancha en Madrid, se incluye este poema en el tomo XI, págs. xi-xxx y 1-336. En 1777.

En Madrid se hizo una edición en 1843, en la Imprenta de la Unión Comercial.

En la «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneira, y en el tomo XXXVIII, seleccionado por Cayetano Rosell, se reproducen algunos fragmentos de *El Isidro*.

En Madrid, el año 1918, el editor Jiménez Fraud publicó en su colección «Jardinillos» una selección de fragmentos populares de este poema, hecha por Américo Castro.

En el corriente año 1935, y como homenaje a Lope en su tricentenario, se ha hecho una reproducción en fac-símil, por iniciativa del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de San Isidro, de Madrid.

CANTO PRIMERO

Isidro nace, y se cría virtuosamente. Sus padres mueren, y los labradores vecinos tratan de casarle.

Los labradores, atentos
a su bondad singular,
donde se solían juntar,
tratábanle casamientos
de lo mejor del lugar.

.....
Tal de ellos dijo : «Advertid
que la moza honesta sea,
ni muy linda ni muy fea,
y natural de Madrid,
que es lo que ISIDRO desea.

»Dadle una mujer prudente,
que su hacienda y vida aumente ;
no de mala condición,
que es afrenta del varón
la mujer inobediente.»

Cuál le da sus olivares,
y dice al rudo Senado
que mancebo tan honrado,
en tierra de Manzanares
no ha puesto planta ni arado.

Cuál le da hermana o sobrina :
ya es Teodora, y ya Rufina,
Brígida, Teresa y Ana,
Pascuala, Isabel y Juana,
Paula, Antonia y Catalina.

Discurrióse larga pieza ;
 pero, en fin, el mismo día
 cupo a ISIDRO una MARÍA,
 MARÍA DE LA CABEZA,
 que este título tenía.

.....
 Fueron a vistas los dos,
 y fué aquello suficiente,
 que cada cual se contente ;
 porque lo que está de Dios,
 se ejecuta fácilmente.

Y no quitándole el sueño
 el dote grande o pequeño,
 el mancebo ISIDRO un día,
 para tomar compañía,
 pidió licencia a su dueño.

CANTO SEGUNDO

Isidro se casa y acomoda su pobre hacienda. Prosigue su oración como solía. Baja la Envidia al infierno, de donde aconsejada sale a incitar a los labradores que le pongan mal con su dueño.

Salió Isidro acompañado,
 muy humilde y mesurado,
 mirando su serafín ;
 y aunque de pardillo, en fin
 limpio, justo y aseado.

Su jubón blanco de lino,
 su capote de dos haldas,
 con capilla a las espaldas,
 que hacía el rostro divino
 de rubíes y esmeraldas.

De paño abierto el gregüesco,
 no, como ahora, tudesco,

con tan nuevas invenciones,
mas con pliegues y cordones,
más acomodado y fresco.

Capa parda de capilla
redonda, conforme al trato,
nueva polaina y zapato
delgado para la villa,
no tan durable y barato.

Sombrero de falda grande,
sobre quien el cordón ande
y con borlas negras cuelgue,
que el cuello a veces se huelgue
de que por él se desmande.

La camisa presentada,
más que otras veces sencilla,
pequeña la lechuguilla,
pero de asiento colchada,
y a la fe con su vainilla.

Pues la novia yo no sé
cómo pintarla podré,
si no es que como Timantes
la cubra a los circunstantes,
porque la entiendan por fe.

No era de jazmín su frente,
ni eran del sol sus cabellos,
ni estrellas sus ojos bellos ;
que otra luz más excelente
puso la vergüenza en ellos.

De retratarla me excuso,
aunque ánimo me puso
Dídimo, que sin ser buena,
de la hermosura de Helena
doscientos libros compuso.

No era su boca grana ;
que la que el pecho vestía,
y aun los corales vencía,
y de quien de filigrana
patena y agnus pendía.

Era un fénix de hermosura,
y víase el alma pura

por su rostro celestial,
como si por un cristal
se viese alguna pintura.

Sayuelo de grana y saya
de una blanca cotonía
la santa novia traía,
cofia que con pinos gaya,
y con blanca argentería ;
manto fino de velarte,
puesto en los hombros de arte,
que la cabeza descubre,
aunque del cabello cubre
por la espalda la más parte.

No fué el vestido su gloria,
ni su cabello enrizó
con soberbia o le curó
para tanta vanagloria,
que en el dolor lo pagó.

Blancas tocas, limpios mantos
nunca dan cuidados tantos,
sino el costoso vestido
y el afeite, reprehendido
de profetas y de santos.

De esta suerte humildemente
los dos volvieron casados,
donde los nuevos cuidados
pasaron alegremente
del matrimonio causados.

Benditos del sacerdote,
sin que el vecino los note,
pusieron su pobre cama,
y las alhajas que llama
Castilla ajuar del dote.

Lo que cuelgan advertid
para abrigo y para honor,
cuatro sargas de labor
con la historia de David ;
David, que era al fin pastor.

Allí el membrudo gigante,
sin proporción semejante,

mal o bien de sí le arriedra,
pero él le esconde la piedra
en la cabeza arrogante.

No eran de pincel moderno
del Basán o del Ticiano ;
eran para un hombre llano
paños de Francia en invierno
y damascos en verano.

Mesa pobre y pobres sillas
sin espalda, y de costillas,
su vasar limpio y bizarro,
más seguro, aunque de barro,
que las doradas vajillas.

¡ Dichoso el que come en él
tasado y pobre sustento
con salud, gusto y contento,
sin envidiar el dosel
del regalado avariento !

Que el espíritu domando,
sediento de gloria y mando,
mejor reina la razón,
que con hinchada elación
la Libia a Cádiz juntando.

El alma adornan los dos,
y las paredes así ;
que al hombre, aun viviendo aquí,
tanto más le dará Dios
cuanto él más se niegue a sí.

Este dote, en fin, traía
al buen Isidro María,
y el dote más principal,
que es la virtud paternal,
que tales costumbres cría.

A trabajar comenzaron :
él a su labranza vino,
y ella buscó lana y lino,
de que sus manos labraron
blanco lienzo y paño fino.

No hay por qué Isidro la riña,
que huso tomé o rueca ciña,

ratos ociosos y vanos,
 que del fruto de sus manos
 compró campo y plantó viña.

.....
 Aquella que de ser dueño
 de otra envidia en fin carece,
 que el bien ajeno enflaquece,
 la que da muerte al pequeño,
 y a sí misma el daño ofrece ;
 de tantas desdichas llena,
 que el bien y el mal la condena
 con sentimiento crüel ;

el mal porque gusta de él,
 y el bien porque la da pena ;
 aquella que siendo impuras
 las falsas luces que ofrece,
 al sol en esto parece,
 que alumbra partes oscuras,
 y las claras oscurece ;

la que dió premio tan vano
 al francés y al africano,
 la que enterró a Palamedes
 con la industria de Diomedes
 y del astuto greciano ;

ésta, pues, a quien dió Eva,
 sin saberlo, el pecho tierno,
 y Adán a Eva el gobierno,
 desde el centro de su cueva
 bajó al centro del infierno ;

paró las alas sin pluma
 ante el Can, que de gran suma
 de sierpes se adorna y toca,
 que de la trifauce boca
 comenzó a verter espuma.

No con el árbol de Juno
 segura entró por la puerta,
 roca del Cerbero abierta,
 que era espíritu importuno,
 y de tiniebla cubierta.

Ni a Ticio a risa movió,
ni el curso Ixión cesó
al mover de las clavijas,
ni la urna de las hijas
de Danao seca se vió.

Estaba allí cerca el luto,
y llena de amarillez
la enfermedad, la vejez,
el miedo, el llanto sin fruto
y la venganza soez.

La hambre, que siempre exhala
pestilencia, y que es tan mala
de persuadir mal ni bien ;
la necesidad, a quien
ninguna desdicha iguala.

El pariente de la muerte,
sueño ocioso, y el olvido,
el trabajo mal sufrido,
la guerra espantable y fuerte,
el rostro en sangre teñido.

Huye la armada quimera,
las Euménidas altera,
y sin pagar el esquife,
pasa donde está Pasife
por la tremenda ribera.

Pasa los campos oscuros,
pasa los Elisios claros,
amantes e ingenios raros,
los jugadores perjuros,
los codiciosos avaros.

Mas de amantes el Averno
vía lleno en martirio eterno,
a los suyos semejantes,
porque los tristes amantes
aun tienen, viviendo, infierno.

Pasó a Helena, a Deyanira,
Circe, Tarquino, Teseo,
Adonis, Egisto, Orfeo,
que no le valió la lira
para salir del Leteo.

Pasó la bella Gitana,
 a Mesalina romana,
 y al gran César después de ella,
 por más que le vuelva estrella
 privanza o lisonja vana.

Pues en llegando al lucero
 que nació con el aurora,
 cuya luz cayendo llora
 de aquel monte verdadero
 que el sol de justicia dora ;
 aquel que con insolencia
 quiso igualarse a la esencia
 de la soberana unión,
 y no por imitación,
 sino por toda potencia.

«¡ Oh Luzbel, dijo, que sea
 mi desdicha de tal suerte,
 que ya ni hermoso ni fuerte,
 ni sabio cuanto desea,
 den ocasión a mi muerte !

»¡ Que ya ni armados Aquiles,
 ni Cicerones sutiles,
 ni imperios que se engrandezcan,
 me deshagan y enflaquezcan,
 sino labradores viles !

»Ya no soy la que solía,
 ya no soy la que engendraste,
 cuando del hombre tomaste
 posesión por causa mía,
 a quien tanto bien quitaste.

»Ni tengo aquel mando altivo,
 cuando con llanto excesivo
 los dos del primer concierto
 lloraron el hijo muerto
 y aborrecieron el vivo.

»Ni de Isaac la muerte aguarda,
 Esaú contra su hermano,
 ni de Lía envidia en vano,
 los hijos Raquel gallarda,
 ni reina Herodes tirano.

»No pienses que ya negocio
con Datán por sacerdocio
contra Aarón; que estoy de suerte
que se ha quejado la muerte
que tengo su espada en ocio.

»Ya no envidio la ternera,
los abrazos y el vestido
del roto hermano perdido,
indignado desde afuera
contra el padre enternecido.

»Ya no hay unguento que asombre
con su pérdida mi nombre,
y del fiero calabrés,
que aromatice los pies
que remediaron al hombre.

»No la puente del Danubio
rompió venciendo a Adriano
con la gloria de Trajano,
ni cortó el cabello rubio
de Cincinato romano.

»Ni por Dédalo a Talón,
ni la virtud de Catón
envidio ya como Julio;
ni soy Dídimo de Tulio,
ni Jenofón de Platón.

»Un vil labrador envidio
de los campos de Madrid:
mi desventura sentid;
sentid de qué me fastidio,
y mi bajeza advertid.»

.....
Dijo; y la noche tembló,
que cercan los negros ríos;
Tesifón mostró sus bríos,
la turba de almas huyó
de ver sus áspides fríos.

Sonó el estrépito fuerte
adonde no ha de haber muerte
que el mal de su muerte acabe,

ni en el tiempo tiempo cabe
que ponga fin a su suerte.

Como en acabando el trueno
del arcabuz disparado
al lago de aves cercado,
y por el aire sereno
se esparce el denso nublado ;

las verdes ranas parleras,
que estaban en sus riberas,
vuelven a un tiempo a su canto ;
así las almas al llanto
en las de Aqueronte fieras.

Y como en la yunque dura
de los monstruos de Vulcano
quebranta el hierro la mano,
que el fuego con más blandura
hizo tratable y liviano ;

así a las penas volvieron,
luego que el silencio oyeron,
los espíritus que ardían,
y los que el golpe tenían
suspenso, mayor le dieron.

La envidia con pies audaces,
dejando el lugar crüel,
que al que entra una vez en él,
las duras sombras tenaces
no le dejan salir de él ;

Dos veces en Aqueronte,
y otras dos en Flegetonte,
lavado el cadáver flaco,
salió de su bosque opaco
a nuestro claro horizonte.

En el cual, ya con la estrella
que miró en su aurora fría,
con mil cambiantes ponía
de nubes en torno de ella
fin al crepúsculo el día.

Pasó la ribera verde,
cuyas vegas seca y pierde,
y así el labrador suspira,

como cuando el campo mira
que la langosta le muerde.

Enflaquecióse el ganado,
cabras, ovejas, novillos ;
murieron los corderillos ;
hasta los lirios del prado
se volvieron amarillos.

Detuvieron sus caminos
los arroyos cristalinos,
cayeron sobre las piedras
de los álamos las hiedras,
las parras de los espinos.

Secáronse los renuevos,
los pájaros que anidaron,
los pollos muertos lloraron,
y a los que estaban en huevos
las cáscaras se quebraron.

Por los cóncavos y quiebras
se metieron las culebras,
temiendo ser su manjar,
o que las viene a buscar
para componer sus hebras.

De aquella parte del río
en que ahora está la fuente
de saludable corriente,
cuyo licor templó frío
del cuerpo el calor ardiente,

vió que algunos labradores,
cansados de sus labores,
recogían sus ganados,
y a Isidro en otros cuidados,
y en otros campos mejores.

A una cruz que en un repecho
honraba a un cerro la falda,
componía una guirnalda
que de flores había hecho.
más que el rubí y esmeralda ;

y atenta a ver qué decía,
oyó que dijo : «Cruz mía,
llevad tras el fruto flores» ;

que así muriendo de amores,
flores la Esposa pedía.

.....

CANTO TERCERO

Bajan los ángeles a los campos del río de Madrid. Viene su amo de Isidro a ver cómo trabaja. Hállale arando con ellos. Conoce el milagro y que murmurarle fué envidia. Quedan los ángeles enseñándole grandes misterios.

Tuvo envidia Lucifer
que se hiciese a Dios igual
la criatura racional,
y que excediese su ser
angélico y celestial.

Y diciendo: «El que es menor
¿ha de ser mi superior
y me ha de igualar en gloria?»
Se prometió la victoria,
rebelado a su Señor.

Era sabio, grande y bello,
como en el Líbano hermoso
el cedro verde y hojoso;
causa loca para hacello
soberbio, airado y furioso.

Decía en su corazón:
«Allá sobre el aquilón
y el monte del Testamento
pienso colocar mi asiento,
y sobre el sol mi pendón.»

Halló Lucifer secuaces,
sin luz de sabiduría,
que ayudaron su osadía,
y cayeron pertinaces
en el error de aquel día.

Nosotros, agradecidos
de ser por Cristo subidos
a tal alteza de gloria,
en nuestra mente y memoria
le dimos loores debidos.

Holgábamos en extremo
de su santa encarnación,
y de la disposición
del Padre eterno supremo
en esta divina unión.

Los malos y pervertidos
querían ser preferidos
por naturaleza a gracia,
no dando su pertinacia
a nuestra razón oídos.

Persuadióles que era injuria
humillarle Dios así
a quien te refiero aquí,
armado Luzbel de furia
y enamorado de sí.

Esfuerza su pretensión,
y formando un escuadrón,
de la obediencia se libra,
y con brazo airado vibra
la espada de presunción.

Cuando se opuso Luzbel,
igualarle pretendiendo,
entre el estrépito horrendo
ya estaba armado Miguel,
«¿quién es como Dios?» diciendo.

Cubríale de esmeralda
una celada o guirnalda,
de esperanza sin sospecha,
y de mil diamantes hecha
del tonelete a la falda ;

que el pecho era todo un fuego,
de un topacio, que se ardía
de caridad, que encendía
la visión del sol, que luego
por claro espejo tenía.

Eran grebas y esquinelas,
guardabrazos y escarcelas,
rayos de amores eternos,
vivas estrellas los pernos,
y el sol y la luna espuelas.

Alzó la espada leal,
y el falso argumento visto,
derribó al ángel malquisto,
no por virtud natural,
mas por méritos de Cristo.

Que nació aquesta vitoria
de su pasión meritoria,
y la gracia que alcanzamos,
donde cantando alabamos
su potestad y su gloria.

De esta suerte aquel hermoso,
que estuvo en admiración,
del día de su creación
hasta su fin riguroso,
vió su eterna perdición.

De amor propio vino a dar
en soberbia, porque amar
a sí propio le engañó ;
que el bien común despreció
por el bien particular.

De avaricia y de ambición
pecó también confiado,
digno de sí, a cuyo grado
llegara su perfección,
como no hubiera pecado.

Pecó de envidia y mentira,
de la grandeza que mira
en la mística persona,
cayendo donde pregona
su ingratitud su mentira.

Así en el cielo se dió
a la soberbia castigo,
y cayendo este enemigo,
la tercia parte llevó
de las estrellas consigo.

Y el Cordero immaculado,
Cristo Jesús, fué ensalzado.
Aquí el ángel acabó,
e Isidro a su voz paró
la aguijada y el arado.

CANTO CUARTO

Prosiguen los ángeles sus historias. Vuelve a su casa Isidro. Trátase del nacimiento de su hijo. El milagro del lobo y el de la comida al peregrino que, entre sueños, le parece que le lleva y guía a la Tierra Santa.

Llegó a su casa contento,
donde esperaba María,
no desdeñosa y baldía,
sino alegre, el rostro atento
a ver si Isidro venía.

Dióle, en viéndole, los brazos,
y aliviando de embarazos,
la pobre cena apercibe,
rica en casa que Dios vive,
y más con tales abrazos.

Sonaba la olla al fuego
con la hortaliza y la vaca,
y mientras ella la saca,
Isidro a los bueyes luego
ata el sustento a una estaca.

Como amigo y jornalero,
pace el animal el yero
primero que su señor ;
que en casa del labrador
quien sirve come primero.

¡Ay del idólatra, atento
al grande, aunque el mundo mande
cuando entre sus mesas ande,
pues come por el aliento,
mientras por la boca el grande !

En ceremonias envuelto
coma el sustento, y resuelto
quede yo, que es mejor ley
que coma Isidro y su buey,
uno solo y otro suelto.

Salió en fin la pobre cena
de aquel rico labrador,
sabrosa por el sudor,
falta de regalo y llena
de conformidad y amor.

Y cuando igualmente amados
comen así dos casados,
la envidia, a quien todo pesa,
bien puede estar a su mesa
contándoles los bocados.

Y pues el contento importa,
¿cuánto mejor le va a quien
le dió el necesario bien
el cielo con mano corta,
que ésa fué larga también?

Más que el soberbio Epicuro
toma el sustento seguro
el pobre en la mesa escasa,
que no entra daño en la casa
del que duerme en suelo duro.

Porsena de barro hizo
la vajilla en que comió ;
de ésta Agatocles se honró,
porque en brazo quebradizo
nunca acónito se dió.

Pudo Alejandro envidiar,
que no es justo desear
más de lo que es menester ;
si en oro se ha de beber,
las manos han de temblar.

Al pobre jamás le encoje
tocar la dorada orilla ;
que el agua limpia y sencilla
con mano desnuda coge
de la pura fuentecilla.

Con estas estrechas leyes,
 las grandezas de los reyes
 Fabricio menospreciaba,
 y el cónsul Serrano andaba
 tras el arado y los bueyes.

Cena, en fin, Isidro ufano,
 y regala a su María
 de la pobreza que había ;
 que el amor es cortesano,
 y virtud la cortesía.

Ya pues que la hambre cesa,
 viene el postre y la camuesa,
 el rancio queso o membrillo,
 y en un limpio canastillo
 se levanta en fin la mesa.

No se van a descansar
 sin dar gracias del sustento ;
 que del ordinario aumento
 se las comienzan a dar
 los dos con igual contento.

Que si al huésped que aposenta
 se dan gracias tras la cuenta,
 a quien intereses mueven,
 ¿cuánto mayores se deben
 a quien de gracia se sustenta?

.....
 Que su alegre nacimiento
 celebró el igual contento
 de padres y parentela,
 a quien ya el cielo revela
 el bien de su casamiento.

Hubo fiesta en su bautismo,
 fuentes de oro y mazapán ;
 anduvo Isidro galán ;
 fué padrino el dueño mismo,
 y como él, se llamó Iván.

Dióse a costa del padrino
 la colación que convino,
 para que de punto suba,

y decentóse una cuba
de antiguo oloroso vino.

Buena ofrenda al cura dieron,
buen capillo al sacristán,
a los mozos vino y pan,
y los muchachos hicieron
pedazos el mazapán.

Isidro, mientras bailaban
los que el parto celebraban,
remató en la iglesia el día,
y aun dijeron que decía
los que entonces le escuchaban :

«Dos veces, Señor eterno,
en mi juventud e infancia,
sobre cosas de importancia
de mi sustento y gobierno
os ha hablado mi ignorancia.

»Cuando mi padre murió
quedé a vuestro cargo yo,
aunque antes también lo estaba ;
y el día que me casaba,
dos almas un cuerpo os dió.

»Espantaréisos que tanto
os importune, Señor,
este pobre labrador ;
mas no cabe en vos espanto
de ningún humano error.

»Esta es, al fin, la tercera
que os hablo de esta manera,
y pues que vos dicho habéis
que os pidan y que daréis,
aun no ha de ser la postrera.

»Sabed, pues, Señor inmenso,
aunque vos lo sabéis todo,
que tengo un hijo, y de modo
en que es solo y pobre pienso
que ya con vos le acomodo.

»Y no penséis que esto es
serviros por interés,
sino saber que sois Dios,

y que donde comen dos,
también pueden comer tres.

»Y no tan materialmente,
Señor, el sustento pido
de este rústico vestido,
cárcel de alma excelente,
que fuera error conocido.

»El alma es lo principal,
la leche y miel celestial
hoy vuestras manos le den,
para que eligiendo el bien,
sepa reprobar el mal.

»Que sea bueno desea
el corazón de los dos ;
vos me lo disteis, y vos
¿qué podéis dar que no sea
como de mano de Dios?

»Pero si por culpa mía
no ha de ser como querría,
hoy, que de la original
está limpio, huya del mal
que de este bien le desvía.

»Llevalde con vos, Señor,
que más seguro estará,
él de gozaros allá,
y yo acá de este temor ;
que siempre hay temor acá.»

.....
Que con la imaginación
de aquella conversación
del discreto peregrino,
a la Tierra Santa vino
en alta contemplación.

Contemplaba los lugares
de la gran Jerusalén,
a Nazaret y a Belén,
divinas aras y altares,
misterios de nuestro bien.

Y de esto le sobrevino
un deseo peregrino

de serlo, y dormido vió
que aquel que de esto le habló,
a satisfacerle vino.

Parecióle que tomaba
allí su mano derecha,
como amigo sin sospecha,
y a su lado caminaba
de un monte la senda estrecha.

Hasta que vino a llegar
al Adriático mar,
donde Escila al lado diestr
y Caribdis al siniestro
no se dejan aplacar.

Y una lancha desatando,
que asida a las peñas vió,
a su nave caminó,
y apenas entraron, cuando
zarpando, el ferro levó.

En alargando el trinquete,
como caballo arremete
la nave, a quien pone espuelas
el viento, dando en las velas,
y por las ondas se mete.

Ni oyó salva ni zaloma
de roncás voces discordes,
ni los pilotos concordés,
ni, cual suele, gente asoma
por las jaretas y bordes.

Iban las velas hinchadas
del claro viento preñadas,
ya despreciando la orilla,
ya alzando Tetis la quilla
con las espaldas saladas.

Pasaron del mar incierto,
en fin, la espumosa vía,
y el golfo de Satalía,
hasta que tomaron puerto
en la insigne Alejandría.

La que a los montes, que espanta,
las pirámides levanta

por Cleopatra y Caterina,
una humana, otra divina,
dos veces famosa y santa ;
la que del gran Nilo bebe,
por quien van al Cairo barcos,
la que muestra triunfos y arcos,
y a quien hoy Venecia debē
las reliquias de San Marcos.

Ven a Roseto y Damiata,
y el Cairo que se dilata,
con dieciocho mil mezquitas
de sepulturas benditas,
tierra santa, ahora ingrata.

Aquí está la casa a quien
llama el moro Martarea,
y en quien, si es que aquélla sea,
vivió Cristo, nuestro bien,
desterrado de Judea.

Damasco, Alepo en Suría,
Matahara, Zalaquíá,
Vélvez y Janquí dejaron,
y los destierros pasaron
de Arabia, en que el sol ardía.

Dejan la ciudad de Gaza,
gran sepulcro de Sansón ;
la tierra de promisión
ya los recibe y abraza,
y ven el valle de Hebrón.

Desde el cual su peregrino
por otro incierto camino
le subió en un alto monte,
que todo aquel horizonte
a descubrirsele vino.

Y la tierra conociendo,
vió sus lugares también,
y entre Efraín y Rubén,
con el sol resplandeciendo,
la santa Jerusalén.

Y como si se destapa
velo que la imagen tapa,

su objeto el alma nos lleva,
no de otra suerte se eleva,
viendo el sacrosanto mapa.

Y como en tabla o pintura,
señalando con la mano,
pregunta el rudo villano:
«¿Quién es aquella figura?»,
al que ve más cortesano;
así, cuando los dos veían
el lienzo que descogían,
Isidro le preguntaba
por qué el corazón velaba
cuando los ojos dormían.

CANTO QUINTO

Enseña el Peregrino a Isidro la Tierra Santa. Envíale Iván de Vargas al Molino, donde crece la harina del trigo que dió a las aves. Llega tarde a comer a la Cofradía, donde por milagro sobra comida para los pobres.

Era la sazón más fría
y en que más el Austro suena,
de más agua y lluvia llena,
y que el labrador querría
ver más tranquila y serena.

.....
De su nieve densa y fría,
Guadarrama se cubría,
y el río, su curso eterno,
forzado del hielo interno,
a su pesar detenía.

Los vallados y los hoyos,
en las viñas igualados,
de nieve estaban cuajados,
pareciendo los arroyos
lazos de plata en los prados.

Ya se juntaban en corros,

ovejas, perros, cachorros,
 buscando defensas hartas,
 el rico, en ropas de martas,
 y el pobre en toscos aforros.

Pues cuando todo está en calma,
 siendo lagunas las eras,
 carámbanos las riberas,
 y el que navega, despalma
 en el puerto las galeras,

mandó a nuestro Isidro, Iván,
 que a los molinos que están
 cerca de su tierra, lleve
 un costal de trigo, en breve,
 por falta de harina y pan.

Isidro, con el cuidado,
 aunque era la noche fría,
 deja su hermosa María,
 deja su cama, avisado
 del anunciador del día.

.....
 La tiniebla que le ofusca
 va tentando como ciego ;
 llega al frío hogar, y luego,
 entre la ceniza busca
 si aun hay reliquias del fuego.

En fin, un tizón halló,
 y algunas pajas juntó
 sobre el extremo quemado ;
 y el rostro, de viento hinchado,
 soplando resplandeció.

Enciende Isidro, y de presto
 huye la sombra y se extiende ;
 él con la mano defiende
 la luz que afirma en el puesto,
 donde vestirse pretende.

Cúbrese un capote viejo,
 sin cuidado y sin espejo ;
 y anda a vueltas la oración,
 que orar en toda ocasión
 es del Apóstol consejo.

Pasa de un blanco cestillo
al alforja el pan y el puerro ;
relincha la yegua en cerro,
rozna el rudo jumentillo,
canta el gallo, y ladra el perro.

Ya en el corral bala el manso.
deja el pastor el descanso
que ha dado envidia a algún rey,
gruñe el lechón, muge el buey,
bate las alas el ganso.

Ya Isidro al jumento aplaca
la sed, y él se ensancha e hincha ;
ya le apareja y le cincha,
y ya de ver que le saca,
la yegua sola relincha.

Cárgale, y la boca abierta
de la pereza, despierta,
y luego al campo le guía,
saliendo a cerrar, María,
o a verle desde la puerta.

.....
Salió en fin con este frío,
que nunca por ver helar
Isidro dejó de arar,
por no tener el estío
que pedir y mendigar.

.....
Topó algunos labradores,
y de la villa al molino
con ellos hablando vino,
dorando los resplandores
de la nieve el sol vecino.

Vió un árbol—las ramas flojas
de los que airado despojas,
Cierzo, que aun el tronco arrancas—,
lleno de palomas blancas
en vez de las verdes hojas.

Y como la tierra vía,
aunque madre, tan avøra,
que les negaba la cara

—cubierta de nieve fría—,
que a todo animal ampara :
con aquel su ardiente celo
apartó la nieve y hielo,
y allí el costal desató,
y trigo al tiempo llovió
que llovía escarcha el cielo.

Las palomas con placer
a que otro ninguno iguala,
viendo la mesa, y no mala,
descendieron a comer,
sin huir del maestresala.

Viendo Isidro su porfía,
al costal iba y venía
diciendo : «A los dos nos toca :
abrid vos, costal, la boca,
pues que yo cierro la mía.»

Ellas dando en los baratos
montones de trigo espesos,
iban con picos traviosos
a morderle los zapatos :
yo sospecho que eran besos.

El, que tan contento estaba,
las hablaba y consolaba
de aquella nieve importuna,
y por no pisar alguna,
los santos pies desviaba.

Bendicen las aves mudas
a Dios, y sobre una cuesta,
el que miraba la fiesta,
quiso decir como Judas :
«¿Qué perdición es aquesta?»

Y en fin dijo : «¿Qué locura
vence, Isidro, tu cordura?
¡Ay de la hacienda de Iván!
¿Y estas aves que aquí están,
eran pobres por ventura?»

Responde Isidro contento,
que en su calidad repara :
«¿No sabes tú quién prepara

a las aves el sustento
cuando a Dios vuelven la cara?»

.....
Dijo, y llegando al molino
tan lleno el costal halló,
y más que cuando le ató,
que por milagro divino
creció el trigo que faltó.

Y de manera crecía
la harina que de él molía,
que el otro que se burlaba
a cogerla le ayudaba,
porque solo no podía.

Crecióla el mismo sin duda
que creció en aquellos días,
hasta las aguas tardías,
la harina de la viuda
que dió de comer a Elías.

.....
Era de nuestra Señora
cofrade Isidro, y hacía
cabildo la cofradía,
como lo vemos ahora,
en que en efecto comía.

.....
Tardóse Isidro rezando
que era sustento perfeto,
y aunque le tenían respeto,
vulgo a comer esperando,
es por extremo inquieto.

Comieron, pero su parte
guarda a Isidro el que reparte,
que cuando al portal llegó,
con mil figuras le halló
por una y por otra parte.

No eran Césares romanos
en las basas y columnas,
sino pobres en ayunas
que extienden voces y manos.
a las del rico importunas.

.....

Los cofrades que ya habían comido, y que a Isidro vían hecho un oso con la enjambre de necesidad y hambre, sin ella así le decían :

«¿Dónde bueno, Isidro, hermano, traéis toda esta legión de pobreza y perdición? Para no venir temprano, muchos convidados son.»

.....
Isidro, por no ofendellos, respóndeles mesurado :
«Dios es el que lo ha sacado ; Dios se disfraza, que en ellos ya viene Dios disfrazado.»

.....
Dijo ; y todos convencidos de verse reprehendidos y enseñados de un villano, pasaron luego a la mano lo que entró por los oídos.

Fueron a ver la comida, que hallaron tan aumentada, siendo una ración tasada, que era apenas recogida, y vino a quedar sobrada.

El milagro celebraron, puesto que entonces callaron, por no enojar su humildad, y a la mesa en cantidad pan, carne y vino llevaron.

Isidro, sentado en medio de aquella pobreza rica, a todos su parte aplica, y, aunque agradece el remedio, de humilde no le publica.

Los pobres comen aprisa, con igual contento y risa, como en mesa de su padre,

donde, en efecto, su madre
la caridad se lo guisa.

Cuál quiere de pan henchir
la escudilla y caldo grueso,
de col y cebolla espeso,
como el cuezo el albañir
con los puñados del yeso.

Cuál, que del sustento duda,
de entrambas manos se ayuda ;
cuál, si una costilla toca,
pasándola por la boca
la carne al hueso desnuda.

Cuál el de pierna repasa,
y por medio le quebranta ;
y la médula con tanta
furia al estómago pasa,
que no toca en la garganta.

Cuál que a enojo le provoca
el vecino que le toca
al plato, de rato en rato,
la izquierda tiene en el plato
y la derecha en la boca.

Cuál hasta los huesos quiebra,
cuál de ellos también se paga,
sin que los rompa y deshaga,
como si fuese culebra,
cuando los gazapos traga.

Cuál hace la hortera balsa ;
cuál viejo, con risa falsa,
murmura al mozo que engulle ;
hablan, comen, brindan, bulle
de San Bernardo la salsa.

Cuál esconde mesurado
el pan en la manga rota ;
cuál, bebiendo, el jarro agota,
sonando como el ganado
cuando le echan la bellota.

Los perros de fuera asoman,
ya de lo que arrojan toman ;
y en medio de este rumor,

Isidro, como el pastor,
se alegra de ver que coman.

CANTO SEXTO

Comen Isidro, y sus pobres cuéntanle algunos sus vidas
y él los consuela. Hace consejo el demonio para contras-
tar a Isidro. Sale el amor lascivo a sembrar su fuego por
la orilla del Manzanares y Jarama, para abonar el testi-
monio que contra la castísima María intenta.

Trabóse conversación,
en que algunos la ocasión
le contaban de su mengua ;
que el vino mueve la lengua,
cuanto alegra el corazón.

«Yo soy, un viejo decía,
que al lado de Isidro estaba,
hombre que un tiempo mandaba
casa, y familia regía,
y en mi hacienda descansaba.

»Las fianzas de un amigo
me dieron este castigo
después de larga prisión ;
que el dueño de su invención
fué de la vida enemigo.

»Pagué por no perecer,
por fianzas me perdí ;
dura ley que pasé así,
que al amigo he de perder,
o me he de perder a mí.

»Dejarle me dió vergüenza,
que es cosa torpe que venza
la fe la necesidad,
porque entonces la verdad
del que es amigo comienza.

»Y es cosa infame también
y de valor desigual

del que es amigo leal,
mostrarle la cara al bien
y las espaldas al mal.

»Vine, en fin, a tal estado,
que afligido y deshonrado,
mi mujer me maldecía ;
que como otro Job vivía
escarnecido y burlado.

»Que la mujer suele ser,
en lo que yerra el marido,
más pena que el bien perdido,
porque al dormir y al comer
os muestra el rostro torcido.

»Tanto en mi casa sufría,
que a mi pesar aprendía
más paciencia que quisiera
para sufrir los de fuera,
como Sócrates hacía.

»En esta vida tan corta
ayudaba lo posible
al sustento conveniente,
y la mujer, cuando importa,
es por extremo insufrible.

»Murióse, y muerta en efeto,
conocí su buen sujeto ;
que muertas se echa de ver,
porque deben de tener
entonces algún secreto.

»Vine a tal necesidad,
que mendigué, como ves.»

Dijo, y prosiguió después
otro de menos edad :

«Bien es que quejoso estés ;

»Pero si otros duelos vieses,
yo aseguro que te fueses
donde los tuyos pasases,
o si en la cárcel entrases,
que de ella alegre salieses.

»Viviendo yo como un rey,
de unos pleitos la maraña

me trajo a pobreza extraña ;
que bien dicen que la ley
es como tela de araña,

»que prende, si en ello adviertes,
entre lazos de mil suertes
las moscas de vil poder ;
pero déjase romper
de los animales fuertes.»

Otro dijo : «Yo tenía
una mujer tan hermosa,
cuanto al honor peligrosa,
si por serlo se desvía
de la obligación forzosa.

»Vencióla el amor ajeno,
si acaso el no ser yo bueno
la hizo a ella ser mala ;
pero ¿qué disculpa iguala
a haberme dado veneno?

»Que mataban sus maridos
con veneno las indianas,
hubo quejas inhumanas ;
pero fueron socorridos
con leyes santas y sanas.

»Mandaron que se quemase
la que viuda quedase,
con el marido difunto,
y sobró desde aquel punto
quien su salud procurase.

»Si esta ley acá se hiciera,
de este peligro escapara ;
curáronme, si bastara ;
negocié que no muriera,
pero no que se enmendara.

— »Así la salud perdí,
que no he vuelto a ser quien fuí.»
Otro que estaba quejoso
del mar fiero y riguroso,
prosiguió diciendo así :

«Que el hombre pase en la tierra
trabajos, herencia fué ;

nació en ella, en ella esté ;
mas quien de ella se destierra
ninguna disculpa dé.

»Mercader era en la mar,
que no se sabe qué pesar
se excusa el que no la vió ;
ella, Isidro, me perdió
cuando me pensé ganar.

»¿Qué os contaré cuánta hacienda
al mar entonces le di?
Por salvarme el castor fuí,
que arroja la mejor prenda ;
rico entré, pobre salí.

»De bronce debió de ser
quien osó en el mar poner
primero un frágil navío,
sin temer del norte frío
la rabia, enojo y poder.

»Pocos saben de qué suerte
en su tierra, cama y mesa,
cuando hay viento y cuando cesa,
se va un dedo de la muerte,
o seis, si la tabla es gruesa.

»Dimos, para más pesar,
a la fortuna lugar
con arte ingenioso y loco ;
aun era la tierra poco,
y añadiéndole la mar.

»¡ Mal haya aquel que cortó
el primero abeto y pino,
y por donde no hay camino,
incierto camino halló,
que a tantas desdichas vino !

»Si fué Argos, mereciera
que el nombre no se escribiera,
ni fuera en el cielo nave
(pero todo al fin se sabe),
y como Erostrato fuera.

»Y el que sin alas y pies
hizo en el mar un Pegaso

de tan loco vuelo y paso,
árbol, mesana, bauprés,
proa y popa, y todo el vaso ;

»las jarcias para grumetes,
trizas, trozas, chafaldetes,
brandales, aferravelas,
cornas, escotas y velas,
racamentos y trinquetes.

»Nunca la espalda del mar
se agobiara con la quilla,
ni en la bitágora y silla
viera el piloto el lugar
para la contraria orilla.

»Allí quedé de esta suerte
en paso tan duro y fuerte,
que fuera más piadoso
el mar si, más riguroso,
me diera entonces la muerte.»

Otro prosiguió también,
diciendo que era soldado,
quejoso de mal pagado.
No sé si se quejan bien,
pero sé que se han quejado.

«Yo, dijo, estudié hasta ver
los ojos de una mujer,
por quien muerto y desdeñado,
vine, Isidro, a ser soldado,
quebrando de bachiller.

»De Aristóteles pasé,
dejando de Apolo el arte,
a las Escuelas de Marte ;
la pluma en lanza troqué
debajo de su estandarte.

»Había, mi fe os empeño.
perdido, estudiando, el sueño ;
mas de su valor declinan
las letras cuando no inclinan
a la virtud a su dueño.

»Al principio fué capaz
de recibir todo honor ;

que los hombres de valor
conoceránse en la paz,
pero en la guerra mejor.

»La fortuna, a quien corrompe
la envidia, ¿qué no interrumpe,
cuando más levanta y crece?
Que es vidrio que resplandece,
y en ese punto se rompe.

»Y como de las adversas
nacen las cosas felices,
y de ellas las infelices,
todas me fueron diversas :
supo el fruto a las raíces.

»Quitóme otro amor los bríos
después de mil desafíos,
trofeos verdes y azules,
de zaides y de gazules,
moros enemigos míos.

»Vencióme otro nuevo amor,
porque las alas se queme
quien más su fortuna extreme ;
que es justo que el vencedor
tema aquello que no teme.

»Era mi esclava y cautiva,
bizarra, hermosa y altiva,
y aunque bárbara, discreta ;
pero, en fin, era sujeta
cuando se mostraba esquiva.

»Afeminóme de suerte,
que lo que me convenía
ni lo vía ni podía,
y viendo que era mi muerte,
eso mismo apetecía.

»Vióla el que me gobernaba
un día que se bañaba,
como un tiempo Betsabé ;
si él la amó tanto, no sé ;
sé que tan hermosa estaba.

»Procúrala con su traza,
buscando el fin de mis días

en algunas baterías ;
pero de aquella amenaza
escapé mejor que Urías.

»Y herido, para que aorte,
mientras el cielo reporte
con un Natán a David,
me vine a Valladolid,
a pretender en la corte.

»Criáronse antiguamente,
Isidro, los reyes sabios
para deshacer agravios,
premio y castigo a la gente
dando con iguales labios.

»Son una guarda que cobre
tanto lo que falte o sobre
en la equidad que publico,
que no sufra daño el rico
ni padezca injuria el pobre.

»Mas también la poca dicha
hace a veces los soldados
quejosos de mal pagados,
y aun suelen llamar desdicha
la culpa de sus pecados.

»Y aunque alguno satisface,
que más reina quien bien hace
que quien manda, y no lo niego,
yo he visto, si no estoy ciego,
que de nuestras culpas nace.

»¿Qué importa que de uno o dos
tenga el favor con que pueda
subir, fortuna, en tu rueda,
si no tengo grato a Dios
para que bien me suceda?

»Nada, en efecto, alcancé ;
empobrecí y enfermé,
tullíme, y desconocido,
como veis, limosna pido
con la lengua y con el pie.»

.....

Silvano, un tierno mancebo,
criado en la verde orilla
de Jarama, el pecho humilla
al amor, entonces nuevo,
de una hermosa pastorcilla.

Deja perdido el ganado,
ni de sí muestra cuidado,
ni de su vida tampoco,
siguiéndola como loco
por el monte y por el prado.

Ella, huyendo, no lo oía,
ni, aunque el pastor la llamaba,
su triste voz escuchaba,
porque a Jacinto seguía ;
Jacinto, que a Tirsia amaba.

Y aunque no hay cosa tan dura,
tan de hierro, tan segura,
que no la venza el amor,
la posesión de otro ardor
de mal segundo asegura.

Mas, como amor insufrible
a quien ama piensa hallar,
ni en otro puede pensar,
ni del mayor imposible
se consiente consolar.

Como en lo dificultoso
no halla medio ni reposo,
ni la vergüenza le enfrena
ni la razón le refrena,
ni el consejo virtuoso.

Silvano, tan desdeñado
como Silvia de Jacinto,
de toda razón distinto
estaba con su cuidado,
como en otro laberinto.

Sin distinguir sus porfías
días claros, noches frías ;
que quien ama con verdad
en igual oscuridad
pasa las noches y días.

Muriendo en su cuerpo mismo,
y en cuerpo ajeno viviendo,
mientras más le iba encubriendo,
más se mostraba el abismo
del fuego en que estaba ardiendo.

A la boca y a los ojos
le salían los enojos ;
no hallaba peligro fuerte ;
riéndose de la muerte,
le ofrecía sus despojos.

Sentado en la verde grama
de una arb. eda y frescura,
al pie de cuya espesura
más blando corre Jarama,
por oírle por ventura.

Así de Silvia formaba
quejas, que a los vientos daba,
que el ganado, divertido,
puesta la hierba en olvido,
atentamente escuchaba :

«Silvia, por quien doy y esparzo
quejas al cielo supremo,
cuanto más por tí me quemo,
más helada que por marzo
de Guadarrama el extremo ;

»Más que las fieras esquiva,
más que el viento fugitiva
y que el curso de estas ondas,
oye, y nunca me respondas ;
llore o cante, muera o viva.

»Ya veinte veces ha visto
Cintia su rostro sereno,
menguado, creciente y lleno,
más amigo de Calisto,
que estuvo en el valle ameno ;

»y el sol, con sus rayos de oro
de Colcos miró el tesoro
por su eclíptica dos veces,
y otras dos los fríos peces,
que tus desdenes adoro.

»Y otro tanto tiempo ha sido
el que tú, pastora ingrata,
tratas bien quien te maltrata,
tratando amar un perdido,
que sola tu ofensa trata.

»Huyes sin causa de mí,
que jamás causa te di
con que pudiese enojarte.
Miento, pastora, que amarte
es enojo para ti.

»Mas perdona, Silvia mía ;
que no pueden mis antojos
excusar de darte enojos,
como tú dejar un día
de ser hermosa a mis ojos.

»Y pues que, de ti distinto,
doy término tan sucinto
a mi vida y tu desdén,
sufre, pues que tú también
quieres que sufra Jacinto.

»¡ Ah, Silvia, cuánto mejor
fuera para todos tres
que le dejaras, pues es
hombre que te tuvo amor,
y que amó a Tirsi después !

»Tú me gozaras a mí,
él a su Tirsi, yo a ti,
quedando todos en paz ;
que tu pasión pertinaz
nos pierde a todos así.

»¡ Qué tuvieras, Silvia hermosa,
de regalos y contentos !
No como mis pensamientos,
que fuera imposible cosa,
pues son tus merecimientos ;

»mas lo que un pobre villano,
el más rico de este llano
y el más noble de este monte ;
y si no, a escucharlos ponte,
verás si me quejo en vano.

»Cuando al dorado despojo
del toro Febo se inclina,
tuvieras la clavellina,
el alhelí blanco y rojo
y la rosa alejandrina.

»El trébol y las violas,
las flores de almendro, solas
de las plantas por abril ;
que para ti es cosa vil
jaramagos y amapolas.

»Tuvieras, en esta playa
sentada a gozar el vuelo
del aura, en su verde suelo
las carpas con la redaya,
los barbos con el anzuelo.

»Que aquí, cuantas veces pruebo,
llenas las chisteras llevo,
y por tus ojos tiranos,
que sospecho que a tus manos
ellos vinieran sin cebo.

»Esa fuente que está enfrente
para aquí sus aguas claras ;
si a sacarlos me ayudaras,
yo los echara en la fuente,
porque con ellos jugaras.

»Que cuando aquí maltratadas
las carpas, de sobreaguadas
vinieran a perecer,
holgaras también de ver
las barrigas plateadas.

»Pues cuando el sol toca al sino
que a Hércules mordió el pie,
y retrógrado se ve
como el cancro su camino,
de quien imitado fué,

»tuvieras blancas cestillas,
no de toscas maravillas,
mas de frutas sazoadas,
de estas huertas cultivadas
y de estas verdes orillas.

»Almendras de los senderos
de estas viñas mal cercadas,
tiernas y apenas cuajadas,
los peruétanos primeros
o ciruelas más formadas.

»Y entre la murta y lentisco
el albérchigo y el prisco,
cerezas y guindas rojas,
verde agraz y brevas flojas
de huerta, que no de risco.

»El sol de León saliendo,
y entrando en la rubia Astrea,
vertiera el cuerno Amaltea
de la abundancia, cogiendo
cuanto la copia desea.

»La verde pera en sazón,
con el escrito melón,
el durazno blanco, el higo,
y ya era cogido el trigo,
el rubio melocotón.

»Luego el pomífero otoño,
cuando ya la juncia arrancas,
te diera con manos francas
el colorado madroño,
verdes nueces y uvas blancas.

»Los membrillos ya perfetos,
y los piñones secretos,
el níspero y serba enjuta,
la sangre de Tisbe en fruta
de los morales discretos.

»La castaña defendida,
ya del erizo dejada,
y la madura granada,
la flor de nácar perdida,
la avellana coronada.

»La zarzamora remota,
la acerola y bergamota,
que hace a las peras ventaja,
el níspero entre la paja,
y la rústica bellota.

»La hortaliza, el nabo y col,
que madurando se arruga,
la hierbabuena y lechuga,
y al pie de ella el caracol,
y en su acequia la tortuga.

»Olivas de estos renuevos,
cuando te vi, Silvia, nuevos,
y ellos y amor sin raíces,
y a su tiempo las perdices,
que saben hurtar los huevos.

»El ganso y el anadón,
las garzas de aqueste río,
y con la miel de rocío,
el cándido naterón,
que todo es tuyo si es mío.

»El vil conejo, la liebre,
cuya caza se celebre,
mirando el galgo veloz,
que animado de mi voz,
apenas las hierbas quiebre.

»Y aunque el hurtarle me aflige,
daréte un nido que ayer
en un olmo acerté a ver,
que en viéndole, luego dije :
—Este de Silvia ha de ser.—

»Pero ¿qué sirven los dones
adonde los corazones
no se conforman jamás?
Rústico soy ; no querrás
mis obras ni mis razones.

»Pues Silvia, verás primero
juntar con el Tajo el Pado,
el Istro al Atesi helado,
y al lobo rapaz y fiero
el inocente ganado ;

»en el aire los tritones,
y que el mar, sin ser alciones,
las aves y nidos guarde,
y huir del ciervo cobarde
de Masilia los leones.

»Que Silvano de este intento
haga un punto de mudanza,
corra fortuna o bonanza,
des mis palabras al viento
como has dado mi esperanza.

»Y a fe que no soy tan feo,
si la fuente en que me veo
no me engaña, Silvia hermosa ;
mas, ¡ay!, que es cosa forzosa
que has de seguir tu deseo.»

Tales quejas esparcía
al viento Silvano en vano,
que eso mismo en monte y llano
el eco le respondía,
duro amor, tiempo inhumano.

Silvia a Jacinto siguiendo,
en vez de aquesto, ofreciendo
las lágrimas que vertía,
rosas con los pies hacía,
como otra Venus, corriendo.

Jacinto a Tirsi también
sigue con ansia excesiva ;
ella, también fugitiva,
tiene en Menalca su bien,
y así de su bien le priva.

.....

CANTO SEPTIMO

Llama el demonio a la mentira. Dícele a Isidro que su mujer no era casta. Ella, para asegurarle, pasa el Jarama sobre su manto. Vuelve Isidro a Madrid, donde pidiéndole Iván de Vargas agua en el campo, hace milagrosamente la fuente que hoy permanece.

CANTO OCTAVO

Va Isidro a una ermita, donde el monje que habita en ella le cuenta lo que se alcanza a saber del antiguo origen de la devota imagen de Atocha, con el admirable suceso de Gracián Ramírez.

Siendo condado Castilla,
y el León con algún miedo,
mas retirado en Oviedo,
tenía su cetro y silla
Tarif Muley en Toledo.

Era Madrid de cristianos,
que los cielos soberanos
siempre le hicieron dichoso ;
y así, a los moros el oso
mostraba entonces las manos.

Alcaide de la frontera,
y su famoso adalid,
sangre y reliquias del Cid,
un Gracián Ramírez era,
caballero de Madrid.

En la gravedad Catón,
y Numa en la religión,
de quien tal ejemplo cobras ;
un Alejandro en las obras,
y en las palabras Lacón.

Tenía dos hijas bellas,
una Clara, otra Lucía,
cuya hermosura excedía
las dos famosas estrellas
con que nace y muere el día.

Porque es poco que aniquile
las bellas Argía y Deifile ;
callen Rojana y Onfale,
a quien ni Lucrecia iguale,
ni la engañosa Erifile.

Trataba entonces casallas,
y si así decirlo puedo,
era impedimento el miedo
de las guerras y batallas
entre Madrid y Toledo.

No porque Gracián temiese,
pero para que pudiese
tratar de cosas de paz,
cuando al moro pertinaz
tan a los ojos tuviese.

Era un Lope de Mendoza
de la mayor pretendiente,
tan bizarro, tan valiente,
que hasta ahora el nombre goza
que vino de gente en gente.

Este hidalgo, por servilla
llegaba, que es maravilla,
mil veces en guerra incierta
de Visagra hasta la puerta
y del Tajo hasta la orilla.

No entraba en estas proezas,
aunque eran empresas **locas**,
sin traer, muchas o pocas,
al alcaide las cabezas
y a doña Clara las tocas.

Los moros, que eran jueces
de sus hazañas y preces,
rayo español le nombraban,
hijo del Cid le llamaban,
y Santiago algunas veces.

Todo era apretar los pies
en viendo por largo trecho
relucir a su despecho
las bandas en el pavés
y la cruz roja en el pecho.

Era de miembros gentiles,
de ojos claros y sutiles,
bello el rostro, el pelo rizo,
blanco, alegre, arrojadizo,
como pinta Grecia a Aquiles.

Los moros en las refriegas
cautivaban los cristianos,
ya por campañas y llanos,
ya en celadas por las vegas,
que no viniendo a las manos.

Y aunque Lope vez alguna
vía la pena importuna
y miseria de otra gente,
no usaba, como prudente,
de su dichosa fortuna.

Lo que hacer por sí podía
digno de premio y memoria,
de alabanzas y de historia,
lo llamaba compañía,
envidioso de su gloria.

Y así, después de unos días
que en alegres correrías
honró su brazo y espada,
le prendieron en celada
entre Cabañas y Olías.

No tuvo humano favor,
ni pudo más de rendirse,
por no querer prevenirse ;
que en todo es siempre mejor
prevenir que arrepentirse.

Llevóle un moro galán,
cuyo nombre era Otomán ;
dióle al rey, y el rey a Zara,
su hija, en belleza rara
de Sierra Morena a Orán.

Zara, de quien se decía
que era de madre cristiana,
pierde esclavo y dueño gana,
mirando el cautivo un día
curar una turca alfana.

Tuvo medios para hablarle
y para no rescatarle,
y de suerte le estimó,
que doña Clara perdió
la esperanza de cobrarle.

Entonces, importunado
el alcaide de un don Diego
de Castro, hidalgo gallego,
del rey en León privado,
y de amor de Clara ciego,
su casamiento concierta,
vivo Lope y Clara muerta ;
que ya el alarbe atambor,
por ser de enero el rigor,
menos cerca le despierta.

Don Diego, a quien desea,
siempre piensa que el bien pierde,
porque otra cosa no acuerde,
viene a Madrid con librea
de encarnado, blanco y verde.

¡ Oh amor, notable enredo !
El llegaba alegre y ledo,
amigo Isidro, a Segovia,
cuando la afligida novia
escribe a Lope a Toledo.

Apenas sabe el suceso
el miserable cautivo,
cuando con llanto excesivo,
sin perder vida ni seso,
ni quedó muerto ni vivo.

Zara, que verle solía
en su jardín cada día
que este oficio ejercitaba,
quiso saber de qué aljaba
aquella flecha salía.

Y mandándole llamar,
sentados junto a una fuente,
cuyo aljófar transparente
comenzó Lope a imitar,
le declaró su accidente.

Contóle con triste voz
de su histoira el fin atroz,
pintándole el paso estrecho ;
que dan las ansias del pecho
al hombre lengua veloz.

Dióle un retrato, aunque es culpa
fiarse del enemigo,
y aquella carta que digo ;
el uno para disculpa,
y el otro para testigo.

Maldijo su estrella y astro,
al alcaide y al de Castro,
y entonces la hermosa **Zara**
venció con difunta cara
de la fuente el alabastro.

Y como suele el amante
que con tierno y blando efeto
quiere saber el secreto,
en sabiéndole, arrogante,
perder furioso el respeto ,
así Zara loca estuvo,
pero el mismo amor detuvo
la furia del mismo amor,
y entre piedad y dolor
un rato suspensa estuvo.

En fin, hizo una nobleza
digna de oro, bronce y jaspe,
de nuestro Tajo al Hidaspe,
mayor que en dar la belleza
Alejandro de Campaspe ,
que fué darle libertad,
jurando que a su ciudad
dentro de un mes volvería,
en que al alcaide podía
declarar su voluntad .

Echase Lope a sus pies,
parte Lope de sus manos
con diez moros toledanos,
porque no sepan quién es,
con vestidos africanos.

Iba convertido en moro,
tocas blancas, listas de oro,
grigüescos de sinabafa,
de grana roja almalafa,
y hermosura de Medoro

Lleva un rosillo andaluz,
manchados los pies y el lomo,
que era el viento con él plomo ;
y en vez de espada de cruz,
alfanje con sólo el pomo.

Salió del muro al galope,
que no hay moro que le tope,
que le hable a la cristiana ;
sola Zara a la ventana
sabe que el moro es don Lope.

En un bosque de la puente
pasa del día el rigor,
informado de un pastor
qué hay de bodas y de gente,
que era Gracián su señor.

Supo de él que no había entrado
don Diego, porque avisado
fué del alcaide hasta hacer
lo que fuese menester
para honrar el nuevo estado.

Contento don Lope, parte
a Guadarrama, que ya
cano de la nieve está,
que el Acuario le reparte,
y en que el sol más lejos da ;

tan callado, que quisiera
que siempre de noche fuera,
que por cubrir su persona,
hiciera templo a Angerona,
porque el silencio le diera.

Allí presume emboscado
hacer un hecho gentil,
si no fuere varonil ;
porque un noble despreciado
suele convertirse en vil.

Pues estando allí tan ciego,
pasa una tarde don Diego ;
sale Lope y los diez moros,
dando, como heridos toros,
polvo al cielo, al monte fuego.

Huyen los pajes y gente,
don Diego saca la espada ;
mas la guarnición dorada
y la cuchilla luciente
mejor parece envainada.

A todo el escuadrón cierra,
y aunque no viene de guerra,
defiéndose como Castro,
dejando de sangre un rastro
de los moros en la sierra.

Pesaba de esto Mendoza,
aunque amor, que es furia y fuego,
con los celos es más ciego,
que aparte rompe y destroza
los que vienen con don Diego.

Dióse, en fin, a ruego suyo,
y en diciendo «Yo soy tuyo»,
cada cual deja el caballo,
donde el conocerse callo,
porque de cansarte huyo.

Quedan amigos, de suerte
que Lope le deja a Clara,
cosa que jamás pensara ;
mas es Mendoza, y advierte
en la nobleza de Zara.

No quiere don Diego, y juntos
caminan en estos puntos,
donde Madrid los aloja
a entrambos, de una congoja
poco menos que difuntos.

A Otomán, de quien te dije
que fué el que Lope prendió,
Zara en este tiempo habló,
y del amor que le aflige
estrecha cuenta le dió.

Dice que en cristiano traje,
por no afrentar su linaje,
vayan a Madrid los dos ;
que si ella es reina, amor dios,
por quien se honra el ultraje.

Parte Zara en una yegua,
el moro en un alazán ;
cada cual viste galán ;
mas no han corrido una legua
cuando ya muere Otomán ;
no de cansancio, de amor,
con cuyo ardiente rigor
yerra el camino que lleva,
por ver si acierta la cueva
que a Eneas hizo favor.

Tarife, viendo la falta
de don Lope y Zara, piensa
que fué su gusto su ofensa,
y al punto a Madrid asalta ;
Madrid, que está sin defensa.

Y tanta priesa se dió,
que del campo que formó,
poniendo a los muros miedo,
por la puente de Toledo
doce mil moros metió.

Maravillado Gracián
de la venida improvisa,
su gente anima y avisa.
Ya todos a punto están,
y de Madrid la divisa.

Y asuenan los atambores,
ya las diversas colores
de bandas y de cambayas,
letras, lazos, listas, rayas,
parecen jardín de flores.

El alcaide y sus soldados
salen a los enemigos,
haciendo los dos, ya amigos,
de sus armas y cuidados
a Marte y amor testigos.

Pero cuanto más defienden
la villa y morir pretenden,
y el noble alcaide con ellos,
son pocos para ofendellos ;
que los pocos poco ofenden.

Tarife, que, como en Troya
Menelao, vengarse piensa,
en hambre funda su ofensa,
porque en su paciencia apoya
los años de su defensa.

Allí su venganza libra,
arma el pecho, el asta vibra ;
y Madrid, viéndole terco,
hasta el tiempo sufre el cerco
que iguala las horas Libra.

La condición popular,
cuyas lenguas siempre ultrajan
lo que engrandecer trabajan,
como las ondas del mar,
que ya suben y ya bajan,
del alcaide murmuraba,
a quien antes ensalzaba,
casi tratando partidos,
porque el de ser socorridos
de todo punto faltaba.

A todo peligro van,
todo lo sufren y emprenden
las fuerzas donde se extienden,
mas donde enfermas están
de cualquier cosa se ofenden.

Todo les altera y cansa,
que la hambre no descansa ;
Gracián reparte su hacienda,
pero aunque su sangre venda,
menos su alboroto amansa.

Poco el alcaide podía ;
mas el vulgo no miraba
el ánimo que mostraba,
que es el que estimar debía,
sino lo poco que daba.

Que una vulgar confusión
con hambre y persecución
a hablar y obrar se desmanda
como la hambre le manda,
mas no como la razón.

Viendo del vulgo el motín,
determinóse Gracián
de hacer como capitán,
dando a su patria aquel fin,
que hoy a Numancia le dan.

Y juntado un escuadrón
de aquellos que siempre son
nobles en vida y en muerte,
con ejemplos les advierte
su sangre y obligación.

Y pudo la autoridad
tanto del viejo prudente,
que juró toda la gente
de morir con libertad,
y no vivir tristemente.

Y así, para esotro día,
porque menester sería
aquél para confesarse,
determinan arrojarse
con española osadía.

Gracián previene la guerra ;
al bueno estima y honora,
del malo las faltas dora ;
que enseña a acertar quien yerra,
y quien bien habla mejora.

Limpian petos, morriones,
ponen en astas pendones,
con los osos coronados,
y en otra parte bordados
los castillos y leones.

Alegres piden el día,
que deje el alba reír,
para que puedan salir ;
que a veces causa alegría
determinarse a morir.

Y estando con este intento...
Pero interrúmpase el cuento
que el monje a Isidro refiere ;
que para lo demás quiere
mi pluma tomar aliento.

.....

CANTO NOVENO

Prosigue el monje el milagroso suceso de Gracián Ramírez. Resucita Isidro al caballo de Iván de Vargas, y los labradores de Madrid oyen la profecía que el río Manzanares hace a sus ninfas.

Ya con alas temerosas,
la noche tenía ocupados
con el sueño los cuidados;
color faltaba a las cosas,
entre confusos nublados,
cuando Gracián, sin tener
sueño que poder perder,
saca al campo más seguro
por un portillo del muro
sus hijas y su mujer.

Y entrando en aquesta ermita,
así les comienza a hablar:

«Vuestro valor singular
mi piadoso pecho incita,
y la vergüenza a callar;

»Pero ya determinado
a que como hidalgo honrado
muera por Dios, por mi ley,
por mi patria y por mi rey,
a quien estoy obligado;

»porque los moros mañana,
no siéndoles defendida,
la villa entrarán rendida,
dejando en su barbacana
la mía en sangre teñida;

»sabed que porque no os fuercen,
o a tomar su ley esfuerquen,
que sois mujeres y solas,
aunque en efecto españolas,
que de quien son nunca tuercen;

»quiero morir satisfecho,
si hay en la muerte placer,
que no podrá suceder,
aunque se entenezca el pecho,
que os dió vida, sangre y ser.

»Por honra y amor me obligo
a ser bárbaro conmigo,
cruel padre, esposo fuerte,
pues sólo en daros la muerte
os libro del enemigo.

»Si cuando el moro no doble
vuestra condición honrada,
os ha de dar muerte airada,
bien sabéis cuánto más noble
es que su alfanje mi espada.

»Hijas, la vida que os di
os quiero quitar aquí.
Si no es del noble quitar
lo que una vez pudo dar,
más nobles quedáis así.

»Y si del moro el temor,
sus riquezas o sus temas,
os ha de hacer ser blasfemas,
Ramírez morís mejor
que no viviréis Zulemas.

»Lo que os di os habré quitado ;
bien sé que he de ser llamado,
por ser a mi honor fiel,
honrado, pero cruel,
y menos cruel que honrado.

»Si al moro la habéis de dar,
sin deberle nada aquí,
dadme vuestra sangre a mí,
que no me podéis negar
la vida y sangre que os di.

»La sangre, porque no impida
la nobleza en que está asida ;
la vida, porque no haga
cosa que la fama estraga,
donde comienza otra vida.

»Cruzad, mis hijas, las manos ;
cesen femeniles lloros ;
volved por vuestros decoros :
pues no os caso con cristianos,
no habéis de casar con moros.

»Ya, Clara, las manos cruza,
ved en qué piedra se aguza
mi espada, oh casta mujer,
que no debes de querer
trocar el Mendoza en Muza.

»Si en tu alabastro la afilo,
el golpe al cuello derecho,
mejor pudiera en mi pecho,
que aunque de él agua destilo,
está de pizarras hecho.

»No hablo con Margarita ;
que yo sé que ella me incita
por lo que tiene de Vargas,
y con lágrimas amargas
su dulce honor solicita.»

Cuando sacaba la espada,
el brazo suspenso tuvo,
que amor como ángel estuvo,
y en la ejecución honrada
la guarnición le detuvo.

Viéndole suspenso Clara,
le dijo así : «¿Qué repara
tu brazo en esta ocasión?
Si no tienes corazón,
éste saca y de él te ampara.

»Si es diamante, y no consiente
ese tu honor verdadero
labrarse de hierro fiero,
sino de sangre inocente,
baña en mi cuello tu acero.

»Resplandezcan sus decoros
con la sangre de mis poros,
no haciendo tus ojos Nilos ;
que en ella untados tus filos,
será veneno en los moros.

»No eres tú, Dioscoro injusto,
el que con su propia mano
mató a Bárbara inhumano,
sino aquel Torcuato justo
y otro Virgilio romano.

»No eres Leovigildo godo,
ni en guerra y mar te acomodo
por la salud y el trofeo
a Mario e Idomeneo,
aunque lo pareces todo.

»No porque cuando volvieses
por ellos tu honor se rija,
ni, como a Jefte su hija,
te quiero pedir dos meses
para que lllore y me aflija.

»Antes quiero que aceleres,
pues nuestra vida prefieres
a tu honor, la ejecución ;
gozaremos el blasón
de las ilustres mujeres.

»Nuestra fe pones en duda ;
sólo este agravio es rigor,
que en otro frágil temor
ya mi garganta desnuda
te quiere vestir de honor.

»Que si el honor que profesa
mi nobleza en esta empresa
el bárbaro me quitara,
algún ángel me vengara,
como de Audalla a Teresa.

»Mas para morir no hay cosa
más poderosa que verte
ir a morir de esa suerte,
pues fuera hazaña afrentosa
quedar con vida en tu muerte.

»Si Evadnes se echó en la llama
de su esposo por su fama,
yo, padre, el cuello en tu acero,
pues ya del bárbaro fiero
tu noble sangre derrama.

»Que Guminilda se mate,
muerto en la guerra su esposo,
cuentan por caso hazañoso ;
yo primero que el combate
tendré ese nombre famoso.

»Ya la vida menosprecia
el honor, que tanto precia
la castidad soberana,
pues a Sofronia romana
llaman cristiana Lucrecia.»

Con estos ejemplos tales
la discreta y noble Clara
el golpe anima, que para
la piedad de los mortales,
que su propia sangre ampara.

Llora el padre y Margarita,
y las piedras de la ermita,
como cuando suda humor
alguna cueva, el dolor
también a llorar incita.

El claro sol de Lucía
no lucía con el llanto ;
sola Clara lo fué tanto,
que al padre, que la cubría,
quitó de su rostro el manto.

»Dejad, alcaide valiente,
dice Clara, que contente
la vista en este placer ;
porque bien se puede ver
la muerte que no se siente.»

María decir quería
de Atocha, cuando de tres
golpes la puso a sus pies ;
no dijo más de María,
y Atocha dijo después.

Mató a Lucía tras ella,
eclipsando su luz bella ;
y volviendo a su mujer,
lo que el hierro quiso hacer,
vió que el dolor hizo en ella.

Cerró la ermita, y dejólas
ya para siempre enterradas ;
y cuando ya declaradas
las columnas españolas
se vían de luz bordadas ;

huyendo ya las estrellas
del alba, que con sus bellas
manos la ventana abría,
por donde ya el sol salía,
partióse a morir por vellas.

Ya en Madrid tocan al arma
las campanas y atambores,
ya por las plazas mayores
todo soldado se arma
sobre diversas colores.

Los caballos, a quien faltan
dueños, en los patios saltan,
rompen las cinchas y frenos,
que, de espuma y sangre llenos,
de rojo y de blanco esmaltan.

Llega el famoso adalid,
su gente ordena y conierta,
sale, y mirando la puerta,
triste dice : «Adiós, Madrid ;
tu fin y mi fama es cierta.»

Las damas por las almenas,
de niños y llanto llenas,
«tomaldos allá», decían,
y arrojárselos querían,
o ser con ellos sirenas.

Los viejos que se quedaban,
decían : «Hijos esquivos,
¿para qué nos dejáis vivos?»
Que todos imaginaban
verse de Tarif cautivos.

Y las doncellas entre ellos
arrojaban sus cabellos,
por ver si asirlos pudieran ;
que a ser mar, reliquias eran
para poder detenellos.

El moro, viendo la gente,
 puesta en orden de batalla,
 salir tan alegre a dalla,
 la causa de este accidente,
 quiere armado preguntalla ;
 porque si no era del cielo,
 él sabía que del suelo
 socorro no le tenían,
 aunque en ver cómo venían
 le dió el Apóstol recelo.

Armanse, y con voces nuevas
 alzan los desnudos brazos,
 haciéndose mil pedazos
 atambores y ajabebas,
 mientras se acercan los plazos.

Ya contra el bárbaro vil
 cierra el cristiano gentil ;
 ya se estremecen los polos ;
 ya, Isidro, mil hombres solos
 acometen cinco mil.

Ya el de Castro y de Mendoza
 cada cual se muestra fuerte,
 ignorantes de la muerte ;
 ya el alcaide el campo goza,
 ya el moro su infamia advierte.

Gracián corta, raja, hiende,
 derriba, combate, prende,
 lastima, rompe, maltrata ;
 cual rayo, si encuentra, mata,
 y desde lejos ofende.

Diego atropella y trabuca
 carros, municiones, cargas,
 deshace mallas y adargas,
 piernas y cascos machuca,
 como don Diego de Vargas.

Don Lope al moro congoja,
 y el campo, que en sangre moja,
 pinta en las vegas vecinas
 de las bandas mendocinas,
 verde hierba y sangre roja.

Ya Manzanares pequeño
 crece, y corre sangre mora,
 que al tajo el cristal colora,
 y el que era de arenas dueño,
 riqueza alarbe atesora.

Voltea tocas y aljubas,
 como para henchir las cubas
 en el teñido lagar,
 vemos a veces nadar
 los despojos de las uvas.

Publícase la victoria,
 no por los merecimientos
 de los cristianos contentos ;
 que sólo es de Dios la gloria,
 porque él da los vencimientos.

Venció aquí la religión,
 que no el armado escuadrón ;
 ella sola vencer pudo,
 que es la espada y el escudo,
 y el arnés de la razón.

No quien las armas previno,
 ni en ellas puso esperanza,
 hizo esta fiera matanza ;
 que por consejo divino
 toda victoria se alcanza.

Todo lo puede y sujeta
 Dios, acto y virtud perfeta,
 de quien toda virtud nace ;
 estas maravillas hace
 cuando nuestro llanto aceta.

Ya le ofrecen los contrarios
 carros de despojos llenos,
 pero los dones ajenos,
 cuando no son voluntarios,
 no se han de tener por buenos.

Pero, como al que se humilla,
 usar fuerza es reducilla
 a bajeza de tirano,
 usando valor cristiano,
 tuvo del moro mancilla.

Contento de hacer eterna
por mil siglos su memoria,
tomó sola la victoria ;
que el oro del que gobierna
es virtud, justicia y gloria.

Repartióles los despojos,
y viendo tristes sus ojos,
presumían los soldados
que de disgustos pasados
eran presentes enojos.

Como la mala conciencia
no reposa, al fin rompieron
por el silencio, y pidieron
perdón de la inobediencia
que en rebelarse tuvieron.

Y cuando Gracián allí,
de lo que ya referí,
el dolor que es justo siente,
por alegrarle su gente
comienza a decirle así :

«Puesto que de las injurias
la postrera es la mayor,
deja, Señor, el rigor ;
mira que el pueblo en sus furias
siempre elige lo peor.

»Si tratábamos partido
con el moro ya vencido,
ya quisimos preferir
tu honor y gusto al vivir,
habiendo a morir venido.

»El hambre nos hizo hablar,
y sabes que es licenciosa,
y resistida, furiosa ;
no seas persa en castigar
la lengua más que otra cosa.

»Pues los despojos nos diste,
mientras repartes resistes,
alcaide, esa triste cara ;
que quien da con mano avara
es el que la muestra triste.

»Y pues ya el triunfo te llama
que de los romanos sabes,
ven, ciñe tus sienes graves
de robles, laurel y grama,
puntas de torres y naves.

»Y porque de esta victoria
nos alcance la memoria,
deja que lôres te den ;
que el que alaba al que obra bien,
parte alcanza de su gloria.»

«No me deis, Gracián responde,
de este alegre vencimiento
a mí el agradecimiento,
disculpa que corresponde
al pasado atrevimiento ;

»porque no lo es de importancia
proponer vuestra ignorancia,
ni dará satisfacción,
aunque pida con razón
quien pide con arrogancia.

»Mas, como tan cerca tiene
el calor del corazón
templanza y respiración,
así es bien la ira enfrene
el aire de la razón.

»Esta os perdono, soldados ;
en lo demás engañados
estáis, si pensáis que he sido
por quien hoy habéis vencido
y a Madrid volvéis honrados ;

»Que cuando Dios acompaña
un ejército, no importan
pocos o muchos, ni cortan
tanto los filos de España,
que mil a diez mil reportan.

»En esta bordada nube
la causa mirando estuve
por quien, aunque fué sin fe,
fuí segundo Josué,
que otro nuevo sol detuve.

»Y tanto mejor que el sol,
que por vestido le tiene,
ahora a encubrirse viene
entre aquel claro arrebol,
que nuestra vista detiene.

»La Virgen de Atocha bella
es quien al moro atropella ;
que cuando le acometí,
en el mismo sol la vi,
y al sol que se formó en ella.

»Pero, ¡ay de mí!, que el dolor
que tengo habiendo vencido,
es por haberla ofendido
siendo a sus ojos traidor
y filicida atrevido.

»Sabed, amigos, que he muerto,
estando de morir cierto,
mis hijas y mi mujer ;
mirad si es esto vencer,
o llegar vencido al puerto.

»De Atocha en la santa ermita,
porque el moro no violara
mi sangre, al alma tan cara,
di la muerte a Margarita,
Lucía y la hermosa Clara

»Allí, en muriendo, las cierro,
sin darlas mejor entierro,
aunque les di eterna gloria,
y hame dado Dios victoria
porque conozca mi yerro.»

Por el rostro venerable,
cuando esto dijo, caían
las lágrimas, que llovían
los ojos, que al lamentable
caso dos fuentes se hacían.

Discurrió un temor helado
del grande al menor soldado,
desde la circunferencia
al centro, y quedó en la esencia
del corazón alterado.

Porque, como la alegría
del centro afuera salía,
el temor de afuera entró
al centro, dejando fría
la sangre que en medio halló.

Lope y don Diego, que oyeron
que eran muertas las que fueron
la vida con que vivían,
mientras que no lo creían,
bien puede ser que vivieron.

Al fin, para darle gracias
a la Virgen, y a las muertas
lágrimas justas e inciertas,
con victorias y desgracias,
llegan del templo a las puertas.

En las cuales acogidos
estaban los dos huídos,
Zara y el moro Otomán,
que ya saben que Gracián
vuelve, los moros vencidos.

Abren llorando las puertas ;
que ya en nada se repara :
¡Gran milagro ! ¡Cosa rara !
Que hallaron vivas las muertas,
y hablando a la hermosa Clara.

Lo que entonces sentirían,
y a la imagen le dirían,
Isidro, bien lo conoces ;
que con las manos y voces
los pechos y aires rompían.

.....
Vuélvense Otomán y Zara
cristianos sin fuerza y ruego,
hácese el bautismo luego ;
cásanse don Lope y Clara,
doña Lucía y don Diego.

Y en procesión y en amor,
dando al viento volador
banderas, plumas y bandas,

llevan la imagen en andas
hasta la iglesia mayor.

Salen de Madrid lozanas
esposas, madres, doncellas,
niños y viejos con ellas,
las frentes, rubias o canas,
ceñidas de flores bellas.

Y cantando, con David,
que porque Dios en la lid
estuvo en ellos vencieron,
brazos y abrazos les dieron,
y así entraron en Madrid.

.....

CANTO DECIMO

El Santo Isidro muere, y acompañado de ángeles sube
al cielo, donde Custodio le enseña los bienaventurados.
Traslada Madrid su cuerpo después de cuarenta años,
santo y entero, donde desde entonces hasta ahora res-
plandece con divinos milagros.

Isidro, pues, cuya vida
fué loada de tal suerte,
aunque más lo fué su muerte,
ya dispuesto a la partida,
su hijo y su esposa advierte.

Hecho testamento breve,
porque no tiene, ni debe,
de muebles pobres y viejos,
ricos y nuevos consejos,
más larga plática mueve.

.....

Ya, pues, al punto postrero,
despídese de su esposa
Isidro con voz piadosa,
y, abrazándola primero,
duerme en Dios y en Dios reposa.

.....

Quedó su rostro divino
hermoso y resplandeciente ;
que el sol, cuando va a Occidente,
traspónese en el camino,
y en otros parece Oriente.

.....
El alma, pues, del beato
Isidro, que en Dios murió,
al cielo empíreo subió,
con el triunfo y aparato
que su Custodio ordenó.

.....
Era Isidro alto y dispuesto ;
bien hecho, humilde y modesto,
nariz mediana, ojos claros,
en ver y en vergüenza raros,
de andar suspenso y compuesto.

El cabello, nazareno ;
bien puesta la barba y boca,
ni en grande exceso, ni poca :
el rostro, alegre y sereno,
que la risa siempre es loca.

La voz, entre dulce y grave ;
tratado, blando y suave ;
pero si os pasáis, pinceles,
al alma, un ángel Apeles
pinte de vos lo que sabe.

Era María trigueña,
de ojos garzos, vergonzosos,
viendo y mirados hermosos,
la boca honesta y pequeña,
los cabellos espaciosos.

De su tiempo nos quedó
este retrato, que yo
he visto y considerado,
supuesto que en el traslado
tan viva color faltó.

FIN DE "EL ISIDRO"

LA FILOMENA

LA FILOMENA

(MADRID, 1621)

En 1621 publicó Lope La Filomena con otras diversas rimas, prosas y versos, que, como indica su título, es uno de los libros misceláneos a que el poeta fué tan aficionado. En sus páginas se unen poemas mitológicos y descriptivos con epístolas poéticas—en prosa y verso—, una novela corta y varias poesías sueltas.

Relegando el estudio de cada una de estas piezas a su lugar oportuno, hagamos aquí una rápida exposición y somera crítica del poema mítico con que Lope inició su producción de poeta erudito.

Más por defensa literaria propia que por impulso espontáneo escribió Lope este poema mitológico en el que desarrolla, una vez más, el viejo mito de Progne, Filomena y Tereo, rey de Tracia.

Divide el poeta su obra en dos partes bien definidas y hasta distintas en la forma métrica usada en cada una. En la primera, consagrada a la citada fábula, se refiere a la violación de Filomena por su cuñado Tereo, esposo de Progne, y la conversión de Filomena en ruiseñor. Lope, empujado en los temas míticos que el Renacimiento había revalorado, escribió este poema cuidadosamente, deteniéndose en las descripciones, en las que la visualidad del poeta llega a lograr magníficos juegos de líneas, de color y movimiento, hasta igualarse con los mejores versos de Góngora; el poema tiene pasajes que más bien parecen magníficos cuadros por su plasticidad y colorido.

El mérito de este poema erudito sube de punto si se considera que todo ese academicismo mitológico, ya un tanto en desuso, no era adecuado al temperamento poético de Lope, espontáneo y popular de raíz. No obstante, el poeta quiso deliberadamente escribirlo como eficaz réplica a su detractor Pedro de Torres Rámila, pedantesco dómine que años antes escribiera contra el Fénix un libro de acerba crítica, publicado en 1617 con el nombre de Spongia—hoy, por desgracia, perdido—, al que Lope contesta con su poema en el que demuestra con la práctica que conoce la preceptiva aristotélica y sabe usar de la poesía erudita tan bien como podría hacerlo el poeta más culto de la época, ya que las imputaciones hechas al poeta eran su ignorancia de la estética renacentista, cuanto era el poeta más popular que culto.

Lope, en este poema, trata el mito de Filomena, como podía hacerlo un poeta español del siglo XVII, que ya no sentía toda aquella mitología sino tan sólo como ornamento o máscara retórica, mas sin el fervor que para los mitos clásicos sintieron los poetas del Renacimiento italiano, ya lejos de Lope por años y lugares, amén de su temperamento poético. Los mitos, pues, eran para Lope simples motivos sobre los que podía lucir sus conocimientos literarios y, al mismo tiempo, servíanle de ornamento a su poesía barroca con algunos resabios, tal vez inconscientes, de gongorismo.

En la primera parte del poema, dividida en tres cantos y escrita en sonoras y trabajadas octavas reales, se desarrolla todo el tema mitológico, dejando paso, en la segunda, a la apasionada defensa literaria que de sí propio y de su obra hace el poeta, que, en la forma más libre de la silva y acogiéndose aún a la fábula de Filomena, crea una nueva en la que él mismo se convierte en rui-señor y se transforma en un tordo al adversario Torres Rámila, a quien vence el rui-señor en la discusión que con el tordo entabla sobre estética literaria.

Para el lector moderno es mucho más interesante esta segunda parte que la primera, que sólo tiene un valor estético, inferior hoy al anecdótico y biográfico que tiene la segunda parte, donde Lope hace referencia extensa de su

vida y relación de sus obras publicadas, y de la que escribe demostrando cómo podía y quería escribir un poema al uso de los poetas eruditos, según las doctrinas literarias aristotélicas y capaz de contentar al más exigente preceptista.

Con la publicación de *La Filomena*, Lope habla triunfado de Torres Rámila y los suyos, que no eran sino los enemigos del Fénix, que, envidiosos de su maravilloso talento poético, se valieron de Rámila para zaherir desde la sombra al poeta más vario y fecundo que tuvo nuestra literatura nacional.

Para el estudio completo de la apasionante lucha literaria entre Torres Rámila y Lope—que aquí no es posible sino enunciar—debe verse la obra *Una guerra literaria del siglo de oro*. Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos, del erudito lopista Joaquín de Entrambasaguas y Peña (Madrid, 1932).

BIBLIOGRAFIA

La Filomena, con otras diversas rimas, prosas y versos. De Lope de Vega Carpio...—En casa de la viuda de Alonso Martín. Madrid, 1621, en 8.º

En Barcelona, otra edición del mismo año, por Sebastián Cormellas, y otra de 1692.

En la edición de las *Obras sueltas* de Lope, publicada por Sancha en Madrid, se incluye este poema en el tomo II, págs. 371-467. 1776.

En la «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneira, se incluye también en el tomo XXXVIII, seleccionado por Cayetano Rosell.

PRIMERA PARTE

A LA ILUSTRÍSIMA SEÑORA DOÑA LEONOR PIMENTEL

Suelen con alegres instrumentos, los que cultivan los campos, ofrecer a los templos las más granadas espigas, coronadas de flores, reconociendo a la benignidad del cielo la fertilidad del año; y yo, a su imitación, ofrezco a vuestra señoría, como a templo de las musas, estos versos, en reconocimiento de lo que deben a la influencia del sol de su claro juicio, con que los mira y defiende; no coronados de flores, de que debiera adornarlos por la esterilidad de mi ingenio, sino del nombre de vuestra señoría, de quien siendo para su conservación favorecidos, como lo fueron para nacer y salir a luz, bien les puedo prometer inmortal vida. No excuso el atrevimiento, por la diferencia que hay de presentar á ofrecer; que lo primero es vanidad y lo segundo sacrificio, y cuando fuera error, ¿cuál puede ser tan grande que no le disculpe tan gran deseo? Dios guarde a vuestra señoría. — *Lope de Vega Carpio.*

PROLOGO

Hallándome obligado a la protección que ha hecho a mis escritos el divino ingenio de la ilustrísima señora doña Leonor Pimentel, busqué por los papeles de los pasados años algunas flores, si este título merecen mis ignorancias, pues sólo por la elección se le atribuyo. Hallé *Las fortunas de Diana*, que lo primero hallé fortunas, y con algunas *Epístolas* familiares y otras diversas *Rimas* escribí en su nombre las fábulas de *Filomena* y *Andrómeda*; y formado de varias partes un cuerpo, quise que le sirviese de alma mi buen deseo. Pienso que no perderá por la variedad, de que tanto se alaba la naturaleza, y Tulio al divino Platón. Si tuviere este suceso, seguiránle algunas obras que quedan en mis papeles del mismo género, y cesará la reprehensión de mis amigos, que me persuaden a comunicarlas, venciendo el temor de mi humilde condición por la variedad de los juicios de los hombres.

A LA ILUSTRÍSIMA SEÑORA DOÑA LEONOR PIMENTEL

1 Las plumas abrasó rayo febeo
del que miró su luz, águila humana,
lince infeliz por sendas de oro y grana,
jamás tocadas de mortal deseo.

5 No menos alto el pensamiento veo
que me conduce a vos, oh soberana
deidad, oh sol, que mi esperanza vana
Dédalo mira, y teme Prometeo.

Si de mis alas el incendio culpa
vuestra sangre real y entendimiento,
dulce ambición de gloria me disculpa ;
que cayendo del sol mi pensamiento,
vuestro mismo valor tendrá la culpa,
y el castigo tendrá mi atrevimiento.

STEPHANUS FORCATULUS

*Mox lyra treiciis in coelum effervir ab undis,
Ut resonans silvas traxerat, astra trahit.*

Parte dichosa, Filomena mía,
a la más esmaltada primavera
que vió la aurora, ni del sol espera,
mientras diere su luz principio al día.

Tu voz la historia, en dulce melodía
elemental de la celeste esfera,
a las hesperias últimas refiera,
que a las selvas del Atica solía.

Canta a Leonor, y dulcemente admira
el claro aspecto de sus luces bellas,
luces en quien el sol se ilustra y mira ;
que si en su cielo te colocan ellas,
imagen celestial será mi lira,
porque quien selvas pudo mueva estrellas.

CANTO PRIMERO

1 Dulcísima, de amor ave engañada,
reina del aire en su región primera,
alma sin cuerpo, en sola voz fundada,
principio de la verde primavera ;
5 de tu garganta armónica traslada
la tragedia a mi pluma, y la ribera
te oirá poeta a ti cantar llorando,
y Filomena a mí llorar cantando.

Si en ramo de laurel, si en olmo verde
10 trinando dulcemente estás, ahora
que el invierno feroz el rigor pierde,
y el mes de Marte se consagra a Flora,
desciende al valle : así jamás te acuerde
tu virginal temor la blanca aurora ;
15 cantaremos los dos entre las flores,
tú quejas en desdén, yo en nieve amores.

Vos, Leonor ilustrísima, a quien tanto
debe España de honor, gloria y decoro,
sujeto digno de apolíneo canto,

20 décima musa del castalio coro,
no despreciéis de Filomena el llanto,
y la dulce prisión en hierros de oro
haréis que estime, y de la verde selva
a los palacios que aborrece vuelva.

25 Que mal podrá mi voz, mi humilde acento
hablar del sol que en vuestro cielo mira,
si aun no permite ofensa al pensamiento,
y al mismo amor privilegiado admira.

30 Conténtese la fe del rendimiento,
 pues a serviros solamente aspira,
 y cante Filomena, aunque presume
 con imitar su voz hurtar su pluma.

¿Atreveréme yo, si sois mi genio,
 a decir cómo fué princesa y ave?

35 ¡Oh clara luz! ¡Oh estrella, que mi ingenio
 miró de trino con aspecto grave!

Yo, que canté del Menalo y Partenio,
 y transformada Angélica süave,
 trágica voz aplicaré sonora

40 a la primera lengua del aurora.

De la abrasada margen de Aqueronte
 a la luz se atrevió por verdes quiebras
 la furia de la guerra, Tisifonte,
 crinada la cabeza de culebras;

215 Atenas vió su imagen en su monte,
 ardiendo el jaspe en viperinas hebras,
 y en vez del cetro el hacha furibunda,
 con que aire, tierra y agua en fuego inunda.

Armado Pandión, su gente ordena
 30 contra Lisandro, rey de Macedonia;
 enmudece la paz, la guerra suena,
 tiembla de Europa la mayor colonia;
 selva parece el mar, y selva amena,
 llena de naves la ribera jonia;
 50 que la falta de ramas, hierba y flores
 flámulas adornaban de colores.

Los dos cabos de Sunio y Cinosura,
 donde el Atica estéril se remata,
 cubren naciones que a probar ventura
 60 pisan por alta mar campos de plata;
 cabo de Maina conducir procura,
 imitando a Corón y Chelonata,
 soldados fuertes, y el valiente Alcino
 la gente de Patraso y Navarino.

85 Entre el Peneo y el famoso Alceo,
 desde Elide y Olimpia, la remota
 Micenas y Argos vienen, y el maleo
 seno, donde desagua el claro Eurota;

70 pasado el promontorio siceleo,
los engios siguen la naval derrota,
y los de Acaya, Tebas y Corinto,
ardientes rayos del planeta quinto.

35 Donde el río Estrimón, del dulce Orfeo
sepulcro transparente, margen pone
al reino Macedón; viene Tereo,
la Tracia a guerra y a furor dispone;
valiente con el Atico trofeo,
amor solicitó que le corone
20 el rey de Atenas, y al nacer su fama,
vencedor macedónico se llama.

85 En un caballo cuya crin enlazan
rosas de nácar a debidos trechos,
tan airoso, que piensa que le abrazan
las altas manos los fogosos pechos;
cuyas estampas aceradas trazan
orbes, que deja con los pies deshechos.
Tan veloces, que aun linceos no divisan,
si en las arenas o en el aire pisan.

90 Los dorados balcones de palacio,
donde fué la hermosura arquitectura,
pues en cualquiera intercolumnio espacio
estaba en vez de estatuas la hermosura,
laureado pasea el joven tracio;
no fugitiva ya, sino segura
95 Dafnes en su cabeza, por la parte
que Venus deja a Apolo y sigue a Marte.

100 De tantas damas la hermosura ociosa
en las lucientes armas de manera
se retrataba, que la más hermosa
sin levantar los ojos conociera;
formando espejos de su luz fogosa,
Progne, princesa ilustre, reverbera
en el armado pecho de Tereo,
que no defienden armas el deseo.

105 Desconociera en su divina cara,
opuesta al sol, su resplandor la nieve,
que porque alguna parte la quitara,
a ser rubio el cabello no se atreve;

110 comienza en pardo y en trigueño para,
pagando en rizos lo que al sol le debe,
sol de sus ojos que le encrespa luego,
para mostrar la vecindad del fuego.

A su dosel estaban coronados
de dos arcos sin cuerda, tan serenos
115 y en tanta luz y actividad templados,
que a ser su fuego más, mataran menos ;
la boca en dos claveles animados,
sin envidiar la grana a los amenos
campos de las mejillas, que a las rosas
120 prestaran sangre a no quedar celosas.

Tierno la mira el rey, no le responde,
tirana de sus ojos, Progne bella ;
que está el amor, si alguno ignora dónde,
en el imperio de una misma estrella.

125 Quien tarde a lo que debe corresponde,
o ingrato paga o no le tiene en ella ;
que en afectos y efectos tan humanos,
si no repugna el cielo, no hay tiranos.

Era Tereo un joven que encubría
130 feroz ingenio con blandura grave ;
ya de enrizar el bozo presumía,
edad que quiere amar, no sé si sabe ;
moreno de color, que permitía
entre menos rigor mezcla suave,
135 alto de cuerpo y de hombros dilatado,
tierno gustoso, y ofendido airado.

Aquella noche Pandión, contento
de presumir el yerno que imagina,
espléndido convite y opulento
140 previene al joven, que a su gusto inclina ;
baja la sombra en el silencio atento,
que la postrera línea al sol termina,
y saca en nube parda e importuna
disforme rostro la purpúrea luna.

145 Sale Progne a la mesa, y de la mano
conduce a la divina Filomena,
ángel por hermosura en velo humano,
gloria a los ojos y a las almas pena ;

150 pintarla Céuxis presumiera en vano,
pero pudiera retratar a Helena,
sin que hurtaran jazmines y claveles
a cinco perfecciones sus pinceles.

155 Rubio el cabello transformar pudiera
la oscura noche como sol en día,
y el de sus ojos convertir en cera
la nieve humana más helada y fría ;
la boca, donde halló la primavera,
cuando el abril al mayo desafía,
la perfección de la primera rosa,
160 dejó, por celestial, de ser hermosa.

165 No diera el cuello a perfección humana
ventaja en la blancura, si no viera
sus manos propias, que la nieve cana
de amor, si no de envidia, deshiciera ;
así de la razón dulce tirana,
las voluntades fugitiva altera ;
así, señora de cuanto ha mirado,
se queda libre en su primero estado.

170 En dos lustros y medio el sol había
doce veces no más corrido el Toro
desde que vieron el primero día
los años, ya por ella siglo de oro ;
la sala toda en suspensión tenía,
así del rey por único tesoro,
175 como por ver en su belleza grave
cuanto naturaleza puede y sabe.

180 Cenó Tereo por los ojos, dando
sustento al alma de otros ojos bellos,
a Progne dulcemente contemplando,
vivo por ellos y muriendo en ellos ;
pero aunque estaba ardiendo, y deseando
la prisión de sus lazos y cabellos,
dicen que, del amor que le tenía,
el eco en Filomena respondía.

185 Bien puede persuadir su entendimiento
quien viere en profecía su victoria,
que sólo puede amor del pensamiento
pasar más adelante la memoria ;

*Derecho del
Progne
como un
reflexo de
tercio por
Filomena*

llegar puede veloz conocimiento
 a prometer de la hermosura gloria,
 amar lo por venir en otro empleo,
 y antes que llegue amor llegar deseo.

Aquella noche el viejo rey de Atenas
 concertadas dejó las tristes bodas,
 de agüeros ciertos y de enojos llenas,
 puesto que alegres y engañadas todas.
 ¿Por qué dulce principio, amor, ordenas,
 donde trágicos fines acomodas?

¡Ay! Dieras ocasión contra su efeto,
 si no te excusa el celestial decreto.

Duerme el contento padre, y cuando mira
 la noche igual los polos estrellados,
 su difunta mujer, bañada en ira,
 le da con triste voz brazos helados;
 él de su sombra en sueños se retira,
 y ella entre mil suspiros abrasados,
 «¡Oh Pandión!, le dice, ¿por qué huyes,
 cuando tu imperio y sucesión destruyes?»

Tienta el anciano rey la débil sombra,
 que le parece que oprimirle intenta;
 ella otra vez con triste voz le nombra,
 y con amores trágicos le afrenta;
 últimamente más feroz se nombra,
 y con pesadó cuerpo le atormenta;
 «Arminda soy», le dice; y él al viento,
 si en sueños puede ser, escucha atento.

«Arminda soy; yo soy tu esposa cara,
 madre de Progne y Filomena hermosa;
 en estas bodas míseras repara,
 tragedia de tus hijas lastimosa.»
 Pintaba cielo y tierra el alba clara,
 aquél de resplandor y éste de rosa,
 cuando afligido el rey triste despierta,
 y el sueño sale por la córnea puerta.

Ya por precisos discurrir los hados,
 ya porque el sueño imaginó fingido,
 los dioses de las bodas invocados
 dió a Progne hermoso y bárbaro marido;

asistieron los numes enlutados
 entre las sombras del oscuro olvido,
 Venus llorosa en el común deseo,
 y muerta el hacha el trágico Himeneo.

En vez de musas, las funestas aves
 cantaron por los frisos y acroteras,
 por las pizarras altas y arquitrabes
 fúnebres himnos, alternando fieras.
 Manda Tereo prevenir las naves,
 rimbomba el bronce herido las riberas,
 y sale del metal la voz fingida,
 alma del viento y ley de la partida.

Abraza Pandión a Progne, y llora,
 dura pensión de un rey, que de su tierra
 destierra, si se casa, lo que adora,
 y a veces para siempre lo destierra;
 retrato Filomena del aurora,
 perlas da a Progne, y en su nácar cierra,
 porque en partidas tales halla gloria
 en conservar su pena la memoria.

Al casto pecho encomendó Tereo
 incastos brazos, cuyo fuego helado
 soplan alas de amor; arde el deseo,
 y queda el fuego por nacer sembrado;
 la nave haciendo sólo el masteleo
 rompe las crespas ondas al salado
 tridente, y los tritones y sirenas
 desprecian por la quilla las arenas.

Mas cuando ya de velamentos carga,
 y soberbias de sí las blancas lonas,
 veloz al viento las escotas larga,
 temblando obencaduras y coronas;
 la tierra, que parece que se alarga,
 en perspectiva muestra las personas.
 y con saber su error, se maravilla
 de ver siempre correr la firme orilla.

Llegó Tereo con su amada esposa
 a la tierra, en que dió, cantando Orfeo,
 pies a la selva de Estrimón umbrosa,
 por cuya orilla vió la del Leteo:

deseo
 retrato

provincia por mujeres siempre odiosa
 270 y lamentable al coro pegaseo,
 que vió su lira, y con mortal tristeza
 sirena de sus aguas su cabeza.

Bañó templado el sol las armas bellas
 del frigio vellocino en su tesoro
 275 un lustro alegre, y vióse en sus estrellas
 el pez de plata cinco veces oro ;
 en tanto que, benévolo por ellas,
 gozaba con pacífico decoro
 Progne su esposo, sin temer desdicha,
 280 que para posesión se tiene a dicha.

Bello Cupido sin anteros nace
 Itis, hermoso niño, al matrimonio
 paz, a amor gloria y bien, que satisface
 sólo, con tanto ejemplo en testimonio ;
 285 la fama, que las mismas cosas que hace,
 deshace, como el tiempo, del mar Jonio
 vuela al Bósforo tracio diligente,
 Mercurio en lengua y alas eminente.

Refiere que la infanta Filomena
 290 creció con tanta gracia y hermosura,
 de tantas partes y donaires llena,
 que el límite mortal pasar procura ;
 Progne, tan lejos de su sangre ajena,
 aunque de celos y de amor segura,
 295 con mil deseos de su hermosa hermana,
 sueña en su vista su esperanza vana.

En los robustos brazos de Tereo,
 tierna, amorosa y dulce se regala ;
 intrépida le dice su deseo,
 300 con que su amor al de su hermana iguala ;
 pasar quiere los campos de Nereo,
 y no sólo la mar, que donde exhala
 Etna fuego voraz, poner se atreve
 con abrasado amor plantas de nieve.

305 ¡ Oh condición de nuestra sangre extraña,
 debiendo ser en los efectos propia !
 Lejos nos solicita y acompaña,
 y cerca nos parece cosa impropia.

El pecho de su esposo en perlas baña ;
 250 en sus ojos mirándole se copia,
 cuando pide mujer, que afecto ardiente
 muestra hasta ver lo que pidió presente.

Tierno Tereo al amoroso llanto
 305 de Progne, dice : «No es razón que a Atenas
 vuelvas, esposa, aunque tras tiempo tanto
 te llamen ansias y te inciten penas ;
 el mar del más valiente horror y espanto,
 montes de sal, euripos y sirenas,
 310 pasan los hombres, que obligados nacen
 a los prodigios que los cielos hacen.

»Yo iré por Filomena ; a mí me toca
 romper las ondas, los escollos duros,
 donde el ático seno desemboca,
 y Estínfalo le ofrece arroyos puros.»
 315 Progne la ausencia juzga, amando, poca,
 los cuidados que en ella están seguros
 no son de amor, que amor cuando ama teme,
 por más que quien se va en amar se teme.

Gustosa Progne, el tracio rey se parte
 320 de la que fué Bizancio, donde ahora
 Grecia, que tanto honró Minerva y Marte,
 bárbaro, sin honor, imperio adora ;
 la ciudad de las aguas mueve el arte,
 que en tanta claridad la senda ignora,
 325 y buscando camino por el cielo,
 niega neutral la deuda al patrio suelo.

A Atenas llega, y Pandión recibe
 su yerno, aun no traidor, y de la pena
 de la ausencia de Progne, alegre vive,
 330 que no la juzga de su pecho ajena ;
 mas luego el joven la traición concibe,
 y le baña los ojos Filomena
 de luz, que le dejó de incendios lleno,
 que suele, ardiendo, ser el sol veneno.

La fama culpa, que alabarla intenta,
 335 y en imposibles lo que dice abona ;
 aumenta el nuevo amor la vista atenta,
 y el ser que va tomando perficiona ;

de la sangre más viva se alimenta,
 340 que las venas del alma no perdona,
 si lo son las potencias, cuya calma,
 como si fuera cuerpo, sangra el alma.

Aquella noche pasa el joven triste
 en mortales cuidados y congojas ;
 345 ya se deja vencer, ya se resiste.

¡ Oh amor, todo lo rindes y despojas !

Ya cuando el alba los jazmines viste,
 vecina al sol de clavellinas rojas,
 fin a su amor indigno constituye,
 350 y el alma a la esperanza restituye.

A Filomena, tierno y cauteloso,
 persuade y oprime a la jornada,
 pintándole de Progne el amoroso
 afecto, de quien es tan deseada ;
 cuéntale que la nombra el niño hermoso
 con amores y lengua regalada,
 y que es retrato suyo en los cabellos
 y en la hermosura de los ojos bellos.

Los palacios espléndidos que vive,
 el oro, plata, joyas y diamantes,
 el quieto mar, que la ciudad recibe
 en hombros de sus puertos circunstantes ;
 las coronadas barcas le describe,
 de tendales de seda y de triunfantes
 laureles, que en la mar forman pensiles
 en popas de cristales y marfiles ;

la pesca por la mar o por los ríos,
 ya de nudosa red, ya débil caña,
 y cómo hasta en los mismos centros fríos
 engaña el arte y la codicia engaña ;
 y en los amenos bosques y sombríos
 valles, tal vez en áspera montaña,
 la caza de las aves y las fieras,
 guerra de burlas y temor de veras.

Dícele que verá rendir leones
 sus encrespados cuellos a los trances,
 que los suelen sacar de los arzones
 del ligero jinete, pertinaces ;

que desbaratan fuertes escuadrones,
y deshacen, feroces y voraces,
armado un hombre, y que segura puede
ver cuanto al fiero el pecho humano excede.

Los jardines le pinta siempre hermosos,
las retóricas fuentes, porque luego
son todas artificios sonorosos,
y las burlas del agua en las del fuego ;
los estanques, que nadan bulliciosos
ánades mansos con lascivo fuego,
y el cisne, que compite con la espuma,
con alta presunción nave de pluma.

CANTO SEGUNDO

Divina Pimentel, si ser pudiese
de Filomena tal la voz y el arte,
que por piedad o gusto suspendiese
de vuestro entendimiento alguna parte,
no es mucho que a la lira permitiese
trágico amor la suspensión de Marte,
y el arco, por las cuerdas más sonoro,
hurtase al ámbar la color del oro.

Si cantara de vos, seguro fuera
que en las mismas estrellas la estampa,
que en vuestro honor la incorruptible esfera
peregrina impresión calificara ;
mas como mi fortuna persevera,
sin reparar en qué la vida para,
hurtos del tiempo son estos deseos,
y de vuestro valor pobres trofeos.

Suspensa al cuello de su padre amado,
las canas con los brazos desordena
del blanco honor del tiempo cultivado,
la hermosa y desdichada Filomena ;
el viejo, de su acento regalado,
rendida el alma, aligeró la pena
de dos ausencias, y por tiempo breve
permite al mar que sus tesoros lleve.

Escoge la privanza las doncellas ;
 las que lloraron fueron más dichosas ;
 pártense al mar, que ya arrogante de ellas,
 donde perlas desprecia, aumenta diosas ;
 de su hermosura las nereidas bellas
 acompañan las naves envidiosas,
 y los tritones, derribando ramas
 de encendido coral, bordan escamas.

Contento manda el ya traidor Tereo
 que cesen las trompetas y clarines,
 y que en su lira algún marino Orfeo
 lleve tras sí las focas y delfines ;
 a Filomena oculta su deseo,

que por celajes ven bárbaros fines,
 aunque a los ojos, cuando más le calma,
 asoma la pasión, parte del alma.

Sentados en la popa, al fresco viento,
 le cuenta del amor varias historias,
 para mover a amar su pensamiento
 con la imaginación de tantas glorias ;
 y como el mar le daba propio intento,
 refiere de Neptuno las victorias
 que tuvo amando tan hermosas damas,
 que su elemento acuoso engendró llamas.

Dijo que en Grecia, desdeñosa en vano,
 Eólida creyó que fuese Anfeo,
 de quien nació Tifonte centimano,
 si no fué parto de la tierra feo ;
 y que de Ceres engañó la mano,
 con que se defendió de su deseo
 en forma de caballo, que pudiera
 serlo del sol en su dorada esfera.

Ya por Medusa, fiero monstruo ahora,
 le pintaba delfín, y del decoro
 de Júpiter blasfemo la traidora
 forma, que se vistió de blanco toro ;
 por quien las flores de Fenicia llora
 Europa más que el virginal tesoro ;
 porque lo natural no causa pena,
 ni en la patria común hay tierra ajena.

Del blanco cisne le pintó la pluma,
 que encubre muchas la traición que intenta,
 abrazada de Leda, en larga suma :
 tales ejemplos los amantes cuentan ;
 y porque de los dioses no presuma
 que en disculpa de amor los hombres mientan,
 de Troco, a quien criaron las nayades,
 Troya, en tus selvas refirió verdades.

De Salmacis los tímidos abrazos,
 y después en la fuente rigurosos,
 que como verdes rúbricas y lazos
 de tierna vid le ciñen amorosos,
 pintó el ardor de los nevados brazos
 entre suspiros dulces y quejosos,
 y que viven los dos en aquel polo,
 con alma duplicada, un cuerpo solo.

Yace una verde selva en un recodo,
 cala del mar, no lejos de su puerto,
 oculto sitio a tales hechos todo,
 y al mismo sol en partes encubierto ;
 allí Tereo, decretando el modo,
 que mira su traición, seguro y cierto,
 quiere por tierra caminar, y luego
 deja las aguas, que vivió su fuego.

Al puerto manda conducir las naves,
 y que llevando a la ciudad la gente,
 a Progne digan que cazar dos aves
 le tiene una hora de su sol ausente ;
 con palabras más blandas y suaves
 niega a la lengua lo que el alma siente,
 y en un barco traslada en blanca arena
 del fiero mar la simple Filomena.

Dale a entender que por aquellos prados
 a su ciudad y casa irán contentos,
 por céspedes de flores matizados,
 sin ver las olas ni rogar los vientos ;
 y que por sauces y olmos acopados
 oirán en naturales instrumentos,
 cansados de las jarcias de las naves,
 los cantos no aprendidos de las aves.

¿Quién te dijera entonces, Filomena :
 «En esa misma selva, en ese monte,
 ave amorosa, cantarás tu pena,
 por todo su distrito y horizonte?»

Huye, tímida virgen, y refrena
 su error antes que Febo se trasmonte,
 o pide al cielo, en tanto mal confusa,
 laurel de Dafne o fuente de Aretusa.

Mas si los hados tienen ya dispuesto
 que por las selvas de la Tracia cantes
 tu engaño, a todos dulce, a ti molesto,
 del nido que te espera no te espantes ;
 da gracias a los cielos con pretexto
 de estar agradecida después y antes,
 pues que te dejan voz con que te quejes,
 y a quien te oyere lastimado dejes.

No es en los males el menor consuelo
 tener discreta voz para quejarse,
 que enternezca la tierra y mueva al cielo,
 partido en quien no puede remediarse ;
 si así mi pluma levantara el vuelo,
 y pudiera mi voz acreditarse,
 no fueran, patria, mis consuelos vanos ;
 pero ¿quién moverá montes humanos?

Bajaba un arroyuelo sonoro,
 traidor al centro de una fuente fría,
 que al verde aliso, al álamo frondoso
 las secretas arenas descubría,
 furioso al mar, en cuyo golfo undoso
 pensó que el nombre conservar podía,
 y como a muchos mata su riqueza,
 en la abundancia vino a más pobreza.

Coronábanle murtas y lentiscos,
 y entre verbena, lirios y espadañas,
 pirámides del agua y obeliscos,
 narciso en flores y siringa en cañas,
 un sitio que a la altura de dos riscos,
 principio de dos fértiles montañas,
 hurtaba sombras, y en invierno nieve
 que destilada en arroyuelos bebe.

Perdía el nombre en la ribera undosa
que antes del mar arroyo se llamaba,
cual suele, en los palacios la ambiciosa
pobreza, que en sí misma libre estaba.
¿Por qué con esa lengua artificiosa,
arroyo, te metiste en mar tan brava?
Si dejaste la margen de tus flores,
bien es que ahora las tormentas llores.

Aquí jamás pastor llegó cansado,
por fresco albergue del ardiente estío,
ni estampa señaló lento ganado
sobre la escarcha del invierno frío ;
en afeitados céspedes el prado
conservaba las perlas del rocío
desde el primer crepúsculo del día
hasta que el sol segunda vez volvía.

A un lado verdes e intrincadas zarzas,
arquitectura natural, un muro
formaban de vallizos y gamarzas,
y en lo interior un laberinto oscuro ;
como suelen temer candidas garzas,
desde el arroyo manso al aire puro,
si vieron pardo azor en peña o rama,
tembló del rey aquí la tierna dama.

¡Qué presto el corazón avisa al pecho
como en forma de lengua está formado !
¡Qué presto a Filomena el paso estrecho
la prevención anticipó al cuidado !
Mas donde no hay sagrado de provecho,
y sólo el cielo sirve de sagrado,
animando la duda la esperanza,
risa suele fingir la confianza.

Tereo allí le ruega que se siente ;
ella le agrada tímida y suspensa,
como al padre feroz niño obediente,
cuando el castigo temeroso piensa.
Entonces él, rendido al accidente
(fuerza de amor, en la ocasión, inmensa),
con voz trémula y débil dijo, y luego
más ánimo le dió su mismo fuego :

«No me pesará a mí, que por ti muero,
morir por ti ; pero pesarme puede
de que si ahora muero, ver no espero
hermosura que al sol, que al cielo excede
que por las aguas de Aqueronte fiero
no hay campo elisio donde el alma quede
gloriosa sin tus partes celestiales,
que roban mis espíritus vitales.

»Libres los dejo ya de que imaginen
en mis tormentos, y que sólo atiendan
que quiero yo que a tu servicio inclinen
de mí cuantos afectos comprehendan :
que finezas de amor me desatinen,
y que temores frígidos me enciendan,
no te debe admirar : que son pasiones
que rinden los más fieros corazones.

»Si a la merced que espero de tu mano
ser mi mujer tu hermana te detiene,
de Júpiter advierte soberano,
que compasión de los amantes tiene ;
mira que los perdona siempre humano,
y que él también por verdes selvas viene ;
pues no es posible que si el norte has visto,
no sepas el engaño de Calisto.

»Por ambición injusta a Prometeo
los dioses dieron pena en vez de lauro ;
por soberbia al gigante Briareo,
y por codicia a la ambiciosa Aglauro ;
pero no por amor, no siendo feo,
en cuanto mira el sol del Cancro al Tauro,
y del León al vellochino de oro,
ni a mí, que humana, y no deidad, te adoro.

»Dios sabe la vergüenza que me causa
decirte aquestas cosas ; mas yo creo
que sabes tú que amor, celeste causa,
produce por efecto mi deseo.»

Aquí puso el desdén tímida pausa
a la atrevida lengua de Tereo,
porque ya le escuchaba Filomena,
más que por los oídos, por la pena.

Cual suele a medio abrir la fresca rosa
la púrpura encender antes que vea
el sol sus hojas, y guardar celosa
las perlas con que el alba la hermosa,
cubrió de Filomena temerosa,
que ya las plantas del laurel desea,
vergonzoso coral la hermosa cara,
a cuya grana el tierno llanto para.

Ni con menos carmín la manutisa
sale de los cogollos, codiciando
saber la causa por qué mueve a risa
abril la aurora cuando está llorando ;
ni de su verde y cándida camisa
a los requiebros de Favonio blando
la flor de almendro de colores sale ;
mas no hay rubí que a la vergüenza iguale.

No quería llorar, porque temía
que el fiero amante su flaqueza arguya ;
y así las pocas perlas detenía,
que se escapaban sin licencia suya ;
con ellas más el nácar se encendía,
que no quiere el temor que restituya
la sangre al corazón, porque comienza
él a ser flaco, y fuerte la vergüenza.

Prosigue entonces el traidor Tereo
su amor, diciendo : «Amada prenda mía,
¿por qué te causa enojo mi deseo,
que antes de amarte yo no te ofendía?
Al riguroso trance en que me veo,
no vine yo porque venir quería :
fuerza fué de mi estrella ; en su fortuna
¿qué desdichado tuvo culpa alguna?

»No puedo, no, dejar de aventurarme,
o quitarme la vida ; y si esto es fuerza,
mejor es enojarte que matarme,
pues más que yo te fuerzo, amor me fuerza ;
piadosa tú, bien puedes remediarme,
pues la razón y la ocasión te esfuerza ;
que más quieren discretos enojados
tener agradecidos que agraviados.

»En esta selva tenebrosa mira
 cuán lejos de la gente nos hallamos,
 a donde ni ave canta, ni respira
 céfiro apenas por los verdes ramos ;
 si el eco me oye suspirar, suspira ;
 no hay otra voz a quien temor tengamos,
 y ése, si nos dijéremos amores,
 eso mismo dirá, que no temores.

»Si me concedes este bien, que puedes,
 te doy palabra y por los dioses juro
 de ser tu esposo, porque cierta quedes
 que más firmeza que traición procuro ;
 mas si, como cruel, no me concedes
 el premio que merece amor tan puro,
 haré... Mas tú querrás, pues bien entiendes
 que el alma, y no los brazos, me defiendes.»

Triste, pero amorosa, Filomena,
 ya encendida en color, y ya robada
 la pura rosa de la tez serena,
 en azucenas cándidas bañada,
 así serena reprimió la pena,
 a las primeras quejas enseñada :
 que espera el bosque en silbos lastimosos
 de su garganta quiebros numerosos :

«No sé, dulce señor y hermano mío,
 cómo pudo caber en tales nombres
 y en tan noble valor tal desvarío,
 afrenta de los dioses y los hombres.
 ¿Qué importa oculto esté lugar sombrío,
 pues es precisa fuerza que te asombres
 de la misma pasión que me refieres,
 por las obligaciones de quien eres?

»Y cuando no te mueva el ver que tiene
 tantos dioses el sitio que has pintado
 (que bien los ve el temor) a que te enfrene
 el castigo de ser lugar sagrado,
 humilde al pie de tu nobleza viene
 sólo a pedirte un don mi amor pasado,
 y es que me des la espada, que ceñida,
 de vencerte mujer está corrida.

»Con ella quiero ver si más hermosa te podré parecer ; que si te mueves a compasión y lástima forzosa, tus deseos tendrán términos breves. Limpia mi castidad, y victoriosa de los deseos que a decir te atreves, mejor parecerá que no manchada, y mataréme yo menos forzada.

»¿Son éstas las palabras que le diste al rey mi padre, aquel tan noble anciano, que en la orilla del mar llorando viste asir tus brazos y besar tu mano?

¿Son éstas las promesas que le hiciste de quererme y tratarme como hermano, y de volverme a su ciudad tan presto?

¡Qué bien lo cumple el deshonor propuesto!

»¿Son éstos los regalos que decías que me habías de hacer, príncipe ingrato?

¿Las verdes huertas y las fuentes frías, o las que yo con lágrimas dilato?

¿Todo el amor que a Progne le debías paga tu obligación con este trato?

¿Al rey, a Progne, a mí y a Dios, Tereo, ha de vencer un bárbaro deseo?

»¡Ay, viejo padre mío, cuánto engaño los dos tuvimos, yo en pedir licencia, tú en dejarme venir, pues tanto daño excusará tan justa resistencia!

Diste la propia oveja al lobo extraño, en justa confianza, sin prudencia ; ninguno con mujer tenerla intente del más amigo y del mayor pariente.

»Por los dioses te ruego que refrenes esa loca pasión ; que si esto acabas, yo te amaré, creyendo el que me tienes, pues que dejas por mí lo que intentabas ; y si resuelto a tu apetito vienes, como antes de escucharme imaginabas, presume que primero dé mi vida que de mi honor serás fiero homicida.»

Tereo, que escuchaba por los ojos,
 áspid de los oídos, dió en la hierba
 con los castos bellísimos despojos,
 que respeto jamás furor reserva.
 Tal suele entre los crespos lazos rojos
 del hambriento león tímida cierva
 palpitando bramar, pero más fuerte;
 que nunca firme amor temió la muerte.

Robusta fuerza del mancebo tracio
 rindió las resistencias femeniles,
 después de haber luchado largo espacio
 con diligencias de artificios viles;
 turbóse todo el celestial palacio,
 cubrieron los auríferos viriles
 de las doradas rejas las deidades;
 dolor no visto en círculos de edades.

Ya se remite a la vergüenza el lloro;
 triunfa la fuerza del traidor Tereo,
 el prado del cabello goza el oro,
 corrido niega amor que fué tan feo;
 ya no se guarda el virginal decoro,
 todo se rinde al descortés deseo;
 que, como el viento bárbaro se atreve,
 algún sátiro vió marfil y nieve.

Mejor aquí tu mano, oh gran Vicencio,
 con el pincel adonde el arte para,
 pues sólo al celestial le diferencio,
 esta forzada Venus retratará;
 la pura honestidad pide al silencio
 dignos colores, porque mal formara
 al respeto el pincel, sin deslucirse,
 lo que ha de imaginarse y no decirse.

Luego que suelta del infame lazo
 Filomena se vió, corrió a la espada,
 pero cayó con más seguro abrazo
 en los tiranos brazos desmayada;
 el corazón, aborreciendo el brazo,
 volvióla en sí, por no se ver tocada
 otra vez del traidor, y a los cabellos
 puso las manos por vengarse en ellos.

En fin, con voz quebrada y lastimosa,
dando perlas al rostro y oro al suelo
de la madeja, aunque revuelta, hermosa,
dijo al tirano de su casto velo :
«Pues no puedo morir, vida afrentosa,
dad voces de dolor, romped el cielo ;
sepa mi hermana la desdicha mía,
y el viejo padre, que a un traidor me ffa.»

Temeroso Tereo de la afrenta
que de saberlo Progne le resulta,
mayor maldad que la pasada intenta,
para que su traición quedase oculta ;
la espada, entre los bárbaros sangrienta,
aunque algún ofendido dificulta
si por ser lengua de mujer fué justo,
colérico desnuda y corta injusto.

Ya fué mujer que se cortó valiente
la lengua con los dientes, sólo a efeto
de no decir, por el dolor que siente,
de algunos conjurados el secreto ;
sus armas son ; ninguno dar intente
más ocasión que es justo, si es discreto ;
que no fiarles nada no es cordura,
y todo a todas siempre fué locura.

Arroja al campo el bárbaro tremendo
el instrumento de la voz sonora,
y vivo las palabras dividiendo,
tiñe el rubí la verde alfombra a Flora.
Espántanse las hierbas, presumiendo
que llora sangre la ofendida aurora ;
cándidas hasta allí las blancas mayas,
del líquido clavel tomaron rayas.

Estaba entre los riscos mal fundada,
pero firme, una torre de pastores,
que de frágiles hiedras abrazada,
la coronaban de robustas flores.
Allí la lleva en lágrimas bañada,
y la encomienda y deja a los mayores,
que la miraran por deidad, en duda,
o siendo primavera hermosa y muda.

A la ciudad se parte, donde espera
 Progne su hermana, y llega enternecido
 con el fingido llanto que pudiera
 si fuera del Canopo el pez fingido ;
 dice que de la mar en la ribera
 Filomena murió, porque ha tenido
 todo el viaje un mal tan fiero y grave,
 que a morir la sacaron de la nave.

Llora Progne, creyendo el falso esposo ;
 cubre luto el palacio, el reino siente
 que se vuelva en dolor tan lastimoso
 la fiesta que esperaba diligente.
 Filomena, entretanto, el nemoroso
 campo mueve a dolor, y tiernamente
 ruega a los ojos que se animen tanto,
 que cuanto siente el alma diga el llanto.

Llorar la vió el aurora, y a más bellas
 rosas dar alma de cristal más puro,
 lágrimas tan hermosas, que con ellas
 enterneciera el pórvido más duro ;
 llorar también la vieron las estrellas
 por las cortinas de su manto oscuro.
 ¡ Ay de quien llora sin cesar un hora,
 y cuando los demás descansan llora !

Bañaban los aljófares la boca,
 pensando que la lengua aumentarían ;
 que lo que a un triste a más dolor provoca
 es ver que de las quejas se desvían.
 La más robusta encina y dura roca
 que en tierra y mar antigüedad tenían
 movieran a dolor ; que se entristece
 cuanto hay criado cuando el sol padece.

CANTO TERCERO

¿ Qué soledad a la que tiene iguala,
 Leonor divina, Filomena hermosa,
 que por los ojos tiernamente exhala,

en vez de lengua, el ánima quejosa?
Deidades altas, que en la etérea sala
la tragedia mirasteis lastimosa
en el teatro de una selva amena,
dadme la voz a mí de Filomena.

Pues mudá vive, cantaré yo ahora
con la voz que después decreta el cielo
lo que dice a la tarde y a la aurora,
tejido en tiernas plumas mortal velo.
Y vos, heroica y celestial señora,
por quien mi engaño equiparó su vuelo,
oíd el fin que le promete el hado
pagando en inmortal ser desdichado.

No os canséis de humillar a mi rudeza
los vivos ojos de ese ingenio raro,
pues cuando toca el sol nuestra bajeza,
se queda en sí tan levantado y claro.
Si es hija la piedad de la nobleza,
¿qué noble fué de la piedad avaro?
Tenedla vos de Filomena ahora ;
que yo hablaré, pues enmudece y llora.

Había ya dêsde el etéreo Toro
del campo superior, que influye en éste,
las doce piezas de diamantes y oro
bañado el sol al trancelín celeste,
cuando, por no fiar en mudo lloro
lengua que sus desdichas manifieste,
quiso que un lienzo hablase a la memoria
de Progne, en que labró su triste historia.

Y mientras que labrando entretenía
con seda y oro su llorosa pena,
dejóle oídos su fortuna impía
para cansarse de escuchar la ajena.
Silvio, jóven pastor, que presumía,
con voz que acreditó rústica vena,
de músico y de amante, a su deseo
dió la esperanza que pudiera Orfeo.
Amaba a Filomena, hermosa y muda,
con que desfiguraba su nobleza
así el rigor de la fortuna muda

en paños viles la real grandeza ;
 y entre otras veces que con esta duda
 era Faetón al sol de su belleza,
 dijo en su lira, en que imitar desea
 el amante feroz de Galatea :

«Hermosa muda, que a esta verde selva,
 sorda también como áspid entre flores,
 a quien el cielo o voz o piedad vuelva,
 viniste a ser veneno de pastores ;
 ya que naturaleza se resuelva
 que no puedas decir a nadie amores,
 con fuertes lazos a tu lengua asidos,
 no cierre por lo menos tus oídos.

»Mármol, y no mujer, hacerte pudo
 Naturaleza al tiempo de formarte ;
 que ser un mármol, cuanto hermoso, mudo,
 más suele ser la condición del arte ;
 que eres imagen de algún templo dudo,
 y quisieron los dioses animarte ;
 pues cuando más con la hermosura enciendes,
 lo que matas mujer, mármol defiendes.

»Hermosa y muda, el alma pone en duda,
 que del amor ingrato se querella,
 si excede la pensión de vivir muda
 la gracia natural de ser tan bella ;
 y al fin la vence, bien que sorda y ruda,
 iluminada ya de tal estrella,
 saber que de piedad Júpiter lleno,
 con quitarte la voz templó el veneno.

»¡ Oh, si quisieras tú tener oídos,
 ya que no tienes lengua, en mis enojos ;
 que no todas las veces advertidos
 suelen estar a la verdad los ojos !
 Por principales tengo los sentidos
 que jamás se gobiernan por antojos ;
 siempre entra al alma, que a su fuerza *inclina*,
 por los oídos la razón divina.

»No son éstas razones de pastores ;
 Amor me las enseña, no los sabios ;

que bien puede enseñar cosas mayores
quien hizo a su valor tales agravios.
Ya es tiempo, Filomena, que no llores ;
duerman los ojos, pues lo están los labios ;
y advierte que tendrás, si fueres mía,
cuanto sustenta el mar y el monte cría.

»No los mariscos, al peñasco asidos,
cuyos salados cóncavos desagua
retrógrados cangrejos, parecidos
al signo que del sol por signo es fragua ;
no los lustrosos nácares bruñidos,
que engendran perlas de la tez del agua,
que algunos atribuyen al rocío ;
tal fueras alba tú del llanto mío.

»No la carne de varios caracoles,
en duras cartiláginas ceñidos,
con capas de diversos tornasoles,
en cárcel patria, donde son nacidos,
y entre verdes corales, que los soles
tienen fuera del agua endurecidos,
armados de sutiles guarniciones,
los átomos del mar, los camarones ;

»tendrás la grande raya, la corvina,
el saludable mero y el robalo,
el congrio, que se pesca a la marina,
y tinto de esmeraldas el fisalo ;
la pintada murena sin espina,
el sabroso salmón, orfo y timalo,
anguilas, que la higuera en su aspereza
detiene, como el oro a la belleza.

»Tendrás, si quieres caza, el monstruo fiero
de Adonis matador, la fugaz liebre,
el pavoroso ciervo, que ligero
la flor apenas de la hierba quiebre ;
el grueso tordo, el perdigón primero ;
y porque más tu gusto le celebre,
en el campo verás con luz fingida
la atónita perdiz sin lazo asida.

»Frutas si quieres, pálida camuesa
afeitada tendrás con oro y grana,

la cermeña olorosa y débil fresa,
 y en túnica de mezcla la avellana ;
 la nuez sabrosa en cuatro partes presa,
 y disfrazando el agrio la manzana
 con capa de color, y las endrinas,
 sin velo blanco calcedonias finas.

»No sé por qué desdeñas mis amores,
 pues no me desengañan estas fuentes
 de que son mis facciones y colores
 del límite de un hombre diferentes.

Oblígate de mí, no te enamores ;
 y pues que ves, no digas que no sientes ;
 que Fílida por mí celosa llora ;
 ¿por qué desprecias tú lo que ella adora?

»Tú callas. Habla, Fílida, ¿qué tengo,
 que lo que mueve más menos me mueve?
 Ella me abraza si del campo vengo,
 tú me miras a mí dos veces nieve ;
 tan necias esperanzas entretengo,
 que me doy de vivir término breve,
 y el no matarme en tanto mal consiste
 en que te alegres tú de verme triste.»

Filomena, que ya labrado había
 el lienzo de su historia, confiada
 en el amor que Silvio la tenía,
 por señas se le dió, si bien turbada ;
 y prometió ser suya el mismo día
 que le pusiese de su hermana amada
 en sus manos, discreto ; que un discreto
 es la llave más fuerte de un secreto.

Obligado el pastor de que tuviese
 ribera su esperanza en que embarcarse,
 la corte vió, sin que temer pudiese
 que en él pudiera el bárbaro vengarse ;
 y como el rico lienzo Progne viesse,
 que rico de dolor puede llamarse,
 por las figuras y labrada letra
 todo el suceso trágico penetra.

Atónita miraba las labores,
 las figuras, realces y matices,

con más diversidades y colores
que España celebró belgas tapices.
Las claras fuentes y las vivas flores
alegraban los casos infelices ;
de suerte que entre tantas variedades,
apenas lastimaban las verdades.

En el primer cuadro se embarcaba
Filomena llorosa, y la ribera,
que el viejo padre con dolor miraba,
corre el barco veloz, la nave espera ;
en el segundo, en alta mar volaba
entre los vientos prósperos ligera ;
después la tierra en que los dos salían,
ya flores, ya corales guarnecían.

Con tal primor la playa estaba llena
de los bucios lustrosos, arrojados
del ímpetu del mar sobre la arena,
las conchas y los nácares dorados,
que mostraba la mano estar ajena
de la dura ocasión de sus cuidados ;
porque pintar los males diestramente
desacredita mucho al que los siente.

En otro cuadro el atrevido amante,
y que ella se defiende temerosa,
por más honestidad puestos delante
los altos olmos de la senda umbrosa ;
la victoria del bárbaro arrogante,
y desmayada Filomena hermosa ;
de suerte que moviera el caso feo
cuando no fueras tú, feroz Tereo.

Miraba allí, sin que el dolor lastime
al fiero trace, que a la mano ingrata
en la garganta, que la aprieta, imprime
letras de sangre en láminas de plata ;
que mientras más los músculos oprime,
más encendida en púrpura dilata
la boca, en que la lengua lastimosa
mostró cual suele, al sol pimpollo en rosa.

Después cortada, como fué, se vía
del campo que bañó sangrienta aurora,

Como
señala
o
señala
de
mudros
con
escas

que de la boca lágrimas vertía,
 aunque inocente, de su daño autora ;
 con esto vió la torre en que vivía,
 la soledad en que sin lengua llora,
 los campos, los pastores, y en un prado
 a Silvio tiernamente enamorado.

Entonces Progne, levantando al cielo
 el rostro, en tiernas lágrimas bañado,
 midió la tierra, convertido en hielo
 de las mejillas el color rosado.
 Atento Silvio al daño, y no al consuelo,
 piensa que fué de su dolor culpado ;
 huye el palacio, porque en él sucede
 que se castigue más quien menos puede.

Sale de la ciudad, las fuentes mira,
 los árboles, los bosques y los prados,
 y díceles : «¿Qué Júpiter, qué ira
 por altos me llevó techos dorados?
 ¡Cuánto el humano proceder delira
 en la vana ambición de los estados !
 ¡Qué mal defienden las mortales leyes
 a los que están más cerca de los reyes !

»Si yo de un hora de palacio sola
 me vi tan cerca de perder la vida,
 quien vive en él entre una y otra ola,
 ¿por dónde escapa el alma sumergida?»
 Cuando Febo las nubes arrebola,
 y la guedeja aurífera tendida
 dilata al mar, por cuyos campos corre,
 llegó a la breve patria de su torre.

Alegre le recibe Filomena,
 que es la primera vez que en todo el curso
 de un año Silvio la miró sin pena,
 y le escuchó su rústico discurso.

Progne, de varios pensamientos llena,
 en la vecina fiesta halló recurso
 del dios que con fanáticas mujeres
 a Venus calentó, bañando a Ceres.

Entonces, sin maridos, libremente
 andaban a su gusto disfrazadas,

y aun ahora también, el dueño ausente,
donde son las licencias excusadas.

Baco, dios libre, libertad consiente,
sus fiestas, siempre a Venus reservadas,
y más cuando se da término breve,
y a la nobleza en hábito de plebe.

Por varias sendas coronadas iban
con cintas de color, fingiendo señas,
para que los amantes aperciban
sitios, oh amor, que al hurto breve enseñas.
No de otra suerte alegres se derriban
traviesas cabras de las altas peñas
a la sal que el pastor en piedras pone ;
la honestidad a la ocasión perdone.

Allí los instrumentos bacanales
retumban en tirados pergaminos,
y el aire, que ocupaba los metales,
alternaba los versos de los hinos ;
los pies, al alterado son iguales,
mezclaban con mudanzas desatinos ;
que sólo ser airosos y pequeños
era gala y cuidado de sus dueños.

Progne, de verdes pámpanos ceñido
el cabello, aunque suelto, oculto al viento,
salió, el dorado tirso revestido
de verde hiedra de la punta al cuento ;
el hombro izquierdo de la piel vestido
de un ciervo, tan pintada, que el intento
trocó naturaleza artificiosa,
copiando un tigre y variando hermosa.

Coturno de morada y blanca seda,
con varios lazos de diamantes y oro,
el pie con lo que más se atreve enreda,
sin ofender el femenino decoro :
tal se vió el cisne de la hermosa Leda,
y tal hirió, llevando a Europa, el toro
el alma que aplicaba más al hado,
por donde le arrimaba el pie nevado.

La nieve, que los lazos descubrían,
de más estimación que los diamantes,

en quien los más helados se encendían,
por precios de cuidados daba instantes.
Doncellas de alta sangre la seguían,
a quien también los tirsos arrogantes
hiedra tenaz vestía, el hombre pieles,
y formando los pámpanos doseles.

Entró Progne en la torre, y Filomena,
que apenas conoció, llegó temblando ;
ella, con menos ánimo que pena,
aunque animosa, la abrazó llorando.
Ya los pastores de la selva amena
se trasladaban a la torre, cuando,
cansadas de llorar, hablar quisieron,
y aunque más lo intentaron no pudieron.

De tal manera el movimiento para
de entrambas el dolor, que, puesto en duda,
quien no las conociera no juzgara
cuál era entonces de las dos la muda.
Allí el placer algún lugar hallara ;
mas como estaba el alma tan desnuda
de consuelo mortal, venció la pena
a Progne y la piedad a Filomena.

Viste Progne a su hermana, y los opimos
pámpanos cubren su cabeza hermosa,
haciendo un velo de hojas y racimos,
seguro a toda vista sospechosa ;
los lazos más hermosos y más primos,
que hicieron rubio al sol, la nieve y rosa,
cubiertos de los verdes, defendían
que abrasasen las almas que solían.

Silvio, que vió llevar la causa bella
de su dolor, presume que es su hermana ;
amoroso la sigue como estrella,
que no furioso como tigre hircana.
La escuadra fugitiva le atropella,
y el joven, con la dulce, aunque tirana
pasión mayor que sufren nuestros ojos,
al imposible rinde los enojos.

Miraba el ancho mar presuntüosa
roca, que parte en agua y parte en tierra

as dos jurisdicciones, ya amorosa
y ya feroz, gozaba en paz y en guerra ;
por la parte del agua cavernosa
salados charcos de marisco encierra,
y como ramos por la tierra cría,
un sátiro de mármol parecía.

Aquí Silvio subido, aquí sentado.
pálido en su cristal miró su muerte,
que en espejo mayor no le ha mirado
romano cónsul, ateniense fuerte.
«¿Por dónde sale, dijo, un desdichado
con alto pensamiento y baja suerte,
ondas del fiero mar, que estoy sufriendo?
Mas ¿qué os pregunto yo, si lo estoy viendo?»

»Amé, no supe a quién ; supe que amaba
a quien me aborreció, pero sabía
que por mucho que entonces me olvidaba,
menos que la adoré me aborrecía ;
en sus puertas la noche me buscaba,
y en las mismas también me hallaba el día ;
que fuí su flor del sol, ella mi oriente,
mis ojos mar, y nunca estuve ausente.

»Ahora sí que las desdichas mías
la apartan para siempre de mis ojos ;
causa fatal para acabar mis días,
y en tan breve vivir tantos enojos.
¡ Oh vosotras, nereidas y amadrías,
del mar y de los árboles despojos !
¿Cuándo visteis amor y desvarío
tan firme y desdichado como el mío?»

»Llorad todos, llorad mi desventura,
y el fin que fué tan cierto a mis sospechas,
las unas con honrar mi sepultura,
las otras con cantar tristes endechas.
Si dura el mal cuanto la vida dura,
no son estas lazadas tan estrechas
que no las pueda desatar la muerte,
ni es lo que acaba el mal medio tan fuerte.»

Diciendo así, piadosamente fiero,
se arroja al mar, que sin estampa alguna

la nieve de la espuma vuelve acero,
con que cortó la vida, y su fortuna
surtió tan alta, que al lugar primero
con balas de agua lastimada impuna
porque no le detuvo ; pero luego
trocó los orbes en mayor sosiego.

Las ninfas, con piedad puestas delante
en un delfín su cuerpo convirtieron ;
que, como fué de Filomena amante,
tan amigo de música le hicieron.
Así pudo las aguas arrogante
pasar el mozo, que anegar quisieron,
donde sin nave, lienzo, leva y zarpa
su escama fué bajel al son del arpa.

De túnica cerúlea Silvio mira
cubrir su cuerpo y la escamosa punta
entre fingidos círculos, que gira,
surtiendo espuma a la cabeza junta ;
líquida sal en vez de humor respira,
en plomo vuelve la color difunta ;
navega el mar, y sin temer su abismo,
es galera y piloto de sí mismo.

Llorosa Filomena en tanto, estaba
sin voz satisfaciendo a Progne triste,
que más de su dolor se lastimaba,
cuanto su justo crédito resiste.
(¡ Itis, su hijo, a la sazón llegaba :
en qué crueldades la piedad consiste !
Miróle Progne, retratando al padre,
mejor hermana que piadosa madre.

Apártale de sí toda furiosa ;
el niño más se allega y más la mira ;
ella mira a su hermana, y vergonzosa
llora de amor, y de dolor suspira.
«Tú hablas, dice, bárbara y piadosa,
y Filomena muda se retira
de mirar a los dos ; ¿qué haré, qué espero ?
Mas ¿qué consejo como amor y acero?»

Por los cabellos crespos veloz coge
al tierno infante, y la cabeza inclina ;

al cuello corta, el bello cuerpo encoge,
que en la tierra formó débil ruina.
Así las hojas pálidas recoge,
pisada del pastor, la clavellina,
y sobre sí la dormidera verde
al sol ardiente la diadema pierde.

Guisan las dos, ¡oh gran maldad!, turbadas,
los pedazos sangrientos, y en la mesa
ponen, menos contentas que vengadas:
vengarse alegre, y lo que cuesta pesa.
Entre frutas de agravios sazonadas
come Tereo de sí mismo, y cesa
el orden natural; que tanto alcanza,
frenética de celos, la esperanza.

Suspira Progne, acuérdase Tereo
del tierno infante, y que le traigan manda,
teniéndole delante, caso feo,
y aun en sí mismo, en forma de vianda.
«¿Qué dudas conocer, bárbaro ateo,
le dice Progne, al que en tus venas anda
como alimento ya, de que estás lleno,
que no mata el menor tan gran veneno?»

»Y pues víbora ha sido tu arrogancia,
y el corazón, de fieras sierpes hecho,
engéndrale otra vez de tu sustancia;
romperá como víbora tu pecho.»
No dando a su dolor mayor distancia,
de un éxtasis en lágrimas deshecho,
Filomena salió, salió vengada
la cabeza del niño en vez de espada.

Suelto el cabello, abiertos más los ojos,
el tronco de la lengua mal formando
voz inarticulada, los despojos
le tira al rostro y se acercó bramando.
Tereo, ardiendo en ira, los enojos
por las ardientes venas dilatando,
prueba arrojar el alimento triste,
que, como está en su esfera, se resiste.

A Erimnis fiera, a Tisifonte invoca,
y las almas del Erebo tremendo,

rompiéndose los dientes y la boca,
 su vida y sus desdichas maldiciendo ;
 a Progne, que con voces le provoca,
 con la desnuda espada va siguiendo ;
 revuelve a Filomena y no la alcanza,
 que es ciega por codicia la venganza.

Por un balcón se arrojan, perseguidas
 de la alta espada y la razón sangrienta ;
 las desiguales hebras esparcidas
 cuelgan del aire, que tenerlas tienta ;
 a Júpiter movieron las dos vidas,
 y cuando Progne breve fin intenta,
 plumas siente cubrir el pecho helado,
 el pico entre las plumas dilatado.

«Traidor, iba a decir, cuando presumas...»
 Y no pasó de aquí, porque turbada
 quedó con negras y lustrosas plumas,
 menos la blanca toca transformada ;
 las alas ya con infinitas sumas
 medio círculo forman, y admirada
 la primera región del ave nueva,
 por los campos diáfanos la lleva.

Mas ella, aun no segura, dando saltos,
 prueba el temor, y reiterando el vuelo,
 dorados techos de palacios altos
 alcanza y vive despreciando el suelo ;
 con quejas, con amor, con sobresaltos,
 moviendo la mayor deidad del cielo,
 Filomena la sigue cuando mira
 que, vuelta en ave, por hablar suspira.

Las rubias hebras del cabello hermoso
 en plumas vuelve de color tostado ;
 la boca en pico dulce y sonoroso,
 con tiernos silbos el hablar vengado ;
 el pecho en instrumento numeroso,
 los breves pies en junco delicado,
 y el cuerpo en soledades consumido,
 voz sola en corta rama y débil nido.

Ya ruiseñor, y no mujer, conserva
 de Filomena el nombre y la memoria ;

para los bosques que vivió reserva
en dulces versos lamentable historia,
tan peregrina al mundo, cuanto acerba,
por dar con propia pena ajena gloria,
que es gran consuelo, cuando son mortales
a quien los oye enternecer, los males.

Ya pues estás, oh Filomena bella,
para cantar dispuesta eternamente
con esa voz, que con envidia de ella
por Marsias se confiesa Febo oriente ;
canta la gran Leonor, y di que en ella
el cielo concurrió benignamente,
para que nos quedase ejemplo raro
de cuanto puede ser ilustre y claro.

Dile lo que no sé, y agradecido
intento con mi rústica ignorancia ;
que pues amor me enloqueció atrevido,
la ignorancia de amor es elegancia ;
si la vida me dura, del olvido,
que ya debe de haber poca distancia,
con el suyo saldrá mi nombre en pena
de haber cantado mal a Filomena.

SEGUNDA PARTE

A LA ILUSTRÍSIMA SEÑORA DOÑA LEONOR PIMENTEL

Aunque para vuestra señoría no sea necesario este advertimiento, es argumento de la segunda parte de esta fábula la contienda del *Tordo y Filomena*, que afligido y envidioso de verla cantar suave y doctamente, se le opuso en desaffo, como Marsias a Apolo con la flauta de Pallas, y a risa de los dioses. *Filomena* trae por padrinos tres aves o tres hombres científicos; defiende lo que ha cantado: *El Isidro, La Arcadia, El Jerusalén, Las Rimas humanas y divinas, El Belén, El triunfo de la fe, El Peregrino, La Angélica y las Comedias*. Vuestra señoría los oiga, y juzgue que el abubilla que trae el tordo a este duelo, y otras iguales aves, que aun no merecen nombre, luego volverán las espaldas, que el divino sol de su entendimiento les dé en los ojos. Dios guarde a vuestra señoría, como deseo.—*Lope de Vega Carpio*.

Canté, clara Leonor, la dulce historia
de Filomena viva, ahora en muerte,
si muerte puede ser en tanta gloria;
vos permitid que en su desdicha acierte.
No penséis que hay batalla sin victoria,
sin enemigos resistencia fuerte.
Más queda que llorar a Filomena;
que no hay estado sin pensión de pena.

Dichosa el ave cuyo infame canto
 no pone al cazador dulce codicia,
 porque si canta y es al mundo espanto,
 allí pone más fuerza su malicia ;
 que aunque es verdad que aquel respeto saca
 a la virtud se debe de justicia,
 como el alma no es gracia que se hereda,
 no hay hombre que ventaja sufrir pueda.

Estando Filomena agradecida
 al cielo, que le dió dulce garganta
 para contar la historia que, advertida,
 no menos que su voz al mundo espanta.
 soberbio un tordo, negra piel vestido,
 las alas viles a intentar levanta
 ser faetón de su sol en desafío ;
 vos juzgaréis, Leonor, su desvarío.

Que puesto que contiene su contienda
 lo que suelen llamar filosofía,
 y de mi dulce musa se pretenda
 clara, distinta y fácil armonía,
 que ingenio tan feliz la comprehenda
 será disculpa del amor y mía ;
 quien no la tenga no me escuche, en tanto
 que a más heroico fin la voz levanto.

No es todo para todos ; vos, divina
 entre humanos ingenios, dad oído
 al tordo, que la voz fingida inclina
 a Filomena, a quien inquieta el nido.
 Sed vos Apolo, en tanto que declina,
 puesto que aurora sois, que yo atrevido
 más al amor que al rudo entendimiento
 cantar más alto que hasta ahora intento.

A vos, señora, pues, a la armonía
 de vuestro raro ingenio, a la excelencia
 con que os llama su nombre el mismo *Apolo*,
 a quien mi inculta musa, que ser más
 bastaba por disculpa ;
 pero por no tener un yerro solo,
 confiesa que debiera en tanta culpa

y más siendo de ingenios competencia,
consagraros a vos de polo a polo
cuanto excelente fuera,
si hubiera ley que obligación pusiera
a lo que no es posible ;
y así, divina luz, claro imposible,
a quien mi tosco y rudo entendimiento
promete celebrar en solo indicio
de humilde sacrificio,
en tanto que el primero movimiento,
que esto puede la pluma,
puesto que eternos mármoles consuma,
alterare los orbes inferiores,
dando veloz desvelo
a los ojos flamígeros del cielo,
ofrece mi rudeza, que a mayores
estilos no se atreve,
una fábula sola
a vos ; que tanto agradecido debe
mi amor bien empleado, amor fundado
en los méritos más que en las estrellas.
¡ Oh fénix española,
que merecís por vos más que por ellas
la verde laureola
con que la frente ornasteis,
cuyos zafiros altos igualasteis
con arte, voz, espíritu y cuidado !
Oíd la competencia,
pues la desdicha oísteis
de Filomena, ruiseñor ahora ;
veréis la envidia de su infusa ciencia
en pájaros que apenas conocisteis,
que más cantan de noche que al aurora.
Oíd la voz sonora ;
dulcísima y suave.
del ave que en la verde primavera
escucha el soto, el valle y la ribera.
Oíd, Sibila, vos ; oíd, señora ;
seréis juez en tanta diferencia
mientras la noche teme su presencia,

que con tal distinción orna y colora
 cristales, plantas, flores,
 aduerme celos y despierta amores.
 Oíd, Leonor, el son ; oíd el ave,
 no en verso forastero oculto y grave,
 con nudos como pino ;
 no feroz, no enigmático, más puro,
 suelto de la prisión de sus tiranos,
 que, de erizado, impenetrable y duro,
 cansa por deleitar, hiere las manos.

Crióse un tordo negro y no lustroso,
 de plumas de otras aves envidioso,
 al son de la mecánica armonía,
 de quien jamás perdió la consonancia,
 si bien le despreció con arrogancia,
 con ser propio Quirón de tal Aquiles ;
 y así, con engañada fantasía,
 acuchillando el aire las sutiles
 alas, pasó de Tetis las espumas,
 y fué a mudar las plumas
 desde las pajas de su pobre nido
 a la academia ilustre que ha tenido
 mayor nombre en el mundo ;
 y allí Platón segundo,
 perdone la ironía,
 que Pitágoras no, que no sabía
 callar sus propias faltas,
 cuanto más las ajenas,
 el número añadió por las almenas
 de aquellos edificios,
 a cuyos frontispicios
 Grecia humilló sus célebres liceos.
 Dióle su lengua la divina escuela,
 por lo menos principios y deseos,
 que es imposible al de Etiopía el baño,
 y allí después con presunción y engaño ;
 así entre garzas cuervo infausto vuela
 entre fénices rojos, amarillos,
 blancos, azules, verdes ;
 ¡ oh vana presunción, a cuántos pierdes !

Enseñaba ignorantes pajarillos,
y para hacer a los mayores mengua,
decía que en secreto
les daba los escritos de esta lengua,
porque ignoraban todos su dialecto ;
y de lo que ignoraba,
que es propio de ignorantes, blasonaba,
y astuto, mas no sabio, como Ulises,
a cuestras su soberbia por Anquises,
y por penates bárbara poesía,
que ni en latín ni en español sabía,
salió de las escuelas,
y pensando valerse de cautelas
entre pájaros legos cortesanos,
en cuya condición se prometía
poder solicitar aplausos vanos,
llegó a las puertas áulicas un día.
Luego se le ofreció la portentosa
fábrica de ignorantes, que la fama
diciendo mal presumen que se adquiere,
y tiñendo la pluma latinosa
en el ajeno honor, lució la llama
al torno de la débil mariposa,
Icaro de su luz, sol en que muere,
quedando más ardiente y victoriosa ;
que el envidioso ciego
de añadir combustible sirve al fuego.

Estaba en este tiempo Filomena
en una selva amena,
trinando la garganta
con tan suaves puntos y redobles,
que la escuchaban álamos y robles
y el alma de la más ingrata planta ;
ya con la lidiamista entristecía
del valle los pastores,
ya con música frigia,
y el aire hallaba sueño entre las flores
bastante a sosegar el agua estigia ;
ya con música frigia,
como a Alejandro el dulce Timoteo,

más que el bronce animado,
y el parche a pausas en el centro herido,
intrépido furor daba al oído,
y a las armas el plectro delicado.
No la historia cantaba de Tereo,
cuando con oro letras escribía
a la venganza, en que el agravio para,
sino del cielo el ínclito trofeo,
que el Antártico polo le ofrecía,
con sangre viva calentando el ara.
La envidia, que declara
presto su inclinación, al miserable
tordo infestó de suerte,
que esforzando la voz para su muerte,
desafió la dulce Filomena,
con risas de los dioses, que al notable
espectáculo nuevo
de Marsias y de Febo,
de Aragne y Palas, a la selva amena
con verdes lauros y sagradas vestes
bajaron de los cóncavos celestes,
y a las estrellas igualó su arena.
Los Píldes y Orestes
que trajo el tordo fueron la abubilla
y el ave infelicísima a Castilla ;
mas trajo Filomena
la que pronosticaba imperio en Roma,
ave cesárea, de esmeraldas llena
la frente, más serena
que el Iris, que del sol colores toma,
o exprimiendo la imagen de la luna,
y siendo desde lejos
espejo circular de sus reflejos ;
y el gallo más valiente
que en la palestra coronó la frente,
y que Marte pudiera,
no el carro, honrar con él su quinta esfera ;
y haciéndole una peña dulce sombra,
traída por reliquias del Parnaso,
y una ciudad que nunca tuvo miedo,

que la firmeza nombra
alta imperial Toledo,
propuso el nuevo caso,
pidiendo grata audiencia
a tan celestial circunferencia,
donde era el tordo un punto
indivisible, aunque a la envidia junto.
«¡ Sacros planetas, Filomena dijo,
que dejando la máquina conforme
para la producción de efectos varios,
y aquel asiento en las estrellas fijo
con que queréis que al uno el otro informe
para medios que son tan necesarios,
venís a ver el fin de dos contrarios !
Vosotras, altas, imperiales aves,
y las que con sonora melodía
también tenéis preceptos de poesía,
que disponéis en números suaves ;
peñas, árboles altos,
ni de hojas verdes ni de ramos faltos,
oíd mi voz, y escuche al tordo Midas,
pues nacen cañas, que del viento heridas,
descubren las orejas en castigo ;
vergüenza es ver tan flaco el enemigo ;
pero veréis que en este dulce canto
su inútil voz condeno a eterno llanto.

Erige el hombre al cielo la cabeza,
porque cualquiera obra tal figura,
cual es más apta, al movimiento tiene,
al cielo adorna circular belleza,
piramidal al fuego, que a la pura
llama inmortal eternamente viene ;
ésta con la diamétrica conviene
al hombre, a quien el corazón anima,
en la mitad del pecho colocado ;
por eso el sol asiste a los planetas,
donde cual centro luz igual imprima ;
y siendo de Pitágoras llamado
gran animal el cielo, en sus perfetas
partes por corazón el sol dispuso,

aunque Platón le puso
sobre el orbe argentado de la luna,
respecto de que Venus le eclipsara,
como la bella Cintia, vez alguna
que entre la tierra y él se interpolara.
¡Qué es ver su hermosa fábrica vestida
de figuras, si bien imaginarias,
el carro de Erictonio en trece estrellas,
la nave, aunque sin vientos, impelida
por el celeste campo a partes varias,
y en el camino universal febeo
las deidades que huyeron de Tifeo!

»Es una luz el claro entendimiento
que Dios al alma infunde ;
no es de saber el hombre lo infinito :
Platón excluye al arte en su argumento,
sin que de ellos permita disciplina.
Nada es sin causa alguna en que se funde ;
todo tiene su número prescrito,
con el cual se termina.

Es sustancia sensible y animada
el animal ; al hábito no puede
hallar la privación fácil entrada ;
la corporal acción en lo que es mueve,
el alma no, porque es fuerza que quede
inmovible en sus actos, que no ocupa
lugar el alma, que el lugar es cuerpo,
y otro ocuparle debe,
y el alma no, como la esfera última,
que de todo lugar se desocupa.

Quien no lleva temor, camina en cuerpo ;
nadie en las horas sabe la penúltima.
Llamó la natural filosofía
dilatación del claro sol al día.

Quien define la ciencia en algún modo,
define la ignorancia ;
quien de las cosas improbables quiere
sacar la conclusión va errado en todo.
No ha de usar silogismo a lo imposible

el que disputa, ni se da en distancia
debida proporción, si es infinita.
La enunciación cualquiera parte adquiere
de la contradicción ; inaccesible
es al hombre la ciencia circunscrita
en la eterna deidad ; que es en lo oculto
creer y no entender el mejor culto.
Quien la naturaleza considera
de alguna cosa así, también debería
los accidentes de ella.
La forma es fin de la materia, y ella
también el fundamento
para la sucesión de formas varias.
Medir el movimiento
es del tiempo la esencia ;
con las cosas contrarias
las contrarias se curan ;
las violentas no duran.
Si los cielos tuvieran existencia,
tuviera nuestro sér ser transmutable,
mas nunca el orden rompe.
Por calor natural lo generable
vive, y por el extraño se corrompe.
El ánima es principio, por quien vive,
siente, entiende y se mueve,
por las partes que debe,
de quien virtud recibe
todo animal, y un acto
del orgánico y físico
cuerpo que en su potencia vida tiene ;
siempre es más sabio el de más blando tacto.
Tratan acerca de un mismo
género el metafísico,
dialéctico y sofista,
por más que todo fuerte silogismo
a la verdad resista.
Perpetuo y corruptible, no se miden,
y así de otras potencias se dividen
nuestros entendimientos, siempre abstractos,
del cuerpo. Las potencias

se distinguen por actos, y los actos por objetos de tantas diferencias.

Repercusión del aire que respira, a la arteria es la voz, y las colores son causa que las cosas sean visibles ;

a eternidad de permanencia aspira todo ente natural ; los resplandores del sol de día las estrellas ciegan ;

las especies que son inteligibles son el lugar del alma intelectual ; siempre a mover los apetitos llegan debajo de razón del bien que priva, o ya existente o aparente sea.

Nunca naturaleza sin los medios de opuesto a opuesto va, que es repugnancia, ni hay cuerpo que del alma sea sustancia.

El principio primero en una ciencia ha de ser firme en ella y conocido.

Hay esta diferencia

del lógico al filósofo : que el lógico demostrativamente

sabe lo que el filósofo ha sabido con argumento firme y analógico, clara y probablemente.

Las cosas que tenemos conocidas acerca de nosotros con aquellas que la naturaleza comprende, pocas y siempre son mal entendidas, aunque se estudie en ellas.

De tres maneras la amistad se entiende : honesta, deleitable y provechosa.

De la mujer hermosa, que siempre reverencio, el mayor ornamento es el silencio.

Mas, ¿ dónde me ha llevado, por la diversidad de estas sentencias, deseo de cantar, si os he cansado eslabonando tantas diferencias ?

¡ Cuánto mejor me fuera que con himnos homéricos

eternas gracias y alabanzas diera,
deidades inmortales,
que dejáis para oírme
los círculos esféricos
de vuestro reino firme,
a tanta inclinación a mi justicia,
conociendo del tordo la malicia!
O ya que mi rudeza se acobarda,
loara los ingenios peregrinos
que aquí me apadrinaron.
Mas ¿qué diré del águila gallarda,
que imprime en los del sol rayos divinos,
si sus alas de sombra coronaron
mi inocencia, a dos líneas retirada?
Callar y obedecer a la fortuna.
¿Qué diré de aquel gallo que pudiera
formar espanto al animal que tiene
más breve el corazón por la abrasada
furia, que a dilación mayor repuna,
cuanto más al que nace en la ribera
del sardo mar, o por los montes viene
del arcadio Partenio,
en cuya odiosa voz se ve su ingenio?
¿Qué diré de la peña del Parnaso,
archivo de Esculapio, que entre peñas.
bañado de las aguas del Pegaso,
deposító su módico tesoro,
con quien fueran pirámides pequeñas
y sin valor, aunque le diera el oro
las que guardaron tantas diferencias,
que a las artes y ciencias,
que el Protoplasto reservó al incendio
de tantas iras y celestes fraguas,
sirvieron de defensa y de compendio,
y de nave a la fiera
inundación de las futuras aguas?
»Más, oh Toledo, tú, ciudad primera
en la corona de la madre España,
salve, lustre y honor de la ribera
del Tajo, por quien osa Manzanares,

ceñido de mastranzo y de espadaña,
entrar en competencia con los mares
donde nace el coral, y desafía
sus perlas con su arena,
y la sangre de Tiro con las rubias
que en sus corrientes saludables cría ;
que apenas ven la imagen sin sus lluvias,
y con alguna cándida sirena
el más fuerte delfín, la mayor foca,
y el caballo del mar celeste, a veces,
con plateados peces ;
salve, y a tu dorada pluma y boca
rindan la lengua griega y la latina
los Píndaros, los Enios.

A todos, pues, ¡oh ingenios !,
dignos de eterna, inextinguible fama,
la ingrata para amor, gloriosa rama,
ciña de verdes y triunfales hojas.
Y tú, que de mi dulce voz te enojas,
oh ave para mí negra e injusta,
la garganta inexhausta
de maldecir a quien jamás te ofende.
en tus pequeños músculos extiende,
y advierte que, presentes las deidades.
no has de mentir, sino cantar verdades ;
y perdona el apóstrofe forzoso,
oh tú, negro cantor, si no agorero,
que para responder descansar quiero.
Éste, escuchad, oh numes celestiales ;
éste es aquel que a Filomena infama ;
éste es aquel que en desafíos tales
al estudio inmortal niega la fama ;
éste es aquél, gramático y retórico,
no por usar de término anafórico ;
éste, escuchad ahora,
aunque porque callé se va la aurora,
que con mi dulce canto
suele enjugar las perlas de su llanto ;
suspensa en mis memorias,
y de Troya olvidando las historias,

escondese en las flores,
que le dieron por lágrimas colores.»

Así cantó la dulce Filomena,
y así, Leonor ilustre, engrandecía
la juventud del águila, que baña
las alas en la fuente de Helicon :
así al francés Simón, por quien la arena
de Manzanares oro y perlas cría,
después que honró su docta pluma a España ;
y así del doctor Peña la corona,
con que Apolo filósofo laurea
su digna frente, en quien mirar desea
el árbol fugitivo,
tan amoroso ya cuanto era esquivo ;
y así del gran Tribaldos de Toledo
el nombre, que a los tiempos causa miedo ;
pues quedarán vencidos,
el inmortal sobre mayor esfera,
y ellos entonces de correr corridos.
Mas oye, pues me llama
con nuevo aliento Apolo,
si bien tu nombre solo
pudiera darme fama.

Apenas enlazó su dulce pico
mudo silencio, y suspiró en los ecos
la voz enamorada de Narciso,
cuando en aplauso el prado, entonces rico
de la copia de Flora, y los más secos
remotos valles dieron dulce aviso
de la futura gloria al pretendiente ;
liberal una fuente,
la margen excedió, de cuya risa
la hierba hurtó cristal, las perlas flores,
que luego en sus colores
camaleones fueron.

El tordo entonces con la voz remisa,
que no le obedecieron
valles, fuentes y prados,
desató la garganta a los templados
vientos, que algunos de su parte había ;

pero no es sabio quien del viento fía ;
 y mirando risueño la abubilla,
 que estaba ya cobarde y amarilla,
 aunque el eco se hacía mudo y sordo,
 dijo con voz retórica de tordo :

«Las partes son de la oración, senado
 amplísimo, ilustrísimo ,
 ocho, según Antonio las escribe :
 nombre, pronombre, etcétera ; mas, dado
 que fué varón doctísimo,
 en cuyos libros su memoria vive,
 prolijo y nimio escribe ;
 mas a personas de tan altos méritos
 no quiero hablar de género y pretéritos ;
 pero decir que son de la doctrina
 las letras fundamento
 en la lengua caldea,
 en la sagrada hebrea,
 la griega y la latina.

De la caldea fué inventor primero
 Abraham ; de la hebrea, Moisés santo,
 si bien antes tenían los hebreos
 la letra de Fenicia ;
 y de ella, de Agenor el heredero
 a Grecia trajo la que estiman tanto.
 De los egipcios, mereció trofeos
 Isis, su reina, y con igual codicia
 las latinas halló Carmenta sabia ;
 el uso de las cuales por el mundo
 fué universal, exceptas las naciones
 bárbaras, cuyo error su lumbre agravia.
 De su composición fué autor segundo
 Donato, Servio, y con Prisciano Ognicio,
 Diómedes y Roberto.

Trata de la gramática el oficio
 de las letras latinas lo más cierto ;
 de la oración las partes,
 sílabas, pies, acento, ortografía,
 que importa a tantas artes ;
 de la etimología,

del metaplasmo, tema y barbarismo,
de la fábula, historia, verso y prosa.

Afirman los autores,
y lo apruebo yo mismo,
que de todas las lenguas, las mejores
son la hebrea, la griega y la latina.

De aquellas tres prefiero
a la griega en razón de su dulzura,
y ser la más sonora, hermosa y pura.

Divídese, aunque ahora peregrina
de aquel valor primero,
en jónica, en común, ática, dórica
y eólica; la nuestra en la romana,
latina, mixta y presta.

Halló Jano la presta y su teórica,
antiguo rey de Italia, y la latina,
abrasada la máquina troyana,
el rey latino, y dícese que en ésta
fueron escritas de Solón las leyes.

La romana, después que de los reyes
Roma triunfó con libertad divina,
en quien fueron famosos Plauto y Enio,
Virgilio, Nevio, Horacio, Hortensio, Ovidio,
aunque no los envidio
con mi divino ingenio,
ni a Catón, Cicerón y Quintiliano,
dilatado el romano

Imperio, entró la mixta,
que en Italia y España confundieron,
cuando juntas se vieron
con tantos barbarismos,
impropia locución y solecismos;
por tanto, a la gramática se debe
que allí no se acabase,
cuyo cuidado quiere que no pase
la línea a quien el bárbaro se atreve.

En la pronunciación el son y acento
muestra en efecto el modo y fundamento
de la composición, con diligencia,
y la separación de las vocales,

líquidas, mudas, consonantes ; ciencia
 que en números iguales
 enseñan cómo el verbo rige el nombre,
 en qué modos conviene
 con él también, y en cuántos
 con el antecedente y relativo
 su conveniencia tiene ;
 asimismo el activo y el pasivo,
 neutro, común y deponente ; trata
 del nombre y el pronombre,
 y a mil diversidades se dilata.
 Esta es la fuente original perene ;
 de su líquida plata
 bebieron los primeros rudimentos
 cuantos tienen asientos
 en el templo glorioso de la fama,
 a quien sacro laurel la frente enrama.
 Mas, ¿cómo os canso yo? ¿Cómo os fastidio?
 Pasemos a materias levantadas :
 ¿Qué sentís de Virgilio? ¿Qué de Ovidio
 y las odas de Horacio celebradas?
 Pero leed a Higino y a Macrobio,
 contra algunos poetas más airado
 que contra España el Jovio.
 ¡Qué duro es Silio ! Estacio, ¡qué cansado !
 Lucano, historiador más que poeta.
 ¡Qué libre Juvenal ! Marcial, lascivo.
 ¿Qué diré de Propercio, de Tibulo,
 que hicieron con Catulo
 impreso triunvirato?
 ¿Qué del Cartaginés? ¿Qué de Lucrecio?
 ¿Qué del trágico Séneca, que precio
 por no mostrarme a nuestra patria ingrato?
 Y pasaré en silencio
 a Dámaso, Juvenco y a Prudencio,
 y por santo a Oriencio ;
 mas no perdonaré a Nemesiano,
 Ausonio y Claudiano.
 De los griegos no quiero decir nada,
 que apenas sé leer la lengua griega,

y es hablar del color la vista ciega :
pero en Quinto Calabrio fué excusada
la imitación, con que arrogante vino
a seguir la deidad del Venusino ;
pues fué soberbio y loco,
y en traducirle el Valereo Jodoco.
Perdono entre modernos a Pontano,
Tarcañota, Segundo, Angeriano,
Petrarca, los Estrozas y Vulteyo,
Filelfo y Sanazaro, y tanta copia
del estilo plebeyo,
gente cansada, bárbara e impropia.
Pues, ¿qué, si hablara acaso
de la lengua vulgar entre españoles,
nubes, en quien los otros fueron soles,
Boscán, Mendoza, Herrera y Garcilaso,
sin otros de menores jerarquías?
Primero el sol las puertas del ocaso,
última parte de los breves días,
bañara en oro y púrpura sangrienta.
¿Qué es ver tanto ignorante, que comenta,
sin entender, el alma de Virgilio?
¡Oh musas, dadme vuestro sacro auxilio !
Pero será materia indigna al canto
de un ave como yo, de ciencia llena ;
porque, si en voz me gana Filomena,
yo a ella en la teórica, que tanto
estiman las escuelas de los sabios,
que de naturaleza los agravios
supo el arte vencer, y al fin me espanto
que Tulio la engrandezca,
y al arte la anteponga y desvanezca,
sabiendo que Aristóteles decía,
padre de la mejor filosofía,
que en el nacer ninguno
merece o desmerece :
tal es el natural sin arte alguno.
El arte sí que adorna y enriquece ;
él da luz al diamante
y perfección al oro.

Naturalmente, Filomena canta,
siempre trágica amante ;
yo con arte aprendido,
que a quien me escucha espanta,
pues hablo en lo que ignoro,
dándome grato oído,
admirados de ver que tan pequeño
intrépido me arroje,
y que a los dioses de la tierra enoje.
Mas, como el alma es de esta casa el dueño,
y la virtud unida
más fuerte viene a ser que dilatada,
y con el arte la región vencida
del aire fué de Dédalo pisada,
yo sé muy bien que puedo,
no digo ser Tifonte,
pero poner a las estrellas miedo :
y sin temer la pena de Faetonte,
volar de este horizonte
a la casa del sol, y en breves alas,
si ser tu ave, oh Jove, me concedes,
llevar a Ganimedes
a las doradas salas ;
que el águila, conmigo,
es tórtola cobarde,
y el gallo, mi enemigo,
cantor entre mujeres,
franco en la rubia Ceres,
entre quien hace alarde
de las pintadas plumas,
pues peñas son espumas
y Toledos aldeas.
Presto, como de márgenes leteas,
saldrá de mi museo
mi lámpara en tinieblas,
que quitará las nieblas
a los ojos del vulgo y al deseo ;
veréis allí lugares declarados,
hasta ahora tan mal interpretados,
y que a Gelio y Turnebo

faltó la luz de Febo ;
de Lambino y Durancio
y Lipso veréis presto
que todo fué cansancio ;
yo soy a todos un divino opuesto.
Mirad este pico y esta cara,
este negro lustroso.

Oh, dioses, ¿cuál me escoge por suave,
si quiere ser dichoso?

Que aquí mi dulce voz cansada para,
porque si replicare, como muestra,
pueda volver más fuerte a la palestra.»

Dijo, desvanecida el ave impura,
funesta a nuestros ojos ;
que teme engaños de la sombra oscura
quien causa envidias y sospecha enojos.
No se movió la selva ; solamente
le murmuró la fuente,
y esparcido el ganado
que bajaba un pastor del monte al prado,
dió groseros balidos ;
los pájaros se fueron de sus nidos,
silbando al orador, y los oyentes
arrugaron las frentes,
al satírico tordo aborreciendo.

Filomena dulcísima, creyendo
que más información era importante,
solicitó el silencio circunstante,
y templando la voz con el suave
céfiro que en las aguas sumergía
las varias plumas que vistió aquel día,
movió la lengua en dulce acento y grave,
de suerte que a escucharla parecía,
por verla tan sonora,
que bajando otra vez la blanca aurora,
purpúrea comenzaba a sonrojarse ;
las flores, que la vieron duplicarse,
a sus plantas las hojas previnieron
por volver a bañarse.

Y en vez del blando aljófara aparente,
el engaño bebieron.

Enmudeció la fuente,
que dejando la margen que tenía,
las guijas, trastes ya de su armonía
y menudas arenas,
de polvos de oro llenas,
dilató su cristal por todo el prado.

Mirándole de flores esmaltado
por un espejo transparente el cielo,
como pintura que en lugar de velo
por los cristales muestra las colores,
así debajo de las aguas flores.

Escucha, pues, Leonor, el dulce canto,
ya parte de tu honor, que estimo en tanto ;
que si la protección toca a los sabios,
reciben como propios los agravios.
¡ Oh, pues, premia mi amor, que el tuyo solo
tiene más precio que el laurel de Apolo !

« Senado ilustre y claro,
dijo el ave amorosa,
templando el pico en la primera rosa ;
si con largo y retórico proemio
solicitar adulación quisiera,
en este siglo avaro
de la divina Astrea,
que con doradas alas
se fué a juzgar a las etéreas salas,
huyendo la mentira atroz y fea,
temiera el justo premio,
que entre deidades culpa mortal fuera,
e indigno agravio en el terreno gremio ;
y así, pienso que puedo
con breve exordio prevenir el miedo.

» Después que oí la voz de mi enemigo,
la materia que trata,
a lo que llega su arrogante ingenio,
la condición con que al mayor amigo
más venenoso mata,
y que la envidia fué su propio genio,

ni quiero que Cilenio
me influya, dicte y mueva,
ni que dulce Hipocrene
bañe de ambrosía pura
mis labios, ni volver con fuerza nueva
a la palestra dura,
donde a cantar sus ignorancias viene.
¡Oh mísero gramático,
sólo en acentos y oraciones práctico!
Y aun pluguiera a los dioses soberanos
que oraciones y acentos
supiera entre arrogancias espumosas.
Todo es ostentación y engaños vanos,
entre ignorantes a su lengua atentos;
no aquí, donde las aves más famosas
común han hecho el fénix en España,
que en las fuentes del sol las alas baña.

»Afrenta al vencedor el vil sujeto;
pero por mi modestia, que en efeto
nunca yo la perdí, ni en la tragedia
del infame Tereo,
mi prudencia indignó su mal deseo;
que el sufrimiento la mitad remedia
de un trágico suceso,
que suele la venganza doblar tanto;
comenzaré mi canto,
defensa de otros que canté en distintas
silvas, si no fué llanto;
ya en dilatadas voces, ya en sucintas,
del arcadio Ladón y el Erimanto,
del Tajo y del humilde Manzanares,
y en las riberas fértiles sagradas,
de cedro y terebinto coronadas,
del río que venera los altares
de la cuna del sol, que al sol dió vida,
y de su muerte la postrera cama.
Oíd, dioses, oíd; que mi ofendida
sonora voz a la palestra os llama;
mi voz, que de mi patria aborrecida,

no en todas, en algunas intenciones.
halló lugar en bárbaras naciones.

»Apenas en mi nido,
que de pajas torcidas fabricaba
mi padre, de los montes procedido,
donde Pelayo a España restauraba
del africano fiero,
¡oh amor, de la tragedia autor primero!,
de plumas vi cubierto el blanco pecho,
a sus puntas humor comunicando,
y siendo ya deshecho,
nuevas alas el céfiro cortando,
mostrarme tantas tierras,
ciudades altas y nevadas sierras;
cuando con dulce canto,
aprendido de tantos ruiseñores,
que con varios colores,
ceñidos de laurel y rojo acanto,
enseñaban los tiernos pajarillos,
di muestras de llegar al palio santo.
Pero antes de esta edad, en la más tierna,
cuando la sangre a la razón gobierna,
y a los cantores grillos,
cogidos en los trigos,
cárceles fabricaba,
versos sin forma de embrión brotaba:
y cuando a los pintados colorines
con los nuevos amigos
la liga cautelosa les ponía,
y el alba de claveles y jazmines
la frente componía,
yo mis versos también, con viva fuerza,
a quien sin arte el natural esfuerza;
mas luego que con él, y que tenía
en la filosofía
seguro el fundamento,
que sin ella mil ciegos van a tiento,
diciendo desatinos,
canté mejores versos,
imitando los griegos y latinos.

Y cuando ya los vi puros y tersos,
dándome aliento juveniles años,
canté de amor las iras,
verdades y mentiras,
y entre tantos engaños
rimas llamé también sus desengaños.
Mas ya la primavera
animaba los árboles desnudos
con verdes almas por los troncos rudos ;
las aves daban música a las flores,
y una fuente parlera
a la noche contaba sus amores,
cuando ninfa cruel, que yo quería,
de aquella verde selva
eco el amor la vuelva,
otro pájaro amó, grande y lustroso,
yo pienso que oropéndola sería,
del bosque a Manzanares toldo umbroso,
mas rico de vestidos y colores,
pero no de tan dulce melodía,
aunque cantaba en oro sus amores ;
Elisa se llamaba
la ninfa, y era tan hermosa y bella,
que el sol se la llevó para su estrella ;
ésta, porque yo quise
vengarme amando a Nise ;
Nise, que me adoraba,
y a quien cantar solía
luego que amanecía
el alba entre sus ojos,
mandó, por dar venganza a sus enojos,
a un cazador, que en lazos me prendiese.
Prendióme, y de mi libre patrio nido
despojóme atrevido,
sin que yo le ofendiese,
y en su cárcel me tuvo tiempo largo,
que a los presos jamás parece breve ;
y con injusto cargo
(así tal vez a los jueces mueve
ira, amor y codicia)

desterróme de selvas y de prados,
disfrazada en justicia
la venganza amorosa.

»Yo entonces de pastores y ganados
despedíme llorosa,
y ellos también lloraron,
mayormente una vez que me escucharon
estas tristes canciones,
con más suspiros y almas que razones :

»—Sola esta vez quisiera,
dulce instrumento mío, me ayudaras,
por ser la postrimera,
y que después colgado te quedaras
de este sauce verde,
donde mi alma llora el bien que pierde.

»Contra la selva Caledonia entonces
iba la armada del monarca hispano :
seguí las gavias y banderas rojas,
sin espantarme tronadores bronces,
fuerte invención del alemán Vulcano,
supuesto que pasé varias congojas.
Allí canté de Angélica y Medoro
desde el Catay a España la venida,
sin que los ecos del metal sonoro
y de las armas el furioso estruendo
perturbasen mi Euterpe,
sirviendo el mar de arroyo sonoro,
como en los prados fértiles corriendo,
que se transforma en cristalina sierpe ;
y para dar aliento más famoso
al estilo amoroso,
con dulces locuciones y colores
la pólvora dió olor, las jarcias flores,
las velas verdes toldos y doseles,
y los desnudos árboles laureles.
Volví desde los blancos albiones
a la torre famosa del tebano,
donde puso el romano
eternas inscripciones ;
y desde allí a las selvas y montañas,

por donde, manso y ledo,
el Tajo celebrado,
dormido entre mastranzos y espadañas,
pretina de cristal ciñe a Toledo,
por sus ingenios fértiles dorado
más que por sus arenas,
retratando en sus aguas sus almenas.
Salve, dije a la cuna
del noble Garcilaso,
honor de España, a quien cruel fortuna
quitó la vida; ¡oh lamentable caso!
¡Que villanos le diesen muerte fiera
a quien la envidia perdonar quisiera!
Y tú, Gregorio Hernández, dije luego,
que a Virgilio nos diste castellano,
aunque a pesar de la mejor sirena,
en tus sacras cenizas arde el fuego
de tu memoria, que deshace en vano
olvido injusto de la gloria ajena:
que de tu culta vena
no puede eternamente
dejar de estar España agradecida,
ni tu patria de darte inmortal vida.
¡Oh tú, Pedro Liñán, que injustamente
quiere el Ebro usurparte,
como Calabria a Títilo divino,
preciado de tu origen, para darte
lo que de ti recibe!
Pero responde el Tajo cristalino
que por tus versos vive,
y que te vió nacer desde sus ruedas,
donde devana eternamente plata.
Tú, pues, que al docto Sanazaro heredas,
no sé si diga que es tu patria ingrata.
¡Oh, Francisco Gutiérrez! Vive y viva
la corona de flores
que entre laurel y oliva
musas latinas a tu frente ofrecen;
pues si las hay mayores,
mayores tus virtudes las merecen.

Dije en los altos montes ; y los sotos
y valles más remotos
se alegraron de verme,
y el Tajo, donde duerme
con sueño más profundo,
surtiendo plata y perlas,
el parabién me daba ;
la envidia me miraba,
monstruo el mayor del mundo,
pesándole de verlas,
con los ojos torcidos ;
yo siempre con modestia,
sufriendo su molestia,
alegré los pastores bien nacidos,
y fuí favorecida
cuando más perseguida
de aquél a quien el Tormes
humilla entre pizarras
el arrogante pecho,
que ciñen suaves e intrincadas parras,
y del valor divino satisfecho,
y las hazañas a la luz conformes
de aquel alba primera,
que ya es planeta de la quinta esfera,
paga tributos fértiles y opimos
Ceres en blanco pan, Baco en racimos.
Canté versos *bucólicos*
con pastoril zampoña, melancólicos ;
que siempre tiene amor los fines trágicos,
todo celos, temor y encantos mágicos.
Allí cubrí con áspera corteza
príncipes generosos,
almas nacidas en los ricos paños
de la mayor nobleza,
iguales a los reyes poderosos,
que no villanos bárbaros y extraños.
Así pienso que fueron los idilios
de Teócrito griego,
fundados en amor, si noble, ciego,
cuya invención se debe a los concilios

de aquellos labradores,
músicos de las aras de Diana,
si ya no son de Orestes los cantores,
Tindárida la diosa siciliana,
mezclando los estilos, los amores ;
mas comoquiera, vienen disfrazados
el gran rey Ptolemeo
entre selvas y rústicos ganados,
y Lícidas también Mitileneo,
Frasidemo y Antígenes,
que no cantó con la sonora trompa
del ciego Melesígenes.

Pues, ¿qué diré del claro Mantuano,
por más que el tordo bárbaro interrompa
fundamento tan llano?

¡Cuántas veces cantó claros Mecenas
y fuertes capitanes belicosos
en pastoriles fístulas y avenas !

¡Cuántas veces los reyes generosos
con los versos que hurtó de la Sibila
de aquella edad, que leche y miel destila
por olmos, alcornoques y laureles !

Mas él, que no penetra los linteles
de las puertas jamás en los escritos,
todo lo llama errores,
todo ignorancia y bárbaros delitos,
sin consultar los clásicos autores ;
mas ¿qué ha de hacer, que su soberbia ciega
la luz del sol le niega,
y piensa que se escriben de villanos,
los pies sobre los trillos,
las hoces en las manos,
derribando los trigos amarillos,
o las sabinas por los montes canos
con el destal agudo,
al golpe respondiendo el valle mudo,
los versos sibilinos
de los cónsules dinos,
que a las selvas los lleva el gran poeta?

Pero ¿quién sufrirá los desatinos
de la crítica seta?
¿Quién esta gente mísera, ignorante,
con ingenio pedante,
que a Dios la mano abrevia,
sin ver que cada día
sale del bello sol la aurora previa,
y que en España Sanazaros cría,
tan bien como en Parténope la bella,
intrépida doncella,
de la parte mejor que el mundo tiene,
que a ser su reina viene,
pues distancias, edades y lugares
constituyen ingenios singulares?

»Esto canté, y en mis primeros años
Amor fué mi maestro,
Anacreonte diestro ;
pero luego pasé de sus engaños
con más ilustre genio
a dirigir la pluma y el ingenio
al patrón Mantuano,
que canté con estilo castellano,
despreciado en España injustamente,
si bien menos hinchado y elocuente,
después que con los versos extranjeros,
en quien Lasso y Boscán fueron primeros,
perdimos la agudeza, gracia y gala
tan propia de españoles,
en los conceptos soles,
y en las sales fenices ;
y así, ninguno lo que imita iguala ;
y son en sus escritos infelices,
pues ninguno en el método extranjero
puso su ingenio en el lugar primero.

»Mas, ¡ay, ave infeliz para la envidia,
a quien tanto fastidia
la fama y gloria ajena,
de triunfos, arcos y laureles llena !
Cayó mi dulce *Isidro*
en un villano pozo,

mas no perdiendo el gozo,
que mal pueden romper lanzas de vidrio
en armas de diamante,
ni pincel ignorante
borrar la simetría
de la figura que pintado había
con divinos colores ;
antes guardan mejor campos de flores
las márgenes de espinos ,
que fríos desatinos
de ingenios envidiosos
descubren más las almas,
como las fuertes palmas,
que resistiendo al peso,
levantan más los ramos victoriosos.
De este feliz suceso
pasé a la *Dragontea*,
y las cerdas del arco,
a pesar de Aristarco,
en la resina indiana ;
allí, dulces e infusas
las antárticas musas
ciñeron de corales, como grana
del rojo pez de Tiro,
mis sienes españolas,
y codició su mar con altas olas
agradecer al Tajo
tan lucido trabajo
en término tan breve.
Mas, como nunca paga lo que debe
la patria, dejé aparte
las trompetas de Marte,
y canté las desdichas
de un peregrino en ella,
mejores para dichas
de quien tuvo en nacer la misma estrella.
Esto en el claro Betis,
donde le esperan Anfitrite y Tetis,
de pacífica oliva coronado,
entre barcos de plata y oro echado,

y Herrera, honor del griego y del latino,
a pesar de ignorantes, fué divino.
Después, volviendo al Tajo, desatado
el cuello perezoso
del carro de las candidas palomas,
triumfo de Venus y de amor vendado,
padre del tiempo ocioso,
en el sacro Jordán mi musa embarco ;
y en olorosas lágrimas y aromas
del Líbano frondoso
pasé de nuevo el arco,
y despreciando bárbaros amores,
canté los belemníticos pastores.
Hallando más ventajas
en adorar un sol nacido en pajas
que en vanas hermosuras,
no pude deshacer tantas pinturas ;
pero pinté sobre ellas
canciones al Autor de las estrellas,
nuevas rimas, divinas, amorosas.
Y porque ya para mayores cosas
me llamaba la edad, troqué la lira
en la trompeta heroica de la fama.
Y como ya canté la dulce cuna
donde al divino sol parió la luna,
en veinte libros la postrera cama,
donde venció Ricardo al Saladino
en las riberas del Jordán divino,
que del fruto dorado de sus palmas
coronaba las frentes y las almas ;
Ricardo, pío inglés, abuelo santo
de los mejores reyes de Castilla,
conquistadores de la gran Sevilla,
puerta de un mundo que nos honra tanto,
pues por España antárticas regiones,
que ignoró Ptolomeo,
saben el evangelio y fe de Cristo,
y llegan los castillos y leones
a la cama de Apolo Didimeo,
como por Luso al polo de Calisto.

Decidle al ave fúnebre, deidades
trocando por verdades
este envidioso tema,
que emprenda algún poema
que intente honor a España.
Es la reprensión fácil hazaña ;
pero el tomar la pluma
no se concede a todos.
¡ Oh, cuántos que blasonan de mil modos
que desprecian humana competencia,
en la más breve suma
nos muestran sin prudencia
su engaño y su ignorancia !
Del decir al hacer hay gran distancia.
Canté la historia trágica
de quien se ríe el tordo,
siguiendo los antiguos escritores :
todo es verdad lo de la nave mágica ;
pero ¿ cuál envidioso no fué sordo
y ciego a sus divinos resplandores ?
Los episodios que ilustré mayores,
que paréntesis deben
en el docto retórico,
no comprehenden al poeta histórico,
puesto que necios críticos lo aprueben ;
ni comencé mi historia
por el huevo de Leda.
Mas no tiene memoria
quien lee con envidia,
que como le fastidia
que ajeno honor le exceda,
no hay cosa heroica que agradarle pueda.
En el fin imité cuantos poetas
claros celebra Italia ;
pero si Ovidio y el divino Estacio
están en lengua siria,
envidia, para ti mal interpretas,
¡ oh Momo de Acidalia
cuyo chapín te ofende !,
la imitación que ignoras

y mi humildad pretende ;
mal en la playa tiria
te causa Garcerán, gloria de España ;
Manrique, honor de Nájera y Triviño,
cuyo valor desdoras ;
mal con tu negra tinta
presumes detener cándido armiño
a quien la aurora en sus jazmines baña,
y pone el sol en su dorada cinta.
A Ismenia el arte pinta,
como a Camila el docto Mantuano,
el Taso a Arminda bella,
y el Ferrares la hermosa Bradamante.
Pero mejor se alaba el castellano
de la ilustre doncella
que llamaron Varona,
que al rey aragonés prendió arrogante,
origen del linaje Baraona.
Mas es la admiración, cual siempre ha sido,
hija de la ignorancia ;
Juana fué ejemplo restaurando a Francia,
sin otras mil mujeres varoniles,
más que Alejandro, Héctores y Aquiles ;
ni de Cenobia despreció Aureliano
triunfo y laurel, ni el ser restituído
Enrique de la fuerte Margarita,
el acero belígero en la mano,
y en el cabello espléndido esparcido
el peine de marfil ; alta victoria
desde el espejo al campo solicita
Semíramis valiente ;
pero mejor en la sagrada historia
Débora, israelita,
gobierno de tan ínclitos varones ;
mas quien no ve la luz, tampoco siente.
Yo canté, finalmente,
los mártires japones,
porque mi voz no agradeciese sólo
el mar que el Duero, el Tajo, el Betis bebe,
sino el que tiene por cenit el polo

más oriental ; pero sin causa emprendo,
aunque al honor se debe
daros satisfacción, si la tuvisteis,
aves, selvas y montes ;
aunque pienso que ofendo,
pues que mi voz oísteis,
dilatada por tantos horizontes
desde la infancia mía,
si os acordáis cuando cantar solía :

»—La verde primavera
de mis floridos años
pasé cautivo, amor, en tus prisiones.

»¿Qué monte, selva o fiera
no se movió con escuchar mis daños
en estas y otras célebres canciones?
Mas haced reflexión en la memoria
de novecientas fábulas oídas
por toda España, y muchas dilatadas
al pacífico mar ; que no hay historia
que tantas nos proponga referidas,
cuando más estampadas,
que a menos humildad causaran gloria ;
y así, debe advertirse
que esto no es alabarse,
a nadie preferirse,
a nadie aventajarse ;
es sólo defenderse
y a viles objeciones oponerse ;
pues que por ley divina
y humana se concede
la natural defensa,
naturaleza inclina,
en cuanto el hombre puede,
a resistir la ofensa.
Y pues las leyes quieren
que el honor se anteponga
aun a la misma vida,
justo derecho adquieren
los que, cuando se oponga
la envidia fermentada

a la verdad con actos adquirida,
 intenten su defensa, y de su furia
 se libren con modestia.
 Las leyes llaman lícita
 la defensa del hombre ;
 a la fuerza y la injuria,
 al agravio y molestia,
 común es este nombre
 y el natural derecho de las gentes.
 Sufren los inocentes
 los agravios ocultos,
 mas no podrán los públicos insultos.
 Murmura el blando céfiro y las fuentes
 no haberme defendido ;
 luego fué permitido
 dilatar mi defensa en versos cultos.
 Si los jurisconsultos
 la acusación presumen por envidia,
 por ella es bien que reprobarse deba ;
 calumnia el que no prueba,
 la mentira fastidia,
 supuesto que nos mueva
 vestida de retóricos colores.
 Deidades, selvas, montes, fuentes, flores,
 no quiero más defensa
 que ser vosotros cándidos testigos
 de la voz que escuchasteis tantas veces :
 ya os consta de la ofensa,
 y aunque, dulces amigos,
 seréis también jüeces ;
 que yo doy fin aquí por no cansaros
 y por tener lugar para alabaros,
 Todos sabéis mi pena ;
 defended vuestra dulce Filomena.»

Ya de las fuentes la sonora plata
 que por las altas márgenes bullía,
 manso ruido de cristal desata,
 aplauso justo en música armonía ;

alegre por el prado se dilata,
y nuevas a los árboles envía
con el crespó Favonio, que le hurtaba
las blancas perlas que a las hojas daba.

Ya las aves también, que al dulce canto
estuvieron atentas, respondían
con acordadas voces, y entretanto
las selvas la victoria conferían ;
cuando teñido de envidioso espanto,
de ver que darle el premio proponían,
el tordo quiso responder, haciendo
con las funestas alas ronco estruendo.

Pero los dioses luego decretaron
la sentencia en favor de Filomena,
y a su eterno silencio condenaron
el tordo, que hoy con tal vergüenza suena ;
y que si hablare, por piedad mandaron
que solo sea, del delito en pena,
lo que aprendiere con mortal fatiga,
sin saber lo que dice, aunque lo diga.

Canta, fénix del bosque, canta, alado
espíritu, que en venas tan sutiles
escondes voz que el inmortal senado
escucha por los cándidos viriles ;
mezcla con suavidad, clarín sagrado,
sin que puedas temer pájaros viles,
al género cromático y diatónico,
con intervalo dulce el inarmónico.

Haz puntos sustentados, haz intensos,
haz semitonos, diesis y redobles,
que vivirá tu voz siglos inmensos
entre almas puras, entre ingenios nobles ;
así penetra el sol círculos densos,
y a la ruda segur los toscos robles
caen del tiempo, agricultor sin fama,
cuando palma inmortal nubes en rama.

¿Qué importa que cornejas, que siniestra
infame multitud de rudas aves

aniquile tu voz sonora y diestra,
si semínimas son para tus claves?
Desciendan a la música palestra,
y tus decenas altas y suaves
verán olimpos, donde el tiempo llama
eternas las cenizas de tu fama.

FIN DE "LA FILOMENA"

LA ANDROMEDA

LA ANDROMEDA

(MADRID, 1621)

En el mismo volumen que encabeza La Filonema apareció, en cuarto lugar, este poema, unido al primero, además de por el lazo bibliográfico, por el genérico, ya que ambas obras son de carácter mitológico.

Unidos, pues, por el género, tienen ambos poemas también los mismos defectos. En La Andrómeda se desarrolla un asunto mitológico greco-latino de los que el Renacimiento resucitó. Lope, como poeta que sigue las corrientes renacentistas en España, trata estos temas míticos con aquella sinceridad convencional de los poetas que toman los mitos como mero ejercicio poético academicista, mas sin poner el fervor que pusieron los poetas italianos del Renacimiento. Estos poemas mitológicos, en manos de un poeta español del XVII, católico, no pueden ser sino tan sólo un tema en el que pueden lucirse las habilidades poéticas y los conocimientos humanísticos, que vienen a ser como el ornamento barroco de los poemas que, si no cantan ideales que el poeta siente, ponen de manifiesto la habilidad técnica y la maestría culta del autor.

La Andrómeda narra en versos cuidados la conocida fábula de Perseo, que convirtió a Fineo en piedra por haber pretendido el amor de su esposa, Andrómeda.

Los versos de este poema—fruto de un virtuosismo literario—son pulidos y trabajados con cuidado, lo que, aun contra el designio de su autor, hace que, a lo largo del poema, se puedan advertir reiteradas influencias culteranas, dada la afectación del lenguaje y la trasposición

e hipérbaton de algunas frases. Estas notas son lo más interesante del poema para un lector moderno, que no ha de buscar el mito viejo en él, sino la valoración del poema como obra de arte.

Algunos críticos hablan de la influencia gongorina en este poema, como Rennert, que copia algunas frases de Lope que parecen tomadas de las Soledades de Góngora. Pero, por otra parte, también podría bien ser ello una sutil burla de Lope, que empleara deliberadamente frases de gusto gongorino para así parodiar al poeta culterano. Nota curiosa es que, en un ejemplar de *La Filomena* que perteneció al señor La Barrera y está actualmente en la Biblioteca Nacional, hay una nota marginal a una alusión que el poeta hace de sí mismo, que dice, en letra del propio Góngora: «Si lo dices por ti, Lopillo, eres un idiota, sin arte ni juicio.» Esto dará idea de las relaciones literarias de ambos ingenios españoles del XVII y de sus distintos puntos de vista poéticos.

BIBLIOGRAFIA

La Andrómeda se editó por vez primera en el libro misceláneo *La Filomena, con otras diversas rimas, prosas y versos de Lope de Vega Carpio...*—En casa de la viuda de Alonso Martín. Madrid, 1621, en 8.º

En Barcelona, otra edición del mismo año, por Sebastián Cormellas, y otra en 1692.

En la edición de las *Obras sueltas* de Lope, publicada por Sancha, en Madrid, se incluyó en el tomo II, páginas 495-521. 1776.

En la «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneira, se incluye en el tomo XXXVIII, que seleccionó Cayetano Rosell.

A LA ILUSTRÍSIMA SEÑORA DOÑA LEONOR PIMENTEL

En tanto que mi voz cantar emprende,
clarísima Leonor, las alabanzas
de vuestro gran valor, si no le ofende
el presumir tan altas esperanzas,
y un generoso espíritu me enciende
entre tantas fortunas y mudanzas,
oíd la bella Andrómeda, que llora
perlas al mar desde una peña aurora.

Celos de Acrisio, aunque paternos celos,
la hermosa Dánae sin razón tenían
en una torre, que a los altos cielos
la luz por todas partes defendían ;
en vez de claros cristalinos velos,
impenetrables jaspes ofendían
la que mayor en Berenice tiene
el encendido amante de Climene.

Quejóse el sol a Júpiter divino
de que, selvas y valles penetrando,
y del mar en el centro cristalino
las arenas auríferas contando,
de mil auroras que a la torre vino,
ninguna entró, ni pudo porfiando,
de donde presumió que dentro había
o más ardiente sol o menos día.

Júpiter codicioso al viento llama
padre de la amorosa primavera,
porque entre a ver la nunca vista dama,
pues sólo ambiente espíritu pudiera.

Las alas pide céfiro a la fama ;
 llegó a la torre de una en otra esfera,
 y entró dichoso, sin hallar desvío,
 porque en naturaleza no hay vacío.

Contóle al alto Júpiter que estaba
 la hermosa ninfa en una cuadra ociosa,
 que a las tinieblas con sus ojos daba
 en más templada luz vista amorosa ;
 y que tirana del amor reinaba
 tierna en sus labios la purpúrea rosa,
 y que a su dulce respirar mezclado,
 contó las perlas y tembló turbado.

Que vió por los cendales venturosos
 el pecho humilde y en sí mismo altivo,
 y en sostenidos orbes amorosos
 de amor elemental fuego más vivo ;
 los blancos brazos tiernamente hermosos,
 con no sé qué del pie, que fué lascivo :
 así amoroso el céfiro se atreve,
 mas cierto ya, pues respiraba en nieve.

Que vió, dijo después, que los cabellos
 con mano y peine de marfil contaba,
 oro pasaba por los dientes, y ellos
 agradecían ver que los doraba ;
 dijo también que los hombros bellos
 la preciosa madeja dilataba,
 que pudieran servirle de vestido,
 a ser el mundo allí recién nacido.

Júpiter, que del viento oyó mayores
 que la fama las gracias de la bella
 Dánae reclusa, despreciando amores,
 por los oídos comenzó a querella ;
 y en nube de triformes resplandores,
 al anunciar el sol la cipria estrella,
 bañó su cama en torno, y por decoro
 de su poder comunicóse en oro.

Dicen que no fué lluvia, ni sus brazos
 doró amoroso, mas que el oro pudo
 a las guardas servir de liga y lazos,
 que ruega ciego y solicita mudo.

Temerosa de ver de un hombre abrazos,
 vestido de oro y de piedad desnudo,
 Dánae dió voces, pero no fué oída :
 así la voz halló voz que la impida.

Y presumiendo, en fin, que no pudiera
 hombre mortal entrar en donde ella estaba,
 alta deidad de la suprema esfera
 con temeroso afecto imaginaba ;
 y como la disculpa considera,
 la resistencia y el rigor templaba,
 que anima muchas veces a la culpa
 tener anticipada la disculpa.

No de otra suerte Psiquis, deseosa
 de ver al niño Amor, su esposo oculto,
 con la luz de sus ojos amorosa
 adivinaba el regalado bulto ;
 y menos de su padre temerosa,
 que la obligaba tan lascivo insulto,
 rindió toda la fuerza a los sentidos,
 del imperio del alma desasidos.

Hijo del sol, si de la torre fuiste
 llave por dicha y cuanto quieres puedes,
 ¿ qué fuerza, qué defensa te resiste ?
 ¿ Qué lince penetró tantas paredes ?
 Tú ciudades portátiles hiciste
 dentro del mar, cuyo furor excedes,
 y encarcelando el viento en pardo lino,
 hallaste por los cielos el camino.

¡ Ay oro, poderoso fundamento
 de la guerra, la paz, la monarquía,
 de la amistad y del mayor sustento,
 de la naturaleza tiranía !
 Que te pretenda hacer el arte es viento,
 que al cielo, al sol tu padre desafía ;
 el arte en la color puede imitarte,
 pero a tu esencia no ha llegado el arte.

El dios a un tiempo y el traidor deseo
 huyeron juntos, aunque allí quedaron,
 porque naciese de este amor Perseo,
 a quien tantas hazañas celebraron ;

de este bastardo amor, de este himeneo,
que los australes peces comenzaron
hasta el león, no fué del rey celoso
previsto el espectáculo amoroso.

No persuadido bien que la dorada
nube le diese tan celeste yerno,
mil veces fiero desnudó la espada,
y tantas le detuvo amor interno.
La ya no casta ninfa, aunque forzada,
vivió quejosa del rigor paterno,
lo que hasta el parto al embrión incluso
por término fatal el cielo puso.

Parió la bella Dánae, y asistiendo
Lucina de piedad, nació Perseo,
en celestial belleza compitiendo
con los rayos de Apolo Didimeo.
Narciso en flor se marchitó, sintiendo
la hermosura del niño semideo ;
Adonis no las tuvo ; ¡qué rigores
no perdonar la envidia hasta las flores !

Acrisio, viendo la beldad del nieto,
tuvo justo respeto a la hermosura ;
que al más bárbaro obliga a su respeto
del soberano Autor la imagen pura ;
la causa celestial mostró el efeto,
pero la condición áspera y dura,
si bien no los mató como enemigo,
como juez les dió civil castigo.

En una nave sin gobierno humano,
porque no falta entonces el divino,
los encomienda al mar, menos tirano,
pues más piadoso a recibirlos vino ;
muévela el viento, y corre por el cano
golfo sin rienda a su fatal destino ;
nave la buscan, y la impelen pluma
por altos montes de nevada espuma.

Las velas de la gavia solamente
les dió para salir, con que surcando
las ondas del marítimo tridente,
de la orilla se fueron alejando ;

allí ni la imperiosa voz se siente
del piloto solícito, ni cuando
se esfuerza el viento en la naval derrota
hay quien largue amantillo o cace escota.

Con el pequeño infante va sentada
en la popa a la muerte Dánae triste,
en otro mar de lágrimas bañada,
que el blanco pecho de cristales viste ;
allí la vida, que divide amada,
se rompe de dolor, puesto que asiste
a ver el fin la luz de la esperanza,
donde es también tormenta la bonanza.

Túmido se levanta el Oceano,
tal, que pensó la dama que podría
alcanzar las estrellas con su mano
o hablar al mismo que sus luces cría ;
de allí la nave, que se humilla en vano,
pues ya de su remedio desconfía,
por las gradas del agua sigue el viento,
que fué de sus mudanzas instrumento.

Ya descubre las cumbres del Parnaso,
ya la famosa Tebas, ya el Ismeno,
ya de Beocia al verde Olimpo el paso,
ya el mar de Creta, ya el corintio seno ;
ya del Peloponeso el fértil raso,
ya el Estinfalo, ya el Traigeto ameno,
ya de la isla de Euboea el monte,
que llama ahora Grecia el Negroponte.

Los marítimos dioses, condolidos
que, por celos de Juno, el Dios tonante
no le diese remedio y diese oídos,
el golfo sosegaron inconstante ;
y de la quilla medio abierta asidos,
la rota nave y el desnudo infante
por el seno megárico de Atenas
llevaron a dar fondo a sus arenas.

Polidetes, su rey y rey de Acaya,
a quien en sueños refirió Neptuno
la historia toda, a la desierta playa
salió, a pesar de la celosa Juno ;

entró en la nave cuando ya desmaya
el ministro más fiero e importuno
de la muerte feroz, a la amorosa
madre, que ya dejó de ser piadosa.

Al palacio los lleva, pero apenas
cobró su fuerza el desmayado aliento,
y a restaurar volvió las frías venas
con el calor vital el alimento,
cuando las luces claras y serenas
del pacífico mar del firmamento
parecieron al rey de sombra oscura,
puestas a su cándida hermosura.

Enamorada, en fin, la solicita,
y ella se rinde a la fortuna extraña,
ya porque el tiempo libertad le quita,
ya porque menos honra la acompaña;
que no queda defensa que permita
honor cuando el testigo desengaña;
que la mujer que a defenderse viene
se precia de estimar lo que no tiene.

¡Oh cuántas han errado porque erraron,
y a su primer error mil añadieron,
que, como ya perdido, despreciaron
aquel decoro que una vez perdieron!
Pero si locamente se engañaron,
los futuros ejemplos lo dijeron;
mejor es remediar un mal suceso
que no fundar en él tan loco exceso.

Creció Perseo en hermosura tanta,
con tanta fortaleza, ingenio y brío,
que al rey su origen celestial espanta,
y con envidia le mostró desvío.
El joven a los otros se adelanta
en generoso imperio, en señorío,
en caza, en guerra, en sujetar las fieras
por selvas, montes, playas y riberas.

Ya el bozo los corales guarnecía
con hilos de oro al joven generoso,
cuando temiendo el rey que le podía
quitar el reino y la mujer, celoso,

por no matarle, a conquistar le envía otro nuevo Pitón, monstruo escamoso, que debajo del alto monte Atlante infestaba la tierra circundante.

Deseoso de gloria y de alabanza, y de ceñir de verde honor su frente, Perseo los coturnos de oro alcanza del orador planeta indiferente ; dióle también la vara en confianza de la elocuencia, símbolo prudente, con quien cien ojos y dos mil desvelos durmió el pastor que retrató los celos.

Calzóse alegre las doradas alas, y abrazando el escudo cristalino que le dió liberal su hermana Palas, al monte Atlante por los aires vino. Yace en su falda, entre marinas calas del etíope mar, el medusino castillo horrible, que temor ponía, porque en piedras los hombres convertía.

Sus dos fieras hermanas le velaban, que un ojo solo entre las dos tenían, que alternando la vista se prestaban, y cuanto ciñe el mar celosas vían ; pues como de la frente le quitaban al tiempo que prestársele querían, Perseo se le hurtó ; mas ¿quién dichoso hurtara así la vista de un celoso ?

Medusa, la mayor, tuvo el cabello más hermoso que vió jamás Apolo ; Neptuno de él se enamoró, tan bello, que le juzgó por sol del mundo solo ; y de las aguas sacudiendo el cuello, ausente Febo en el opuesto polo, forzó a Medusa con villano ejemplo, de Minerva feroz violando el templo.

La casta diosa armífera, ofendida, en áspides trocó las hebras de oro, por cuya causa oculta y homicida lloraba tanto horror en tal decoro ;

Perseo, ya seguro de la vida,
las ricas salas de mayor tesoro
que vieron Creso y Midas, pasar pudo
cubierto el rostro del luciente escudo.

Miraba por la sala cuerpos trancos
vueltos en piedra, como suele el Nilo
formar pedazos de peñascos broncos,
que el furor natural no pierde estilo ;
bramaban hombres con aullidos roncros,
a imitación del toro de Perilo,
en los bustos y pechos animados
y en cárceles de mármoles atados.

Medusa fué tal vez naturaleza,
que encierra un alma necia en piedra dura ;
un rico avaro, indigno a su grandeza,
que vive ya su misma sepultura ;
una cruel y celestial belleza,
modelo de pintor, rara escultura ;
un juez riguroso, que a los reyes
no dió piedad, por no templar las leyes.

Llegó a la cama en que durmiendo estaba,
y asiendo los cabellos de la frente,
cortóle la cabeza, que causaba
envidia en otro tiempo al sol luciente ;
alzóse en alto, y como ya volaba
por la región del aire transparente,
por la sangre del cuello, de horror lleno,
trocó el rocío un verde prado ameno.

Nació un caballo hermoso y admirable
de aquel humor y de la fértil tierra,
con unas alas del color mudable,
que a tornasoles el pavón encierra ;
voló ligero, y al volar notable
de la esfera diáfana destierra
las aves, que el soberbio ingrato suelo
temieron otra vez opuesto al cielo.

O que andaba del carro de Faetonte
por los campos del cielo desatado
paciendo estrellas, o Flegón o Etonte
fugitivo del pértigo dorado.

Paró en la cumbre del Parnaso, monte sublime, verde, ameno y matizado de varias flores, en tan fresca parte, que la naturaleza usó del arte.

Allí del diestro pie, que en vez de acero calzaba un nácar excelente y puro, salió una fuente clara, y con ligero paso buscó por verde hierba un muro. Aquí bebió primero el docto Homero, y Virgilio después aquí, seguro de no tener igual; pero no es justo decir quién es por no causar disgusto.

La fuente murmuró, causa primera con que murmuran unos de otros tanto, y por las blancas guijas lisonjera dió la armonía y números al canto; a las musas contó la primavera este lugar, y como templo santo fueron a verle, y le juzgaron dino de su calor y espíritu divino.

Despídase de ser jamás poeta quien no bebiere aquí, por más que el arte le esfuerce, le envanezca y le prometa que el natural es la primera parte; bien es verdad que le ha de estar sujeta, y no pensar que ha de vivir aparte; que si arte y natural juntos no escriben, sin ojos andan y sin alma viven.

Aquí cantó Calíope famosa, aquí suave Euterpe, aquí lasciva Talía con Terpsícore amorosa, Erato dulce y Melpómene altiva; Polimnia con la lira sonora, Clío, en la voz de las historias viva, y Urania celestial, que de su ciencia fué como la primera inteligencia.

Perseo, a quien los aires suspendían, volaba con el tronco, y destilaban las venas sangre, y como al sol ardían, las líbicas arenas animaban.

Esta es la causa por qué sierpes crían,
 si no es que allí desde la envidia estaban,
 que su traición y su veneno inmundo
 poca menos edad tienen que el mundo.

Ya miraba la Europa victoriosa
 la España y Francia en siempre igual porfía ;
 la Italia, como fértil, estudiosa,
 Germana ilustre, y debelada Hungría ;
 la Grecia, la Polonia belicosa,
 la Escandia y la Moravia ; y ya volvía
 al Asia los coturnos, y a Tartaria
 miraba con la China hermosa y varia.

El Indostán, la Persia, los indianos
 reinos mediterráneos, el Euxinó
 y Caspio mar, los fieros turcomanos,
 el árabe, fenicio y palestino ;
 el mar Rojo del Africa, los llanos
 que baña el Nilo, el Nubio, el Abisino,
 y entre la equinoccial y el manso trópico
 las islas del Océano etiópico.

Dispuesto a descansar, bajó de Atlante
 al reino y al palacio velozmente
 Astrífero Marmárico, gigante,
 y Olímpífero, rey del Occidente ;
 aquel manzano de oro rutilante,
 de Juno por sus fiestas real presente,
 ver pretendió ; mas, descortés, el necio
 hoy llora en piedra el bárbaro desprecio.

Pero creció de suerte, que sostiene
 el cielo en su cabeza, y le corona
 con cuantas luces en sus orbes tiene
 la luna en su cenit frígida zona ;
 los coturnos alísonos previene,
 como si fuera el hijo de Latona,
 el joven a los reinos de Cefeo,
 haciendo paralelos su deseo.

Aquí desnuda virgen, con cadenas
 ligada al mar, Andrómeda lloraba
 tan triste, que las focas, las sirenas
 y numes escamosos lastimaba ;

*Andrómida
 virgen*

bañaba todo el campo de azucenas,
aunque en rosas del rostro comenzaba
aljófara, que engendrado en dos estrellas,
dió al mar coral por las mejillas bellas.

La perfección del cuerpo merecía
no menos bella y peregrina cara,
y la cara no menos simetría
que la del cuerpo, tan hermosa y rara ;
piadoso el viento, del cabello hacía
cendal a su marfil, cortina avara ;
no sé si a la pintura o al deseo :
que era hijo de Júpiter Perseo.

Cual sucede derretir en una peña
nieve del Austro el sol, y defendida
de una sombra, tal vez parte pequeña
quedar a un hueco de la peña asida ;
así blanco marfil el cuerpo enseña
en medio de la parda peña herida
del sol, que apenas a llegar se atreve,
para no deshacer su fuego en nieve.

Bajó Perseo por los aires vanos
del cielo al sol, miró los ojos bellos,
no hallando, cual pensó, de amor tan llanos
los campos, aunque ya perdido en ellos ;
que, como la crueldad le ató las manos,
de manos le sirvieron los cabellos ;
si bien, como miró por celosía,
más atención en el mirar ponía.

Miraba por auríferos canceles
a Venus en marfil, por más decoro,
acechando jazmines y claveles,
si los miraba él, por hilos de oro ;
el mar las crespas ondas, nó crueles,
trajo, como a pasar a Europa el toro,
para besar sus plantas sin agravios,
lengua del agua y de coral los labios.

Sentóse junto a Andrómeda Perseo,
muerto de amor ; que amor tan presto nace,
y es hijo de los ojos el deseo,
que el alma de hermosura satisface.

Amor = deseo

Ella, mirando el joven semideo,
mayores de dolor extremos hace,
presumiendo que fué del cielo santo
deidad que oyó las quejas de su llanto.

Entonces él con humillados ojos
al templo de sus ojos soberanos
pregunta la ocasión de sus enojos
entre suspiros blandamente humanos.
Llorando le responde: «Soy despojos,
atados a esta roca pies y manos,
de un mostro fiero, que sin culpa mía
airado un dios a devorarme envía.

»—¿Por qué razón, Perseo dice (¡ay cielo!),
condena tu inocencia y tu hermosura?
Y ella, purpúreo mar el casto velo,
le obliga, le enamora y le asegura.»

¡Conversación extraña! ¡Extraño celo!

¡Belleza celestial, hermosa y pura!

Desnuda, atada a un mármol, y en Perseo
suelta la voluntad, libre el deseo.

Atento estaba el sol, siempre envidioso,
como si fuera Venus la doncella,
el golfo sosegado proceloso,
que ya la imaginó cefeida estrella.

«¡Ay, dijo y suspiró, mancebo hermoso!

Mi madre, tan soberbia como bella,
me puso aquí por despreciar sus iras
a las nereidas de la mar que miras.

»Si los hombres es error culpado
el proceder con arrogante celo,
soberbia con los dioses es pecado,
que aun no le sufre la piedad del cielo.

Cayó, del mismo sol precipitado,
a la región del aire, al mar, al suelo,
joven audaz, auriga al sol Faetonte,
y de las cumbres de su error Tifonte.

»Mas yo ¿qué hice?, ¿a quién perdí el respeto?
Que no digo a los dioses; a los hombres,
al bueno, al sabio, al noble y al discreto
rendí alabanzas con iguales nombres.

Los mismos animales, te prometo,
amé, como si fuera, no te asombres,
nacida en las pirámides de Egipto,
cuanto más el poder incircunscripto.

»Pero ¿quién eres tú, que deidad tienes,
piedad y resplandor con hermosura,
señales claras que del cielo vienes
por mi remedio en tantas desventuras?
¿Qué espada, qué armas, qué furor previenes,
pues mi edad e inocencia te asegura
que no causé mi mal, pues no es culpada
hermosura que nace desdichada?

»Yo miro en ti, cuando con falso gozo
me engañe mi fortuna mentirosa,
por lo menos un hombre hermoso y mozo,
que me verá morir moza y hermosa ;
este consuelo en mis desdichas gozo
por la piedad del cielo generosa,
que como tú la tengas y las llores,
y aun con mirarlas tú, serán menores.

»Andrómeda me llaman, es Cefeo,
rey de Etiopía, el triste padre mío ;
por mi madre Calíope me veo
en tanto mal, en tanto desvarío.
Atáronme las ninfas de Nereo
en esta peña con rigor impío ;
mi muerte es por injurias a los cielos ;
mas si ahora te ven, será por celos.

»—¡ Ay, bellísima Andrómeda !, responde
la voz interrumpida y los singultos.
Perseo, ¿qué deidad me trajo adonde
escuché yo tan bárbaros insultos?

Mas pienso que a su gloria corresponde,
y a los secretos en su mente ocultos,
haber llegado a verte y a quererte :
que no hay distancia de quererte a verte.

»¿ Quién tuvo el desnudarte por victoria,
y a castigo tan bajo te condena,
que con ser a los ojos tanta gloria,
aun no te miran, de vergüenza y pena?

querer
y hermosa

importante
de la canción
placido de
la belleza
el amor

→ desnuda → belleza → amor

¿Qué troglodita, qué abarina historia
fuera de casos tan enormes llena?

¡Ay, muera yo por ti, que no mereces
las injustas desdichas que padeces!

»Yo moriré, como la fe debida
después me pagues y de mí te acuerdes ;
mas no, que dice amor que eres mi vida,
y aunque muera por ti, la vida pierdes.

¡Ay, deidades del mar, la sumergida
frente, ceñida de corales verdes,
sacad al sol, y cogeréis piadosas
de un alba nueva perlas más hermosas !

»¿Qué importa, si vivís en escondidas
ciudades de diáfanos cristales,
de columnas de nácares vestidas,
con frisos de jacintos y corales,
que se os atrevan las mortales vidas,
pues sois eternas y ellas son mortales?
Y ya que castiguéis, haced que sea
de suerte que la envidia no sea vea.

»Mas porque sepas que seré bastante,
Andrómeda, a morir por tu decoro,
retrato soy de Júpiter Tonante,
efecto vivo de la lluvia de oro.
Por mí se espanta del soberbio Atlante
de los planetas el luciente coro ;
volvile monte, y ya tan alto queda,
que en él descansa la celeste rueda.

»Yo fuí quien a Medusa, monstruo bello,
osé buscar en su castillo fuerte,
y asiendo las culebras del cabello,
le di dos veces sueño con la muerte ;
yo le corté con esta espada el cuello,
que aun hasta ahora humor sangriento vierte,
cubierto de cristal, a cuyo alinde
toda soberbia indómita se rinde.

»Estas armas que ves, mis dos hermanos,
Mercurio y Palas ínclita, me dieron ;
estos coturnos por los aires vanos
al reino de tu padre me trajeron ;

yo vi del mar los promontorios canos,
y ellos mi sombra en sus espumas vieron,
y la máquina, punto indivisible,
a la circunferencia incorruptible.

»Podré, quiéralo amor, como decía,
morir, si no pudiere defenderte
del fiero monstruo que la envidia envía
a quitarme la vida con tu muerte ;

pero si fuere tal la dicha mía,
que pueda defender tu vida, advierte
que has de ser mi mujer, en premio y gloria
de amor, que aun es mayor que la victoria.

»Si eres hija de un rey, de un dios lo he sido,
a quien se humilla el celestial imperio,
y por la parte humana procedido
del rey argivo y del armenio iberio ;
esta palabra, Andrómeda, te pido,
y todo este marítimo hemisferio,
a su pesar, testigo constituyo,
con inviolable fe de que soy tuyo.»

Si en tanto mal, si en tanta desventura
puede haber alegre sentimiento,
Andrómeda mostró nueva hermosura.
procedida del íntimo contento ;
de todo lo que pide le asegura
con inviolable y firme juramento,
llamando por testigos las estrellas,
que pudiera mejor las tuyas bellas.

Estando en esto, oyóse en la ribera,
coronada de gente, que venía
el monstruo abriendo la cerúlea y fiera
boca, que al mismo mar terror ponía ;
y como al espectáculo que espera
por altas peñas la vulgar pendía,
parece que ellas mismas daban voces,
temerosas de casos tan atroces.

Así Roma miró círculo vivo,
suspenso en su mayor anfiteatro,
ya por-naumaquia o gladiador altivo,
ya por las fieras trágico teatro ;

la foca turbulenta el vengativo
 cuello por la cerviz, pálido y atro,
 a la pequeña presa, al risco enseña :
 Andrómeda tembló, tembló la peña.

El agua entre las ondas que cogía
 de suerte por los aires arrojaba,
 que, haciendo sol, parece que llovía,
 y con truenos también cuando bramaba ;
 y como cuando llueve el calor cría
 algunos animales, tal bajaba
 entre la espesa lluvia algunas veces,
 plateando el aire, número de peces.

Naturaleza, siempre monstruosa,
 en la cabeza le formó dos fuentes,
 cual suele en repugnancia artificiosa
 subir el agua al aire las corrientes :
 sonaba herida la campaña undosa
 de las alas marítimas lucientes,
 fingiendo las escamas por distintos
 círculos esmeraldas y jacintos.

Viendo la foca el ínclito Perseo,
 voló a la playa ; Andrómeda, llorosa,
 pensó que fugitivo el Semideo
 la máquina buscaba populosa ;
 llegó el valiente mozo al rey Cefeo :
 «Si tú me das, le dijo, por esposa
 tu hermosa hija, libraré su vida,
 que tengo al alma, que la adora, asida.»

Calíope, llorosa, a los alados
 pies del mancebo se arrojó, diciendo
 que Andrómeda, su reino, sus estados
 no eran valor, su vida defendiendo ;
 estaba entre los deudos admirados
 atónito Fineo, previniendo
 envidia al joven, porque amor tenía,
 si puede haber amor y cobardía.

Era Fineo hermano de Cefeo,
 con galas de mayor, con años tíos,
 espeso de cabello, sobre feo,
 de mucha presunción y pocos bríos ;

*Para salvaguardar
 la independencia del
 reino, Perseo o
 más pronto al
 reino de Andrómeda*

amaba, en fin, a Andrómeda Fineo,
sufriendo sus desdenes y desvíos ;
que, aunque suelen vencer méritos años,
no pudo hallar para esta falta engaños.

Cual se suele mirar desde la arena
la nave en alta mar con viento en popa,
de velas blancas y de jarcias llena,
que con el tope a las estrellas topa ;
así la foca por la mar serena
del Negro monte, límite de Europa,
y el rastro de las ondas que apartaba,
un nevado pirámide formaba.

El joven, a las nubes remontado,
hasta la bestia se caló ligero,
que por la sombra en el cristal salado
se alzó arrogante con bramido fiero ;
Andrómada, que vió del levantado
brazo resplandecer el blanco acero,
ya rayo, que en el aire reverbera,
«¡Ay, dijo en alta voz, mi vida muera !

»No quiero yo vivir si ha de costarte
este peligro, dulce prenda mía ;
que más te quiero yo para guardarte
que no para la vida que temía ;
yo muera, y vive tú, puesto que es darte
a que otra goce lo que yo quería,
si bien de este propósito me muda
en celos, por nacer tu vida en duda.

»Goza esos años, y este tierno bozo
se engaste en otro más dichoso aliento :
que lo que yo no merecí ni gozo,
nacido tiene ya merecimiento.»

Por todas partes el valiente mozo,
mientras duraba en este pensamiento
Andrómada, mortal, las alas bate,
por ver lugar por donde al monstruo mate.

No de otra suerte halcón, por más que esparza
la garza el vuelo, se lanzó ligero,
ni le temió la pavorosa garza,
que el fiero monstruo al fulminante acero ;

*toda el
amigable
del gozo
en la
inveniente*

ni cantó ruiseñor en olmo o zarza
 más dulcemente al alba lisonjero,
 que Andrómeda lloró, mirando atenta
 el imposible que el mancebo intenta.

El, en esta ocasión todo diamante,
 que a estar más alto de Orión sirviera,
 así le dijo al Panónfeo ^{tonante}
 casi en la frente de la bestia fiera :
 «Si fué verdad que, de mi madre amante,
 bajaste en oro de tu sacra esfera,
 Júpiter servador, y soy tu hechura,
 de Andrómeda te mueva la hermosura.»

Iba a decir la vida, y como vía
 enfrente la hermosura que adoraba,
 dijo hermosura, pero bien sabía
 Júpiter que su vida procuraba,
 la espada a todas partes revolvía,
 que poco de la hirsuta piel cortaba,
 hasta que halló lugar la aguda punta
 por donde menos las escamas junta.

Bramaba el ceto rígido, y nadaba
 en un campo de sangre ; mas Perseo,
 viendo que ya las alas se mojaba
 del dios a quien adorna el caduceo,
 en una nave que perdida estaba
 junto al escollo, y sólo el masteleo
 con la gavia más alta descubría,
 puso los pies, y desde allí la hería.

Cual suele nadador del claro Tajo
 esconderse en las ondas con destreza,
 y cuando ya se acerca a lo más bajo,
 sacar por otra parte la cabeza ;
 con fieras ansias, con mayor trabajo
 la foca sepultaba la grandeza
 del monstruoso cuerpo entre las olas,
 si bien mostraba ya las fuentes solas.

Viendo los dioses de su madre el llanto,
 el dolor aceptando por disculpa,
 que siempre con el cielo puede tanto,
 satisfechos quedaron de la culpa ;

*Pide la
 ayuda del
 Júpiter*

y aunque sobre las aguas con espanto
toda deidad marítima la culpa,
le dieron la victoria, el monstruo muerto,
y el fondo de la mar sepulcro incierto.

Por largo espacio en el arena imprime
la arquitectura de soberbios huesos,
y el duro pecho de Neptuno oprime,
que al cielo se quejó de sus excesos ;
y aunque debajo de las aguas gime,
suben arriba círculos espesos
de humor sangriento y removidos limos,
con nácares revueltos a racimos.

Vengáronse los peces de la fiera,
miserable pensión de su alimento,
pues no quedó marisco en la ribera
que hubiese menester atrevimiento ;
en barcos ya la multitud ligera
cantando surca el númido elemento ;
desatan la dichosa alegre dama,
que en altas voces a su esposo llama.

Perseo entonces a la orilla vino,
y las manos limpiándose en las varas
de un tronco estéril, nace el coral fino,
flores del agua y maravillas raras ;
y agradecido a Júpiter divino,
de viva sangre enrojeció sus aras,
sin olvidar los dioses protectores,
con víctimas de amor, aunque menores.

Juntáronse los deudos de Cefeo
a las famosas bodas concertadas,
entre los cuales asistió Himeneo,
para que fuesen diestras como honradas ;
pero mirando el bárbaro Fineo
de su querida Andrómeda enlazadas
las manos en el cuello de su esposo,
vibró una lanza, y díjole celoso :

«Mozo extranjero, que mi dulce esposa,
valiente, por encanto me has quitado,
más ave que hombre al fin, y ave engañosa,
de las arpías de Fíneo traslado ;

si pensabas gozar en paz dichosa
 el reino de mi sangre conquistado,
 de este abeto sabrás tu atrevimiento.»
 Dijo, y la lanza fué cometa al viento.

Erró a Perseo, y no le erró Perseo,
 volviéndole a tirar la misma lanza ;
 pasóle el brazo, y al caer Fineo,
 le dijo entre el temor y la esperanza :
 «No me mates, valiente semideo,
 déjame vivo ; que es mayor venganza
 la que te dan de mí los altos cielos,
 pues tengo de morir de envidia y celos.

»—Quiero, responde el joven, complacerte,
 y desistió de la segunda herida,
 pues hiciste elección de mayor muerte,
 y con envidia conservar tu vida.»

El iba a responder, y de la suerte
 sintió quedar la lengua asida,
 que suele al alba escítico arroyuelo,
 cuando se iba a reír, cuajarse en hielo.

Porque mostrando al miserable amante
 la górgona cabeza de Medusa,
 en piedra le volvió, según Atlante,
 el alma por los músculos difusa ;
 quedó temblando el pueblo circunstante,
 que por darle ocasión la muerte excusa,
 y en santa paz Andrómeda y Perseo
 al tálamo rindieron el deseo.

Clarísima Leonor, si castigarse
 merece un amoroso atrevimiento,
 mi musa puede en piedra transformarse,
 por este de Faetón mayor intento ;
 pero pudiendo, quien se atreve, honrarse,
 a vuestro celestial entendimiento,
 no es mucho que abrasar mi amor presuma
 en tanto sol tan atrevida pluma.

*Causa más
 final del
 deseo*

FIN DE «LA ANDROMEDA»

LA CIRCE



LA CIRCE

(MADRID, 1624)

Con este poema mitológico encabeza Lope de Vega, en 1624, el segundo de sus libros misceláneos, en el que se juntan obras—prova y verso—de diverso género y carácter, que el poeta dedica en ofrenda al Conde-Duque de Olivares, protector de poetas y artistas en la frívola corte de Felipe IV.

Es La Circe un poema mítico en el que Lope aborda, después de La Filomena, los temas clásicos que el Renacimiento había puesto en el primer plano literario. Canta el poeta esta vez un episodio del viejo Homero en La Odisea. El conocido episodio del desembarco y estancia de Ulises y sus compañeros en la isla de Circe; contiene el relato que el héroe hace de sus viajes y aventuras, con la relación de los amores de Polifemo y Galatea, y termina con la descripción de la marcha de Ulises de la isla y su bajada al infierno con Palamedes, donde Tiresias le refiere lo que ha de sucederle antes de que llegue a su casa.

Ticknor calificó este poema de «desgraciada amplificación del relato bien conocido de La Odisea», y Rennert no da tampoco gran importancia a esta obra, en la que echa de menos la inspiración de los motivos nacionales o populares, así como los recuerdos de la vida del poeta.

Bien notoria es la futilidad de estas observaciones si, atendiéndose al género del poema, nos concretamos a ver en él tan sólo lo que el poeta quiso hacer, que no fué sino desarrollar la conocida fábula de la antigüedad, según era costumbre en los poetas del Renacimiento, que preferían resucitar los mitos clásicos a hacer obra de propia imaginación. Así ha de verse este poema que, en

concepto de don Miguel Artigas, es «el más logrado empeño de Lope en este género que tanto preocupó a los poetas de su tiempo».

Dentro de la dirección del poema, Lope se encariña con el héroe y su acción de tal manera, que canta las virtudes de Ulises en ardorosa apología al amor platónico del protagonista mitológico.

En el desarrollo de la obra aprovecha el poeta todas las situaciones para hacer alarde de su genio pictórico, en cuadros de gran valor plástico, como dice el mencionado Artigas.

Y como nunca puede ocultarse en Lope el instinto dramático, se echa de ver esta vez en la composición de escenas de gran emotividad; así como hay también algunas octavas, puestas en boca de Circe, que son de gran belleza por su color y movimiento, octavas escritas en versos que pueden competir con los más bellos que el poeta compuso.

El poema consta de más de tres mil versos en octavas reales, y está dividido en tres cantos.

Lope le escribió en la primera mitad del año 1623, ya que antes de agosto tenía el poeta preparado para la prensa el original que, censurado en este año, no vio la luz hasta el siguiente.

BIBLIOGRAFIA

La Circe, con otras rimas y prosas... de Lope de Vega Carpio.—En casa de la viuda de Alonso Martín. Madrid, año 1624; en 8.º

En el corriente año, la «Biblioteca Nueva» ha publicado en su colección *Tesoro* una reproducción facsímil de *La Circe*, bajo la dirección de don Miguel Artigas.

En la edición de las *Obras sueltas* de Lope, publicada por Sancha en Madrid, se incluye *La Circe* en el tomo III, páginas v-xii y 1-105. 1776.

En la «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneira, tomo XXXVIII, seleccionado por Cayetano Rosell, se incluye también *La Circe*.

En la «Colección Baudry», publicada en París, se publicó en su tomo XV, juntamente con *La Gatomaquia*.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON GASPAR DE GUZMÁN,
CONDE DE OLIVARES

Estos versos en la lengua de Castilla que se usaba no ha muchos años, expuestos a los pies de vuestra excelencia, como hijos de quien no puede ampararlos, salen a luz forzados a llevar mi nombre; pero, pues son esclavos nacidos en su ilustrísima casa, los que no pudieron serlo por la sangre, serán Guzmanes por la crianza. Dios guarde a vuestra excelencia. — Su capellán, *Lope Félix de Vega Carpio*.

PROLOGO

Están las musas tan obligadas al favor que el excelentísimo señor conde de Olivares las hace, premiando los ingenios que las profesan, que, como a restaurador suyo, le deben todas justas alabanzas y dignos ofrecimientos. El mío no pudo extenderse más que a tan breve poema, así por la desconfianza de mi ignorancia, como porque, si fuera dilatado, quedaba más imposible de llegar a sus ojos. Añadí a *La Circe* la *Rosa Blanca*, dedicada a la ilustrísima señora doña María de Guzmán, su única hija, y la *Mañana de San Juan*, al excelentísimo señor conde de Monterrey, con algunas *Novelas, Epístolas y Rimas a diversos*, en gracia de sus dueños y servicio de los que estimaban la claridad y pureza de nuestra lengua, cuya gramática en algunos ingenios padece fuerza. En razón de la virtud de Ulises, resistiendo, por la obligación a Penélope, el loco amor de Circe, de quien algunos escritores dicen que fué hijo Telegono, que después le mató sin conocerle, mayor disculpa tiene que la que puede dar la poesía al príncipe de los poetas latinos, haciendo a Elisa Dido tan deshonesto, habiendo sido mujer tan casta, como reprehende Ausonio; pero responda Horacio por la virtud de Ulises en la segunda epístola:

*Ardua quid virtus, et quid sapientae possit,
utile proposuit nobis exemplar Ulissem.*

A Ulises nos dió Homero por ejemplo de lo que puede la virtud difícil y el ser los hombres sabios.

No quedo confiado ni temeroso ; lo primero, por lo que siempre favoreció mi humildad a mi conocimiento ; y lo segundo, porque también le sucede a la pluma como a los que toman muchas veces la espada ; por lo menos recibiré las heridas en el ánimo, y no en el miedo.

A LA ILUSTRÍSIMA SEÑORA DOÑA MARÍA DE GUZMÁN

Soneto

La rosa de amarílida hermosura,
 cándida estrella, presunción del día,
 oh clara e ilustrísima María,
 la corona del alba honesta y pura,
 no ya efímera rosa, que murmura,
 la breve edad al ramo que la cría,
 en los cristales de tus manos fía,
 como en sagrado altar, vivir segura.

Recibe en tu defensa los despojos
 frágiles de su pompa fugitiva,
 que por mirarla el sol le causa enojos ;
 porque, como tu mano la reciba,
 será milagro de tus bellos ojos,
 que a más ardiente sol más fresca viva.

A C I R C E

Soneto

Rinde tu ciencia, y con temor retira
 de los Guzmanes rayos los febeos,
 hija del sol, humilla sus trofeos,
 su luz respeta, su grandeza admira.

Al plinto ilustre de tan alta pira
 consagra tu belleza y mis deseos,
 y en vez de los laureles didimeos,
 suspende al árbol de la paz la lira.

En luz que con el sol términos parte,
o quise hacerte fénix o perderte ;
pero ¿cómo podrás de mí quejarte,
pues tienes en las manos, que has de verte,
la más heroica luz para ilustrarte
y el ingenio mayor para entenderte?



CANTO PRIMERO

LLEGA ULISES A LA ISLA Y CASA DE CIRCE, DONDE LE REFIERE SU PEREGRINACIÓN Y LO QUE LE SUCEDIÓ EN LOS LESTRÍGONES Y LOTÓFAGOS

Tú, que del sacro artífice del oro científica y hermosa procediste, Circe, que al blanco cisne, al rubio toro, en variedad de formas excediste, de la excelencia del Castalio coro la humilde musa de mis versos viste; harás que las corrientes del Leteo presuman otra vez que canta Orfeo.

Tú, que pudiste dar con imperiosa voz, que tembló sin resistencia alguna el sol en su corona luminosa, y en su argentado cóncavo la luna, naturaleza no, mas prodigiosa forma a la humana, que corrió fortuna en el tirreno mar, con nueva forma en platónico cisne me transforma.

Ya sêas del humor del oceano y del calor del sol blanca mixtura, para filosofar del cuerpo humano la natural distinta arquitectura; ya de la ciencia química la mano, con que el mercurio transformar procura, muda mi ingenio, pluma, voz y acentos, y a física moral mis pensamientos.

Yo cantaré tu engaño y tu hermosura
 con alma pitagórica ovidiana,
 dulce veneno en oro, en nieve pura,
 transformaciones de la vida humana,
 y cómo pasa la virtud segura,
 la ciencia ilustre y la prudencia cana;
 que no puede oprimir violencia de arte
 del sabio Ulises la celeste parte.

Vos, única excepción de la fortuna,
 que no suele premiar merecimientos,
 ilustrísimo conde, a quien ninguna
 pudo aumentar más altos pensamientos;
 vos ya del sol resplandeciente luna,
 que con su misma luz los elementos
 bañáis de claridad y de alegría,
 entre dos mundos dividiendo el día;
 que mientras duerme el sol, velando puede
 substituir su luz vuestro cuidado,
 pues tanta parte del gobierno os cede,
 que no parece resplandor prestado;
 mas si tal vez por paraelio excede,
 y vemos su retrato duplicado,
 bien es que su grandeza os constituya,
 por refracción de luz, imagen suya.

Vos, que por bien universal tuvisteis
 con el planeta cuarto aspecto trino;
 que su primero movimiento fuisteis,
 y de su sol excéntrico divino;
 a método político trajisteis
 la descompuesta edad, alto destino,
 sólo digno de vos, en quien el cielo
 iguales hizo entendimiento y celo.

Si vuestro padre honró en Italia a España,
 y en España la sangre que en Sevilla
 por tan alto valor, por tanta hazaña
 dió reyes generosos a Castilla,
 ¿qué pluma os sirve? ¿Qué lisonja engaña?
 Pues en lugar tan alto maravilla
 que hablando en vos, aunque artificio sea,
 la verdad a la pluma lisonjea.

Para satisfacer a vuestro claro ingenio, excelso príncipe, debiera daros elogios, que de mármol paro y oro inmortal la eternidad vistiera. Las letras, de quien hoy divino amparo, por las que vos tenéis, os considera España, a vuestra sombra de honor llenas, crecen y os llaman ínclito Mecenas.

Así veneración en la florida aurora de la edad vuestra dichosa os dió, por tanto lustre agradecida, del Tormes la academia generosa; y así de vuestra gloria enriquecida, en Pimpla y Helicón Euterpe hermosa os da la protección que tuvo sólo, como a sacra deidad, el mismo Apolo.

Oíd, pues, generoso descendiente de aquel heroico Pedro y claro Enrique, a quien Sidonia coronó la frente, sin que en la vuestra novedad implique; oíd de Ulises la virtud prudente, *tentación* por más que Circe venenosa aplique la confección de su hermosura y gracia, veneno igual al músico de Tracia.

Ya la discordia, por mujer nacida de la hermosura fácil y el deseo, en sangre, en fuego y en furor teñida, y esparcido el cabello meduseo, de la llama fatal de la encendida mísera Troya, en hombros de Apogeo, vestida de una nube polvorosa, miraba la tragedia lastimosa.

Ya caminaba fúgitivo Eneas, incrédulo a la flecha de Laocontes, con los penates y las sacras deas, que trasladó por varios horizontes; coronado de mimbres y de neas el Tibre levantaba a siete montes la florida cerviz, y el orbe hesperio, nido a las aves del romano imperio.

Hécuba triste entre cenizas viles,
sus muertos hijos trémula buscaba;
por otra parte la crueldad de Aquiles
con triste vos Andrómaca lloraba;
con puntas de marfil hebras sutiles
Casandra sobre el tálamo peinaba
de su difunto esposo, y de oro y nieve
labraba su dolor sepulcro breve.

Paris, traidor, con flecha rigurosa,
aunque venganza, bárbaro trofeo,
sobre las aras de la fe piadosa
dejaba muerto al hijo de Peleo;
en el jazmín y la purpúrea rosa,
y en la flor que nació de su deseo,
por su amado Memnón perlas llovía
la mensajera del luciente día.

Como de polvo tronador al vuelo
cayó perdiz sobre la hierba, y como
tórtola blanca desde el nido al suelo,
herida de los átomos de plomo,
entre los pechos de nevado hielo
descubre apenas el dorado pomo,
de la daga de Pirro Polixena
en rojas aras víctima azucena.

Arcos, teatros, cúpulas, colunas,
palacios, templos, muros, puertas, baños,
revelados en prósperas fortunas
al cetro inevitable de los años;
fábricas a las nubes importunas,
cubiertas de mortales desengaños,
yacen en polvo, y lo estarán de olvido:
así deja de ser cuanto es y ha sido.

Troya desierta al fin, Troya abrasada,
fénix que en plumas reservó la vida
por los engaños de Sinón vengada,
la fama infame del famoso Atrida:
prudente Ulises con su argiva armada,
por el azul tridente conducida,
surgió en la isla Eolia, derrotado
de las fortunas de Neptuno airado.

El rey allí de los discordes vientos
 en una piel de buey los prende y ata,
 a la obediencia de su imperio atentos,
 con hilo sutilísimo de plata ;
 furioso en la prisión, sus movimientos
 el aquilón septentrional desata ;
 el ábrego, dejando al mediodía,
 romper la cárcel rápido porfía.

El hijo del aurora, que valiente,
 la línea equinoccial levante llama,
 y el que purpúreo el mar vuelve en su oriente,
 aura fértil de abril, del árbol rama ;
 los rumbos dieciséis con torva frente
 murmuran presos que perdieron fama,
 por no ser cárcel de león sangriento,
 en que se ve que la soberbia es viento.

Lascivo, sólo con las velas juega,
 de las flores anhélito amoroso,
 céfiro blando ; Ulises luego entrega
 el pardo lino al soplo vagaroso ;
 mas cuando el mar pacífico navega,
 y olvido de sus hados perezoso
 sueño le infunde, en que sus penas venza,
 nuevas desdichas Némesis comienza.

→ Dormía Ulises (que quien tiene imperio
 se obliga a breve sueño), y los soldados
 hablaban de su honor en vituperio,
 por los cables y bordes arrimados ;
 el griego Laomedón del reino iberio,
 mostrando los venenos heredados
 de Colcós, en que fué su nacimiento,
 con estas quejas dió silencio al viento :

«¿Habéis visto, soldados valerosos,
 la hinchada piel que Ulises lleva oculta,
 sin apartar los ojos cuidadosos,
 de que tan justa presunción resulta?
 ¿Los que valientes siempre y animosos
 halló para trabajos, dificulta
 para guardar secretos? Mal responde
 a nuestro amor quien lo que lleva esconde.

»Sabed que ha sido tanta la riqueza del robo y saco del troyano incendio, que parece imposible su grandeza ser reducida a número y compendio. Nosotros, conducidos por nobleza, que no por tan inútil estipendio, para comprar el dárdano tesoro dimos la sangre que ha trocado al oro.

»Bastaba a un capitán la dulce gloria de haber vencido; que a ningún soldado atribuyó la fama la victoria, aunque por él se hubiese conquistado. Cuando se escriba la troyana historia, será el prudente Ulises celebrado; vosotros no, si bien por tanta herida a ver la muerte se asomó la vida.

»Vosotros al rigor del hielo frío, ya en la campaña con la escarcha al hielo, ya en la embreada tabla de un navío, sin tierra el cuerpo, y por cubierta el cielo; vosotros en la fuerza del estío, pisando vuestra sangre más que el suelo, sufriendo los troyanos escuadrones, y ellos durmiendo en altos pabellones.

»Creedme, que esta piel toda es diamantes, egipcio buey con las entrañas de oro; abridle y lo veréis, ¡oh griegos!, antes que, si despierta, le guardéis decoro; rompedle, pues hay causas tan bastantes, aunque fuera este buey de Europa el toro; que no es justo, si cumple lo que debe. que a Grecia el oro y el honor se lleve.»

Entonces los soldados, presumiendo que llevaba en la piel (¡qué injusto pago!, la ambición al respeto prefiriendo) el oro y joyas del troyano estrago, mientras estaba el capitán durmiendo rompen la piel, y por el aire vago salen los vientos, porque coge vientos quien siembra codiciosos pensamientos.

No de otra suerte, si de noche el fuego
la materia veloz dispuesta enciende,
la gente por el humo denso y ciego,
si no la puerta, la ventana emprende ;
que éste arroja aquél, y el otro luego
entre las mismas llamas le defiende.
Restalla en torno pertinaz Vulcano,
inexorable al elemento cano.

Pues apenas salieron, cuando embisten
con las seguras naves y soldados,
que con lo mismo que el furor resisten,
su injusta perdición miran turbados.
Los que a la aguja y al timón asisten
la bitácora dejan desmayados,
y arrepentidos ya de sus cautelas,
acuden a las jarcias y a las velas.

El campo undoso, como fácil boya,
nadan entre la rota obencadura
las banderas que, ya terror de Troya,
dos lustros respetó la mar segura.
Coge, en lugar de la preciosa joya,
la escota el griego, y la rompida amura ;
mas cayendo, y culpando el vil tesoro,
en espumosas ondas bebe el oro.

Como suele, dormido en verde prado,
abrir pobre pastor a los balidos
del esparcido tímido ganado,
primero que los ojos, los oídos,
y al intrépido lobo, que acosado
de los perros con ásperos aullidos
no sabe a cuál emprenda, y mira atento
iguales la venganza y el sustento ;

así despierta Ulises, y esparcidas
mira las naves del Corinto egeo,
que con velas y flámulas tendidas
despreciaban el golfo de Nereo ;
las esperanzas de volver, perdidas,
al patrio suelo, fin de su deseo,
reservadas al cielo y a las naves,
en lágrimas bañó los ojos graves.

Cerca una isla el mar Tirreno, al monte opuesta, donde en hierro y bronce duro, Estérope feroz, desnudo bronte, defensas labran al celeste muro ; aquí el ardiente padre de Faetonte a Circe trajo en plaustro más seguro, si el agua del Erídano, que inflama, lámpara de cristal fué de su llama.

Había dado Circe al rey su esposo veneno sin razón, en que descubre el alma de su pecho cauteloso, y el sol, con ser tan claro, a Circe encubre ; que la sombra de un hombre poderoso, claro en linaje, mil delitos cubre, pues muchas cosas de sufrirse duras la misma claridad las hace oscuras.

No le recibe en nítido palacio, dorado signo que, humillando el vuelo, nueva eclíptica forma, nuevo espacio entre los peces de la mar y el cielo. Temió Circe el furor del rey Sarmacio, llamando al claro sol que estaba en Delo ; temióle con razón, porque sucede odio al amor cuando el agravio excede.

Que habiéndose con ella desposado por hermosura humana y luz divina, fué quererle matar, enamorado, del linaje del sol bajeza indina ; un monte que pirámide elevado el rostro de la luna determina, verde gigante al sol bañado en plata, de sus eclipses el dragón retrata.

De mármoles y jaspes guarnecido ocupa de la isla tanta parte, que de pequeñas márgenes ceñido darle no pudo habitación el arte ; Circe en su centro, ya de fieras nido, sus palacios espléndidos reparte, que por la natural arquitectura fundó la artificiosa compostura.

Sobre mármoles blancos, que al indiano
marfil en lustre vencen, oro esmalta
la insigne puerta dórica, y de plano
perfil el claro pedestal resalta ;
cuanto permite el arte en diestra mano,
en él levantan proporción tan alta
dos columnas de jaspe de Corinto,
de bronce y oro el capitel y el plinto.

Aquí llegó perdido y derrotado
el capitán de Grecia tristemente,
su leño solo en tantos reservado,
que poblaron el húmido tridente ;
alzó los ojos al peñasco helado
que en pardas nubes escondió la frente ;
que la sombra del mar por gran distancia
obligaba a mirar tanta arrogancia.

Y como más el monte al vespertino
crepúsculo la sombra dilatava,
por ella Ulises a la margen vino,
donde la puerta habitación mostraba ;
y señalando fácil el camino
que el arena entre céspedes formaba,
a Euríloco mandó, sabio y valiente,
que el verde monte penetrar intente.

Apenas con sus griegos compañeros,
selectos de los otros, desembarca,
cuando cercado de animales fieros,
temió el rigor de la vecina parca ;
pero al sacar los fúlgidos aceros,
viendo en las olas fluctuar la barca,
los que temió llegar armados de ira,
postrados a sus pies humildes mira.

Al umbral de la puerta las criadas
de Circe lisonjeras los reciben,
y a los valientes griegos inclinadas,
los brazos, no las almas, aperciben ;
de la fingida risa acreditadas,
les muestran los palacios donde viven,
asegurando que su reina bella
es Venus de aquel mar, del sol estella.

Su gente anima Eurícolo engañado,
 a ver a Circe en tanto mal dispuesto ;
 que a quien grandes desdichas ha pasado,
 la esperanza del bien le engaña presto.
 Hallan los griegos en un alto estrado,
 de alfombras ricas de Ceilán compuesto,
 la bella Circe con réal decoro,
 quitando como el sol la gloria al oro.

Las piedras del dosel y las figuras,
 con los vestidos varios en colores,
 suplieran en las noches más oscuras
 de la corona austral los resplandores.
 Lágrimas densas del aurora en puras
 conchas del mar abiertas, como en flores,
 pendían por los hilos de oro al suelo,
 hurtando lustre al sol, cristal al hielo.

Circe, de regia púrpura vestida,
 sembrada de azucenas de diamantes,
 mostró la hermosa perfección unida,
 admirando los griegos circunstantes ;
 la madeja bellísima esparcida
 por los hombros en ondas fulgurantes,
 preciándose de ser mayor tesoro,
 no permitía distinción al oro.

Eran los ojos esmeraldas vivas,
 cual no las vió jamás el Gange indiano,
 con dos almas de fuego tan lascivas,
 que eran la esfera del deleite humano.
 No suelen al aurora primitivas,
 mostrar apenas el dorado grano
 las hijas de los pies de Venus bella,
 como resplandeció púrpura en ella.

Sucediendo al marfil, tan viva ardía,
 que compitiendo en su celeste velo,
 el carmín de la boca desafia,
 como si fuera de diverso cielo ;
 era lo que la risa descubría
 el nácar que en clavel condensa el hielo,
 si se atreve la frígida mañana
 tal vez con perlas a bordar su grana.

Bruñida al torno la columna hermosa,
este edificio cándido y rosado
sustentaba con pompa generosa,
de tan divinos miembros ilustrado ;
que siendo de aquel alma cautelosa,
y de tan falso espíritu habitado
el principio y origen de la vida,
perdió tener la estimación debida.

¡ Oh, cuántas hermosuras han perdido
del imperio mortal la gloria y palma,
o por tener el corazón fingido
o por manifestar bárbara el alma !
Blandura celestial, perdón te pido,
si alguna vez que me tuviste en calma
pensé que no era el alma que tenías
fénix de las humanas jerarquías.

Eurícolo, mirando finalmente
la bella Circe al suelo derribado,
le dice : « ¡ Oh reina, oh sol resplandeciente
de este palacio esférico dorado !

El griego Ulises, capitán valiente,
reliquia del heroico y desdichado
ejército por quien yace en la arena
Troya con Paris, robador de Helena,

» llega a tu monte en una nave solo,
después de mil naufragios y desvelos,
con que ha visto del uno al otro polo
tantos diversos mares, tantos cielos ;
así los rayos de tu padre Apolo
adoren Delfos y respeten Delos,
que de su error, que de su mal te duelas ;
que ni armas tiene ya, jarcias ni velas.

» Ampara un rey que en Itaca y Zaquinto
tuvo tan alto imperio, porque vuelva
al mar de Grecia, de este mar distinto,
antes que el fiero Bóreas le revuelva ;
dejó por el undoso laberinto
de griegas naves una blanca selva ;
duélete de sus hijos y su esposa,
años ausente, poca edad y hermosa.

»Aun él no sabe que su ilustre casa ocupan hoy villanos pretendientes, cuya libre afición su hacienda abrasa; que a todo están sujetos los ausentes. Ignora, como dueño, lo que pasa, y sabe los ajenos accidentes; que ésta es la causa porque muchos vienen a hablar en faltas que ellos mismos tienen.

»No porque no es Penélope tan casta como la fama de sus obras muestra; mas la porfía, que los montes gasta, mejor podrá la resistencia nuestra; que para ejemplo de recelos basta, traidor Egipto, ingrata Clitemnestra; que ni la nieve al sol está segura, ni en ausencia del dueño la hermosura.

»Diez veces nuestra argólica milicia sobre Troya miró flechando a Croto, y otras tantas el toro de Fenicia pacer estrellas al celeste soto. Finalmente venció nuestra justicia el alto muro de Dardania roto, cayendo, como tiene de costumbre, toda gloria mortal que vió su cumbre.

»Cobramos, reina, la robada Helena, no porque ya cubriese el rojo labio cándidas perlas, o por ser tan buena, que nos moviese a deshacer su agravio, que nunca la mujer que ha sido ajena venera el amador ni estima el sabio; que aun en los brazos el agravio suele hacer que el fuego del amor se hiele.

»Venganza fué, que cuando el fin alcanza no hay hombre que contento la posea; que es condición de la mortal venganza que no sin daño de los dueños sea; tanto, que se ha perdido la esperanza de que ninguno de nosotros vea su casa, esposa e hijos, convertidos en peces, por las aguas sumergidos.

»Castigo fué también en parte alguna de haber entrado los troyanos muros con invención tan alta, que la luna temió su sombra en sus cristales puros; estaban del rigor de su fortuna los engañados dárdanos seguros, que aun el honor para el ajeno daño no quiere la venganza en el engaño.

»Fingió partirse nuestra griega armada, y en unas islas se quedó escondida, aumentando la selva, que enramada juntó la verdadera a la fingida; con los olmos vecinos abrazada, de suerte se miraba entretejida, que las naves le dieron troncos rudos, y ella vistió sus árboles desnudos.

»Con esto los troyanos, presumiendo que las ondas marítimas rompía, andaban por la playa, discurriendo que aun despojos inútiles tenía. Cuantos miras aquí, de aquel tremendo caballo, para el parto de aquel día, ocupamos el vientre, en que estuvimos, y a ser fuego de Troya a luz salimos.

»Mal defendida la ciudad, su gente (como salió del sueño la defensa) más llora que pelea, y tristemente hallar piedad entre los dioses piensa, de Aquiles Pirro imitación valiente, perpetra entre sus aras tal ofensa, que sólo basta a despertar la ira del sol, que su ciudad cenizas mira.

»La venerable barba revolviendo el fiero mozo a la siniestra mano, sin respetar su edad, con golpe horrendo la cabeza cortó del rey troyano, sobre la sangre mísera cayendo del triste hijo, que defiende en vano; la que estaba del padre desunida quiso ayudar a quien le dió la vida.

»Estas crueldades y otras, que tuvieron entonces la disculpa en la venganza, por ventura después la causa fueron del castigo que a todos nos alcanza; al mar, al viento y a la luna dieron los cielos la firmeza en la mudanza, y en nuestro error mudó naturaleza, sin admitir mudanza su firmeza.

»Fundó por nuestro mal con Febo ardiente Neptuno, rey del mar, los muros frigos; por esto, navegando su tridente, las ondas vuelve ya lagos estigios; escucha tú de Ulises elocuente las iras, los portentos, los prodigios, dando licencia que te adore y vea, y sacro asilo tu presencia sea.

»El te dirá cómo los dos Atridas en la isla de Tenedos surgieron, y cómo las escuadras divididas distintos rumbos por la mar siguieron; porque todas las cosas sucedidas los marítimos dioses, que las vieron, las contaron a Palas, y ella a Ulises, y aun del troyano sucesor de Anquises.

»El rojo Menelao, con ser discreto, volvió a su casa la traidora Helena; ¡qué necio amor, si fué de amor efeto! Pero lloró mujer, cantó sirena; callar un hombre el deshonor secreto, no por todos los sabios se condena; pero el público agravio es tanta culpa, que aun no puede el amor darle disculpa.

»¡Oh, nunca de Néstor se dividiera con menos amistad que atrevimiento! Que ya los puertos de sus islas viera, y gozara a Penélope contento. ¿Quién vió tanto blasón, tanta bandera, tanta lengua de bronce hablando al viento, tantos árboles, más que egipcias piras, que imaginara las celestes iras?

»Dimos velas al viento sonoroso,
hinchada pompa de las lonas pardas ;
las flámulas pintadas el undoso
piélago peinan libres y gallardas ;
las naves, con el céfiro amoroso,
juzgan las alas de los remos tardas,
y como cisnes la nevada pluma,
desatando cristal, cortan espuma.

»Mas luego un huracán y travesía,
tan fiero, tan voraz, tan iracundo,
las acomete al expirar del día,
que midieron el cielo y el profundo ;
la isla Eolia tenebrosa y fría,
cárcel del aire que sustenta el mundo,
casi en el fuego y cerco de la luna
nos recibió para mayor fortuna.»

Circe, mostrando sentimiento y pena
de ver que el griego Euríloco lloraba,
bañó la pura rosa y azucena
con perlas que a dos soles destilaba ;
maldice a Troya, llama infame a Helena,
por quien sin culpa el mar peregrinaba
tan fuerte capitán, casado, ausente,
sujeto a todo fácil accidente.

Fingiendo, en fin, el pecho enternecido,
los manda regalar ; las mesas ponen,
veneno en los manjares esparcido,
que de hierbas venélicas componen ;
los cuidados, las armas y el vestido
los soldados famélicos deponen ;
comen, hablan, blasonan, ríen, brindan,
hasta que al sueño la memoria rindan.

Eurícolo, discreto, como suele
el que mira pasar otro delante,
y cuando de su ciego error se duele,
retira el pie que le afirmó constante,
más quiere que la hambre le desvele
y que el duro cansancio le quebrante,
que no verse después tal que no pueda
volver con vida donde Ulises queda.

No bien sobre las mesas se caían
 los griegos, ya de Baco satisfechos,
 cuando de hirsutas pieles se vestían
 las cervices, las manos y los pechos ;
 los unos elefantes parecían,
 los otros ya rinocerontes hechos.
 Cuál tigre que engendró escítica Hircania,
 y cuál león de la oriental Albania.

Mover quería Ericto la turbada
 lengua, cuando cubrió flexible trompa
 la boca descompuesta, y con la armada
 frente Elpenor no hay árbol que no rompa ;
 Dulinto fué a tomar su fuerte espada,
 antes que transformándose interrompa
 el racional distinto encanto fiero,
 y con las uñas derribó el acero.

Quejarse quiso con acento humano
 de tal crueldad el joven Antidoro,
 de Ulises almirante en el mar cano,
 cuyos labios cercaban hilos de oro ;
 mas con mugido fiero e inhumano
 la rígida cerviz de airado toro
 mostró feroz, y en una clara fuente
 se vió las medias lunas de la frente.

Del modo que, bañándose Diana,
 fugitivo miró las ramas nuevas
 en la plata del baño más cercana
 el transformado príncipe de Tebas ;
 queriendo articular la voz humana,
 Peneo vió (¡ qué horror ! ¡ qué injustas pruebas !)
 las armas de la infamia, a que se obliga
 quien por buscar mujer halló enemiga.

No menos tú, belígero Atamante,
 a quien dió nacimiento la Morea,
 crítico de las musas arrogante,
 viste tu hermosa forma en la más fea ;
 al animal más rudo semejante
 Circe permite que tu imagen sea,
 quedándote en aplauso vil plebeyo,
 no el alma, la corteza de Apuleyo.

En un dragón alado se transforma
Alcidamente, bárbaro poeta,
sin agradarse Palas de su forma,
que era Palas científica y discreta;
un caballo feroz Tebandro informa,
que ni a espuela ni a freno se sujeta;
al extremo del monte alarga el paso,
que quiere de sus cumbres ser Pegaso.

Por burlarse de todo (puesto en duda
de Grecia si era Heráclito) Penteo,
en simio o cercopíteco se muda,
gracioso en gestos y en acciones feo;
Euríloco, pidiendo al cielo ayuda,
sale del monte al campo de Nereo,
y embarcado agradece a su templanza,
que le libró de tan cruel mudanza.

Enternecido el hijo de Anticlea,
las manos alza a Júpiter divino;
llora de ver que tantos años sea
de Tetis naufragante peregrino;
que no llegue a la tierra que desea,
y que le niegue el vasto mar camino,
habiendo en tantos rumbos vueltas dado
al clima adusto, al frígido y templado.

En esta confusión, en este asombro,
a la tierra bajó la noche helada,
el manto desprendiéndose del hombro,
y la cara de nubes rebozada.
«¡Ay!, dijo, oh gran Mercurio, pues te nombro,
en toda acción mirándome inclinada
de trino tu retórica influencia,
por quien mi patria alaba mi elocuencia.

»Dame remedio en tanta desventura;
no permitas que deje los soldados
que perdonó la mar en la figura
de animales tan fieros transformados;
mejor será que tengan sepultura
con los demás argivos desdichados,
que no que el alma en tal fiereza oculten,
que alzar el rostro al cielo dificulten.

»Enseña la moral filosofía
que el hombre que jamás del bajo suelo
al cielo levantó la fantasía,
viviendo en pie para mirar al cielo,
es fiera que la Libia ardiente cría
en su arena abrasada, o en su hielo
Escitia feroz, sin que en su bien redunde
el alma racional que Dios le infunde.

»Abriendo entonces con dorada llave
el gran nieto de Atlante, el argicida,
la puerta celestial, tres veces ave,
en nube de oro y resplandor vestida,
sobre la gavia esclareció la nave,
cual suele exhalación cuando, encendida
después de tempestad, serena el cielo,
y retrató su luz el mar en hielo.

»Y sacudiendo con la diestra mano
el dragón duplicado al caduceo,
con tierno afecto, con acento humano,
así fué de la mar celeste Orfeo ;
gran hijo de Laertes, que el troyano
incendio priva, que del patrio Egeo
los puertos goces, tanto Venus llora
su ciudad en los ojos del aurora.

»No temas el rigor de los encantos
de la hija del sol, ni el ver tus griegos
en varias formas de animales tantos
por los montes indómitos y ciegos ;
toma esta hierba, que los cielos santos
penetraron tus lágrimas y ruegos ;
que con ella podrás vencer la fiera,
Diómedes de esta bárbara ribera.

»Aunque a la madre del troyano adoro,
dulce monstruo de amor, parto de espumas,
no es lícito al valor de mi decoro
que en tu favor ingratitud presumas.»
Dijo ; y alzando los coturnos de oro,
resplandecieron las talaes plumas,
y la senda de luz al movimiento
hurtó a la vista poco a poco el viento.

Era la hierba de raíz redonda,
 negra en color, de flor vistosa y blanca ;
 no hay veneno que de ella no se esconda,
 pero con gran dificultad se arranca ;
 Circe espera que Ulises le responda ;
 la casa ofrece liberal y franca,
 y de su amor en viéndole segura,
 previene en el espejo la hermosura.

Riza el cabello, y en sortijas pone
 pendientes mil diamantes, y la cara
 al fingido jazmín fácil dispone,
 agua confeccionada entonces clara ;
 después de pura rosa la compone,
 densa en el medio, en los extremos rara,
 y las cejas en arco a los despojos
 previene con las flechas de los ojos.

Como en invierno suele añadir nieve
 el deleite mortal al agua fría,
 a la blancura que a los cielos debe,
 Circe añadir la artificial porfía ;
 a la garganta cándida se atreve,
 que los dientes lustrosos desafía
 del más sabio animal, y de azucena,
 teniéndola tan propia, viste ajena.

Hacen lo mismo con igual deseo
 e ilustre adorno sus hermosas damas ;
 el ámbar vuelve el aire prado hibleo
 con fácil nube en olorosas llamas ;
 prevenidas al joven Anticleo
 las telas de oro y las bordadas camas,
 y a vueltas el veneno, da licencia
 que venga con su gente a su presencia.

Ulises deja al mar las blancas velas,
 y más fingido que de Europa el toro,
 la hierba prevenida a las cautelas,
 a tierra sale con real decoro ;
 sobre dos toneletes o escarcelas
 cota de tela azul y escamas de oro,
 pendiente el manto desde el hombro al suelo,
 y el atado laurel revuelto al pelo.

La espada en un tahalí, que tachonaban
ricos topacios y diamantes finos,
que la celeste eclíptica imitaban,
senda del sol por sus dorados sinos ;
su venerable aspecto acompañaban
los griegos más famosos y más dinos,
Enrífoco, Auriflor, Polidamante,
Filemo, Palamedes y Toante.

Todos caminan de esperanzas llenos
de hallar en Circe próspera ventura,
que no hay para sentir males ajenos
fe firme, limpio amor, lealtad segura ;
Circe, aumentando luces y venenos,
y juntando al engaño la hermosura,
sale a la puerta, y con fingidos lazos
le recibe en los ojos y en los brazos.

Con blanca nieve, cuyo efecto es fuego,
tierna le ciñe la robusta mano,
por ver si fácil de la vista el griego
le entrega el pecho que conquista en vano ;
discreto Ulises, con mayor sosiego
defiende el alma del primer tirano.
¡Ay de quien necio por la mano bebe
veneno ardiente en áspides de nieve !

Así le lleva por las altas salas,
de oro vestidas y pinturas bellas,
aumentando los ámbares y galas
lascivo resplandor en sus estrellas ;
tiernos Cupidos las purpúreas alas
en torno mueven, y derriban de ellas
las flechas encendidas sin efeto ;
que era la hierba defensor secreto.

Y para que moviese, como suele,
lo imaginado más que la hermosura,
quiere que el sueño honesto le desvele
de los famosos cuadros la pintura ;
mira la madre del Amor, que impele
corriendo el aire, y de la sangre pura
las hojas de la rosa agradecidas,
curando a los jazmines las heridas.

Adonis, río ya que el mar fenicio
de las faldas del Líbano descende,
diestramente pintado, al ejercicio
del campo, no a la diosa, libre atiende;
con blando rostro, con piadoso oficio,
que persiga las fieras le defiende,
tan bella, que la rosa, con los celos,
ser lirio quiso, y lo pidió a los cielos.

En otra parte el baño de Diana
desnudas le mostró ninfas tan bellas,
que el indiano marfil, la tiria grana
no presumieron competir con ellas;
vestido blanda pluma, riza y cana,
el que lo está de sol, luna y estrellas,
engañaba de Leda la hermosura,
pero con más efecto la pintura.

Valiente cuadro, abriéndose los cielos,
la lluvia de oro espléndida enseñaba,
que a pesar de cuidados y desvelos
entró donde jamás de amor la aljaba;
enfrente Egina los nevados hielos
al mentiroso fuego calentaba;
todo lo mira el griego, mas de un modo
la severa virtud lo vence todo.

Descansan en estrado que pudiera
ser el sitio del sol, y los soldados
con menos gravedad hacen esfera
a los rayos que miran eclipsados;
no templa a todos rígida y severa
la virtud de Catón, que están templados
en las leyes comunes. Y estos tales
convierte Circe en fieras y animales.

Sentado estaba el griego, y le tenía
Circe la mano diestra; mas la hermosa
presencia que miraba suspendía
la fuerza de la vara venenosa;
el encanto a los ojos remitía
arsénico mortal, flecha amorosa.
Indecisa se vió la esfinge o lamia;
que hechizos, si hay belleza, son infamia.

*← dadas
a través
de las
imágenes*

Pero viendo que el hijo de Laertes
 no la miraba tierno, con la vara
 que dió tan fiera causa a tantas muertes,
 vencerle quiso, y al tocarle para.
 El griego entonces con las manos fuertes
 el golpe venenífero repara,
 y sacando la espada, ardiente rayo,
 cubrió sus ojos de mortal desmayo.

Pero animada del temor cobarde
 (que hay ánimo también que es cobardía),
 le ruega que la escuche y que la aguarde,
 y el acero, con lágrimas, desvía;
 de sus ruegos al fin vencido tarde,
 como en la hierba mercurial confía.
 paró el rigor; que nunca fué sangriento
 el hombre de sutil entendimiento.

Circe prometé al cielo, e interpone
 la autoridad de su Milesio hermano,
 no hacerle agravio, y en la estatua pone
 de Júpiter olímpico la mano.

Con esto mereció que la perdone
 y que la mire con semblante humano;
 y luego amor, en dulces amistades,
 con los brazos juntó las voluntades.

Sucede con esto, con aplauso y fiesta,
 la artificiosa luz a la del día,
 porque la noche tímida intempesta
 con la sombra del monte el mar cubría.
 La mesa y cena espléndida se apresta,
 y entre tanto a la forma en que vivía
 vuelve todo soldado, y las crueles
 armas desnudan con las duras pieles.

Cual suele el que salió de algún cuidado
 en que su loco error le tuvo asido,
 contento, libre, alegre y admirado,
 cobrar nueva razón, nuevo sentido;
 desnudo de animal todo soldado,
 está con los amigos divertido;
 danse estrechos abrazos, y en la mesa
 la memoria del mal trágica cesa.

Ya Baco enciende a Venus, ya los vasos
 en los aparadores altos suenan,
 ya los siervos, los platos y los pasos
 de las salas los cóncavos atruenan;
 refieren los alegres tristes casos;
 unos dicen amores y otros cenan;
 cuáles mirando están tantos tesoros,
 cuáles oyen cantar distintos coros.

Ya mira Circe a Ulises sin recato;
 quien tierno mira blandamente ruega;
 ya no responde el capitán ingrato,
 que más concede quien de presto niega;
 y puesto fin al opulento plato,
 con altas voces, a la usanza griega,
 himnos al alto Júpiter ensalzan,
 agua previenen y las mesas alzan.

En rico estrado, sin guardar, se sientan,
 lo que se debe a las honestas damas;
 ellas mirando la hermosura aumentan,
 y ellos de amor las encendidas llamas;
 con privación los griegos se contentan,
 y como suelen por las verdes ramas
 las tórtolas gemir arrullos tiernos,
 llaman breve esperar siglos eternos.

La noche estaba sin temor de Apolo,
 y en el collar del Can resplandecía
 la estrella más vecina a nuestro polo,
 que airada entonces abrasaba el día;
 cuando el astuto en las desdichas solo,
 vencido del amor y la porfía
 de Circe, que no hay cosa que no venza,
 así su historia trágica comienza:

«Después de haber Agamenón vengado
 la infame afrenta del tirano fiero,
 no sé cuál dios, con nuestra gente airado,
 vibró de su rigor el fuerte acero.
 Yo, más que cuantos fueron, desdichado,
 a la conquista, aunque el honor primero,
 tales tormentas padecí, que admiro
 cómo en articulada voz respiro.

»Contarte por extenso mis historias
sería loco error, Circe divina,
y revolver ahora las memorias
y tragedias de un alma peregrina;
que como alegran las pasadas glorias,
a que el gusto mortal fácil se inclina,
le mueven a dolor penas presentes,
que se han de referir estando ausentes.

»Entre otras desventuras, con mis naves
y dulces compañeros llegué un día
a Lestrigonia, que entre peñas graves
del mar de Italia su defensa fía.
Aquí, gente cruel, si no lo sabes,
bárbara en todo, aunque con rey, vivía,
gigantes de estatura y de fiereza,
que de ellos se admiró naturaleza.

»Antífates, su príncipe, excediendo
la gran proceridad del Centimano,
era de aspecto furibundo, horrendo,
fuera del natural límite humano;
la hirsuta barba y el cabello, haciendo
feroz el rostro, entre bermejo y cano,
daban temor, a quien formaban lazos
dos ramas de laurel como dos brazos.

»De marítimas conchas guarnecido,
vestía un peto y espaldar, trabadas
con firmes puntas de metal bruñido,
de los rinocerontes imitadas;
desnudo el brazo, a la mitad vestido,
las piernas de coturnos, enlazadas
de correas de tigres y leones,
tachonadas de hebillas y botones.

»Por arma desigual un fuerte pino,
de sus menudas hojas despojado,
que parece que el monte le previno
por una verde línea dilatado.

Yo, triste y derrotado peregrino,
pacífico llegué como engañado;
dos soldados prevengo a la embajada,
con dos paveses y una antigua espada.

»Parten Cinto y Ladón con el presente,
pidiéndole licencia un nuevo Acates
para que tome tierra nuestra gente
con los primeros de la mar embates ;
pero apenas la voz del griego siente,
cuando el gigante bárbaro Antifates
deja caer el pino, en quien impreso
quedó, revuelto en sangre, el cráneo y seso.

»Apenas le miró que palpitando
estaba en la arena, cuando asiendo
de un brazo el cuerpo, se le fué arrancando
y con estruendo horrisono comiendo ;
la sangre de la boca destilando,
por la cerdosa barba discurriendo
entre calientes limos y pedazos,
le bañaba los pechos y los brazos.

»Suenan los cartiláginos y suenan
los huesos con horribles estallidos,
como en el fuego la montaña atruenan
los ramos nuevamente divididos.
Viendo Ladón que, bárbaros, condenan
la ley de embajador en los rendidos,
antes que, como a Cinto, se la quite,
la vida al vuelo de los pies remite.

»Cual suele el irlandés perro animoso,
dividiendo las ondas que no bebe,
formar en ellas círculo espumoso,
mansas cristal y removidas nieve,
se arroja al agua el joven temeroso,
y en el cabello y ropa las embebe ;
aborda, danle un cabo, y en la popa
sacude antes de hablar cabeza y ropa.

»Pero apenas refiere la fortuna
del mísero Ladón, cuando feroces
cercan la margen sin defensa alguna,
con armas que el furor ministra, y voces.
No suelen espantados por laguna,
cuando vimos los bárbaros atroces,
ánades por las cañas escondidas,
del águila voraz librar las vidas.

»Como nosotros, viendo la fiereza
con que nos acometen los gigantes,
arrojándonos peñas, de grandeza
no vista, de los montes circunstantes ;
levo la amarra con igual presteza,
las alas de los árboles volantes
al aire entrego, haciendo que las hayas,
azotando la mar, dejen las playas.

»Mas ellos en mis griegos compañeros,
cerrando cuanto mira el horizonte,
intentan juntos con peñascos fieros
cubrir el mar y deshacer el monte ;
allí quedaron muertos los primeros
Lisandro, Alfeo, Pelias y Filonte,
capitanes de naves, que diez años
sufrieron sobre Troya eternos daños.

»Como el furioso Alcides, revolviendo
el brazo en que tenía al desdichado
Licas, al mar le echó con grito horrendo,
sin alma por el aire levantado ;
o como suele, círculos haciendo
del cáñamo tejido, en verde prado
disparar el pastor, porque se espante,
al ganado la piedra resonante ;

»así del brazo un lestrigón despide
a Doricleo como fácil pluma,
que donde el agua tímica divide
las ondas penetró con breve espuma ;
con su estatura prócera se mide
(porque el valor en el morir presuma)
Dulinto Acayo, y cuando más anhela,
no llega con la espada a la escarcela.

»Pero arrojóle con el pie de suerte,
que haciéndole pedazos las costillas,
iba tras él en círculos la muerte,
y le alcanzó del agua en las orillas.
Las naves de uno y otro encuentro fuerte
temblaban de las gavias a las quillas,
rechinaba la jarcia, y los extremos
mezclaban las entenas y los remos.

»Alargado a la mar, sin retirarme más de lo que bastaba a no perderme, si bien mil veces intenté arrojar me, a no venir Penélope a tenerme; mas de ella y de Telémaco acordarme aun no sé si pudiera detenerme; Palamedes bastó, que un grande amigo es el mayor poder para conmigo.

»Y más cuando miré que por las ondas iban algunos bárbaros gigantes, que hasta los centros, que no alcanzan sondas, sepultaban los griegos naufragantes; no así en los ríos por las partes hondas dejan pasar los cuerdos elefantes los pequeños primero, antes que crezcan las aguas con los grandes, y perezcan.

»Con griega sangre el vasto mar teñía las algas de la bárbara ribera, los juncos en corales convertía, como si el tronco de Medusa fuera; no escupe celestial artillería más balas de granizo que la fiera gente peñas al mar, que a la montaña surtiendo el agua, los extremos baña.

»Así desafiada, con valiente brazo suele tirar piedras o barras con aplauso vulgar rústica gente, como ellos peñas, troncos y pizarras; el mar sembraban lastimosamente jarcias, baupreses, gúmenas y amarras, escudos, lanzas, armas y vestidos, tiñendo el agua cuerpos divididos.

»Cuál saca la cabeza medio vivo para cobrar aliento, pero en breve se la sepulta el golpe ejecutivo, y propia sangre entre las ondas bebe. Aquí de aliento, ¡ay mísero!, me privo, tanto el dolor mi sentimiento mueve; pues ya que de la vida los despojan, para comerlos a la mar se arrojan.

»Y como el fiero armado cocodrilo
se arroja de la margen egipcia
al pez o barca del fecundo Nilo,
al apuntar la cándida mañana ;
entre las ondas por el mismo estilo
comen y beben carne y sangre humana,
haciendo que la mar su freno exceda,
como tan llena de los cuerpos queda.

»Decirte yo que lágrimas vertía,
mirando las tragedias lastimosas,
era llegar al término en que el día
ríe en jazmines y amanece en rosas.
Dejé aquel mar, y la tristeza mía
aumentaba sus ondas procelosas,
sintiendo que dejaba con vil guerra
lo mejor de mi armada entre agua y tierra.

»Dos días no comí, pero al tercero,
persuadido de Albante y Clorinaro,
vencí con el sustento el dolor fiero,
y el triste fin de mi fortuna aguardo ;
con la bonanza que jamás espero,
todo el velamen de las lonas pardo
doy al Favonio occidental, y veo
que por jardines de cristal paseo.

»Trece veces había el sol vestido
de luz y claridad el polo opuesto,
y tantas por las ondas sumergido
con encendido círculo traspuesto,
cuando el piloto me llevó el oído
con voces de la tierra descompuesto,
cuyos celajes suspirando miro,
y, cuando más mi patria espero, expiro.

»Era parte del Africa, que tienen
los trópicos en medio, en dos gigantes
escollos defendida, que detienen
por el líbico mar los navegantes ;
los que a Cartago fluctuando vienen,
temen su arena y olas arrogantes ;
sirtes las llaman, pero, en fin, perdonan
mi nave entre las peñas que coronan.

»Hacia el mar unos profundos lagos,
recodos de su margen, y surgimos
por ellos, con temor de los estragos
que ya por tantas partes padecemos;
habitaban allí los lotofagos,
a quien licencia para entrar pedimos;
mas quedáronse allá Celio y Penteo,
ni volviendo a la nave ni al deseo.

»Yo entonces a morir me determino,
que ya la vida, ¡oh Circe!, me cansaba;
desesperado a la ciudad camino,
con arco persa y con pintada aljaba;
luego su rey a recibirme vino,
su rey, que Licofronte se llamaba;
todos con paz y amor me abrazan, todos
me muestran almas de diversos modos.

»Mas luego por mis tristes compañeros
pregunto con dolor, y ellos sin pena,
depuestos con los mantos los Aceros,
me los muestran dormidos en la arena.
—No somos, dicen, lestrigones fieros;
que esta tierra que veis, fértil y amena,
produce la ocasión que sueño infunde,
sin que otro daño al huésped le redunde.

»Hay un árbol somnífero, nacido
en estos campos fértiles y sotos
de vacas, como el mirto revestido,
negro de ramas, a quien llaman lotos;
de tan suave fruto, que comido,
quedan los extranjeros tan remotos
de su memoria y de su patria ausente,
que no vuelven a verla eternamente.

»Ninfa dicen que fué, ninfa africana,
aquel árbol primero, que temiendo
de un feo amante la traición villana,
rústico Apolo, que la fué siguiendo,
la forma, que primero tuvo, humana
en su corteza dura convirtiendo,
le dió su nombre; y fué de amor tributo,
que nazca de un desdén tan dulce el fruto...

»En fin, porque mis dulces compañeros
no comiesen también y se olvidasen,
despertando con voces los primeros,
eché un bando que todos se embarcasen;
temí que las lisonjas, monstruos fieros,
mis griegos detuviesen y engañasen;
que no los puede haber de mayor daño
que con dulces palabras dulce engaño.

»Con sólo el treo salgo poco a poco,
y en refrescando el viento doy las velas;
mas luego vuelve enfurecido y loco,
si en tantos males algún bien recelas.
¿Qué cielo ofendo? ¿Qué deidad provoco?
¿A quién hicieron daño mis cautelas?
Que tal persecución sólo sería
de gran poder o gran desdicha mía.

»Mas ¿quién tan brevemente imaginara,
cuando parece que mi mal se alivia,
que el viento al mar de Italia me arrojava
desde la margen del que baña a Libia?
Donde el rigor de mi fortuna para,
donde imagino que el rigor entibia,
hallo vida y desdichas; que mi suerte
ya tiene por piedad darme la muerte.

»Levántase un espeso torbellino,
toldo previene al mar nube tronante,
cerrando por las olas el camino
con promontorios líquidos delante;
pálido trepa hasta la gavia Alcino,
suspense por el cáñamo bramante:
—Amaina—dice—, amaina—cuando mira
que se arma el Orión de rayos de ira.

»Suspende sobre el agua el vil grumete
el cuerpo que aligera asido a un cable;
no huelga triza, troza o chafaldete,
todo trabaja en acto miserable;
las rojas hayas, que en las ondas mete
con firmes pies y con furor notable
el remero veloz, convierte en pluma,
y a costa del sudor levanta espuma.

»Las rocas altas huyo, aunque parezca error de su firmeza dividirme, que no hay con que el furor más encarezca que con ver que me alejo de lo firme; ya no hay amarra o cuerda que me ofrezca remedio o fuerza en que poder asirme; que a la furia del Euro yacen rotas muras, brazas, filácigas y escotas.

»Dichoso aquel que al esconder turbada la oscura noche, tenebrosa y fría, los diamantes, que a veces descuidada, con las manos del sol le roba el día, despierta entre la cándida manada al eco de su rústica armonía, y desatando del redil la puerta, la lleva a apacentar por senda incierta.

»Allí le ofrece el prado varias flores, las puras fuentes el cristal deshecho, y escucha de las aves los amores, en el duro cayado puesto el pecho; no las templadas cajas y atambores, ni del aliento por el bronce estrecho el aire transformado en voz tan viva, que del sosiego o del honor le priva.

»; Cuánto es mejor con restallar las onlas recoger a la noche las ovejas, que ver por las murallas y las rondas sangrientas muertas, lastimosas quejas! Prado es el mar, cuando espumosas ondas retratan del ganado las guedejas; mas no es cabaña una velera nave que admite sueño ni sosiego sabe.

»La nuestra con tan áspera tormenta ya no conoce rumbo por quien vaya; ya en el fondo del mar nos aposenta, ya como el alba las estrellas raya; con altas olas túmido revienta, y sólo es el morir última playa; todo se rompe, todo se deshace, y entre las jarcias la esperanza vace.

»El arrogante mar, nuevo Tifonte,
 por escalas de espuma sube al polo,
 para ser de una vez del sol Faetonte,
 de muchas que por él se esconde Apolo ;
 a la luna subió de monte en monte,
 pero templóle con mirarle solo
 Venus, su hija, que con presto vuelo
 bajó a la tierra, serenando el cielo.

CANTO SEGUNDO

PROSIGUE ULISES SU RELACIÓN CON LOS AMORES DE POLIFEMO
 Y GALATEA, Y LO QUE LE SUCEDIÓ HASTA QUE SALIÓ DE LA ISLA

»Reina del mar Mediterráneo, mira
 Sicilia a Italia por espacio breve,
 que de ella a viva fuerza se retira,
 y a sus montañas fértiles se atreve ;
 aquí por varias partes fuego espira,
 vestido un monte de perpetua nieve,
 imagen natural de la hermosura,
 alma de vivo fuego en nieve pura.

»Por varias sendas, prados y caminos
 corre Aretusa hermosa y diligente
 al mar con los coturnos cristalinos,
 por belleza deidad, por rigor fuente ;
 tocar parecen los celestes sinos
 tres puntas en triángulo eminente
 de Pachino, Peloro y Lilibeo,
 prisiones del intrépido Tifeo.

»Aquí me trajo mi contraria suerte,
 por donde mira la feroz Cartago,
 a darme más desdicha y menos muerte
 que pudo el lestrigón y el lotofago ;
 Venus entonces del rigor me advierte,
 si puede ser, de mi fatal estrago,
 y con sus rayos fúlgidos me guía
 hasta la aurora del siguiente día.

»Veo una isla de Sicilia enfrente,
de solos animales habitada,
y de algunos pastores, pobre gente,
que hay de Calabria allí breve jornada ;
tiene fácil el puerto, y una fuente
de laureles y mirtos coronada,
que, dividida en diferentes venas,
adonde coge flores deja arenas.

»Sin aferrar las áncoras surgimos,
y por la verde y libre selva entramos,
revestida de hiedras y racimos,
que formaban doseles de los ramos ;
a los silbos y voces que le dimos
correspondientes ecos escuchamos ;
que la repercusión de nuestro acento
al mar pudo dar alma y voz al viento.

»Cuando pobre pastor se nos presenta,
a quien pieles de cabras montesinas
el negro cuerpo adornan, que alimenta
el fruto de las rústicas encinas,
la griega gente, a su consuelo atenta,
conduce por los bosques y marinas,
donde los arcos y persianas flechas
quedaron de los tiros satisfechas.

»Los ciervos traen a cuestras los soldados ;
abren, desuellan, parten, cortan, hienden
los verdes ramos, que en el fuego echados,
con el humor que lloran se defienden ;
la carne espetan en los más delgados,
que medio asada, envuelta en sangre emprenden,
y Febo a ser antorcha del convite
sale por las espaldas de Anfitrite.

»Allí sobre la hierba parecía
que era lotos la caza que comieron,
cuando igualando el sol la sombra al día,
estas palabras sin rigor me oyeron :
—No perdamos, oh dulce compañía,
la memoria del mal que nos trajeron
tristes hados aquí, ni descuidados
nos halle en ocio y sueño sepultados.

»Sepamos a qué tierra nos conduce
la fortuna cruel, si bien entiendo
que un breve bien tan fácil os induce
a que olvidéis el mal que estáis sufriendo;
agua y sustento este lugar produce,
mas no para que en él viváis muriendo
tan lejos de la patria, en que tenemos
las dulces prendas que perdido habemos.

»Entonces Triptolemo, que tenía
menos de Baco y más de entendimiento,
rogó al pastor que nos sirvió de guía
satisficiese mi forzoso intento;
él, que la lengua dórica sabía,
por el silencio dió la voz al viento,
de suerte que aun suspensa en su corriente,
dejó también de murmurar la fuente.

»—No soy, como pensáis, famosos griegos,
pobre pastor, que soy también soldado;
yo vi la guerra y los troyanos fuegos,
a Héctor muerto, a Menelao vengado;
de Policena los humildes ruegos,
y a Pirro en sangre y en dolor bañado,
de su valor y edad hazañas feas,
y fugitivo con su padre Eneas.

»Aquí me trajo vuestra misma estrella,
arrojado del mar y de un navío,
digo a Calabria, porque vivo en ella,
siendo Corinto nacimiento mío;
más ha de un lustro, ¡oh griegos!, que por ella
llevo al invierno helado, al seco estío,
el ganado que veis; mirad si puedo
con lo que de ella sé ponerlos miedo.

»Esa vecina isla es Siracusa,
habitación de cíclopes gigantes,
gente sin ley, república confusa,
a los fieros bracmanes semejantes;
de las tirrenas ondas circunfusa,
parece que la cierran tres atlantes;
si bien nadie se atreve a su conquista;
que causa espanto, desde lejos vista.

»Estos son los ministros de Vulcano, que a Júpiter forjaban en su monte los rayos, por quien hoy Briáreo tirano yace en las negras aguas de Aqueronte; de la tierra y del cielo soberano dicen que fueron hijos Harpes, Bronte, Esterope y Piragmón el desnudo, autor de la celada y el escudo.

»Pero de todos estos apartado, vive en un alto monte Polifemo, que mirándole, no he determinado cuál es el monte, y de mirarle temo; que, puesto que se ve proporcionado, la frente mide con su verde extremo; tanto, que el monte de árboles se vale sobre las peñas, porque no le iguale.

»Pero, por más que crezca, al fin le excede, y es tal la pesadumbre de su exceso, que se queja la mar de que no puede dos montes sustentar de tanto peso; no hay hiedra que pared de muro enrede, como la barba y el cabello espeso, el rostro y frente, en quien un ojo solo imita al cielo mientras duerme Apolo.

»Un peine tiene, que de juntas cañas hizo para igualarse las guedejas; que a una ninfa cruel de estas montañas le dice enamorado tiernas quejas; tanto, que entre unos lirios y espadañas, escuchándole solas sus ovejas, dicen que al son de su zampona un día estos rústicos versos le decía:

»—Oh más hermosa y dulce Galatea, que entre las mimbres de la encella helada cándida leche pura de Amaltea, que en el cielo formó senda sagrada; más blanca me pareces, aunque sea de tus hermosas manos apretada; que si quieren entrar en competencia, de tu parte será la diferencia.

»Oh ninfa más hermosa que a mis ojos
las verdes cañas de alcacer que nace,
pasados del invierno los enojos,
cuando esta pura nieve el sol deshace ;
blanco jazmín entre claveles rojos
menos a quien te mira satisface,
que tu boca amorosa cuando iguales
muestra la risa perlas y corales.

»El más temprano almendro, el más florido,
preludio de la dulce primavera,
entre cándido y nácar dividido,
no iguala, imita tu beldad primera ;
yo he visto de mastranzos guarnecido
este arroyuelo, que la mar espera ;
mas no tienen olor, aunque pisados,
como tus miembros, de correr cansados.

»Si miro alguna cándida azucena,
se me acuerdan tus pies, cuando desnudos,
con breve estampa al campo y a la arena
no dejan senda de sus pasos mudos ;
sale una fuente en esta orilla amena,
jamás tocada de animales rudos,
y aquellos golpes con que vuelve arriba
me parecen tu risa fugitiva.

»Calle la flor azul del verde lino,
calle este monte, cuando vuelve Apolo
su nieve en plata en el ardiente sino,
que fué del griego Alcides triunfo sólo ;
murmure este arroyuelo cristalino
del marfil de tus pies lidio Pactolo,
pues que bañando en él mayor tesoro,
engendras perlas por arenas de oro.

»El vuelo vences de la limpia garza
cuando baja el azor, rayo de pluma,
en el olor la flor de espino y zarza,
aunque de Venus el rosal presuma ;
el pálido vallizo y la garmaza
en vista por abril, aunque consuma
tal vez el trigo, y desde lejos solas
en sangriento escuadrón las amapolas.

»Mirto pareces cuando estás sentada,
oh Galatea, en estos verdes llanos,
un cedro o cinamomo levantada,
y rayos de cristal tus blancas manos ;
abierta en el otoño la granada
descubre aquel ejército de granos ;
así mostrar a tornasoles sueles
en tu rostro jazmines y claveles.

»Como a la tarde en el celeste velo
reverbera tal vez el sol dorado,
y es cosa singular verde en el cielo,
así se ve en tus ojos retratado ;
y ese verde color a mi desvelo
(aunque cielo en dos soles abreviado),
siendo el color que más la vista agrega,
hace efecto contrario, pues me ciega.

»Dos verdes almas, espirando fuego
en dos esferas negras (¿qué me admiro
que un solo sol que tengo, tengan ciego,
cuando las luces que me abrasan miro?) ;
oye, divino Júpiter, mi ruego,
que por los ojos del pastor suspiro,
custodia de tu vaca : que uno solo
mal puede ser Faetón de tanto Apolo.

»Oh más sabrosa ninfa, aunque eres fiera,
que dulce miel del líquido rocío,
que de los vasos de la blanda cera
se destila al calor del seco estío !
Más bella vienes tú de la ribera
(cuán varia de color, firme de brío)
que el pintado escuadrón cuando al aurora
desnuda el campo y los panales dora.

»¿Qué becerrilla tierna más lozana
retoza en verde prado y hace amores
a la hierba, saltando tan liviana,
que apenas puede lastimar las flores,
como te vi pasar una mañana
entre aquestos laureles vencedores,
cogiendo aquí y allí de estas orillas,
o ellas a tí, las blancas maravillas?

»Durmiendo estabas una siesta ardiente
al fresco de esta fuente sonora,
y en tus mejillas rojas y en tu frente
me pareció el sudor rocío en rosa ;
mas todo aqueste bien turbar consiente
tu condición, conmigo rigurosa,
amando un hombre indigno, amando un mozo
que apenas tiene la señal del bozo.

»Yo sí que tengo crespa barba y yerta,
como ha de ser en hombres belicosos,
de la color del sol, cuando despierta
entre rayos apenas luminosos ;
pero la boca en ella descubierta,
cuyos labios, tan gruesos como hermosos,
descubren, si te ven, con blanda risa
más blancos dientes que el marfil de Orisa.

»Mas tú, cruel, que por matarme tienes
gusto de amar un joven delicado,
con poco honor de tu hermosura, vienes
a verle por el monte, selva o prado ;
con él desde el aurora te entretienes,
pues luego que la mira el sol dorado,
dejas el mar, y por decirle amores,
desprecias el coral y pisas flores.

»Si yo te quiero hablar así, te enojas,
que apenas llego a verte, cuando airada,
desde la blanca playa al mar te arrojas,
de círculos de plata coronada ;
pero, con ser tan fieras mis congojas,
al cortar de las aguas, ninfa amada,
templan la furia a mis celosas iras
las perlas que, arrojándote, me tiras.

»Si canta ese rapaz, sutil parece
su voz de grillo negro en verde trigo ;
la lira que le adorna y desvanece,
sierra en nogal tan desigual conmigo ;
mi voz los altos montes estremece,
y asombra el mar, de mi dolor testigo,
donde me escuchan con sus ninfas bellas
los peces igualmente y las estrellas.

»Querer con mi grandeza y hermosura
 sus partes competir afeminadas,
 era igualar al sol la sombra oscura,
 supuesto que de mí jamás te agradas ;
 diga el cristal de aquesta fuente pura,
 cuando estaban las ondas sosegadas,
 si pudiera ser yo con poco aviso
 más disculpado que lo fué Narciso.

»Compíte en igualdad conmigo en vano
 el más alto ciprés, el mayor pino ;
 puedo alcanzar estrellas con la mano,
 y sacarte del mar, si al mar la inclino ;
 que cuando viene el sol del orbe indiano,
 primero que a este monte convecino,
 me toca a mí, y al irse al occidente
 se parte con la sombra de mi frente.

»Si me estimaras tú, si me quisieras,
 hermosa Galatea, cuanto ingrata,
 ¡qué regalos de mí, qué amor tuvieras !
 Que vale más amor que el oro y plata.
 ¡Qué huertas tengo yo, si tú las vieras !
 Y en ellas un manzano, que retrata
 tus pechos en su fruto, y en sus flores
 de tu divina cara los colores.

»No lejos de mí cueva se levanta
 un pomposo nogal, a cuya sombra
 mil ovejas sestan, porque es tanta,
 que hasta la margen de la mar asombra ;
 tengo la fruta de una verde planta
 que sabe amar, alfócigo se nombra ;
 sin hembra no produce y triste muere ;
 que sin sentir su semejante quiere.

»Guardado tengo un limpio canastillo
 de conservados nísperos y serbas,
 y antes que llueva, el pálido membrillo,
 para que dure entre olorosas hierbas ;
 márchase en oro un cándido novillo,
 que si por estos montes le reservas,
 tendrás un toro que les dé codicia
 a las damas de Creta y de Fenicia.

»Cogidos en los ásperos inviernos
dentro en su cueva tenèbrosa y fría,
dos osos tengo, que retozan tiernos,
atados a la puerta de la mía ;
pero mis males, que ya juzgo eternos,
mis regalos, mis ansias y porfía,
¿cómo podrán vencer tantos desdenes,
cuando otro amor entre los brazos tienes?

»Más conforme parece mi deseo
con tu valor que el de pastor ninguno,
si eres hija de Tétis y Nereo,
y yo del rey del mar, del gran Neptuno ;
mas, pues tan firme y áspera te veo,
que no me queda ya remedio alguno,
yo mataré tu gusto, Galatea,
aunque te pierda, aunque jamás te vea.

»Mordiéndose los picos una siesta,
prevenfan sus hijos dos torcaces,
y dije yo : ¡ Qué dulce vida es ésta,
cuando celos y amor confirman paces !
Mas pardo gavilán el vuelo apresta,
abre las puntas corvas y voraces,
mata el esposo arrullador, y digo :
lo mismo haré con Acis y contigo.

»No fué vana amenaza, pues un día
que este pastor en su regazo estaba,
al tiempo que el aurora se reía,
y pensaban las flores que lloraba,
Polifemo, que al valle descendía,
alzó una peña que la mar bañaba ;
Acis corrió ; mas era, ¡ oh triste caso !,
cien pasos suyos del gigante un paso.

»Rompióse por el aire la gran peña,
y alcanzóle de tantas una parte,
aunque a sus manos y furor pequeña,
tal que las sienes le penetra y parte ;
cayó como la blanca flor de alheña
al sol ardiente o al furor de Marte
opuesta vida, y expiró en el viento ;
así fué el golpe rígido y violento.

»Volvióse luego en líquido rocío,
y poco a poco fueron sus despojos
formando arroyos, que el lugar sombrío
cubrieron de cristales y de enojos ;
porque, si no se transformara en río,
le hiciera Galatea de sus ojos ;
puesto que fué después su llanto ausente
del río aumento y de sus aguas fuente.

»Acis, decía la náyada hermosa,
puesto que lloro tu infeliz suerte,
más siento que por mí la rigurosa
mano de un monstruo vengativo y fuerte,
como derriba el sol la fresca rosa,
te marchitase en brazos de la muerte,
quitándote la vida, que en la mía
por forma y por primera acción vivía.

»¡ Oh fiero monstruo ! Si lo son los celos,
tú lo debes de ser contra mi olvido,
tú lo debes de ser ; tú, que los cielos
ningún monstruo mayor han producido ;
¡ oh, quieran que jamás sus puros velos
tus verdes prados en abril florido
cubran de hierba, ni sus mansas lluvias
tus blancas eras con espigas rubias !

»Envidioso pastor, de ponzoñosas
hierbas siempre el arroyo y la corriente
que beben tus ovejas, y de rosas
de adelfa, para ti la mejor fuente :
las que tú quieras más, las más hermosas
rabioso lobo emprenda y ensangriente,
y cuando más esta montaña asombres
te mate el más astuto de los hombres.

»Acis, contigo se acabó mi vida,
aunque soy inmortal, pues con tu muerte
el alma, que en los dos estaba unida,
se divide, se parte y se divierte ;
mas no porque la tuya se divida
dejará mi memoria de quererte ;
que imprime amor la tuya con mis quejas
en la mitad del alma que me dejas.

»Ya no saldré del mar, como solía,
al regalado son de tus amores,
ni estos prados verán estampa mía,
de ramos de coral fingiendo flores;
ni yo la margen de esta fuente fría,
que en vez de sus cristales y colores,
viviré las arenas más oscuras,
en soledad de tus estrellas puras.—

»En tanto que estas cosas refería
el perdido soldado, oh Circe hermosa,
retrataba mi libre fantasía
del gigante la imagen portentosa;
deseo tan ardiente me encendía,
que apenas de Titán la amada esposa
salió otra vez y descansó mi gente,
cuando me fuerza que buscarle intente.

»Parto a la isla con favor del viento,
y sin amaina, vira ni zaborda,
con silencio, valor y atrevimiento
mi nave con sus árboles aborda;
entre laureles; que de ciento en ciento
formaban una selva muda y sorda,
me ofrece su espantoso frontispicio
un natural y rústico edificio.

»Entonces yo, que siempre por lo astuto
de notables peligros me he librado,
hago cargar un cuero del tributo
al dios de los racimos dedicado;
era tan fuerte y parecido fruto
a Ismaro fértil, en que fué criado,
que derribara al hombre más valiente
con sólo que le asiera de la frente.

»Entramos poco a poco por la cueva,
de donde el fiero dueño ausente estaba,
donde hallamos también por orden nueva
la hacienda de pastor en que trataba,
en tablas que con alta cuerda eleva
de diez en diez los quesos que guardaba,
con más labores de tejidas mimbres
que tienen los follajes de los timbres.

»Los vasos que corriendo estaban suero,
los barreños labrados y los tarros,
donde la leche se ordeñó primero,
las esteras, encellas y los jarros ;
no se pudiera el aparato entero
mudar con mulas en sonantes carros ;
que no vió a Polifemo ni oyó el nombre
el que llamó pequeño mundo al hombre.

»Tenía los corderos divididos,
los tiernos cabritillos apartados,
y en más abrigo los recién nacidos,
como de más calor necesitados ;
mis compañeros, menos atrevidos,
aunque en igual fortuna ejercitados,
me rogaron que luego me partiese,
robándole de allí cuanto pudiese.

»Mas yo, que tantas cosas visto había,
no queriendo perder la más famosa,
hago que enciendan fuego, porque el día
bañó el ocaso de color de rosa ;
sentados a cenar con osadía,
estremeció la cueva tenebrosa
con silbos el pastor, y habiendo entrado
en nosotros el miedo, entró el ganado.

»Derriba un haz de mal partidos ramos
de la dura cerviz, y luego cierra
con peña tan inmensa, que temblamos,
y se espantó pariéndola la tierra ;
hacia la oscuridad nos retiramos,
pero él nos siente, y prevenido a guerra,
—¿Quién sois, ladrones?, dice : ¿qué fortuna
os trajo aquí, si hay en mi daño alguna?

»—Griegos, respondo yo, gran Semideo,
desde Troya perdidos y arrojados
por alta mar, que Agamenón Atreo
a su venganza nos llevó soldados.
—Ver vuestra nave, respondió, deseo,
y los despojos de que vais honrados.—
Mas yo, que le entendí, le digo : —¡Ay triste!
la que lienzo vistió, nácares viste.

»Que por haber a Troya destruído
 Sinón con el caballo durateo,
 arrastrado al gran Héctor, y teñido
 a Andrómaca de humor sangriento y feo,
 los dioses, Polifemo, han permitido
 que al pie del siciliano Lilibeo
 se rompiese la nave, y sus riberas
 sepultasen de Troya las banderas.

»Mas tú, temiendo a Júpiter, que ampara
 los huéspedes y dió muerte a Diomedes,
 honra de algún presente a quien tu cara
 merece ver, porque en su gracia quedas.—
 El dijo entonces: —Ignorante, para,
 para, y estima que mirarme puedes;
 yo no temo los dioses, que a ninguno
 respeto debe el hijo de Neptuno.—

»Diciendo así, frenético arrebatada
 dos tristes compañeros, y de suerte
 el golpe con la tierra los maltrata,
 que nuestras caras salpicó su muerte;
 con ellos el estómago dilata,
 cruje el hueso más sólido y más fuerte,
 y hartándose de leche, no pequeño
 lugar ocupa, y se remite al sueño.

»Yo entonces, que le vi sacar del pecho
 el aire, en los pulmones detenido,
 saqué la espada, en lágrimas deshecho;
 mas fuí de Orontes délfico advertido,
 pues era hacer sepulcro más estrecho
 matarle entonces o dejarle herido,
 teniendo un escuadrón fuerza pequeña
 para poder aligerar la peña.

»Pasó la oscura noche, detenida
 en este miedo más que en su tardanza,
 cuando el aurora entró de luz vestida,
 mas no vino con ella la esperanza;
 que levantado el bárbaro homicida,
 dió principio a su rústica labranza,
 ordeñó sus ovejas, y vacías
 puso a las madres las balantes crías.

»Luego otros dos soldados rinde al suelo con tremendo estallido, y almorzando voraz la carne, sale al claro cielo, el ganado solícito guiando ; y de que no me huyese con recelo, el peñasco a la cueva acomodando, como si fuera fácil puerta en quicio, por verdes selvas prosiguió su oficio.

»Yo triste, la venganza imaginando, halléme cerca un gran bastón de oliva, de que una braza o poco más cortando, hice una aguda punta en lo de arriba, tostéle bien al fuego, y ocultando la muerte que esperaba ejecutiva, hice elección de cuatro compañeros, que me ayudasen a los golpes fieros.

»El sol, de su carrera desmayado, cayóse en el cristal del mar Tirreno, y el héspero planeta levantado el aire puro esclareció sereno ; cuando a la cueva entró con su ganado, las ubres llenas del herbaje ameno, cerró la puerta, y alargó la mano al tracio floro y al arcadio albano.

»Yo entonces de aquel vino colmo un vaso y le digo atrevido de esta suerte :
—¿Cuál hombre, ni de estancia ni de paso, querrá venir desde tu tierra a verte?
Los dioses mueva tan horrendo caso como ofrecer a la violenta muerte los inocentes huéspedes, y tomen venganza de hombres que los hombres comen.—

»Mas, como suele perro que otro mira, cuando la presa entre los dientes tiene, que con envidia de él, ladra y suspira, crujiendo un hueso, para mí se viene ; alzo la taza por templar su ira, y la calor del vino le detiene con el olor que al gusto le fué grato, o yá fuese la vista o el olfato.

»Bebió, y alzando la robusta frente,
 dió muestras del contento que sentía,
 y me pidió otra vez, que diligente
 le di con humildad y cortesía:
 y díjome:—Licor tan excelente
 parece dulce néctar y ambrosía;
 el vino de Sicilia, aunque es suave,
 es inferior, oh griego, al de tu nave.

»Un don te quiero dar por este gusto;
 dime tu nombre, que por bien tan grande
 te mataré el postrero; que es injusto
 que a la razón el apetito mande.—
 Yo dije:—Si es honor de un varón justo
 que liberal con peregrinos ande,
 Baucis y Filemón te dan ejemplo,
 que de los dioses huéspedes contemplo.

»Mira con la piedad que les lavaron
 los pies, y aquel panal sabroso dieron,
 con que tanto a los dioses obligaron,
 que sacerdotes de su templo fueron;
 inmortales en árboles quedaron,
 que de la muerte el tránsito no vieron;
 pero quien trata mal a un noble amigo
 presto verá de su maldad castigo.—

»Esto decía yo, cuando turbados
 los ojos y la boca retorcida,
 al suelo dió los miembros dilatados,
 la cabeza fantástica dormida.
 —Ninguno, dije, soy, de estos soldados
 ya capitán en Troya destruída,
 ninguno me llamó mi padre en Grecia,
 si no eres tú, ninguno me desprecia.—

»—Ninguno, replicó, casi trabada
 la lengua; ¡qué placer, qué bien me has hecho!
 Mucho, ¡oh ninguno, este licor me agrada;
 en mi vida me vi tan satisfecho.—
 Aquí perdió la voz, aquí turbada
 volvía el aire ambiente al ronco pecho;
 y así, cuando otra vez le despedía,
 el vino por la barba difundía.

»Entonces puse el leño al mismo fuego,
porque se calentase, y avisando
mis cuatro compañeros, parto luego,
si te digo verdad, todos temblando ;
las túnicas le paso, y dejo ciego,
a la dura membrana penetrando,
que toma su principio del cerebro,
y los nervios y músculos le quiebro.

»Las manos echa al leño dando voces,
y de los huesos con furor le saca ;
crece el rigor con ansias tan atroces,
que le vimos morder la fiera estaca.
Acudieron los cíclopes feroces,
porque en toda la noche no se aplaca ;
y todos a la puerta, en que se juntan,
la causa de las voces le preguntan.

»¿Quién te ha herido? le dicen, ¿quién ha sido
la causa de tus voces, Polifemo?

Que por toda la mar no se ha sentido
ligera vela ni pintado remo.

—Ninguno me mató, ninguno (herido
responde a su querido Tepolemo),
ninguno fué, porque ninguno hubiera
que más astuto que Ninguno fuera.

»—Duerme, responden, si te hirió Ninguno,
que ninguno pudiera hacerte ofensa.—

Todos se parten, sin que entienda alguno
que fuí el Ninguno que el gigante piensa.
Con esto el hijo del feroz Neptuno
de la puerta quitó la peña inmensa,
porque atentando las paredes iba,
y a un lado de la cueva le derriba.

»Sentóse en medio y el ganado llama,
porque atentando los que van saliendo,
cogiese aquel Ninguno que desama,
los oídos y el tacto previniendo ;
pensé yo el hecho entonces de más fama
que han referido historias, eligiendo
los mayores carneros, y que hacían
escobas de la lana que vestían.

»De tres en tres los ato, y pongo en medio un compañero atado de tal suerte, que no pueda atentarlos, y remedio el peligro forzoso de la muerte.

¿Cuándo se vió ciudad en duro asedio con enemigo tan airado y fuerte? Pues salir o morir era preciso, antes que a los demás les diese aviso.

»Coronada de flores la mañana, asomó por un monte la cabeza, teñido el puro rostro en nieve y grana, aunque esperada con igual tristeza; salió el ganado, y en la crespada lana las manos ocultaba su fiereza, examinando a todos pelo a pelo; mas nadie ofende a quien defiende el cielo.

»Yo, que escogido un gran carnero había, y en su grandeza y lana vida espero, que un tóro de seis años parecía, salir quise de todos el postrero; asíóle, y conocióle en que tenía el vellón y grandeza que refiero; y llorando sin ojos, con prolijo razonamiento estas palabras dijo:

«Querido manso mío, que criado fuiste a blanca sal de vuestro dueño, ¿cómo el postrero sois de mi ganado, cual suele el que es más débil y pequeño? ¿Sentís por dicha el miserable estado en que el griego furor, rendido al sueño, puso quien os crió y amaba tanto? Troquemos mi razón a vuestro llanto.

»Agua me falta, ya lo veís, pues vierto, en vez de tiernas lágrimas, un río de humor sangriento, y que abrazar no acierto vuestro cuerpo, que fué regalo mío; **pareceme que estáis más crespo y yerto,** y que al campo salís con menos brío; la esquila y el collar os han quitado de piel de tigre y de metal dorado.

»¡Qué lozano os vi yo por esta puerta,
de mi ganado capitán famoso,
el alba apenas cándida despierta,
barriendo flores por el valle umbroso!
Ahora con el sol purpúreo abierta,
desmayado salís y perezoso;
que, como no escucháis mi voz sonora,
en la noche en que estoy no veis aurora.

»¿Quién primero que vos por las orillas
de estos arroyos los dejó afeitados
de blancas y doradas manzanillas
con el hocico y dientes afilados?

¿Quién primero que vos las campanillas
rojas y azules de los verdes prados?

¿Quién los tomillos, retozando a saltos,
por los repechos de los montes altos?

»¿Sentís el verme aquí morir rendido
por la maldad de aquel traidor Ninguno?

¡Ay, si para mostrármele escondido
hubiera en vos entendimiento alguno!

Quitóme con engaños el sentido,
rindióse a Baco el hijo de Neptuno;
eran contrarios y se hicieron guerra,
bebí mi muerte y abracé la tierra.

»Mas no se ha ido, no, que aun verle espero
sembrar los sesos como algún soldado,

que de sustento me sirvió postrero,
tan mal comido como bien vengado.

¿Adónde, adónde estás, Ninguno fiero?

¿Adónde estás, Ninguno desdichado?

Hoy morirás, cruel giganticida,
que hasta darte la muerte espero vida.—

»Dijo; y dejó salir el manso, y luego
que yo me vi apartar lo que bastaba
del arrogante monstruo airado y ciego,
dejé el lugar donde escondido estaba;
con mis soldados a la nave llego,
que escondida en las peñas me esperaba,
llevando por delante del ganado
lo más lucido, que embarqué forzado.

»Llorando mis soldados de alegría,
y luego por los muertos de tristeza,
que engendra en tanto mal la compañía
más tierno amor, más ansia y más firmeza.
Ya se esforzaba el sol dorando el día,
y sacando del agua la cabeza,
cuando vuelan los remos como plumas,
y del cerúleo mar surten espumas.

»En viendo yo por alta mar la nave,
cuanto bastó para escuchar mis voces,
—¡ Oh Polifemo, digo, oh huésped grave,
mi voz escucha si mi voz conoces ;
mira si castigar Júpiter sabe
los pecados de bárbaros atroces,
pues por comer la noble gente amiga
con tan horrible pena te castiga !

»¿ Eras el que sus rayos no temías ?
¿ Eras el que arrogante blasonabas ?
¿ A un hombre como yo matar querías,
y de los altos dioses blasfemabas ?
Mira si fueron necias tus porfías,
mira con el poder que te burlabas,
que por hacerla en tu soberbia fiera,
te ha muerto con un rayo de madera.

»Para Encélados fuertes y Tifontes
toma Júpiter rayos de Vulcano,
para el fuerte valor de Oromedontes
toma la llama trífida en la mano ;
para ti, que eres fiera de estos montes,
rayo de oliva fué mostrarse humano ;
de roble se le dieran las montañas,
tan duro como fueron tus entrañas.—

»Oyendo aquesto, airado se levanta,
y con hórridas voces al mar viene ;
los animales de la selva espanta,
y los arroyos líquidos detiene ;
pone en la playa la disforme planta,
de una mina de mármoles previene
un gran peñasco, y tan feroz le arroja,
que la cara del sol retira y moja.

»Tan cerca dió la peña de la nave,
que creciendo las aguas, vino a tierra,
los ondas abre, y con el peso grave
en las arenas fáciles se entierra.

Turbado pido un remo; el cielo sabe
que en cuanto la fortuna me destierra,
peligro no temí como el que digo;
en fin la aparto, y en hablar prosigo.

»Detiéndenme mis fuertes compañeros,
mas no aprovecha el ruego a la venganza,
vuelvo a decir:—Si alguno de los fieros
cíclopes antes de morir te alcanza,
o por ventura llegan extranjeros,
por fortuna de mar o por bonanza.
y quisieren saber quién fué el valiente
cuyo valor te penetró la frente,

»Ulises soy, aquel varón famoso,
el hijo de Laertes y Anticlea,
de Itaca señor, y dulce esposo
de Penélope casi semidea;
en las troyanas guerras animoso,
coronado me vió la luz febea
dos lustros por hazañas inauditas,
que en la inmortalidad quedan escritas.

»Tan elocuente soy, y tan sutiles
mis argumentos dulces y razones,
que de estas armas del divino Aquiles
me adorno entre magnánimos varones;
no he castigado tus hazañas viles
con armados y fuertes escuadrones;
con sola industria fué; que tu fiereza
excede la común naturaleza.

»—¡Ay triste!, con la voz trémula dijo,
que esta desdicha muchos años antes
Tepolemo, mi amigo, me predijo:
mas ¿quién pensara engaños semejantes?
Alguna parca airada me maldijo
por humillar mis fuerzas arrogantes,
pues ese Ulises no pensé que fuera
hombre tan vil, ni que a traición viniera.

»¿Quién pensara que fuera tu estatura tan desigual, y que por tal camino me vinieras a dar muerte tan dura, vencido de la fuerza de aquel vino? Morir a manos yo fuera ventura de un hombre fuerte, de mi muerte dino, que no viniera de traiciones lleno con aquel aromático veneno.

»Mas, vuelve, Ulises, vuelve, vuelve, amigo; tu industria alabo y tu valor venero; nueva amistad y paz haré contigo, darte por huésped un presente quiero; no pienso yo que hicieras tú conmigo esta crueldad si habláramos primero; que la vida también de quien la ofende por natural derecho se defiende.

»Mi padre, el gran Neptuno, tiene imperio en todo el mar que vienes navegando, desde que Menelao el adulterio vengó de Paris, su ciudad postrando; para que salgas del distrito hesperio, y te pueda llevar céfiro blando a Grecia libre y a tus dulces griegos, le venceré con amorosos ruegos.

»—Admírame, respondo, tu ignorancia, fiero devorador de humana gente; que ya no son engaños de importancia, por más que tu grosero ingenio intente; aquí pienso que estoy breve distancia de tu furor y espíritu impaciente; quisiera haberte muerto, y que tu grave cabeza fuera lastre de mi nave.—

»Desatinado entonces, dijo alzando las manos:—Oh Neptuno, oh padre mío, oh gran muro del mundo, que cercando siempre le estás con tu elemento frío; si soy tu sangre, y si te acuerdas cuando (que suele amor pasar de Lete el río) la amabas tiernamente, oye mi ruego por el incendio de tu dulce fuego.

«No llegue, si es posible, a salvamento
 este griego traidor, ni goce y vea
 a su casta Penélope, y el viento
 contrario siempre a sus intentos sea.—
 Luego arrancó de su nativo asiento,
 ayudando a la fuerza gigantea
 la ira, un gran peñasco, y con furioso
 golpe rompió otra vez el mar undoso.

«Nosotros, casi muertos, y de espuma
 y agua las jarcias, que bañó, cubiertas,
 la nave hicimos, con los remos, pluma,
 y escribimos al mar letras inciertas;
 temiendo la cruel frígida bruma,
 a donde son las tempestades ciertas,
 porque si al Capricornio el sol llegaba.
 el solsticio vernal amenazaba.

«Dimos prisa a los remos, y llegamos
 a la isla del rey Eolo Hipota,
 donde los vientos en prisión hallamos,
 que cuando quiere esparce y alborota;
 allí todas las jarcias renovamos,
 de la menor filáciga a la escota:
 tal nos dejó la nave Polifemo
 de la popa al bauprés, del lienzo al remo.»

CANTO TERCERO

PIDE ULISES A CIRCE LICENCIA; PARTE A LA ISLA CIMMERIA;
 BAJA AL INFIERNO CON PALAMEDES, DONDE TIRESIAS LE CUENTA
 LO QUE LE HA DE SUCEDER HASTA QUE LLEGUE A SU CASA

Ya llamaba el aurora en los cristales
 del palacio de Circe, y los herian
 los rayos de su padre transversales,
 con cuya nueva luz resplandecían;
 cuando acabó sus lástimas fatales,
 que los ojos a lágrimas movían,
 sin que pudiese hallar lugar el sueño,
 con ser de cuanto vive entonces dueño.

Así nos mueve a admiración y espanto
un caso extraño y triste la memoria,
así provoca a compasión y llanto
una nueva y cruel trágica historia;
lasciva Circe, presumió entre tanto
tan larga pena reducir a gloria,
del capitán prudente enamorada,
más atenta a su ingenio que a su espada.

Miraba su persona honesta y grave,
de su cuerpo la ilustre compostura,
la dulce lengua y el mirar suave,
del ánimo interior firme hermosura;
la valentía de dejar su nave
entre escollos del mar a la ventura,
la industria de vencer peligros tales,
tal vez contra las iras celestiales.

Era Ulises un hombre bien formado,
de cuerpo no muy alto, aunque fornido,
de músculos y nervios relevado,
copioso de cabello y esparcido;
moreno de color, algo tostado,
pero no le salió del patrio nido;
que en los trabajos no hay color segura,
que harán mudanza en una piedra dura.

Los ojos eran negros y las cejas
gruesas y en arco, largas las pestañas,
la voz sonora y grave, dulce en quejas,
que moviera las ásperas montañas;
la lengua y las entrañas tan parejas,
que en la lengua se vieran las entrañas,
pero también astuto en ocasiones,
que no es defecto en ínclitos varones.

Sufrido en los trabajos y fortunas,
elocuente, sagaz, determinado,
y tan dichoso y próspero en algunas,
como en ponerse en ellas desdichado,
corrido habían ya dos nuevas lunas
su rápido, veloz curso, argentado,
y él firme honestamente defendía
la lealtad que a Penélope debía.

Circe solicitaba el mal nacido fuego de su lascivo pensamiento, diligencias que hubieran divertido el más firme de amor conocimiento ; mas puestas a la vista y al oído contra el combate de su loco intento las guardas del respeto y del recato, ni ella fué victoriosa ni él ingrato.

No escuchó tan exento Octaviano a la bella Cleopatra, que temía por la excelencia del valor romano, integridad de tanta monarquía, como Ulises a Circe, a cuya mano su vida o muerte remitido había : lealtad notable de un marido ausente, pero también debida justamente.

Bien es verdad que corre diferencia muy distinta en los dos, que el hombre nace libre al honor, mas no es correspondencia de amor la que no paga y satisface ; quien dice que le olvida larga ausencia y que el tiempo le muda y le deshace poco sabe de amor ; que amor no olvida, si no hay agravio que venganza pida.

Ama dichosamente, amada esposa de un marido leal, y el que quisiere, juzgue por su bajeza licenciosa, ni estime lo que amó ni ausente espere ; aunque esté en el amor Venus ociosa, tan grande fuerza la razón adquiere, que se puede querer sin su deseo, y porque yo lo sé también lo creo.

Gusto tiene vulgar, muy poca parte dió su amor a su corto entendimiento, quien con el apetito injusto parte el alma de su dulce pensamiento ; no es quien ignora de este amor el arte filósofo platónico ; mas siento que no es para cualquier fantasía tan nueva y celestial filosofía.

*Morales
viva del
libro.*

Conviene el apetito sensitivo
 con cualquier animal generalmente
 del odio o del amor aprehensivo,
 movido del objeto exteriormente ;
 pero aquel celestial intelectivo
 con nuestro entendimiento solamente.
 sólo el hombre le tiene cuyo oficio
 la virtud ama y aborrece el vicio.

Y como lo que tiene conveniencia
 o no la tiene, el sensitivo ignora,
 esta del hombre superior potencia
 en esfera más alta vive y mora ;
 conoce el animal la diferencia
 por lo que del sentido le enamora,
 que por la estimativa y fantasía,
 al bien se acerca, al daño se desvía.

Mas el que tiene al mismo entendimiento
 por luz de sus acciones, del sentido,
 con la razón aparta el sentimiento
 de lo indigno de ser apetecido ;
 acción de lo que entiende es pensamiento
 de aqueste entendimiento bien nacido ;
 que para cosas de tan bajo nombre
 ser animal también le basta al hombre.

Tú sabes que es verdad, oh claro objeto
 de éste, cual es, entendimiento mío,
 y que no tengo a esta pasión sujeto,
 sino sólo a tu amor, el albedrío ;
 tan alta causa es digna de este efeto,
 de cuanto no es amarte me desvío,
 pues no es virtud, que amor que a eterno aspira
 la hermosura del alma atiende y mira.

Oírte hablar, amar tu compañía,
 conocer tu virtud honesta y grave,
 son centro de mi amor, filosofía
 que con mayor edad se adquiere y sabe.
 Mas ¿dónde me llevó la fantasía
 dilatado en materia tan suave?
 Circe dió la ocasión, luego es su efeto
 parte que procedió del mismo objeto.

Mas el que tiene

Amaba Circe a Ulises ; no tenía correspondencia amor, faltaba Anteros, sin quien poco se aumenta, aunque se cría, sin pasar de los términos primeros ; ¡ con cuánta diferencia sucedía en sus ya descansados compañeros ! Todos amaron, y por varios modos sujeto de su amor hallaron todos.

Amó a Dórida Antímaco, mancebo en el extremo de su edad florida, cuando se suele ver con poco cebo a todo amor la voluntad rendida ; a Casandra bellísima, Corebo ; natural de Micenas, y a Derfrida, el valiente Filemo, hijo de Antandro ; a Lisis, Timo ; a Nísida, Alejandro.

Los verdes ojos de Neofile hermosa enlazaron el alma de Toante, capitán de la nave más famosa que vió el tridente en todo el mar de Atlante ; rindió toda su fuerza belicosa a la bella Antiflor Polidamante ; que donde estaba Circe, Ulises sólo se pudiera librar de polo a polo.

Dilataba las hebras del cabello, que fué del sol envidia y competencia, por el marfil del más hermoso cuello, que tuvo con la nieve diferencia, Fílida al viento, cuyo rostro bello pudiera más con menos diligencia, y fueron dulces y amorosas redes del Acates de Ulises, Palamedes.

Aunque con poca edad, con alto ingenio y no menos donaire y hermosura, rindió la hermosa Andrómeda a Partenio, mozo de honesta y grave compostura ; y aunque en edad mayor, Lisandro Armenio, a la suave voz, a la dulzura, a la belleza de Amarilis bella, sirena de aquel mar, del cielo estrella.

A los Campos Elíseos parecían
 los palacios de Circe semejantes;
 de dos en dos la soledad vivían
 que dió la antigüedad a los amantes;
 ya por las fuentes, que cristal corrían,
 penetrando los montes circunstantes,
 ya ribera del mar, donde la nave
 ni teme el viento ni del dueño sabe.

Solos Circe y Ulises monte y prado
 habitaban con gusto diferente;
 ella le sigue triste, él huye airado;
 ella celosa llora, él muere ausente;
 ella siente el desprecio, y él, turbado,
 la desengaña astuto y elocuente;
 mas que no bastan las palabras creo,
 remitido a las obras el deseo.

Salía Circe al mar tan cuidadosa,
 que cerca de las aguas parecía,
 tocándole la espuma bulliciosa,
 Venus, que de ellas cándida nacía;
 como se suele abrir pimpollo en rosa,
 primera risa del luciente día,
 cuando en las hojas sus cristales bebe,
 así mezclaba el nácar en la nieve.

Tal vez en una barca defendida
 del rayo de su padre, que bajaba
 más presto al mar por verla, y guarnecida
 de tapetes, que el agua codiciaba,
 los desdenes de Ulises atrevida
 con lascivo mirar solicitaba,
 por ver si hallaba su amorosa guerra
 más dicha por el agua que en la tierra.

Severo el griego a Circe entretenía,
 tan cortés y galán como discreto.
 ¡Ay del amor pagado en cortesía;
 que no quiere el amor tanto respeto!
 Los infernales dioses maldecía,
 desesperada Circe, en lo secreto
 del alma, viendo su poder burlado
 de un hombre vivo en hielo retratado.

Si en la caza tal vez, última prueba,
quedaban de sus damas divididos,
nunca de Eneas codició la cueva
ni a Venus le pidió rayos fingidos ;
resistencia al amor única y nueva ;
que enfrenar la virtud a los sentidos
en tan dulce pasión es un ejemplo
digno de eterno bronce, fama y templo.

Vengado estaba amor, y justamente,
del fuerte hechizo que su fuego infama,
porque forzar a amar violentamente
ni es gloria del amor ni amor se llama ;
si no nace el amor por accidente,
o por conocimiento de quien ama
los méritos y partes del objeto,
¿cómo puede llamarse amor perfeto?

Amor es una estrella ardiente y viva
(dejando en su lugar el albedrío),
virtud entre dos almas unitiva,
que nunca amó desdén ni vió desvío.
Amor que de los cielos se deriva
su legítimo reino y señorío,
ése es amor, y más si casto adora
belleza que del cielo le enamora.

Yo prometí, Señor, que cantarí
la resistencia de un varón prudente,
cuyo valor divino le desví
que amor lascivo divertirle intente ;
ya por esta moral filosofía
se ve el ejemplo y la virtud presente
de quien, jamás amado y perseguido,
la patria celestial puso en olvido.

Mirad, Guzmán heroico, a quien el arte
labró el diamante de ese ingenio ilustre,
que puede a Venus resistirse Marte
sin que las armas y el valor deslustre ;
la porción superior, la excelsa parte,
del alma luz, de las potencias lustre,
la razón soberana, es gran delito
que la sujete el cuerpo al apetito.

Vence, famoso griego, y date prisa
 que has de venir a España belicosa,
 que ya por sus celajes te divisa
 la ciudad de tu nombre generosa ;
 también mi patria desde aquí te avisa,
 puesto que digan que Ocno y Manto hermosa
 fundaron a Madrid ; que si ellos fueron,
 contigo, oh claro príncipe, vinieron.

Las armas del dragón que Madrid tiene,
 por quien Viseria el griego la llamaba,
 de las banderas de tu patria viene,
 que Agamenón a Troya las llevaba ;
 mas parece que a entrambos nos detiene
 Circe, que tu valor solicitaba.

Dichosa tú, Penélope, y dichoso
 quien fué de tal mujer tan casto esposo.

No quedó hierba ni conjuro alguno
 que los fieros espíritus llamase,
 ni cerco sobre el campo de Neptuno,
 o que la luna en él retrogradase,
 que con apremio fiero e importuno
 no hiciese, no buscase, no intentase ;
 y así decía al mar, al monte, al viento,
 vencida de este loco pensamiento :

«Dulce pasión de amor, dulce homicida
 de un tierno corazón, ¿por qué me matas,
 si a quien me obligas que remedio pida,
 aun las palabras ha tenido ingratas?
 Si no puedes con hierbas ser vencida,
 ¿para qué por las venas te dilatas?
 Que para tan helada resistencia
 ni bastan la hermosura ni la ciencia.

»¿Qué peregrino hubiera regalado
 mujer como yo soy, que ingrato fuera,
 llegando con su nave destrozado,
 sin velas, al favor de mi ribera?
 ¿Soy lotófago o lestrigón airado?
 ¿Devoré por ventura, aunque pudiera,
 como el hijo del mar, sus compañeros?
 ¿Fuí alguno yo de los troyanos fieros?

»¿Maté a Protesilao? ¿Quité la vida,
como Héctor, a Patroclo generoso,
o como Paris, que habitaba en Ida,
quité el honor a Menelao famoso?

¿Fuí, como Helena, incasta y fementida
al lecho conyugal del noble esposo?

¿Soy Clitemnestra yo? ¿Cuándo me ha visto
matando a Agamenón y amando a Egisto?

»¿En mí quieres vengar, injusto griego,
el deshonor de Grecia desdichada?

¿Soy Troya, Ulises, que me pones fuego?

¿Qué pretendes de mí, Grecia vengada?

Plega a los cielos que se rinda luego

Penélope, de amor solicitada ;

que tú eres la mujer, pues en su ausencia
desprecia tu valor mi resistencia.

»De vuestros capitanes y soldados
han hecho en vuestra ausencia las mujeres
agravios nunca vistos ni pensados,
y tú, siendo varón, ¿ser firme quieres?

Cuantos griegos trajiste, enamorados
están de mis criadas ; sólo eres

quien no permite, en condición tan dura,
que pueda entrar mi amor ni mi hermosura.

»Fieras hemos visto con el trato,
tal vez siendo la especie diferente,
amarse y aun casarse ; mas tú, ingrato,
ni aun fiera quieres ser, que alguna siente.
No fué Eneas así. Mas ¿cómo trato
de un ejemplo tan vil? ¡Ay! Nunca intente
amarme tu crueldad ; si has de dejarme,
mejor es no quererme que burlarme.

»Mas aunque tú me pongas en olvido,
¿para qué quiero, ¡ay Dios!, que no me quieras,
pues no faltara espada, como a Dido,
para matarme yo cuando te fueras?

Que ser de ti querida hubiera sido
tan grande bien, aunque después te huyeras,
que me fuera la muerte mejor vida
que verme de tu amor aborrecida :

Esto decía Circe ; pero en vano
 daba quejas al viento, que era Ulises
 más bueno para huésped que el troyano,
 aunque le alabe la piedad de Anquises.
 Ven, pues, oh capitán, que el lusitano
 valor aguarda que sus puertos pises,
 y a quien de ti murmura desengaña
 de lo que debe a tu principio España.

Del vellocino de Jasón dorado
 a los peces de plata, que escondieron
 la dulce Venus y el amor vendado,
 cuando en la orilla de Eufrates huyeron,
 corrió el amante del laurel sagrado,
 en tanto que los griegos estuvieron
 en la isla de Circe, en tanto olvido
 de las memorias de su patrio nido.

Era ya la sazón en que se vía
 el arco austral de la corona hermoso,
 que con sus cuatro estrellas difundía
 los rayos de su imperio luminoso ;
 cuando Filemo Achayo, que tenía
 celos de Palamedes belicoso,
 por no atreverse a desnudar la espada,
 a Ulises dijo con la lengua airada :

«¿Hasta cuándo presumes, fuerte griego,
 de la patria vivir tan olvidado?

Años ha ya, desde el troyano fuego,
 que vives por los mares desterrado.

¿Es posible que tienes por sosiego
 tan triste, injusto y miserable estado,
 vencido de una hermosa encantadora,
 que te lleva a la muerte de hora en hora?

»Conozco tu virtud y resistencia,
 pero no lo dirá después la fama ;
 que la conformidad y la asistencia,
 aunque sin obras, la opinión disfama.

¿Qué puede prometer tan larga ausencia
 de tu querida esposa, que te llama?

Mira que la memoria con los años
 se rinde fácilmente a los engaños.

»No digo yo que no eres tú dichoso
entre cuantos ausentes no lo han sido ;
mas para la inquietud de ser celoso
basta el temor, si no es agravio olvido ;
repara en que Telémaco amoroso
apenas puede haberte conocido ;
déjale, Ulises, que te llame padre,
como esposo Penélope, su madre ;

»el peligro también, si alguno intenta
decir que ya eres muerto, con engaño,
y la fama del mal, que siempre aumenta
las nuevas que han de ser para más daño ;
cuando no surta en deshonor y afrenta,
alegando la fama al desengaño,
podrá casarse, y ocupar tu cama
varón de más presencia y menos fama.

»¿Qué quieres de nosotros, desdichados,
por tanta tierra y tanto mar perdidos?
Ya muertos de Antifates anegados,
ya de un gigante bárbaro comidos ;
no todos hallaremos, bien casados,
los lechos despreciados defendidos
cuando dichoso tú la patria pises ;
no son todas Penélopes, Ulises.

»Alguno podrá ser que halle en su casa
hermanos de sus hijos, sin ser suyos,
cuya memoria imaginada abrasa,
de que seguros vivirán los tuyos ;
bien sabes tú lo que en ausencias pasa ;
no permitas hallar, sin saber cúyos,
parientes de los hijos tan cercanos,
que no seas padre, y ellos sean hermanos.

»Vuelve a la patria, y deja el ocio infame
de esta hechicera vil y sus conjuros,
aunque presa de amor provoque y llame
contra ti los espíritus impuros ;
no quieras que otro invierno airado brame
el cierzo aquilonal entre sus muros ;
que bien podrás vencer con tu prudencia
su amor, si no es fatal su resistencia.»

Ulises, conociendo que Filemo
le aconsejaba bien, aunque ignoraba
que eran celos de Lisis, que en extremo
desde el instante que la vió la amaba ;
de Antifates cruel y Polifemo
el peligro menor imaginaba
que estar de Circe en la prisión cautivo,
muerto a la fama, y a la infamia vivo.

Entró luego en la cuadra en que dormía,
que no la resistieron las criadas,
que aunque era novedad, no era osadía ;
así todas estaban enseñadas.

Abrió los ojos Circe, tuvo el día
más sol, más oro, y viéronse adornadas
las cortinas de luz resplandeciente,
como al nacer del sol el rojo oriente.

Circe tenía en el marfil un velo
transparente y sutil, que descubría
nieve animada, como muestra el suelo
con arena de plata fuente fría ;
tal suele puro arroyo a medio hielo,
que por nevados mármoles corría ;
las anchas mangas descubrían los brazos,
todo prisión de amor, redes y lazos.

La garganta bellísima coronan
los tesoros del Sur, que afrenta fueran
de los que tanto de Cleopatra abonan
la hazaña, que otras plumas vituperan ;
los cabellos undívagos perdonan
(como eran rizos, como soles eran)
el adorno al diamante, que distinta
los prende junto al cuello breve cinta.

«¿Qué quieres, dijo, dulce ingrato mío?
¿Por dicha tu desdén mudó semblante?
¿Rindióse ya tu desdeñoso brío?
¿Labró mi sangre tu feroz diamante?
Si ya cesó el rigor de tu desvío,
no desconfíe despreciado amante ;
pues yo te tengo, cuando tal estuve,
que ni aun señales de esperanza tuve.»

Sensibilidad

Diciendo así, los blancos brazos luego
extiende al cuello de su amado ingrato ;
mas, detenidos, suspendióse al ruego
de Ulises, retirada a más recato.

«No vengo, dijo, de amoroso fuego
vencido, oh Circe, ni por largo trato,
ni por obligación a tu hermosura,
donde no hubiera libertad segura.

»Yo te amo con aquel conocimiento
que debo a tu belleza soberana
y a tu divino y claro entendimiento,
indigno de admitir pasión humana ;
eres hija del sol, que vive exento
de toda mancha y opresión tirana ;
en ti sus limpios rayos acrisola,
que por hija del sol te llaman sola.

»Piedad me trae de mis tristes griegos,
que lloran por la patria desterrados,
desde que vieron en los teucros fuegos
de Troya los penates abrasados ;
pidiéronme con lágrimas y ruegos,
de sus hijos y esposas obligados,
que te pidiese esta licencia justa,
Circe, si tu deidad no se disgusta.

»Ya sabes mis trabajos, ya mis penas,
ya mis destierros te conté, señora,
por puertos de tan bárbaras arenas,
que ni las peina el mar, ni el sol las dora ;
cuando rompió de Troya las almenas
la máquina de Palas vencedora
debiera yo morir ; que, aborrecida,
es larga muerte dilatar la vida.

»Cuando en el vientre horrisono estuvimos
del preñado caballo cien soldados,
como suelen estar en los racimos
los granos ya maduros apretados,
la fiera lanza de Laocoon sentimos
y sonando los árboles dorados,
dió tan cerca de mí, que si pasara,
la vida, que desprecio, me quitara.

»Faltárale sujeto a la fortuna
para lucir sin mí, si allí muriera ;
yo descansara sin ofensa alguna,
y ella la fama que le di perdiera ;
hallara yo de tantas muertes una
que dulce fin a mis trabajos diera ;
pues no hay rigor, señora, más airado
que hacer vivir por fuerza un desdichado.

»¿Qué penas faltan ya para matarme?
¿Qué agravios, qué rigor para ofenderme?
¿Qué enemigo ha dejado de probarme?
¿Qué amigo se ha olvidado de venderme?
Penélope, cansada de aguardarme,
con esperanza de mis brazos duerme ;
pero, cuando es tan larga la esperanza,
sucede a gran firmeza gran mudanza.

»Sábeslo tú, divina esposa mía,
sábeslo tú, que nunca te hice ofensa.
¡Oh, quién pudiera aquel tan dulce día
llevarte para hablar en mi defensa !
Que si tu gran valor no me desvía
de esta firmeza y voluntad inmensa,
¿adónde hallara yo mejor testigo,
pues con tan casto amor viví contigo?

»Si tu hermosura, Circe, si tus ojos,
rayos de amor, gastando tantas flechas,
sólo tienen del alma los despojos,
donde tal vez sin cuerpo me sospechas ;
si tus regalos ya, si tus enojos,
y obligación de las mercedes hechas
no han podido mudar mi pensamiento,
serán para Penélope argumento.

»Finalmente se aumenta mi deseo
con celos de mi honor, si bien segura
su castidad en mi firmeza veo
contra todo el poder de tu hermosura ;
pero en el tiempo que estas cosas creo,
también conozco que si tanto dura
mi peregrino error, podrá, vencida,
decir que el tiempo cuanto pasa olvida.

»De treinta años no más salí de Grecia ;
ya de cuarenta volveré a mi casa ;
edad que ni se busca ni desprecia,
y es la mejor que por la vida pasa.
Penélope no pienses tú que es necia,
ni que le dió naturaleza escasa,
en hermosura grande, corto ingenio ;
que la dotó de más ilustre genio.

»De veinte años quedó, que es la florida
primavera apacible de los años ;
ya tendrá treinta, edad para querida
más tierna y dulce, y sin temor de engaños
que suelen en la aurora de la vida
tener desdenes bárbaros y extraños ;
ni saben querer bien hasta que llegan
a edad que sienten, celan, lloran, ruegan.

»Aguardar a las canas no es cordura,
ni el oro que saqué volver en plata ;
que aunque es para querer la más segura,
no siempre amor seguridades trata ;
pues buscar en ajena compostura
la tinta que la verde edad retrata,
no pienso, Circe, ni aun pensar en ello,
que no quiero engañarla en un cabello.

»Permíteme que vea el hijo mío,
de cuya ausencia nace mi tristeza ;
que tu piedad, si no en tu amor, confío,
efecto que nació de la nobleza.
Tu ciencia no ha forzado mi albedrío,
lo que mejor pudiera tu belleza ;
pues ¿qué aguardas de mí, que ausente muero,
y no te quiero, Circe, porque quiero?

»Oh clara hija del mejor planeta,
da lugar a mi gente que en la playa
aderece la nave, que sujeta
al fácil viento por las ondas vaya ;
en pocas horas quedará perfeta
de blancas velas y de remos de haya,
y saldrá con tus armas y tu nombre,
que espante el mar y que la tierra asombre.

»Mi partida es forzosa ; que bien sabes que, si pudiera yo, no me partiera ; trabajos, dicen, que me esperan graves ; quien te llega a perder ninguno espera. De Ténedos salí con siete naves, y apenas una traje a tu ribera ; si me dejas partir amante ingrato, no por lo menos huésped de mal trato.

»—Oh crüel, le responde (que el semblante mudó con el enojo la hermosura), astuto en ser traidor, no en ser amante, ¡ qué bien has castigado mi locura ! Alma tienes de indómito diamante, no forma sustancial, materia dura ; pues mientras más te labra mi paciencia, menos puede limar tu resistencia.

»Ventura fué que no me la hayas dado, porque es diamante, y diérame veneno, aunque en el pecho hubieras acabado este amor inmortal, de engaños lleno. Vete, y primero que Neptuno airado muestre a tu nave su zafir sereno, en duro escollo se te rompa, y sea donde, aunque muera yo, morir te vea.

»Si amaron las deidades, si pasiones de amor padece amor, si amor alcanza donde no peregrinas impresiones, a todas ruego que me den venganza. Mira, crüel, que en ocasión me pones, perdida de tus brazos la esperanza, de desear, por verme aborrecida, estar sin alma porque estés sin vida.

»¿ Es posible, crüel, que no respondas a tanta fe siquiera con engaño, que el cuerpo en piedra, el alma en hielo escondas a mi abrasado amor después de un año ? Viniste aquí, desprecio de las ondas, propio traidor y peregrino extraño, arrojado del agua, y en mi celo hallaste más piedad que en tierra y cielo.

»Trajiste el alma que esta deuda niega
apenas en el pecho que resuelves
a tal crueldad, y con tu gente griega
cargado de almas a tu patria vuelves.
¿Qué estrella, qué deidad, qué amor te ciega,
que tantos lazos de amistad disuelves?
¿De qué contrariedad, de qué aspereza
nacieron tu crueldad y mi firmeza?»

Esto decía Circe, y como hacía
afectos de mujer desesperada,
la nieve de los brazos descubría,
artificialmente descuidada ;
el griego, no mirando lo que vía,
entre las olas fluctuando nada.
Quien no se ha visto en tan confuso abismo
no sabe qué es guardarse de sí mismo.

«Decís (prosigue con mayor locura),
si amáis alguna vez, que os hechizamos ;
ahora el desengaño os asegura,
pues veis que de vosotros lo quedamos ;
el trato puede más que la hermosura ;
con él, cuando lo estáis, os obligamos ;
no a ti, que entre los hombres peregrino,
eres mortal con proceder divino.

»Que ninguna mujer servirme vea,
que se queje de amor ni indigno trato,
y que yo sola desdichada sea ;
¿de qué tienes el alma, griego ingrato?
Oh padre, oh sol, ¿quién ha de haber que crea
que soy tu hija yo ni tu retrato?
Pero si di veneno al Rey, mi esposo,
venganzas son del cielo riguroso.»

Diciendo así con míseros efectos,
dejó caer el rostro entre las manos
del griego capitán, que los efectos
en la patria del alma siente humanos.
Las lágrimas, prisión de los discretos,
y a los que no lo son lazos tiranos,
imprimieron en él tanta clemencia,
que casi se turbó la resistencia.

Descomponerse quiso la armonía
de las potencias con piadoso intento,
mas a la voluntad, que se rendía,
le dió la mano el cuerdo entendimiento ;
y díjole más tierno que solía,
con más vivo dolor y sentimiento :
«No permitas, señora, que al partirme,
tú dejes de ser sol, yo ausente firme.

»Ni yo partiera bien ni tú quedaras,
si amor a lo que puede nos rindiera ;
mas de verme partir te lastimaras,
mas de verte quedar morirme viera ;
donde no tiene amor prendas tan caras,
ni el alma teme ni el temor espera ;
que donde quedan libres las memorias,
ni sienten penas ni imaginan glorias.

Mucho quisiera yo, si yo pudiera
ser tuyo, oh sol, del sol efecto hermoso ;
tu esposo fuera yo si libre fuera,
y fuera digno como fuí dichoso.

Bien sabes que Penélope me espera
con fe de amante y lealtad de esposo ;
¡ plugiera a Dios que el alma, dividida,
se pudiera partir como la vida ! »

Las manos le besaba el elocuente
griego, que Circe en lágrimas bañaba,
cuyo licor, como veneno ardiente,
el alma por los dedos le abrasaba ;
que el dedo al corazón correspondiente
el encanto amoroso que lloraba,
al de diamante, que vencer quería,
por las venas y arterias conducía.

« ¡ Ay !, le replica Circe, lastimada
de tantas arrogancias y desprecios,
amar un alma donde no es amada,
más es de desdichados que de necios ;
no harás, ingrato Ulises, tu jornada,
si estiman dioses los humanos precios ;
que yo con inauditos sacrificios,
para tenerte, los tendré propicios.

»—Dejarte, dijo Ulises, despreciada, fuera habiendo engañado tu hermosura, yo siempre te serví desengañada de aquesta voluntad honesta y pura ; ingrata has sido tú, pues siendo amada con esta noble y grave compostura, dando lugar al exterior sentido, quieres amor que esté sujeto a olvido.

»El que yo con el alma te prometo es amor inmortal, amor tan casto, que tiene al mismo cielo por objeto, como la tierra es que es amor incasto ; es un amor tan cándido y perfeto, que en su virtud a defenderme basto de tu hermosura humana, con que ha sido este divino amor encarecido.

»—Ya te conozco yo, Circe responde, y conozco también vuestras verdades ; todo es fácil si amáis, todo se esconde, todo, si no queréis, dificultades.

—Esto, replica Ulises, corresponde a las debidas del amor lealtades ; no puedo más ; permíteme, señora, ver en el agua la primera aurora.

»Por tu querido padre, así le veas medir los tiempos infinitos años antes de ver las márgenes leteas, sin sentir los efectos de sus daños ; por los silvestres dioses, por las deas, que habitan selvas y refrescan baños, que nos dejes partir, tras tanta guerra de tierra y mar, a nuestra amada tierra.»

Lloraba el griego venerable, y tanto movió de Circe el pecho, que le dijo : «No quiera, oh capitán, Júpiter santo que dure más destierro tan prolijo ; parte, y consuela de tu gente el llanto ; advirtiéndome primero que predijo mayor desdicha el hado a tus fortunas, porque aun te faltan de sufrir algunas.

»Para saberlas, y saber qué estado tienen tus cosas, bajarás primero al reino de Plutón, dejando atado, Hércules nuevo, el rígido cerbero. Tiresias, finalmente, consultado, dando licencia Radamanto fiero, te dirá los sucesos que te esperan; que yo quisiera que felices fueran.»

Lloraba Ulises, viendo que faltaban más penas que sufrir, mayores males; que ya mortales hombros no bastaban para oponerse a desventuras tales. En fin, le preguntó que, pues bajaban a tal lugar sin muerte los mortales, le dijese por dónde o de qué modo; y ella amorosa le informó de todo.

Vistióse de oro y nácar, y un vestido dió a Ulises sobre azul de tersa plata; ella a la hermosa madre de Cupido, y él a Marte belígero retrata.

Ya suena la partida, ya el olvido los fuertes lazos del amor desata a los alegres griegos de los cuellos, y ellas, mirando al mar, lloran por ellos.

Cubre de aljófar cándido rocío los claveles de Dórida, llorando, como al primero albor líquido y frío se mira entre las hojas relumbrando. «¿En fin te vas, ingrato dueño mío?», a Antímaco le dice suspirando; y él responde sin lengua a sus enojos, poniéndose las manos en los ojos.

Fílida hermosa, tiernamente asida del fuerte Palamedes, también llora; pero él tiene los ojos en Deifrida, que por Filemo de secreto adora. Filemo, que dió causa a la partida, de celos en ausencia se mejora; que donde para celos no hay paciencia, de los dos males es menor la ausencia.

Andrómeda, que ya parece tanto
a la que atada al mar en alta roca
dió principio a sus perlas con su llanto,
las de la playa a lágrimas provoca.
Neofile, de Toante asiendo el manto,
esmalta los corales de la boca
de los tiernos diamantes que corrían,
por ver si el llanto y voz le detenían.

Con blancas manos cuello y pecho enlaza
de Alejandro también Nísida bella,
y si jamás la olvida, le amenaza
con que Circe sabrá volver por ella ;
Lisis a Timo dulcemente abraza,
porque quedaba retratado en ella ;
que, como temen que volver no puedan,
algunos que se van también se quedan.

Llora Antiflor ; Polidamante siente
con más rigor la fuerza en la partida,
y Amarilis, discreta tiernamente,
no quiere que Partenio se despida.
La isla queda sola, amor ausente,
donde no ha de volver dicen que olvida.
No soy testigo yo ; que no se atreve
su fuego a penetrar mi helada nieve.

Tendida sobre el agua entre alga y nea,
calafatean la olvidada nave,
a los árboles dan nueva librea,
y ya la estrena el céfiro suave ;
ya grita la zaloma, ya vocea,
ya siente el cano mar el peso grave,
ya suena mal conforme a las estrellas,
en ellos la alegría, el llanto en ellas.

Era líquida sal la fuerte quilla
con los pinos y abetos de Tesalia ;
ocupa con la aguja la alta silla,
lauro ya diestro en todo el mar de Italia.
Lo estaban una legua de la orilla,
cuando apenas tocando la sandalia
de Circe el agua, por la blanca espuma
cual cisne pasa sin mover la pluma.

Ata un cordero negro y una oveja
a la mesana, y entre dientes habla ;
temblando Ulises, proseguir la deja,
y ella sus rumbos mágicos entabla.
Vuélvese al mar, y cuanto más se aleja,
más vivos se descubren en la tabla
los caracteres rojos que escribía,
turbando esta tristeza su alegría.

«Más trabajos nos faltan, compañeros,
Ulises dice ; no penséis que vamos
con velas y con remos tan ligeros
a la querida patria que esperamos.
Los reinos de Plutón, los reinos fieros
de Radamanto y Minos conquistamos ;
que consultar me manda mi destino
el alma de Tiresias, adivino.»

Aquí todo placer prorrumpe en llanto,
y como van contentos y seguros
de los trabajos que sufrieron tanto,
por los pasados lloran los futuros.
Cerca una isla con horrible espanto,
helado el mar, entre peñascos duros,
de los fieros cimmericos habitada,
digna de tales hombres tal morada ;
siempre cubierta de tiniebla oscura,
en negro horror caliginoso yace,
donde ni fuente cristalina y pura,
ni flor de buen olor produce y nace,
ni Filomena canta en su espesura,
ni brama toro ni cordero pace ;
húyela el sol, y apenas amanece,
cuando se cubre el rostro y anochece.

A la diestra del Ponto está sentada,
no lejos de su Bósforo, en la nieve,
de quien eternamente coronada,
frías el sol exhalaciones bebe.
Aquí llegó la nave descansada,
que con soplo veloz céfiro mueve,
y de cipreses lúgubres cubierto,
halló entre peñas por la costa el puerto.

Saltan en tierra Ulises el prudente
y el belicoso Palamedes, cuando
desde las puertas del rosado oriente
estaba el sol a Dafne contemplando.
Ulises, a la mágica obediente,
con la espada belígera cavando
la madre universal, al sacrificio
previene el agua y el piadoso oficio.

Hecho a las sombras de los manes fríos,
alrededor oyó tristes clamores,
que daban en los cóncavos vacíos,
viéndose de la luz habitantes.
Luego buscó los infernales ríos,
en cuya margen vió sierpes por flores,
por árboles también espinos secos,
y le dieron terror los tristes ecos.

Aquí, donde lloró cantando Orfeo,
a quien las liras trágicas imitan,
y templaron su pena en su deseo
las almas que en eterna noche habitan;
privado ya del resplandor febeo,
sin que lugar las sombras le permitan,
llegó el astuto Ulises por un monte
que se mira, sin verse, en Aqueronte.

Desde otra parte, en una parda peña,
que de cárdeno mohó le servía
el tostado y nervioso cuerpo enseña
fiero Caronte, que a dormir yacía;
de sucio lienzo túnica pequeña,
parte adornada y parte descubría
la cana barba casi azul pendiente,
con mil arrugas por la negra frente.

Culebra parda, cuando al sol se enrosca,
parece el fiero monstruo, que al rüido
de humana planta tímida se embosca,
así era el cuerpo infame, así el vestido,
y así también por la corteza tosca
a círculos estaba dividido,
mostrando tal fiereza el pardo bulto,
como suele cadáver insepulto.

Intrépido le llama, y él desata
la horrible barca, a una cadena asida
de un seco tronco, y a los palos ata
dos viejos remos de haya carcomida.
No dividen cristal ni azotan plata ;
que la turbia corriente removida
en negras ondas encrespó las aguas,
que temple el hierro a las ardientes fraguas.

Apenas en la margen contrapuesta
aborda, y mira los valientes griegos,
cuando les dice (y la partida apresta,
brotando llamas de los ojos ciegos) :
«¿Qué presunción, qué libertad es ésta,
donde las amenazas ni los ruegos
tienen lugar? Volved, volved, humanos,
a la luz de los cielos soberanos.

»—Detente, le responde el elocuente
duque de Grecia, oh gran Caronte, y mira
que la hija del sol resplandeciente,
Circe, cuya hermosura y ciencia admira,
no con soberbia y ánimo impaciente,
como el esposo entró de Deyanira,
nos envía a saber futuros casos
del gran Tiresias con humildes pasos.

»Acosta el barco sin temor ; que llevas
a Ulises y al valiente Palamedes,
no al gran Teseo, al Hércules de Tebas,
de quien ahora recelarte puedes.

Ya tengo, dijo, de vosotros nuevas.

—Pues ¿por qué, replicó, no me concedes
el paso libre al tártaro profundo,
si por desdichas peregrino el mundo?

»—Tengo, replica, en la memoria vivo
el duro estrago del tebano fiero ;
rompió este muro eterno, y vengativo
ató las tres gargantas del Cerbero ;
quiso robar a Proserpina altivo,
y volverla otra vez al hemisferio
que baña el sol, huyendo sus injurias
las euménides, górgonas y furias.»

Valióse el griego allí de su elocuencia,
 y tanto pudo, que acostó la barca,
 y después de prolija resistencia,
 donde almas embarcó, cuerpos embarca,
 El peso siente el barco, y la licencia
 que no les dió la inexorable parca ;
 parte el viejo feroz haciendo extremos,
 y mueve en sus escálamos los remos.

Salta en la tierra Ulises, llega al muro
 de rígido diamante, y al Cerbero
 dió su sueño con el rombo de un conjuro
 que Circe sabia le enseñó primero ;
 por negras sendas sobre hierro duro
 llegó al palacio del horrible y fiero
 amante de la bella Proserpina,
 y con humilde paz la frente inclina.

Era todo el palacio de un oscuro
 diamante, que no claro, fabricado
 dentro de un fuerte inexpugnable muro,
 de jaspe y negro pórfido labrado ;
 en un rojo sitial de bronce duro
 estaba el rey flamígero sentado,
 con el hórrido cetro que gobierna
 sin tiempo y luz la confusión eterna.

Cercáronle los manes infernales
 por ver un cuerpo y admirarle mudos,
 donde jamás tocaron pies mortales,
 sino solos espíritus desnudos ;
 y vinieron las sombras desleales,
 que en vida fueron animales rudos,
 a ver por novedad un casto ausente,
 que nuestra humana condición desmiente.

Entre ellos mira el griego a Clitemnestra,
 y así le dice, en lágrimas bañado :
 «¿Qué fortuna tan mísera y siniestra,
 oh Reina, te ha traído a tal estado?
 Que si el castigo los delitos muestra,
 graves deben de ser, pues no has pasado
 al Campo Elíseo, en que descanso tiene
 quien a los reinos de la noche viene.

»—Ausente Agamenón, responde, ¡ay triste!,
la sombra, en sangre y en dolor bañada,
con quien a Troya por Helena fuiste
mi hermana, más dichosa y más culpada;
la ausencia, que mujer tan mal resiste,
me dió ocasión de amar, de Egisto amada;
volvió mi esposo de la guerra, y luego
la privación de amor aumenta el fuego.

»Matámosle los dos, con esperanza
de gozarnos mejor; pero creciendo
mi hijo Orestes, que de Electra alcanza
la vida, que yo andaba persiguiendo,
ejecutó de suerte la venganza
de Agamenón, su padre, que volviendo
ya con adulta edad, nos dió la muerte.»
Dijo, y de sombra en aire se convierte.

Ulises, admirado del suceso,
tembló el peligro de su ausente esposa;
que se debe temer cualquier suceso
de ausencia larga y de mujer hermosa.
Con este miedo en la memoria impreso
pasó temblando la ciudad fogosa,
hasta llegar al fiero Radamanto,
jüez del reino del eterno llanto.

Allí tuvo licencia, y libremente
fué mirando las almas inmortales,
que en privación del sol eternamente
padecen penas a su culpa iguales;
vió la soberbia de ánimo impaciente,
cercada de gigantes desiguales,
que haciendo al hombro de los montes alas,
pusieron al celeste globo escalas.

No lejos vió tendido un nuevo Atlante,
y conociendo a Polifemo, huyera,
si no viera ponérsele delante
el fuerte vencedor de la quimera;
en pie se puso el bárbaro gigante,
diciendo: «Espera, Ulises, griego, espera;
vengaré la traición que me ha traído
desde el reino del sol al del olvido.

»No me mataras tú si no trajeras el vino, que ya fué muerte de tantos, para veneno de mis fuerzas fieras, decreto oculto de los cielos santos.

—Polifemo, responde, si tuvieras en tu cueva piedad de nuestros llantos, si fueras noble huésped, hoy gozaras de los rayos del sol las luces claras.

»Tú tienes el castigo que merece tu villano rigor inhospitable.» Diciendo así, se aparta y desvanece con un suspiro horrendo y miserable. La ira luego en forma se aparece de un tirano feroz, inexorable, y cerca la ambición y la codicia, y la injusta deslealtad y la malicia.

La desvergüenza vió con rostro infame, y la lisonja y amistad fingida, tan digna de que el mundo la desame por perjura, engañosa y fementida. No hay áspid de la Libia que derrame mayor veneno, ni la humana vida tiene de qué guardarse más castigo que del engaño vil de un falso amigo.

El amor deshonesto, el odio injusto estaban juntos, siendo tan contrarios; la dormida pereza, de robusto cuerpo, entre topos y animales varios; los fieros celos con mortal disgusto, de la cobarde ausencia tributarios; que en vano el nombre imitan a los cielos, si en el infierno han de vivir los celos.

La ingratitud, que al mismo cielo asombra, la ignorancia, preciada de discreta, lo que servir, ¡qué extraño mal!, se nombra, y la crueldad, a la traición sujeta; la fiera envidia, de los buenos sombra, en figura de bárbaro poeta; la confianza, el ocio y el desprecio, la gravedad de un poderoso necio.

Allí la melancólica tristeza,
 a quien la muerte de su engaño avisa,
 y la necesidad con la bajaiza,
 que a coces el honor deshace y pisa ;
 allí la necedad con la simpleza,
 naturales del reino de la risa ;
 la vanagloria vil, pompa y locura,
 y el juego, indigno de honra, en cárcel dura.

Con miserable voz y compasiva
 entre uno y otro anhélito y singulto
 un espíritu vió, que se derriba
 de un pardo risco, donde estaba oculto.
 Detúvose la sombra fugitiva,
 formando un blanco, aunque sangriento, bulto,
 y el corazón de Ulises, vivo apenas,
 previno a horror el alma de las venas.

«Cualquiera, oh fiero espíritu, que fuiste
 en el orbe luciente que habitaste,
 Ulises dijo, ¿a qué ocasión viniste,
 que con tu propia sangre me bañaste?
 —Palamedes, responde con voz triste,
 que a tan horrible muerte condenaste,
 Palamedes soy yo, mas no el amigo
 que al reino de Plutón viene contigo.

»Cuando por no dejar moza y hermosa
 tu querida Penélope en Zacinto
 fingiste la locura cautelosa,
 efecto vil de tu valor distinto ;
 viendo que Agamenón con imperiosa
 mano te daba término sucinto
 para partir, yo descubrí tu engaño,
 y a Troya te llevaron por mi daño.

»Airado tú después, que me escribía
 con Príamo dijiste, y afirmabas
 que a Agamenón y a Menelao vendía
 con la fingida carta que mostrabas ;
 con esto y tu elocuencia, que podía
 persuadir cuentas cosas intentabas,
 con piedras me dan muerte, y me sepultan,
 mi error publican y tu infamia ocultan.

»Mas yo pienso que estoy de ti vengado en los grandes trabajos que has sufrido, sin los que esperas de Neptuno airado, por la muerte del cíclope ofendido. Tú, Palamedes menos desdichado, y a mí sólo en el nombre parecido, huye de su amistad, que en muchos años tendrás por grande amor grandes engaños.

»—Por ti, responde Ulises, Palamedes, por ti me veo en tanta desventura ; si no lo estás, de mí vengarte puedes en que tiene Penélope hermosura ; pero en quejarte la razón excedes, pues contra la amistad sincera y pura, descubriste el secreto que sabías, causa fatal de las desdichas mías.»

En estos monstruos ocupado estaba el astuto elocuente peregrino, cuando sabiendo ya que le buscaba, el alma sabia de Tirasias vino.

«Oh tú, le dijo, sin hercúlea clava, sin escudo de Marte diamantino, transgresor de las leyes infernales, ¿cómo pisas los tártaros umbrales?

»¿Qué me quieres a mí, que no tenía de hablar con hombre vivo pensamiento? ¿Qué privilegios tienes? ¿Quién te envía, exceso del mortal atrevimiento?

—Oh Tiresias, le dijo, ¿quién podía venir a tal lugar sin fundamento? Deidad me envía, que movió mis pasos para saber de ti futuros casos.

»Yo soy Ulises, hijo de Anticlea y del viejo Laertes, que el estrago de Troya me conduce, donde vea las negras sombras del Estigio lago ; entre Italia y el golfo de Malea, entre el cimerio Bósforo y Cartago pasé grandes fortunas ; mas ¿qué digo, tan olvidado de que estoy contigo?

»Circe me envía, Circe, aquella hermosa
hija del sol; responde al ruego suyo,
movida de mi mal, alma piadosa,
que estoy pendiente del remedio tuyo.

—La mar, le respondió, la mar quejosa,
a quien tus desventuras atribuyo,
contraria al fin de tu esperanza temo,
porque diste la muerte a Polifemo.

»Mataste, griego, al hijo de Neptuno,
sagrado emperador del Oceano,
¿cómo te puede dar favor alguno
mientras habitas por su imperio cano?
Con sacrificios a la diosa Juno
pide favor, que no serán en vano;
ella te llevará, más tarde creo,
al término que tiene tu deseo.

»Celosa Circe de la hermosa Escila,
vertió veneno en una pura fuente,
que el lilibeo sículo destila,
y bañóse una siesta en su corriente;
de suerte entre las aguas se aniquila,
que sólo desde el pecho hasta la frente
quedó mujer, que lo demás es fama
que en pez ligero se vistió de escama.

»Por ésta has de pasar, temiendo enfrente
de la voraz Caribdis el veneno,
a quien con el ignífero tridente
Júpiter hizo escollo al mar Tirreno.
Primero que vengado se contente
el fundador de Troya, de ira lleno,
para gozar la patria que desees,
las sirenas verás partenopeas.

»La isla Ogigia entre los mares yace
Fenicio y Sirio; allí Calipso vive,
allí sus rombos y conjuros hace,
y en la hermana del sol letras escribe.
Siete veces verás que en Aries nace,
y que la blanca plata le recibe
de los peces del Eufrates, en tanto
que te detiene con su dulce canto.

»Istmos, islas, penínsulas y rocas
varias verás entre las hondas fieras,
monstruos marinos, cetos, altas focas,
antes de ver las ítacas riberas ;
pero todas serán desdichas pocas
cuando llegues a ver el bien que esperas,
y tu mujer con alma compasiva
entre sus castos brazos te reciba.

»Ella te aguarda, aunque deshecha y triste
de tu ausencia y de ver tantos amantes,
que dos años después que a Troya fuiste,
la sirven y pretenden arrogantes ;
con ingeniosa castidad resiste,
con esperanzas firmes y constantes,
su loco amor ; que es alta resistencia
en pecho de mujer y en tanta ausencia.

»De rendir su constancia a su porfía
para el fin de una tela dió palabra,
mas deshace de noche cuanto el día
de oro y varias colores teje y labra.
Al hermoso Telémaco, que cría,
le obliga siempre a que los ojos abra
para ver tu valor, y con recato
le provoca y enseña tu retrato.

»El joven como el águila le mira,
sin perturbarle el sol, y a la venganza,
si tardas tú, con arrogancia aspira,
que ya sabe empuñar espada y lanza ;
en el fuerte bridón el vulgo admira,
de tus vasallos única esperanza ;
que en tantas desventuras quiere el cielo
que estas nuevas te sirvan de consuelo.

»Este amor debes a tu casta esposa ;
no vence su firmeza la distancia ;
mira que has de volver a Circe hermosa,
guárdate de ofender tanta constancia.
Con esto, queda en paz ; que la forzosa
ley de este centro a mi perpetua estancia
volver me manda ; tú la lumbre pura
goza del sol, y yo la noche oscura.»

Dijo ; y volviendo Ulises a la barca,
si bien en tiernas lágrimas bañado,
del vil Caronte, que a los dos embarca,
de verlos tan pacíficos templado,
en la opuesta ribera desembarca,
y vuelve al puerto, donde ya turbado
lloraba su escuadrón su larga ausencia ;
que no sabe el amor tener paciencia.

Con esto al mar el capitán se alarga ;
Vira, dice el piloto, y todos *vira*,
donde con mano impetüosa y larga
el blando viento los trinquetes gira ;
ya siente el mar undísono la carga,
y del peso parece que suspira ;
ya llegan donde Circe los recibe,
que aun tiene amor, y en esperanza vive.

Vos, honor de las letras ; vos, Mecenas,
aliento de las musas, que espiraban,
por quien están de aplausos y gloria llenas,
cuando sin voz, cuando sin alma estaban ;
en tanto que la sangre de mis venas
los elementos de mi vida acaban,
seréis mi sol, sin que otra luz alguna
respete en sus tinieblas mi fortuna.

FIN DE «LA CIRCE»

LA ROSA BLANCA

LA ROSA BLANCA

(MADRID, 1624)

En este poema—unido por nacimiento tipográfico a La Circe—desenvuelve también Lope de Vega un tema mitológico, que si en aquel poema se limitó a cantar los personajes de un episodio de La Odisea, en La rosa blanca toma un viejo mito como pretexto para un asunto moderno que entronca con la mitología, tan usada en su época como tema literario de ornamentación poética, ya que los mitos que el Renacimiento había resucitado estaban a la sazón relegados a servir de fondo alegórico, sin vitalidad eficiente ya.

El mito desarrollado en este poema sólo sirve al poeta para dar forma a una lisonja—tal vez excesivamente cortesana—a la genealogía de la familia Guzmán, a la que pertenecía el Conde-Duque de Olivares, a cuya hija única va dedicado el poema.

Busca el poeta la relación entre el escudo de armas de la hija del de Olivares—una rosa blanca en campo de oro—y el viejo mito de Venus nacida del mar, hecha de espuma y cortejada en el Olimpo por todos los dioses. Sobre este tema mítico teje Lope la acción de su poema, en el que hay amores y luchas en las cuales rivalizan dioses y héroes mitológicos, con las consiguientes intervenciones de las fuerzas de la naturaleza. De todo ello saca el poeta el origen del blasón de doña María de Guzmán, hija del valido del decadente rey español Felipe IV.

Literariamente, este poema no tiene más valor que los

otros poemas mitológicos de Lope; es una prueba más de su virtuosismo poético. En las ciento nueve octavas reales de este poema pueden encontrarse bellas y atinadas descripciones que no desmerecen al lado de las mejores que salieron de la pluma del Fénix.

A lo largo del poema hay bastantes alusiones a personajes y hechos contemporáneos que hoy son bastante difíciles de descifrar.

BIBLIOGRAFIA

El poema *La rosa blanca* se editó en el libro misceláneo *La Circe, con otras rimas y prosas... de Lope de Vega Carpio*, en casa de la viuda de Alonso Martín. Madrid, 1624, en 8.º

Esta obra—como se ha visto—ha sido reproducida en facsímil en el corriente año 1935 por la «Biblioteca Nueva», y en su colección *Tesoro*, bajo la dirección de don Miguel Artigas.

En la edición de las *Obras sueltas* de Lope que publicó Sancha en Madrid, se incluye este poema en el tomo II, páginas 137-164. 1776.

En la «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneira, se reproduce en el tomo XXXVIII, seleccionado por Cayetano Rosell.

A LA ILUSTRISIMA SEÑORA DOÑA MARIA DE
GUZMAN, HIJA UNICA DEL EXCELENTISIMO SE-
ÑOR CONDE DE OLIVARES

Hermosa Venus, alma Citerea,
a quien la fiera patricida mano
dió vida, que los cielos hermosea,
con el cándido humor del Oceano ;
así tu sacro altar filomedea
adore el más inculto bracamano,
que se digne de dar tu luz hermosa
vida a mi voz para cantar tu rosa.

Tu rosa blanca, que no fué cantada
de lira humana, griega ni latina,
para ofrecer a una beldad guardada,
aunque en mi ruda voz beldad divina ;
la que nácar vistió, rosa encarnada,
o púrpura bañó sacra Ericina,
ya las cantaron varias y difusas
dóricas liras y romanas musas.

Esta que no lo fué, con dar tardía
tan alta pompa al espinoso ramo,
su dulce historia de mis versos fía,
cuando las iras del amor desamo ;
mas ; cuán injustamente a la voz mía
la Venus de la tierra invoco y llamo,
teniendo yo la celestial que adora
Febo a la tarde y a la blanca aurora !

Oh sacra Venus, tú, que, semejante
a la hija del cielo, darne puedes
más viva luz que el celestial diamante,
pues su esplendente nacimiento excedes ;
que si del claro sol viene delante,
tú de su luz espléndida procedes ;
que ser su hija es mayor gloria tuya
que ser la estrella paraninfa suya.

Pues entre armiños más que blancas rosas
nació tu ilustre y cándida pureza,
no Venus de las ondas espumosas,
sino del mar de la mayor grandeza,
de la madre de perlas más preciosas
que en su nácar formó naturaleza ;
único parto de tan rica aurora,
que con sus rayos los armiños dora ;

favorece la pluma que atrevida
la blanca rosa a tu alabanza ofrece,
no la que fué de púrpura teñida,
que menos casta presunción merece ;
si de nevada túnica vestida,
sobre dorado campo resplandece,
con los armiños de tu sangre ilustre
tendrá inmortal valor y eterno lustre.

Aunque temo, ilustrísima María,
que ha de juzgarse a error mi atrevimiento,
porque es dar ley al tiempo, luz al día,
a las flores color, alas al viento,
perlas al mar y al alba que las cría,
rayos a Amor, presteza al pensamiento,
oro al planeta de la cuarta esfera,
dar rosas a la misma primavera.

Nació encarnada del rubí sangriento
que de Venus vertió la planta herida ;
no fué primero blanca, y del violento
golpe en las zarzas con el pie teñida ;
ofrece la verdad el argumento
que hoy se consagra a tu beldad florida,
en cuya mano cándida la veo
más bella que en las cumbres de Pangeo.

En fe del esperado matrimonio
daba Cleopatra al ínclito romano
dos perlas que crió, por testimonio
de su poder, el cielo soberano ;
deshizo la primera, y dijo Antonio :
«No es justo que le prive vuestra mano,
reina de Egipto, a la naturaleza,
del testigo mayor de su riqueza.»

Quedó la perla sola, y fué llamada
única, por memoria de aquel día,
en tus divinas partes retratada,
oh fénix, ilustrísima María ;
si bien de unión igual acompañada,
te espera con aplauso y alegría
florido en rico tálamo himeneo,
que iguale la esperanza y el deseo.

Crece, planta feliz, crece dichosa,
pues tu casa ilustrísima propagas
con larga sucesión tan venturosa,
que su temor prolífica deshagas ;
en tanto pues escucharás la rosa,
que tan alta esperanza satisfagas,
para que sepan esas manos bellas
que quien te ofrece rosas diera estrellas.

Venus, fuerza divina, que se cría
de aquellos movimientos naturales
que, de los elementos simetría,
hacen juntos los cuerpos celestiales,
que amando a Adonis sol, sin quien se enfría,
engendra plantas, hombres y animales,
pues cuando mira en ángulos obtusos
de la generación están exclusos ;

tuvo principio, en opinión de algunos,
de la espuma del mar, de quien nacida,
no con vientos feroces importunos,
sino del blando céfiro impelida,
por escollos del mar, que de ningunos
quiso aceptar asiento en la extendida
concha de nácar y oro, navegando
la tierra, el mar y el viento enamorando.

En la isla de Chipre le dió puerto,
entre Siria y Cilicia, el mar Carpacio,
donde en lo más ameno y descubierto
Venus fundó su espléndido palacio ;
del cual las horas, diosas del concierto,
que miden a los tiempos el espacio,
hijas bellas de Temis, en un vuelo
la trasladaron al empírico cielo.

Viendo los dioses su hermosura, intentan
casarse enamorados y rendidos ;
a Júpiter sus partes representan,
de eterna luz y resplandor vestidos ;
alegres los primeros se presentan
Marte y Apolo, entrambos encendidos
en rayos, en amor, en ira, en celos,
confusión de la paz, ley de los cielos.

Marte pretende, fiero y arrogante,
y en un pensil de plumas la celada,
corvertido en imagen de diamante,
resplandeció con la fogosa espada ;
y cual si viera ejércitos delante,
la esgrime, de sangriento humor bañada,
siguiendo al son de cajas su bandera
todas las iras de la quinta esfera.

Apolo Cintio, con real decoro,
rizas como en España las guedejas,
vibrando el arco, y de las flechas de oro
rayos de luz entre amorosas quejas,
abrió de sus riquezas el tesoro,
y porque son las fáciles orejas
puertas de amor también, como los ojos,
cantó en su dulce lira sus enojos.

Mercurio, hijo de Júpiter y Maya,
cuya boca dió al cielo aquella vía,
que de cándida nieve el cielo raya,
cuando la argiva prónuba le cría :
a quien la competencia no desmaya,
celos, música, amor y valentía
de dos tan altos dioses importuna,
a su industria remite su fortuna.

Plutón, que al repartir el mundo tuvo
a España y cuanto mira al occidente,
el nombre que de Dios del oro obtuvo,
mostró en los rayos de la torva frente ;
porque entonces Plutón más libre estuvo
de la deformidad que el impaciente
pecho movió, cuando a robar se inclina
a Ceres en Sicilia a Proserpina.

Pan, dios de los pastores, testimonio
de la casta Penélope y Mercurio,
que fué gloria y honor del matrimonio,
así en el griego como el campo etrurio ;
bárbaro Arcadio y rudo Licaonio,
de la naturaleza humana espurio,
apareció medio hombre, y su fiereza,
oh Venus, pretendiendo tu belleza.

Pero sin igualdad la de Vulcano,
cuya deformidad de suerte enoja
en el cielo al planeta soberano,
que de la grada celestial le arroja ;
éste pretende ser dueño tirano
de Venus celestial, y se le antoja
que puede competir con su hermosura,
que el propio amor es la mayor locura.

¡ Oh cuántos que Vulcanos se casaron,
de los hurtos de Venus se ofendieron !
Así del propio afecto se engañaron,
por discretos y hermosos se tuvieron.
Finalmente los dioses decretaron,
y en este acuerdo unánimes vinieron,
que fuese Venus de Vulcano esposa ;
propia desdicha de mujer hermosa.

No dê otra suerte dos valientes toros
celosos riñen por la vaca amada,
y por el monte van, bramando a coros,
a la dura palestra y estacada,
donde vertiendo los abiertos poros,
sangre y furor, en tanto conquistada
del más cobarde y flaco, está rendida,
él puesto en posesión y ellos sin vida.

Apenas asistió triste himeneo
 al tálamo fatal, la lumbre muerta,
 cuando a Venus provoca su deseo,
 si fué verdad, porque parece incierta ;
 dicen que en odio de Vulcano feo,
 cuya cara de sátiro, cubierta
 de espesa barba, a deshacer se atreve
 el blanco rostro como erizo en nieve.

De la caída que, del alto cielo
 a la isla de Lemnos arrojado,
 dió Vulcano feroz, quedó en el suelo
 en retrógrado cancro transformado ;
 camello asirio de erizado pelo
 no tiene en la cerviz más levantado
 aquel monte deforme, que él tenía
 la parte que sucede y la que guía.

Mercurio, dios de industrias, advertido
 de sus celos, buscó tales engaños,
 que de ellos dicen que nació Cupido ;
 claro estaba, pues muere en desengaños.
 Mas ¿cómo puede ser que haya nacido,
 si se implican sus glorias y sus daños?
 Si tan tarde nació, y antes se amaba,
 ¿quién era aquel amor y dónde estaba?

¿Con cuál amor se amaron sol y luna?
 ¿Qué paz de amor unió los elementos?
 ¿Cómo imprimió generación alguna
 sin lazo de amistad sus fundamentos?
 No pudo sin amor fuerza ninguna
 dar vida natural, que sus aumentos
 se deben a esta paz, a esta concordia,
 aunque en los elementos hay discordia.

Platón fué de opinión que había nacido
 del caos Amor, en confusión segundo
 cuando no es de dos almas admitido,
 y que era tan antiguo como el mundo.
 A Poro, dios de la abundancia, ha sido
 dado por hijo ; a Poro, dios fecundo,
 habido en Penia, igual en la belleza,
 mas diosa del trabajo y la pobreza.

¡ Oh fábula moral que nos enseñas
que el firme amor ha de vivir desnudo !
Que puesto que interés rompe las peñas,
jamás al verdadero romper pudo ;
amor que se conoce por las señas,
sólo en mirar, como si fuese mudo ;
que aunque engendrarle la abundancia es justo,
no es parto del poder, sino del gusto.

Siete veces el sol miró distinta
la línea equinoccial, y a los iguales
trópicos declinando el áurea cinta,
los ilustró de rayos solsticiales ;
en tanto que el amor, que el mundo pinta
con imperio en los dioses celestiales,
iba creciendo en años y en engaños,
mas detúvose el tiempo en estos años.

Viendo Venus que el niño no crecía,
y que otros siete y otros diez estaba
en los siete primeros que tenía,
triste de verle no crecer, lloraba ;
díjole que la causa procedía,
Temis, a quien la Diosa consultaba,
de no tener hermano, porque ha dado
en no crecer Amor si no es amado.

Andaba entonces Marte riguroso,
depuestas ya las aceradas mallas,
en la conquista de su rostro hermoso,
sin ordenar asaltos a murallas ;
reducido el imperio fervoroso
a las de amor dulcísimas batallas,
sin desdoblar al viento las banderas
ni asistir a los fosos y trincheras.

Ya no sabes qué es guerra, ya no formas,
Marte cruel, en plano o sobre montes ;
así en la hermosa Venus te transformas,
petriles, parapetos y esperontes,
pomas, guardas, espaldas, plataformas,
trabes, cortinas, caballeros, frontes,
estradas, contrafuertes, fosos, plazas,
tijeras, terraplenos y tenazas.

Ya son galas de paz, ya son diamantes
 lo que era hebillas y dorados pernos ;
 suspiros son los rayos fulminantes,
 que imitan los de Júpiter eternos ;
 Venus, que vió sus armas arrogantes,
 sus banderas, sus tropas y gobiernos
 rendidas a sus pies, quiso piadosa
 ser Palas, a su lado belicosa.

Nació de entrambos el muchacho Anteros,
 y en llegando a los años de Cupido,
 los dos crecieron juntos, verdaderos
 efectos de un amor correspondido ;
 bien se puede engendrar de los luceros,
 mas no sin otro amor haber crecido ;
 que hay de amar sin amor gran diferencia,
 hasta que llega a ser correspondencia.

Así es en la amistad : cuando el amigo
 al que le estima corresponde ingrato,
 que crece amado, y tiene por castigo
 poco amor, gran traición y falso trato ;
 más vale declarado el enemigo,
 que no tener por sombra y por retrato
 un desleal espejo, que os asista
 tan diferente el alma de la vista.

El sol, suprema luz, entrar podía
 sin ser visto del bárbaro Vulcano ;
 Marte, aunque estrella, no alumbraba el día,
 y para verla se esforzaba en vano ;
 y como en claros rayos le vencía,
 y estaba de la tierra más cercano,
 un mes, viéndole entrar, tuvo, por celos,
 la tierra sin calor, sin luz los cielos.

El sol, en fin, para tan noble lumbre
 ejecutó la más indigna hazaña
 a que llega celosa pesadumbre
 cuando de ajeno amor se desengaña ;
 dijo al herrero dios, que en la alta cumbre
 del Etna el hierro ardiente en agua baña,
 espirando por él orbes de fuego,
 fimeras de un instante heladas luego :

«¿Cómo sufres, Vulcano, tanta afrenta?
 ¿Cómo permites que te ofenda Marte?
 Bastardos hijos en tu casa intenta;
 en Anteros y Amor no tienes parte.
 Ya el dios guerrero un mozo representa
 de estos cobardes, cuyo estudio y arte
 se cifra en sus cabellos; cosa indina,
 que a los de más valor los afemina.

»Ya la celada bélica no cubre
 su frente en los asaltos ni los sacos;
 mi corona de rayos la descubre,
 todos son para mí planetas flacos;
 ninguna oscuridad mi fuerza encubre,
 penetro con mi luz montes opacos.
 Yo los he visto; la venganza intenta;
 si no te mueve amor, basta la afrenta.»

Atento estaba el mísero marido,
 a la funesta relación de Febo
 humilde el rostro pálido, teñido
 en humo, en ira y en dolor tan nuevo.
 «Oh sol, le dijo, ¡qué imprudente has sido!
 ¡Qué poco lustre de mi honor te debo!
 A muchos guías, mas de ti me espanto,
 pues que, dándome luz, me ciegas tanto.

»Oh cuántas veces miras malicioso
 cosas en que te engañas. Ni tú puedes
 entrar en todas partes, y celoso
 atientas con tus rayos las paredes;
 soñaste, sol, o amante o envidioso;
 dormiste, sol, de la verdad excedes;
 y ¿qué puede decir un sol dormido
 de un planeta de luz de honor vestido?

»Venus es mi mujer, Marte mi amigo,
 y tú enemigo, sol, que sólo basta;
 pues ¿quién ha de creer a un enemigo
 en deshonor de una mujer tan casta?
 Contenta vive de vivir conmigo;
 montañas de oro y de valor contrasta;
 lo que has dicho en mi afrenta fué bajeza;
 mas eres sol, y dasme en la cabeza.»

Apenas Febo retiró su ardiente
rostro, no sin temor, viendo culparse,
cuando el agravio el ofendido siente,
más cuerdo en responder que fué en casarse ;
a la fragua camina diligente,
y en ella, de dolor, quisiera echarse ;
lloraba el hierro que abrasar quería,
templando en agua el fuego que sentía.

No dijo nada a Estéropé ni Bronte ;
quien mucho quiere hacer no dice nada ;
pero en saliendo el sol en su horizonte,
vía su afrenta de su luz formada ;
de dolor en dolor, de monte en monte
andaba con el alma lastimada,
pensando en el castigo, que un prudente
no resuelve lo grave fácilmente.

Y viendo que morir era imposible
Venus, siendo inmortal, que muerte y diosa
era imaginación incompatible,
por implicar contradicción forzosa ,
hizo una red sutil, tan invisible,
que la alta rueda del pastor famosa
por sus cien ojos verla no pudiera,
si cada verde pluma un lince fuera.

Daba una siesta albergue al dios guerrero,
y a la diosa gentil un verde prado,
donde un arroyo manso y lisonjero
imitaba cristal al pie nevado ;
con la celada y el alfanje fiero
jugaba Cupidillo, y del dorado
escudo las figuras, que miraba
relevadas en oro, codiciaba.

Reñían él y Anterós por las plumas,
el penacho rompiéndole entretanto,
que ya imitaba cándidas espumas,
ya la morada flor del amaranto ;
son átomos y estrellas breves sumas
con los diamantes del celeste manto ;
para igualar de Venus los amores
no tiene arena el mar ni el campo flores ;

cuando Vulcano con la red oprime
los dos amantes y los dos rapaces,
sin reparar que Venus se lastime,
desesperado ya de admitir paces ;
no de otra suerte el corvo pico imprime
aleto indiano en tímidas torcaces,
que el vil herrero a los amantes pone
la red, y al cielo su delito expone.

Los dioses al Olimpo circunstantes
miraron con envidia al dios guerrero,
con celos a la diosa los amantes,
y con dolor al afrentado herrero.
Como suelen los peces ignorantes
estar entre la red, el fuerte acero
romper querían, mas no fué posible ;
que era muy fuerte, aunque era imperceptible.

Pero a ruego de Júpiter salieron
dando palabra Marte mal cumplida,
que la que amando los peligros dieron,
no fué jurada cuando fué rompida ;
tantas, en fin, las amenazas fueron,
que Venus bella, de temor vencida,
de Marte se olvidó ; que fácilmente
muda su condición todo accidente.

Mas como Venus tanto aborrecía
al herrero, teñido en humo infame,
que si apelar de la fealdad quería,
que con las gracias hay fealdad que se ame.
daba en la necedad y en la porfía,
que no hay indignidad que más desame
quien tiene algún valor y entendimiento,
presto quiso ocupar el pensamiento.

En estas pretensiones ocupada,
casóse la gran Temis con Peleo,
la boda entre los dioses celebrada,
a que asistieron Venus e Himeneo ;
mas no siendo de nadie convidada,
que fué delito de su soberbia feo,
la Discordia, que en gustos nunca es buena,
injustamente la venganza ordena.

Una manzana de oro, a quien pudieran
 rendirse las hespéridas manzanas,
 en el convite echó sin que la vieran ;
 que tiene el cielo estrellas por ventanas.
 Los dioses su hermosura consideran
 rubíes de Ceilán y tirias granas,
 y ven que donde más dorada viene,
 «dese a la más hermosa» escrito tiene.

Juno presuntüosa la pedía,
 como reina y de Júpiter esposa ;
 Palas, por la mayor sabiduría,
 o porque fué de las batallas diosa ;
 Venus, por su hermosura y gallardía ;
 aunque habiendo de ser la más hermosa,
 yo sé quien la tuviera más segura
 por ciencia, gracia, sangre y hermosura.

Reina de Troya Hécuba soñaba
 que una hacha ardiente trágica traía,
 en que los patrios muros abrasaba,
 y por quien muertos a sus hijos vía ;
 con esto al tierno infante que lloraba,
 como que ya la soledad sentía,
 mandó que echasen Príamo a las fieras
 o al mar desde sus playas y riberas.

Arquelao piadoso el niño cría,
 y en Ida monte fué pastor tan fuerte,
 que a cuantas fieras y ladrones vía,
 hecho jüez los condenaba a muerte.
 Júpiter, viendo que juzgar sabía,
 de que es su voluntad a Juno advierte,
 que Paris juzgue de las tres cuál diosa
 la puede merecer por más hermosa.

Una mañana que el intonso Febo
 en su amado desdén resplandecía,
 y por engño en el silvestre acebo,
 que no en la adelfa, porque rosas cría,
 milagro en Ida apareció tan nuevo,
 que el monte con la luz resplandecía ;
 las fieras se escondieron, y sonoras
 las aves celebraron tres auroras.

Paris, sabiendo el celestial decreto,
 mandólas desnudar; Juno, turbada,
 fué en pura nieve de su vista objeto,
 deponiendo la túnica estrellada;
 Palas, dejando el acerado peto,
 morena se mostró, pero labrada
 en pardo mármol de Lisipo o Fidia,
 modelo al arte y a la nieve envidia.

Venus en proporción como en belleza
 un campo de cristal con tan sutiles
 líneas de azul, que la naturaleza
 quiso que hubiese mapas de marfiles.
 Enmudeció el pastor; mas la firmeza
 de su equidad, que no es para hombres viles,
 le tuvo al resolver la lengua muda,
 que cada cual por sí le pone en duda.

Paris, ¿qué leyes la belleza tiene?
 ¿Qué Bártulos, qué Baldos las escriben?
 ¿De qué romanos césares proviene
 su justo imperio? ¿En qué provincia viven?
 Si al tribunal de amor el gusto viene,
 y sus pleitos a prueba se reciben,
 ¿quién hay tan loco, aunque le obligue el ruego
 que juzgue la hermosura estando ciego?

Llegóse a Paris Venus entre tanto,
 y díjole: «Mancebo ilustre, advierte
 que si por tu favor alcanzo cuanto
 merece el estimarte y el quererte,
 y en hermosura a todas me adelanto,
 en amor te daré tan alta suerte,
 que no veas mujer que no te quiera,
 por ti suspire y por quererte muera.»

Era Paris un mozo que tenía
 veinte años, y hermosura que en mil años
 no vió la verde selva en que vivía,
 edad dispuesta a amor, y amor a engaños;
 oyó el soborno que otra sangre cría,
 de que tenemos tantos desengaños,
 y por Venus juzgó, poco discreto,
 pues como fué la causa fué el efeto.

Perdióse Troya por quererte, Helena,
 engañado mancebo; corrió Xanto
 sangre en vez de cristal, y en vez de arena,
 difuntos cuerpos con horrible espanto;
 apenas le quedó piedra ni almena;
 sus muros hierba, sus memorias llanto
 volvió tu error, desesperada Juno,
 incitando las olas de Neptuno.

Vanagloriosa Venus del suceso,
 y por la más hermosa confirmada,
 aumentó vanidad, y fué el exceso
 contra su honestidad, amando, amada;
 criaron en un verde monte espeso,
 donde una fuente a Júpiter sagrada
 de espejo a pocos álamos servía,
 las hermosas náyades que tenía,
 un joven, hijo de una planta hermosa,
 que era su madre y mirra se llamaba,
 que por esta maldad incestüosa
 aromáticas lágrimas lloraba;
 vióle una tarde Venus amorosa
 pendiente al hombro la dorada aljaba,
 donde por alas, que otro amor le hacían,
 las plumas de las flechas le servían.

El arco indiano en la siniestra mano,
 los rizados cabellos daba al viento,
 corriendo tras las fieras por un llano,
 a sólo el gusto de la caza atento;
 detuvo el paso al cazador humano
 deidad divina, y con un mismo acento
 las almas suspiraron duplicadas:
 que suenan juntas cuando están templadas.

Amó de suerte Venus amorosa
 este mancebo en Chipre, que olvidada
 de su tercera esfera luminosa,
 hizo la selva habitación sagrada.
 No os espante, señora, que esta diosa
 tantas veces se rinda enamorada;
 que esta corteza fabulosa cría
 moral y natural filosofía.

Marte, envidioso del mancebo hermoso,
y celoso de Venus, llamó a Aletto,
furia infernal, que a un jabalí cerdoso
de alma sirvió para tan triste efeto ;
cazaba Adonis por el bosque umbroso,
más fuerte en armas que en amor discreto ;
salió la fiera a él, murió a sus manos ;
¡ oh celos del amor, siempre tiranos !

Lloraron las náyades de la fuente,
gimieron las oreas y amadrías,
las napeas también, y tristemente
las aves por los olmos muchos días ;
detuvieron los ríos su corriente ;
el monte derritió lágrimas frías,
y Venus, no pudiendo resistirse,
quisiera ser mortal para morirse.

Lloraba Cupidillo, que tenía
amor a Adonis más que al fiero Marte,
que se espantaba de él cuando no vía
que el acerado arnés dejaba aparte ;
Marte dolor y lágrimas fingía,
que siempre tiene estratagemas y arte ;
sólo vengado, y no celoso, Apolo
con risa esclareció de polo a polo.

Pareciéndole a Marte que podía
volver a la amistad de Venus bella,
por selvas y por montes la seguía,
tal vez en forma humana y tal estrella ;
por unas zarzas fugitiva un día,
no vió la más oculta, y puso en ella
el pie de nieve, que con un suspiro
rubí fué rojo y cárdeno zafiro.

De aquella sangre procedió la rosa,
en verde silla de un botón sentada,
con cinco guardias, que su pompa hermosa
tienen, cuando se extiende coronada ;
abrió por muchas hojas olorosa
la boca en tierna púrpura bañada,
mostrando dentro, para más decoro,
en vez de blancas perlas, granos de oro.

Dicen que la culebra la primera
 vió la rosa bellísima nacida,
 y admirada de ver su roja esfera,
 de tanta cantidad de hojas vestida,
 la cortó sin temor, y lisonjera
 de la boca sacrílega ceñida,
 a Júpiter la dió, cuyo presente
 le pagó con hacerla tan prudente.

Admirados los dioses celestiales
 de ver su rojo resplandor, temieron
 las desventuras otra vez fatales
 que a los muros de Troya sucedieron ;
 y puestos en contiendas desiguales,
 a Júpiter tonante la pidieron ;
 que Venus por los hados no sabía
 que de su misma sangre procedía.

Juno alegaba del pasado agravio
 de la manzana de oro las razones ;
 Palas, en un discurso docto y sabio,
 el premio puso a Juno en opiniones ;
 Venus, moviendo el amoroso labio,
 cuyo coral con tantas perfecciones
 a la rosa imitó, que parecía
 que buscaba lo mismo que tenía,

dijo : «Si yo de la manzana de oro,
 como la más hermosa, tuve el premio,
 debida es esta rosa a mi decoro ;
 que no diréis, oh numes, que os apremio ;
 vuestro favor con mi justicia imploro.»

Pero en este retórico proemio

Juno furiosa replicó : «Pues sabes
 tus altas partes, tus costumbres graves,

»no quieras que de nuevo te las diga,
 oh gran madre de Amor ; que aquesta rosa
 no en el rubí con letras de oro obliga
 que la deba gozar la más hermosa ;
 que el bello lazo que las hojas liga
 no dice esta sentencia rigurosa ;
 que donde ves caracteres cifrados
 sólo se enrizan átomos dorados.

«Deja la pretensión, pues no me igualas en virtud, en grandeza y gallardía, pues calla la retórica de Palas, donde está la razón de parte mía.» Venus, que de la suya flechas y alas del poderoso dios de amor tenía, así responde a la arrogante diosa, más encendida que la misma rosa:

«Siempre la castidad fué en las mujeres el adorno mayor, la mayor gloria; mas muchas como tú, que la refieres, lo son tal vez por fuerza o vanagloria. ¡Oh, gran virtud! Conozco que lo eres, si en la virtud hay fuerza meritoria; que si te amaran muchos, por ventura rindieras el valor a la hermosura.

»—Calla, Venus, le dijo entonces Palas, si te dejan lugar tus desatinos; que bien conocen las etéreas salas si tiene Juno méritos divinos; como eres infición, veneno exhalas, atrevimientos de una diosa indinos; mas si de mí tan mal hablado hubieras, bien sabes tú el castigo que tuvieras.»

De una en otra palabra, concertado con desiguales fuerzas e igual brío, quedó ya fijo término aplazado entre Venus y Palas desafío; pidióle a Marte un fuerte arnés prestado la madre del Amor; ¡qué desvarío, teniendo tales armas! Que hay sospechas que la Muerte y Amor trocaron flechas.

Marte le dió unas armas de diamante, toda la guarnición y hebillas de oro, con que Venus salió más arrogante, y su hermosura con mayor decoro; estaba la celada fulgurante vertiendo por un monte de tesoro otro de blancas plumas, que partía trémula, entre hilos de oro, argentería.

Como por la belífera celada
la Diosa descubrió los ojos solos,
parecía de piedras estrellada
la esfera celestial y los dos polos ;
pero de tales soles adornada,
que no sufriera el mundo dos Apolos,
templó su misma nieve sus porfías,
por no abrasar las almas y los días.

Una banda de guerra, que remata
un fleco de oro y perlas, dividía
el peto sobre el hombro, que dilata
a la famosa espada que ceñía ;
un tonelete de morado y plata
con variedad de luz resplandecía,
causada de los índicos diamantes
entre follajes de oro rutilantes.

Los coturnos, ciñendo poca nieve,
en bien hecha coluna le adornaban,
dando al honor la parte que se debe,
y que rosas de nácar ocultaban ;
tiernas a su furor, la estampa breve
las menudas arenas imitaban,
cuando Palas llegó, menos airosa,
y más ejercitada y belicosa.

Venus, sacando la fogosa espada,
le dijo, estando la victoria en duda :
«Palas, mejor te ha de vencer armada
la que en las selvas te venció desnuda.»
La Diosa, en ira y en rigor bañada,
la cuchilla sacó, respondió muda,
y caladas las vistas, el son fiero
sonó en las armas del templado acero.

No suele rayo en el horrible trueno
el aire dividir con más ardiente
furia, que el cielo fúlgido y sereno
el planeta ceptífero elocuente ;
desparte la batalla, y de ira lleno,
hace que cada cual partirse intente
por diverso camino, a cuyo efeto
les muestra de los dioses el decreto.

Júpiter, viendo que con este ejemplo
la discordia los cielos turbaría,
puso la rosa en un famoso templo,
que en una selva sacra a Flora había ;
aquí con nuevas cuerdas y arco templo
la mal sonora lira y la voz mía ;
que llega la ocasión, Venus hermosa,
en que se ha de cantar tu blanca rosa.

En fin, la carmesí depositada,
y en digno adorno de los dioses puesta,
por deidad de las ninfas visitada,
a la vergüenza instituyeron fiesta :
la rosa, agradecida y venerada,
quiso pagar la devoción honesta,
dando el rojo color que le pedían
a cuantas a su templo concurrían.

En estos bosques a Diana trina,
sagrada, hermosa y cándida doncella,
habitaba Amarílida divina,
quebrada de color, aunque muy bella ;
tanto la rosa a su oración se inclina,
que el carmesí color que puso en ella,
no sólo la imitaba, mas vencía ;
que en fin con alma la color tenía.

No sale libre ya clavel hermoso
de la verde prisión al aire puro,
como estaba la ninfa, que el precioso
color realizaba claro en rojo oscuro ;
ni sale del botón más espacioso
antes del sol, de marchitar seguro,
círculo de hojas en la malva indiana,
o en la peonía de color de grana.

Negro el cabello, aunque en las puntas claro,
sutiles hebras por la frente pierde,
en quien el cielo sobre mármol paro
puso dos soles de esmeralda verde ;
dormida luz con artificio raro
para matar mejor, cuando recuerde,
los acompaña con tan dulce risa,
que antes de herir de la traición avisa.

Púrpura oscura en los realces clara
la boca, que rubí, que perlas era ;
perdiérase el amor si la mirara,
y se hallara también si se perdiera ;
cuya voz quien dichoso la escuchara,
y el movimiento de los labios viera,
pensara que algún aire manso hacía
con dos medios claveles armonía.

Cuando al pecho llegó naturaleza,
después de hacer milagros tan inmensos,
suspendióse de ver tanta belleza,
y de suspensión los dejó suspensos ;
Amor también, depuesta la aspereza,
y admirado de ver fuegos intensos
en dos balas de nieve, no se atreve
con tantos rayos a tan poca nieve.

Tan bien hechos marfiles enlazaba
la sandalia que el pie le descubría,
que en jazmines portátiles andaba,
y las mosquetas cándidas vencía.
Si en algún arroyuelo se bañaba,
y otro no lejos del bañar la vía,
se encontraban los dos con tales celos,
que en batalla de amor quebraban hielos.

Cuando es de su divino entendimiento
intérprete la lengua, ¿qué sibila
fué de la antigua edad mayor portento?
Panales de oro de la voz destila ;
a lo amoroso de su dulce acento
rindan sus versos Safo y Telesila,
su arpa Euterpe, y a sus manos bellas
las cuerdas que volvió la lira estrellas.

Celosas las napeas y nayades,
porque en habiendo envidia el amor cesa,
escondieron, corridas, sus beldades,
ya en ondas de cristal, ya en selva espesa.
Quisieran las olímpicas deidades
probar las armas en tan alta empresa ;
mas Júpiter supremo templó luego,
mostrando inclinación, su dulce fuego.

Y contemplando la belleza rara de Amarílida, un día que en la amena selva, al espejo de una fuente clara, peinaba la madeja, de ondas llena, así se enamoró; que no repara en lo que el vulgo bárbaro condena un poderoso puesto en alto asiento, si tiene un amoroso pensamiento.

Y como hallaba en su real decoro tan justa resistencia, transformado tal vez en blanco cisne, en rojo toro, o bebe del cristal o paca el prado. Aquí no le valió la lluvia de oro, que teniendo Amarílida tratado casar con un pastor, él la guardaba, y ella a sí misma cuando ausente estaba.

Juno, viendo que Júpiter perdía la autoridad de un dios que gobernaba el cielo, el mar, la tierra, el aire, el día, si no fué que los celos disculpaba, tomó la rosa que en el templo ardía, con la color que en púrpura bañaba, y transformóla en nieve blanca y pura, por quitar el color a la hermosura.

Esta fué la primera blanca rosa que vió en selva o jardín pastor ninguno, que siendo sangre de la idalia diosa. en nieve la volvió la airada Juno.

¡Salve, fúlgida estrella, que lustrosa teñiste en blanca paz, sin rayo alguno, las hojas de tu cándida corona!
Tarde te vi; la dilación perdona.

Salve otra vez, imagen soberana de la lealtad, la gracia y la inocencia; prudente virgen, que naciendo cana, bien muestras en tus hojas la prudencia; libro de la amistad sincera y llana, en cuyas hojas para toda ausencia escribe la verdad sus aforismos.
Que son del cielo los preceptos mismos.

Admiradas las ninfas y las drías,
con mil suspiros, ansias y congojas,
se quejaron de Juno muchos días,
cándidas viendo las purpúreas hojas,
y murmuraron por las fuentes frías,
que ya eran blancas las que fueron rojas,
siendo tan casta, ¡oh rosa!, tu hermosura,
que naciste con guarda en nieve pura.

Júpiter, no queriendo dar disgusto
a Juno en deshacer la blanca rosa,
y porque, fuera de que no era justo,
le pareció más pura y más hermosa,
como jüez igual, discreto y justo,
de dos colores la formó vistosa,
pero con las de nácar fué tan franco,
que no dejó seis hojas a lo blanco.

Amarílida bella, componiendo
de rojo y blanco el rostro delicado,
las hojas de la rosa repartiendo,
dejóle en nieve y púrpura bañado;
jazmín a los claveles añadiendo,
quedó perfectamente matizado,
rogándole las ninfas de las flores
que las dejase trasladar colores.

No quedó fauno, sátiro o sileno,
pastor en selva ni vaquero en prado,
que no la amase, y de sí mismo ajeno,
no viese en su descuido su cuidado;
el aire estaba de suspiros lleno,
revuelto el monte, atónito el ganado,
porque todo era celos, todo amores,
después que se vistió de dos colores.

Airada Juno, su coturno enlaza,
y a la tierra desciende en presto vuelo;
la rosa en varias partes despedaza,
lo rojo y blanco van cubriendo el suelo;
la tierra, como puede, las abraza,
y las produce, con favor del cielo,
en diferentes ramas, muchas rojas,
y pocas blancas, como menos hojas.

De esta suerte nació la blanca rosa,
¡oh clara e ilustrísima María!,
cándida, pura, casta, honesta, hermosa,
y en menos cantidad desde aquel día;
pero si llega la sazón dichosa
que pueda dilatar la pluma mía
en vuestras dulces bodas e himeneo,
veréis epitalamio mi deseo.

FIN DE "LA ROSA BLANCA"

LA GATOMAQUIA

LA GATOMAQUIA

(MADRID, 1634)

En el libro lírico Rimas humanas y divinas (1), que Lope publicó un año antes de su muerte, bajo el pseudónimo de Tomé de Burguillos, apareció por vez primera la epopeya burlesca La Gatomaquia, que debió componer el poeta algunos años antes.

En el descenso de la curva de la vida, el Fénix—que sabía ya de todas las glorias humanas y también de sus miserias—ve el mundo y su realismo e idealismo desde otro bien distinto ángulo de visión, y—dando suelta al humorista que en él hubo siempre—miró las cosas por su lado caricaturesco. El momento psicológico del poeta era propicio para el género burlesco en la poesía; el ambiente barroco en que se movía la sociedad—perdidos tantos ideales y otros en quiebra—era digno de que sólo en caricatura se le tomase.

Dentro del género poético burlesco, pues, se enfrenta Lope con la realidad histórica, y la canta mediante un simulacro desarrollado por animales, según ya se había hecho en las letras griegas en la Batracomiomaquia, atribuida a Homero (2), y resucitado como género por el Re-

(1) Véase en el tomo II de "Poesía lírica", volumen 43 de esta "Biblioteca de Bolsillo".

(2) Véase este delicioso poemita, primero de los conocidos en su género, en el tomo 11 de la "Biblioteca de Bolsillo", en donde ha sido publicado en unión de "La Odisea", de los "Himnos" y de los "Epigramas" del padre de los poetas.

nacimiento, durante el cual tantos poemas burlescos se produjeron en Italia, como el célebre de la Moschea, escrito en latín macarrónico por el mantuano Teófilo Folengo.

En España el sentimiento poético de la épica, como el de la lírica en cierto aspecto, tiende, a medida que se aleja el Renacimiento y se avanza en el barroquismo, a desplazarse hacia el aspecto burlesco. Los viejos mitos y narraciones heroicas de las letras clásicas no pueden tomarse ya sino desde un punto de vista cómico, y, con frecuencia, las grandes empresas heroicas acaban por relegarse a seres irracionales, que con sus actos desproporcionados pondrán en ridículo, y por consiguiente en sátira, las acciones de los hombres. La mayor parte de las veces, tan sólo serán burlas del género épico que parodian.

La epopeya burlesca primera que el autor hace desarrollar a los animales en nuestra literatura es La Mosquea, de José de Villaviciosa (1615), que pretende parodiar las epopeyas del tipo de La Eneida virgiliana, donde los héroes son moscas en lucha épica.

Con la vista en el Homero de la Batracomiomaquia y con ansias de parodiar en burla la epopeya italiana renacentista, Lope de Vega compuso su Gatomaquia, en la que relata y canta los amores y rivalidades de dos gatos—Marramaquíz y Micifuf—por la gata Zapaquilda, lo que origina una lucha feroz entre los partidarios de uno y otro gato galanteador, que se desenvuelve conforme a todos los requisitos y cánones de los poemas épicos clásicos, con el propósito evidente de parodiarlos. En este poema burlesco se dan entre gatos las características de los poemas caballerescos, con la intervención de la Fama, que proclama la hermosura de Zapaquilda; la intromisión del mago y del astrólogo, los sortilegios y hasta la predestinación; los héroes son valientes, como los de las epopeyas más típicas de todas las literaturas; en una palabra: los hechos poemáticos que en las epopeyas pasan de ser humanos para ser de héroes, en el poema burlesco pasan de ser humanos para ser de irracionales; de lo humano a un plano superior, en la época heroica; de lo humano a un plano inferior, en el poema burlesco.

El valor literario de este poema ha sido de muy distintas maneras apreciado. Pfandl no le da más alcance literario que el de ser una «fruslería épica», en la que—huellas del genio de Lope—se pueden apreciar giros graciosos, rima tersa y ciertas exageraciones gratamente grotescas.

Por el contrario, Fitzmaurice-Kelly llama a este poema «vigorosa y brillante parodia de la épica italiana, de tan chispeante ingenio, que su lectura es siempre grata», y Ticknor nota que este poema gozó de gran favor desde el principio. Rennert considera *La Gatomaquia* como la obra más importante de cuantas contiene el libro en que apareció. Don Juan Hurtado dice de ella que «es el poema burlesco mejor y más delicado de nuestra literatura, una filigrana de gracia sentimental y delicada, a la cual pocas obras pueden igualársele».

Si algún defecto tiene para el lector moderno, es su mucha extensión, que se acerca a los dos mil ochocientos versos, divididos en siete cantos escritos en silvas, que, si bien es verdad que son de impecable factura y florido estilo, son excesivos en número para desarrollar el tema, que en la mitad de ellos hubiera podido ser expuesto, al mismo tiempo que con aumento del interés con que hoy se lee esta obra, que es, sin duda, la más conocida y editada de las obras no dramáticas del Fénix de los ingenios.

BIBLIOGRAFIA

La Gatomaquia apareció por vez primera en el libro *Rimas humanas y divinas del Licenciado Tomé de Burguillos*, no sacadas de biblioteca ninguna (que en castellano se llama librería), sino de papeles de amigos y borradores suyos..., por Frey Lope Félix de Vega Carpio, del hábito de San Juan.—Imprenta del Reino. Madrid, 1634.

Junto con el libro, se reeditó varias veces, como quedó reseñado en la bibliografía correspondiente a las *Rimas humanas y divinas*. (Tomo II de *Poesía lírica*, volumen 48 de esta «Biblioteca de Bolsillo».)

En la edición de las *Obras sueltas*, de Lope, publicada por Sancha, en Madrid, se incluyó en el tomo XIX.

En Madrid, otra edición por la Imprenta Villalpando, en 1796, en el tomo *Poesías escogidas del doctor Frey Lope Félix de Vega Carpio*.

En Madrid, otra edición por Repullés, en 1807, y otra de 1826.

En Madrid también, otra edición hecha por Cuesta, en 1840, bajo la dirección literaria de don Alberto Lista.

En la «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneira, se incluye *La Gatomaquia* en el tomo XXXVIII, seleccionado por Cayetano Rosell.

En Madrid, otra edición, por C. Frontaura, en 1867.

En París, en la «Colección Baudry», forma el tomo XV, junto con el poema *La Circe*.

En la Biblioteca Universal, tomo XXXVIII, se incluye *La Gatomaquia*, junto con otros poemas burlescos castellanos de distintas épocas.

Existe una traducción alemana de este poema por A. Herrmann, en *Archiv für das Studium der neuer Sprachen*, vol. XXIV, 1858, pág. 85.

DE DOÑA TERESA VERICUNDIA, AL LICENCIADO TOMÉ DE BUR-
GUILLOS, SOBRE LA GATOMAQUIA

Soneto

Con dulce voz y pluma diligente
y no vestida de confusos caos,
cantáis, Tomé, las bodas, los saraos
de Zapaquilda y Micifuf valiente.

Si a Homero coronó la ilustre frente
cantar las armas de las griegas naos,
a vos de los insignes marramaos
guerras de amor por súbito accidente.

Bien merecéis un gato de doblones,
aunque ni Lope celebréis o el Taso,
Ricardos o Gofredos de Bullones;
pues que por vos, segundo Gatilaso,
quedarán para siempre de ratones
libres las bibliotecas del Parnaso.

A DON LOPE FÉLIX DEL CARPIO, SOLDADO EN LA ARMADA
DE SU MAJESTAD

SILVA PRIMERA

Yo, aquel que en los pasados
tiempos canté las selvas y los prados,
estos vestidos de árboles mayores,
y aquéllas de ganados y de flores,
las armas y las leyes,
que conservan los reinos y los reyes;
ahora en instrumento menos grave
canto de amor suave
las iras y desdenes,
los males y los bienes,
no del todo olvidado
el fiero Taratántara templado
con el silbo del pífano sonoro.
Vosotras, musas del castalio coro,
dadme favor en tanto
que con el genio que me disteis, canto
la guerra, los amores y accidentes
de dos gatos valientes;
que, como otros están dados a perros
o por ajenos o por propios yerros,
también hay hombres que se dan a gatos
por olvidos de príncipes ingratos,
o porque los persigue la fortuna
desde el columpio de la tierna cuna.
Tú, don Lope, si acaso
te deja divertir por el Parnaso

el holandés pirata,
gato de nuestra plata,
que infesta las marinas
por donde con la armada peregrinas
suspende un rato aquel valiente acera
con que al asalto llegas el primero,
y escucha mi famosa *Gatomaquia*.
Así desde las Indias a Valaquia
corra tu nombre y fama,
que ya por nuestra patria se derrama
desde que viste la morisca puerta
de Túnez y Biserta,
armado y niño en forma de Cupido,
con el marqués famoso
de mejor apellido,
como su padre, por la mar dichoso.
No siempre has de atender a Marte airado,
desde tu tierna edad ejercitado,
vestido de diamante,
coronado de plumas arrogante;
que alguna vez el ocio
es de las armas cordial socrocio,
y Venus en la paz, como Santelmo,
con manos de marfil le quita el yelmo.

Estaba, sobre un alto caballete
de un tejado, sentada
la bella Zapaquilda al fresco viento,
lamiéndose la cola y el copete,
tan fruncida y mirlada
como si fuese gata de convento.
Su mismo pensamiento
de espejo le servía,
puesto que un roto casto le traía
cierta urraca burlona,
que no dejaba toca ni valona
que no escondía por aquel tejado,
confín del corredor de un licenciado.
Ya que lavada estuvo,
y con las manos que lamidas tuvo,
de su ropa de martas aliñada,

cantó un soneto en voz medio formada
en la arteria bocal, con tanta gracia
como pudiera el músico de Tracia,
de suerte que cualquiera que la oyera,
que era solfa gatuna conociera
con algunos cromáticos disones,
que se daban al diablo los ratones.
Asomábase ya la primavera
por un balcón de rosas y alhelies,
y Flora con dorados borceguies
alegraba risueña la ribera;
tiestos de Talavera
prevenía el verano,
cuando Marramaquiz, gato romano,
aviso tuvo cierto de Maulero,
un gato de la Mancha, su escudero,
que al sol salía Zapaquilda hermosa,
cual suele amanecer purpúrea rosa
entre las hojas de la verde cama,
rubí tan vivo, que parece llama;
y que con una dulce cantinela
en el arte mayor de Juan de Mena,
enamoraba el viento.
Marramaquiz, atento
a las nuevas del paje,
que la fama enamora desde lejos,
que fuera de las naguas de pellejos
del campanudo traje,
introducción de sastres y ropers,
doctos maestros de sacar dineros,
alababa su gracia y hermosura
con tanta melindrífera medida;
pidió caballo, y luego fué traída
una mona vestida
al uso de su tierra,
cautiva en una guerra
que tuvieron las monas y los gatos.
Púsose borceguies y zapatos
de dos dediles de segar abiertos,
que con pena calzó, por estar tuertos;

una cuchar de plata por espada,
la capa colorada
a la francesa, de una calza vieja,
tan igual, tan lucida y tan pareja,
que no será lisonja
decir que Adonis en limpieza y gala,
aunque perdone Venus, no le iguala;
por gorra de Milán media toronja,
con un penacho rojo, verde y bayo,
de un muerto por sus uñas papagayo,
que diciendo: "Quién pasa", cierto día,
pensó que el rey venía,
y era Marramaquiz, que andaba a caza,
y halló para romper la jaula traza.
Por cuera dos mitades, que de un guante
le ataron por detrás y por delante,
y un puño de una niña por valona.
Era el gatazo de gentil persona,
y no menos galán que enamorado,
bigote blanco y rostro despejado,
ojos alegres, niñas mesuradas
de color de esmeraldas diamantadas,
y a caballo en la mona parecía
el paladín Orlando, que venía
a visitar a Angélica la bella.
La recatada ninfa, la doncella,
en viendo el gato, se mirló de forma,
que en una grave dama se transforma,
lamiéndose a manera de manteca,
la superficie de los labios seca,
y con temor de alguna carambola,
tapó las indecias con la cola;
y bajando los ojos hasta el suelo,
su mirlo propio le sirvió de velo;
que ha de ser la doncella virtuosa
más recatada mientras más hermosa
Marramaquiz entonces con ligeras
plantas batiendo el tetuán caballo,
que no era pie de hierro o pie de gallo
le dió cuatro carreras,

con otras gentilezas y escarceos,
alta demostración de sus deseos;
y la gorra en la mano,
acercóse galán y cortesano
donde le dijo amores.
Ella, con los colores
que imprime la vergüenza,
le dió de sus guedejas una trenza;
y al tiempo que los dos marramizaban,
y con tiernos singultos relamidos
alternaban sentidos,
desde unas claraboyas, que adornaban
la azotea de un clérigo vecino,
un bodocazo vino,
disparado de súbita ballesta,
más que la vista de los ojos presta,
que dándole a la mona en la almohada,
por dentro morada,
por defuera pelosa,
dejó caer la carga, y presurosa
corrió por los tejados,
sin poder los lacayos y criados
detener el furor con que corría.
No de otra suerte que en sereno día
balas de nieve escupe, y de los senos
de las nubes relámpagos y truenos
súbita tempestad en monte o prado,
obligando que tímido ganado
atónito se esparza,
ya dejando en la zarza,
de sus pungentes laberintos vana,
la blanca o negra lana,
que alguna vez la lana ha de ser negra;
y hasta que el sol en arco verde alegra
los campos, que reduce a sus colores,
no vuelven a los prados ni a las flores;
así los gatos iban alterados
por corredores, puertas y terrados
con trágicos maúllos,
y la mona, la mano en la almohada,

la parte occidental descalabrada,
y los húmedos polos circunstantes
bañados de medio ámbar, como guantes,
En tanto que pasaban estas cosas,
y el gato en sus amores discurría
con ansias amorosas
(porque no hay alma tan helada y fría,
que amor no agarre, prenda y engarrafe),
y el más alto tejado enternecía,
aunque fuesen las tejas de Getafe,
y ella con ñifi ñafe
se defendía con semblante airado,
aquel de cielo y tierra monstruo alado,
que vestido de lenguas y de ojos,
ya decrépito viejo con antojos,
ya lince penetrante,
por los tres elementos se pasea,
sin que nadie le vea,
con la forma elegante
de Zapaquilda discurrió ligero
uno y otro hemisfero,
aunque con las verdades lisonjera,
y en cuanto baña en la terrestre esfera,
sin excepción de promontorio alguno,
el cerúleo Neptuno,
plasmante (1) universal de toda fuente,
desde Bootes a la austral corona
y de la zona frígida a la ardiente.
Esto dijo la fama, que pregona
el bien y el mal, y en viendo su retrato,
se erizó todo gato,
y dispuso venir, con esperanza
del galardón que un firme amor alcanza.
Los que vinieron por la tierra en postas
trajeron, por llegar a la ligera,
sólo plumas y banda, calza y cuera;
los que habitaban de la mar las costas

(1) "Plásmate", querría decir, personificación, del latino "plasmatis", que significa **o**cción poética.

(tanto pueden de amor dulces empresas)
vinieron en artesas,
mas no por eso menos
hasta la cola de riquezas llenos;
y otros, por bizarría,
para mostrar después la gallardía,
en cofres y baúles,
surcando las azules
montañas de Anfitrite,
y alguno que a disfraces se remite,
por no ser conocido,
en una caja de orinal metido.
Con esto en muchos siglos no fué vista,
como en esta conquista,
tanta de gatos multitud famosa
por Zapaquilda hermosa.
Apenas hubo teja o chimenea
sin gato enamorado,
de bodoque tal vez precipitado,
como Calixto fué por Melibea;
ni ratón parecía,
ni el balbuciente hocico permitía
que del nido saliese,
ni queso ni papel se agujeraba,
por costumbre o por hambre que tuviese;
ni poeta por todo el universo
se lamentó que le royesen verso;
ni gorrion saltaba,
ni verde lagartija
salía de la cóncava rendija.
Por otra parte, el daño compensaba
que de tanto gatazo resultaba,
pues no estaba segura
en sábado morcilla ni asadura,
ni panza ni cuajar, ni aun en lu sumo
de la alta chimenea
la longaniza al humo,
por imposible que alcanzarla sea,
exento a la porfía en la esperanza,
que tanto cuanto mira, tanto alcanza.

Entre esta generosa, ilustre gente
vino un gato valiente,
de hocico agudo y de narices romo,
blanco de pecho y pies, negro de lomo,
que Micifuf tenía
por nombre, en gala, cola y gallardía,
célebre en toda parte
por un zapinarciso y gatimarte.
Este, luego que vió la bella gata
más reluciente que fregada plata,
tan perdido quedó, que noche y día
paseaba el tejado en que vivía,
con pajes y lacayos de librea;
que nunca sirve mal quien bien desea.
Y sucedióle bien, pues luego quiso,
¡oh gata ingrata!, a Micifuf Narciso,
dando a Marramaquiz celos y enojos.
No sé por cuál razón puso los ojos
en Micifuf, quitándole al primero
con súbita mudanza,
el antiguo favor y la esperanza.
¡Oh, cuánto puede un gato forastero,
y más siendo galán y bien hablado,
de pelo rizo y garbo ensortijado!
Siempre las novedades son gustosas;
no hay que fiar de gatas melindrosas.
¿Quién pensara que fuera tan mudable
Zapaquilda cruel e inexorable,
y que al galán Marramaquiz dejara
por un gato que vió de buena cara,
después de haberle dado
un pie de puerco hurtado,
pedazos de tocino y de salchichas?
¡Oh, cuán poco en las dichas
está firme el amor y la fortuna!
¿En qué mujer habrá firmeza alguna?
¿Quién tendrá confianza,
si quien dijo mujer dijo mudanza?
Marramaquiz con ansias y desvelos
vino a enfermar de celos,

porque ninguna cosa le alegraba.
 Finalmente, Merlín, que le curaba,
 gato de cuyas canas, nombre y ciencia
 era notoria a todos la experiencia,
 mandó que se sangrase,
 y como no bastase,
 vino a verle su dama,
 aunque tenía en un desván la cama,
 adonde la carroza no podía
 subir, por alta y por la estrecha vía;
 pero, en fin, apeada
 entró, de su escudero acompañada.
 Mirándose los dos severamente,
 después de sosegado el accidente,
 él con maúllo habló y ella con mirlo,
 que fuera harto mejor pegarla un chirlo.
 Pero, por alegrarle la sangría,
 le trajo su criada Bufalía
 una pata de ganso y dos ostiones.
 Ei se quejó con tímidas razones
 en su lenguaje mizo,
 a que ella con vergüenza satisfizo;
 quejas que, traducidas de él y de ella,
 así decían: "Zapaquilda bella,
 ¿por qué me dejas tan injustamente?
 ¿Es Micifuf más sabio, es más valiente?
 ¿Tiene más ligereza, mejor cola?
 ¿No sabes que te quise elegir sola
 entre cuantas se precian de mirladas,
 de bien vestidas y de bien tocadas?
 ¿Esto merece que un invierno helado,
 de tejado en tejado
 me hallaba el alba al madrugar el día,
con espada, broquel y bizarría,
más cubierto de escarcha
 que soldado español que en Flandes marcha
 con arcabuz y frascos?
 Si no te he dado telas y damascos,
 es porque tú no quieres vestir galas
 sobre las naturales martingalas,

por no ofender, ingrata a tu belleza,
 las naguas que te dió naturaleza.
 Pero en lo que es regalos, ¿quién ha sido
 más cuidadoso, como tú lo sabes,
 en cuanto en las cocinas atrevido
 pude garrafiñar de peces y aves?
 ¿Qué pastel no te traje, qué salchicha?
 ¡Oh terrible desdicha!
 Pues no soy yo tan feo;
 que ayer me vi, mas no como me veo,
 en un caldero de agua que de un pozo
 sacó para regar mi casa un mozo,
 y dije: ¿Esto desprecia Zapaquilda?
 ¡Oh celos!, ¡oh piedad!, ¡oh amor!, reñilda.”
 No suele desmayarse al sol ardiente
 la flor del mismo nombre, y la arrogante
 cerviz bajar humilde, que la gente
 por la loca altitud llamó gigante;
 ni queda el tierno infante
 más cansado después de haber llorado
 de su madre en el pecho regalado,
 que el amante quedó sin alma. ¡Oh cielos,
 qué dulce cosa amor, qué amarga celos!
 Ella, como le vió que ya exhalaba
 blandamente el espíritu en suspiros,
 y que piramizaba
 entre dulces de amor fingidos tiros,
 porque no se le rompa vena o fibra,
 el mosqueador de las ausencias vibra,
 pasándole dos veces por su cara.
 Volvióle en sí, que aquel favor bastara
 para librarle de la muerte dura,
 y luego con melífera blandura.
 le dijo en lengua culta:
 “Si tu amor dificulta
 el que me debes, en tu agravio piensas
 tan injustas ofensas;
 que aunque es verdad que Micifuf me quiere,
 y dice a todos que por mí se muere,
 yo te guardo la fe como tu esposa.”

Cesó con esto Zapaquilda hermosa,
sellando honesta las dos rosas bellas;
que siempre hablaron poco las doncellas,
que como las viudas y casadas,
no están en el amor ejercitadas.
Bajaba ya la noche,
y las ruedas del coche,
tachonadas de estrellas,
brilladores diamantes y centellas,
detrás de las montañas resonaban.
Los pájaros callaban,
dejando el campo yermo,
cuando los pajes del galán enfermo
en el alto desván hachas metían,
que alumbrar la carroza prevenían.
Entonces los amantes
(que son los cumplimientos importantes),
ella por irse y él quedarse a solas,
se hicieron reverencia con las colas.

SILVA II

Convaleciente ya de las heridas
de los crueles celos
de Micifuf, Marramaquiz valiente
(aquellos que han costado tantas vidas,
y que en los mismos cielos
a Júpiter, señor del rayo ardiente,
con disfraz indecente
fugitivo de Juno,
su rigor importuno
tantas veces mostraron,
que en fuego, en cisne, en buey le transformaron
por Europa, por Leda y por Egina),
con pálida color y banda verde,
para que la sangría se le acuerde,
que amor enfermo a condoler se inclina,
paseaba el tejado y la buharda
de aquella ingrata cuanto hermosa fiera.

Quien ama fieras, ¿qué firmeza espera?
¿Qué fin, qué premio aguarda?
Zapaquilda gallarda
estaba en su balcón, que no atendía
mas de a saber si Micifuf venía,
cuando Garraf, su paje,
si bien de su linaje,
llegó con un papel y una bandeja.
Ella la cola y el confín despeja
y la bandeja toma,
sobre negro color labrada de oro
por el indio oriental, y con decoro
mira si hay algo que primero coma,
ofensa del cristal de la belleza;
propia naturaleza
de gatas ser golosas,
aunque al tomar se finjan melindrosas;
y antes de oír al paje,
ve las alhajas que el galán envía,
qué joya, qué invención, qué nuevo traje.
En fin, vió que traía
un pedazo de queso
de razonable peso,
y un relleno de huevos y tocino;
Atis en fruta que produce el pino
entre menuda rama
en la falda del alto Guadarrama,
por donde van al bosque de Segovia;
y luego, en fe de que ha de ser su novia,
dos cintas que le sirvan de arracadas,
gala que sólo a gatas regaladas,
cuando pequeñas, las mujeres ponen,
que de rosas de nácar las componen.
Tomó luego el papel, y con sereno
rostro, apartando el queso y el relleno,
vió que el papel decía:
“Dulce señora, dulce prenda mía,
sabrosa, aunque perdone Garcilaso
si el consonante mismo sale al paso,
más que la fruta del cercado ajeno;

ese queso, mi bien, ese relleno,
y esas cintas de nácar os envío,
señas de la verdad del amor mío.”
Aquí llegaba Zapaquilda, cuando
Marramaquiz celoso, que mirando
estaba desde un alto caballete
tan gran traición, colérico arremete,
y echa veloz, de ardiente furia lleno,
una mano al papel y otra al relleno.
Garraf se pasma y queda sin sentido,
como el que oyó del arcabuz el trueno
estando divertido,
a quien el ofendido
tiró una manotada con las fieras
uña, de suerte que formando esferas
por la región del aire vagaroso,
le arrojó tan furioso,
que en el claro cristal de sus espejos
pudo cazar vencejos,
menos apasionado y más ocioso.
No de otra suerte el jugador ligero
le vuelve la pelota al que la saca,
herida de la pala resonante;
quéjase el aire, que del golpe fiero
tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,
y chaza el que interviene el pie delante;
el gatazo arrogante,
sin soltar el relleno, despedaza
el papel, que en los dientes
con la espuma celosa vuelve estraza,
y a Zapaquilda atónita amenaza.
Como se suele ver en las corrientes
de los undosos ríos quien se ahoga,
que asiéndose de rama, hierba o sogá,
la tiene firme, de sentido ajeno,
así Marramaquiz tiene el relleno,
que ahogándose en congojas y desvelos
no soltaba la causa de los celos.
¡Oh, cuánto amor un alma desespera,

pues cuando ya se ve sin esperanza
en un relleno tomará venganza!
Mas ¿quién imaginara que pudiera
dar celos el amor en ocasiones
con rellenos de huevos y piñones?
Mas ¡ay de quien le había
hecho para la cena de aquel día!
Huyóse al fin la gata, y con el miedo
tocó las tejas con el pie tan quedo,
que la amazona bella parecía
que por los trigos pálidos corría,
sin doblar las espigas de las cañas;
que de tierras extrañas
tales gazapas las historias cuentan.
Los miedos que a la gata desalientan,
la hicieron prometer, si la libraba,
al niño Amor un arco y una aljaba
de aquel celoso Rodamonte fiero
hasta pasar las furias del enero;
el cual juró olvidarla, y en su vida,
desnuda ni vestida,
volver a verla, ni tener memoria
de la pasada historia,
y buscar algún sabio
para satisfacción de tanto agravio.
Pero fueron en vano sus desvelos,
que amor no cumple lo que juran celos;
y tanto puede una mujer que llora,
que vienen a reñirla y enamora,
creyendo el que ama, en sus celosas iras,
por una lagrimilla mil mentiras;
y como Ovidio escribe en su *Epistolio*,
que no me acuerdo el folio,
estas heridas del amor protervas
no se curan con hierbas;
que no hay para olvidar a amor remedio
como otro nuevo amor o tierra en medio.
Garraf, en tanto que esto se trataba,
estropeado a Micifuf llegaba,
maullando tristemente

en acento hipocóndrico y doliente,
como suelen andar los galloferos
para sacar dineros,
manqueando de un brazo,
colgado de un retazo,
y débiles las piernas,
una cerrando de las dos linternas,
por mirar a lo bizco.
Luego en el corazón le dió un pelizco
la mala nueva, que adelanta el daño,
haciendo el aposento al desengaño,
y díjole: "¿Qué tienes,
Garraf amigo, que tan triste vienes?"
Entonces él, moviendo tremolante
blanda cola detrás, lengua delante,
le refirió el suceso,
y que Marramaquiz papel y queso
y relleno también le había tomado,
como celoso airado,
como agraviado necio,
con infame desprecio,
con descortés porfía,
y que de tan extraña gatería
Zapaquilda admirada,
huyó por el desván, la saya alzada;
que lo que en las mujeres son las naguas
de raso, tela o chamelote de aguas,
es en las gatas la flexible cola,
que *ad libitum* se enrosca o se enarbola.
Contóle que de aquella manotada,
con su cuerpo afligido,
de miedo helado y de licor teñido,
descalabró los aires,
y con otros agravios y desaires,
que prometió vengarse por la espada
de haberle enamorado a Zapaquilda
y hablarla en el tejado de Casilda,
una tendera que en la esquina estaba;
y dijo que pensaba,
en desprecio y afrenta de sus dones,

hacer de los listones
 cintas a sus zapatos.
 ¡Oh celos!, si entre gatos,
 de burlas y de veras,
 formáis tales quimeras,
 ¿qué haréis entre los hombres
 de hidalgo proceder y honrados nombres?
 No estubo más airado
 Agamenón en Troya,
 al tiempo que metiendo la tramoya
 del gran Paladion, de armas preñado,
 echaron fuego a la ciudad de Eneas,
 de ardientes hachas y encendidas teas,
 causa fatal del miserable estrago
 de Dido y de Cartago,
 por quien dijo Virgilio,
 destituída de mortal auxilio,
 que llorando decía:
 "¡Ay dulces prendas cuando Dios quería!"
 Ni Barbarroja en Túnez,
 ni el fuerte Pirro ni Simón Autúnez,
 este bravo español y griego el otro;
 que Micifuf, como si fuera potro,
 relinchando de cólera, en oyendo
 el fiero y estupendo
 furor de su enemigo;
 mas prometiendo darle igual castigo,
 se fué a trazar el modo
 de vengarse de todo;
 que a un pecho noble, a un ínclito sujeto,
 mayor obligación, más celo alcanza
 de poner en efeto
 desempeñar su honor con la venganza.
 Marramaquiz en tanto
 desesperado por las selvas iba
 para buscar el sabio Garfiñanto,
 al tiempo que la aurora, fugitiva
 de su cansado esposo,
 arrojaba la luz a los mortales,
 y el sol infante en líquidos pañales

de celajes azules
mandaba recoger en sus baúles,
para poder abrir los de oro y rosa,
el manto de la noche temerosa,
aunque era todo el manto de diamantes,
en el zafiro nítido brillantes,
ojos del sueño el hurto y el espanto.
Este gatazo y sabio Garfiñanto,
cano de barba y de mostachos yerto,
de un ojo resmellado y de otro tuerto,
bien que de ilustre cola venerable,
y que sabía con rigor notable
natural y moral filosofía,
por los montes vivía
en una cueva oculta,
cuya entrada a las fieras dificulta,
como el de Polifemo, un alto risco.
No se le daba un prisco
de riquezas del mundo, que estimaba
sólo el sol que Alejandro le quitaba,
a aquel que, de los hombres puesto en fuga,
metido en un tonel, era tortuga.
¡Bien haya quien desprecia
esta fábula necia
de honores, pretensiones y lugares,
por estudios o acciones militares!
Sabía Garfiñanto astrología,
mas no pronosticaba;
que decía que el cielo gobernaba
una sola virtud que le movía,
a cuya voluntad está sujeto
cuanto crió, que todo fué perfeto;
no sacaba almanaques,
ni decía que en Troya y los Alfaques
verían abundancia
de pepinos y brevas,
muchas lentejas en París y en Tebas,
y que cierta cabeza de importancia,
sin decirnos adónde, faltaría;
que por mujeres Venus prometía

pendencias y disgustos,
como si por sus celos o sus gustos
fuese en el mundo nuevo.
Pero, volviendo a nuestro sabio Febo,
después de consultado,
dijo a Marramaquiz que su cuidado
en vano a Zapaquilda pretendía,
y que sólo sería
remedio que pusiese en otra parte,
vengándose con arte,
los ojos, divirtiéndolo el pensamiento;
que amar era cruel desabrimiento,
más que traer un áspid en las palmas,
en no reciprocándose las almas;
que amor se corresponde con anteros,
y más si lo negocian los dineros.
Destituído el gato
ya de mortal socorro,
se fué calando el morro,
y dióle una salchicha,
por no mostrarse a Garfiñando ingrato;
que no pagar la ciencia
es cargo de conciencia,
mas dicen que de sabios es desdicha.
Pensando en quién pusiese, finalmente,
de toda la gatesca bizarría
la dulce enamorada fantasía,
para verse de amor convalenciente,
se le acordó que enfrente
de su casa vivía un boticario,
de cuyo cocinante vestuario
una gata salía,
que la bella Micilda se decía,
y sentada tal vez en su tejado,
miraba como dama en el estrado
los nidos de los sabios gorriones,
dejando pulular los embriones,
y en viendo abiertos los maternos huevos,
comerse algunos de los ya mancebos.
Admitiendo este nuevo pensamiento,

más que su voluntad, su entendimiento,
que amor en las venganzas se resfría,
emprende mucho y ejecuta poco,
por entonces templó la fantasía,
que aquello es cuerdo lo que duerme un loco.
Estaba el sol ardiente
una siesta de mayo calurosa,
aunque amorosamente
plegando el nácar de la fresca rosa,
que producen los niños abrazados
huevos del cisne y huevos estrellados,
pues que los hizo estrellas,
cuando Micilda con las manos bellas
la cara se lavaba y componía
no lejos del tejado en que vivía.
Marramaquiz, que ya con más cuidado
la miraba y servía,
en fe del Garfiñanto consultado,
cuando al mismo tejado
Zapaquilda llegó por accidente.
El gato, viendo la ocasión presente,
para que su deseo
la diese celos con el nuevo empleo,
llegándose más tierno y relamido,
a Micilda, que ya, de vergonzosa,
estaba más hermosa,
y equívoco fingiendo
falso desprecio, descuidado olvido,
en su venganza misma padeciendo
amorosos deseos
(tales son del amor los devaneos),
requebrando a Micilda, a quien pensaba
ofrecer los despojos
de aquella guerra, paz de sus enojos,
y a Zapaquilda a lo traidor miraba
en las intercadencias de los ojos,
tan extraño sentido,
que es menos entendido
mientras que más parece que se entiende,
pues siempre con engaños se defiende;

que si las luces de los ojos miras,
basta ser niñas para ser mentiras.
Micilda, a quien tocaba en lo más vivo
el amor primitivo,
porque, como doncella, fácilmente
a lo que entonces siente
la tierna edad, se rinden y avasallan,
hablando con los ojos cuando callan,
de buena gana dió fácil oído
a los requiebros del galán fingido,
con que ya andaban de los dos las colas
más turbulentas que del mar las olas.
Zapaquilda sentada,
de aquella libertad (que es propio efeto
de la que fué querida
sentir desprecio donde vió respeto),
murmurando entre dientes,
amenazaba casos indecentes
entre personas tales,
en calidad y en nacimiento iguales.
Como se ve gruñir perro de casa,
mirando al que se entró de fuera enfrente,
estando en medio de los dos el hueso,
que ninguno por él, de miedo, pasa,
parando finalmente
las iras del canículo suceso
en que ninguno de los dos le come,
obligando a que tome
un palo algún criado,
que los desparte airado
y deja divididos,
quedando el hueso en paz y ellos mordidos;
así feroz gruñía
Zapaquilda envidiosa,
afectos de celosa,
aunque al gallardo Micifuf quería;
que hay mujeres de modo,
que, aunque no han de querer, lo quierer. todo
porque otras no lo quieran;

y luego que rindieron lo que esperan,
vuelven a estar más tibias y olvidadas.
Finalmente, las gatas encontradas,
siendo Marramaquiz el hueso en medio
(tal suele ser de celos el remedio),
a pocos lances, de mirarse airadas,
vinieron a las manos, dando al viento
los cabellos y faldas;
y en tanto arañamiento,
turbadas de color las esmeraldas,
maullando en tiple y el gatazo en bajo,
cayeron juntas del tejado abajo
con ligereza tanta,
aunque decirlo espanta,
por ser, como era, el salto
cinco suelos en alto,
hasta el alero del tejado fines,
que no perdió ninguna los chapines;
quedando el negro amante,
después de tan extraños desconsuelos,
muerto de risa en acto semejante:
tan dulce es la venganza de los celos.

SILVA III

Distaba de los polos igualmente
la máscara del sol, y Cinosura,
primera cuadrilátera figura,
con la estrella luciente,
que mira el navegante,
bordaba la celeste arquitectura;
velaba todo amante
por el silencio de la noche oscura,
y en el indiano clima el sol ardía,
en dos mitades dividido el día,
cuando gallardo Micifuf valiente
paseaba el tejado de su dama,
que sangrada en la cama
la tuvo el accidente

dos días, que faltó sol al tejado
y estuvo la cocina sin cuidado,
no por la altura de los siete suelos,
mas por el sobresalto de los celos.
Iba galán y bravo,
un cucharón sin cabo,
destos de hierro, de sacar buñuelos,
por casco en la cabeza,
que en ella tienen la mayor flaqueza,
pues no suelen morir de siete heridas,
por quien dicen que tienen siete vidas,
y un golpe en la cabeza los atonta;
así la tienen a desmayos pronta.
Broquel de cobertera,
espada de a caballo, que antes era
cuchillo viejo de limpiar zapatos,
que él solía llamar *timebunt* gatos;
y por las manchas de los pies y el anca
natural media blanca,
y capa de un bonete colorado,
abierto por un lado,
plumas de un pardo gorrión cogido
por ligereza, pero no por arte.
Así rondaba el nuevo Durandarte,
galán favorecido,
porque son los favores de la dama
guarnición de las galas de quien ama.
Dos músicos traían instrumentos,
a cuyo son y acentos
cantaban dulcemente;
y así, llegando del balcón enfrente
de Zapaquilda bella,
cantaron un romance que por ella
compuso Micifuf, poeta al uso,
que él tampoco entendió lo que compuso.
Mas puesta a la ventana
con serenero de su propia lana,
hasta que Bufalía
le trajo un rocafero,
que por más gravedad y fantasía

servió de capirote y serenero,
y en medio de lo grave
del romance süave
les dijo con despejo,
pareciéndole versos a lo viejo,
que jácara cantasen picaresca;
y así, cantaron la más nueva y fresca,
que, para que lo heroico y grave olviden,
hasta las gatas jácaras les piden:
tanto el mundo decrépito delira.
Aquí se resolvió la dulce lira,
y en dos lascivos ayes,
andolas, guirigayes
y otras tales bajezas,
cantaron, pues, las bárbaras proezas
y hazañas de rufianes,
que éstos son los valientes capitanes
que celebran poemas
de aquellos que, en extremas
necesidades, viven arrojados
al vulgo, como perros a leones;
que la virtud y estudios mal premiados
mueren por hospitales y mesones:
verdes laureles de Virgilio y Enios,
perecer la virtud y los ingenios.
Mas ¿quién le mete a un hombre licenciado
más que en hablar de sólo su tejado?
Que no le dió la escuela más licencia;
que es todo lo demás impertinencia.
Cuando aquesto pasaba,
Marramaquiz estaba
inquieta y acostado,
treguas pidiendo a su mortal cuidado;
pero, como el amor le desveladaba,
dió, de sentido falto,
desde la cama un salto,
compuesta de pellejos,
otro tiempo conejos
que en el Pardo vivían,
y en la cola sus cédulas traían

para seguridad de sus personas;
mas ¡ay, muerte cruel!, ¿a quién perdonas?
Saltó, en efecto, como el conde Claros,
y armándose de ofensas y reparos,
vino de ronda al puesto por la posta,
por ver si había moros en la costa,
y no siendo ilusión el pensamiento
(que del alma el primero movimiento
pocas veces engaña).
no suele débil caña
en las espadas verdes esparcidas,
del aire sacudidas,
hacer manso rüido
con más veloz sonido,
como rugió los dientes;
ni entre los accidentes
del erizado frío
al enfermo sucede
aquel amor contrario,
como de ver tan loco desvarío,
que apenas le concede,
entre uno y otro pensamiento vario,
respiración y aliento,
de la vida instrumento,
helado y abrasado
entre ardores y hielos,
que al frío de los celos
frígido fuego sucedió mezclado,
que con distinto efeto
en un mismo sujeto
viven, siendo contrarios;
la causa es una y los efectos varios.
Miraba a Zapaquilda en la ventana
hablando con su amante,
sin miedo de la luz de la mañana,
que coronaba el último diamante
del manto de la noche, que iba huyendo,
y cantando y tañendo
los músicos con tanto desenfado
como si fuera su tejado el prado;

que nunca los amantes
previnieron peligros semejantes;
así los embeleca
amor de ceca en meca,
como olvidado Antonio con Cleopatra,
la gitana de Menfis, que idolatra,
que ciego de su gusto no temía
el César que siguiéndola venía;
porque si fué romano Octaviano,
también Marramaquiz era romano;
y si valiente César y prudente,
no menos fué él prudente que valiente;
que en su tanto, los méritos mirados,
César pudiera ser de los tejados.
—Como detrás del árbol escondido
mira y advierte con atento oído
el cazador de pájaros el ramo,
donde tiene la liga y el reclamo,
para, en viendo caer el inocente
jilguero, que los dulces silbos siente
del amigo traidor, que le convida
a dura cárcel con la voz fingida,
y apenas ve las plumas revolando
entre la liga, cuando
arremete y le quita, no piadoso,
sino fiero y cruel; así el celoso
Marramaquiz atento
esperaba el primero movimiento
del venturoso amante, que decía
con dulce mirlamiento:
“Dulce señora mía,
¿cuándo será de nuestra boda el día?
¿Cuándo querrá mi suerte que yo pueda
llamaros dulce esposa,
que entonces para mí será dichosa?
¡Ay! Tanto bien el cielo me conceda.
Mas fué nuestra fortuna
que Júpiter jamás por ninfa alguna,
aunque se transformaba
en buey, que el mar pasaba,

en sátiro y en águila y en pato,
 nunca le vieron transformarse en gato;
 porque si alguna vez gatiquisiera,
 de los amantes gatos se doliera."

Con voz enamorada,
 doliente y desmayada,
 la gata respondía:

"Mañana fuera el día
 de nuestra alegre boda;
 pero todo mi bien desacomoda
 aquel infame gato fementido,
 Marramaquiz, celoso de mi olvido,
 que en llegando a saber mi casamiento,
 hubiera temerario arañamiento,
 y estimar vuestra vida
 me tiene temerosa y encogida;
 que es robusto y valiente,
 y en materia de celos impaciente,
 mejor será matarle con veneno."

Aquí, de furia lleno,
 respondió Micifuf: "¿Por un villano
 pierdo el favor de vuestra hermosa mano?

¿El, señora, lo estorba?

¿Es, por ventura, más que yo valiente?

¿Tiene la uña corva
 más dura que la mía,

o más agudo y penetrante el diente
 entre la mostachosa artillería?

¿Qué hueso de la pierna o espinazo
 se me resiste a mí? ¿Qué fuerte brazo?

¿Yo no soy Micifuf? ¿Yo no desciendo
 por línea recta, que probar pretendo,
 de Zapirón, el gato blanco y rubio
 que después de las aguas del diluvio
 fué padre universal de todo gato?

Pues ¿cómo ahora, con desdén ingrato,
 tenéis temor de un maullador gallina,
 valiente en la cocina,
 cobarde en la campaña,
 y referir por invencible hazaña

dar a Garraf un gato mi escudero,
que, fuera de ser gato forastero,
es ahora tan mozo
que apenas tiene bozo,
una guantada con las uñas cinco,
si de repente dió sobre él un brinco?
¿Qué Escipión del africano estrago?
¿Qué Aníbal de Cartago?
¿Qué fuerte Pero Vázquez Escamilla,
el bravo de Sevilla,
por esos ojos, que a la verde falda
de las selvas hurtaron la esmeralda?
Que si entonces me hallara en el tejado,
que no llevara, como se ha llevado,
el queso y el relleno;
y ¿queréis que le mate con veneno?
Esa es muerte de príncipes y reyes,
con quien no valen las humanas leyes,
no para un gato bárbaro cobarde,
cuyas orejas os traeré esta tarde,
y de cuyo pellejo,
si no me huye con mejor consejo,
haré para comer con más gobierno
una ropa de martas este invierno.”
Aquí Marramaquiz, desatinado,
cual suele arremeter el jarameño
toro feroz, de media luna armado,
al caballero con airado ceño
(andaluz o extremeño;
que la patria jamás pregunta el toro),
y por la franja del bordado de oro
caparazón meterle en la barriga
dos palmos de madera de tinteros,
acudiendo al socorro caballeros,
a quien la sangre o la razón obliga
al caballo inocente, que pensaba,
cuando le vió venir, que se burlaba:
“Gallina Micifuf (dijo furioso,
el hocico limpiándose espumoso):

blasonar en ausencia
no tiene de mujeres diferencia.
Yo soy Marramaquiz, yo noble al doble
de todo gato de ascendiente noble;
si tú de Zapirón, yo de Malandro,
gato del macedón Magno Alejandro
desciendo, como tengo en pergamino,
pintado de colores y oro fino,
por armas un morcón y un pie de puerco,
de Zamora ganados en el cerco,
todo en campo de golas,
sangriento más que rojas amapolas,
con un cuartel de quesos asaderos,
roeles en Castilla los primeros.
No fueron en cocinas mis hazañas,
sino en galeras, naves y campañas;
no con Garraf, tu paje,
con gatos moros, las mejores lanzas;
que yo maté en Granada a Tragapanzas,
gatazo abencerraje,
y cuerpo a cuerpo en Córdoba a Murcifo,
gato que fué del regidor Rengifo,
y de dos uñaradas
deshice a Goloşillo las quijadas,
por gusto de una Miza, mi respeto,
y le quité una oreja a Boquifletto.
gato de un albañil de Salobreña;
la cola, en Fuentidueña,
quité de un estirón a Lameplatos,
mesonero de gatos;
sin otras cuchilladas que he tenido,
y la que di a Garrido,
que del corral de los naranjos era
por la espada primera
único gaticida.
Pero es hablar en cosa tan sabida
decir que el tiempo vuela y no se para,
que no hay cara más fea que la cara
de la necesidad, y la más bella
aquella del nacer con buena estrella,

que alumbra el sol y que la nieve enfría,
que es oscura la noche y claro el día.
Esa gata cruel, que me ha dejado
por tu poco valor, verá muy presto,
siendo aqueste tejado
el teatro funesto,
cómo te doy la muerte que mereces
porque mi vida a Zapaquilda ofreces,
llevando tu cabeza presentada
a Micilda, que es ya mi prenda amada;
Micilda, que es más bella
que al vespertino sol cándida estrella,
Venus, que rutilante
es de su anillo espléndido diamante.
Esta sí que merece la fe mía,
mi constancia, mi amor, mi bizarría;
que no gatas mudables,
que, si por su hermosura son amables,
son por su condición aborrecibles,
amigas de mudanzas e imposibles.”
Aquí sacó la espada ruginosa
de la vaina mohosa,
y a los golpes primeros
se llamaron fulleros,
si bien no hay deshonor desenvainada;
y Zapaquilda, huyendo,
del súbito temor la sangre helada,
dejóse el serenero en el tejado.
Los músicos, en viendo
el belicoso duelo comenzado,
huyeron, como suelen;
que no hay garzas que vuelen
tan altas por los vientos;
dicen que por guardar los instrumentos,
y mil razones tienen,
pues que sólo a cantar en ellos vienen;
que mal cantara un hombre si supiera
que había luego de sacar la espada,
que tanto el pecho altera;
ni pudiera formar la voz turbada;

que hay mucha diferencia, si se mira,
 de dar en los broqueles o en las cuerdas,
 pasar la espada el pecho, o por la lira,
 el arco hiriendo las pegadas cerdas.
 Andaba entonces Guruguz de ronda,
 con una escuadra vil de sus esbirros,
 cuyo abuelo, nacido en Trapisonda,
 curaba hipocondríacos y cirros;
 y viéndolos andar a la redonda,
 como si fueran Césares o Pirros,
 los dos valientes gatos,
 con fuerte anhelo descansando a ratos,
 llegaron a ponerse de por medio,
 que fué difícil, pero fué remedio.
 Mas, como respetar a la justicia,
 de gente principal respeto sea,
 y lo contrario bárbara malicia,
 luego Marramaquiz rindió la espada;
 ¿quién habrá que lo crea?
 Mas viendo Guruguz que no quería
 que la amistad quedase confirmada,
 sino permanecer en su porfía,
 llevólos a la cárcel, enojado,
 cuando Febo dorado
 asomaba la frente
 por las ventanas del rosado oriente,
 como si azúcar fuera, y de colores
 en campo verde iluminó las flores.

SILVA IV

Quien dice que el amor no puede tanto,
 que nuestro entendimiento
 no puede sujetarle, es imposible
 que sepa qué es amor, que reina en cuanto
 compone alguna parte de elemento
 en el mundo visible.
 ¡Oh fuerza natural incomprensible!
 Que en todo cuanto tiene

una de las tres almas,
a ser el alma de sus almas viene.
¿Quién no se admira de mirar las palmas
en la región del Africa desnuda,
cuando su fruto en oro el color muda,
con sólo aquel ardor vegetativo
amarse dulcemente?
Que en lo demás que siente,
no es mucho que de amor el fuego vivo
imprima sentimiento
y natural deseo
con lazos de pacífico himeneo.
La fiera, el ave, el pez, en su elemento,
todos aman y quieren
por la razón de bien lo que es amable,
pues ama lo que es sólo vegetable.
Si de ningún sentido el bien inferen
entre las cosas que por él adquieren
algún conocimiento,
perdonen cuantas aves y animales
de su distinto gozan elemento;
ningunas son iguales
en amor a los gatos,
exceptuando las monas,
que hasta en esto se precian de personas,
y ya que no en esencia, en ser retratos;
porque acontece con el hijo al pecho
abrazarle con lazo tan estrecho,
que le hacen exhalar la sensitiva
alma vital. Así el amor les priva,
que fué en la estimativa conocido
del natural sentido;
y si por opinión crítico alguno
tiene que amor tan loco
no puede haber en animal ninguno,
váyase poco a poco
al africano Tetuán, adonde
verá cómo, a los árboles trepando
esta del hombre semejanza propia,
de que hay allí gran copia,

ya sale con el hijo, ya se esconde,
y a los que van o vienen caminando,
con risa de monesco regocijo,
muestra el peloso hijo.
Mas fuera disparate,
si no es que en ellas trate,
ir por ver una mona
hasta el Africa un hombre:
que si de Títo Livio llevó el nombre
muchos hombres a Roma, fué corona
de los historiadores;
que sólo aquellas cosas superiores,
dignas por fama de admirable espanto,
es bien que cuesten tanto,
como ver a Venecia,
perche chi non la vede non la precia;
que al cielo desde el agua se avecina,
y en góndolas por coches se camina.
Los gatos, en efecto,
son del amor un índice perfecto,
que a los demás prefiere,
y quien no lo creyere,
asómese a un tejado
con frías noches de un invierno helado,
cuando miren las hélices nocturnas
las estrelladas urnas
del frígido Acüario;
verá de gatos de concurso vario
por los melindres de la amada gata,
que sobre tejas de escarchada plata
su estrado tiene puesto,
y con mirlado gesto
responde a los maúllos amorosos
de los competidores,
no de otra suerte, oyendo sus amores,
que Angélica la bella
de Ferragut y Orlando,
amantes belicosos,
cuando andaban por ella
sin comer y dormir, acuchillando

franceses y españoles,
de que no se le dió dos caracoles.
¿Qué cosa puede haber con que se iguale
la paciencia de un gato enamorado,
en la canal metido de un tejado
hasta que el alba sale,
que en vez de rayos coronó el oriente
de carámbanos frígidos la frente?
Pues sin gabán, abrigo ni sombrero
Febo oriental le mirará primero
que él deje de obligar con tristes quejas
las de sus gatarrígidias orejas,
por más que el cielo llueva
mariposas de plata cuando nieva.
Mas dejando cansadas digresiones,
que el retórico tiene por viciosas,
aunque en breves paréntesis gustosas,
presos los dos gatíferos campeones,
por no querer hacer las amistades
y responder soberbias libertades,
dicen que Zapaquilda
y la bella Micilda,
tapadas de medio ojo,
con sus mantos de humo,
que es llegar a lo sumo
de un amoroso antojo,
fueron a ver sus presos;
que en tanta autoridad tales excesos
parecen desatino.
En fin, Micilda enamorada vino,
con que a toda objeción amor responde:
así la infanta doña Sancha al conde
Garcí Fernández, preso, visitaba
en la oscura prisión del rey su padre,
dicen que con deseos de ser madre,
que había días que sin él estaba.
Cada cual de las dos imaginaba
que la otra venía
por el que ella quería,
y con este engañado pensamiento,

que nunca tienen mucho fundamento
los celos, comenzaron a mirarse
en manifestación de sus enojos,
tirándose relámpagos los ojos.
¡Oh, quién las viera entonces levantarse
sobre los pies derechas,
a ver si eran verdades las sospechas,
y de ser descubiertas recatarse;
condición de los celos esconderse,
quererse declarar y no atreverse!
Que, como son desprecio del paciente,
huye de que se entienda lo que siente,
que amar siempre se tuvo por nobleza,
y los celos por acto de bajeza,
como si amor pudiese estar sin celos,
que más pueden estar sin sol los cielos,
testigo Juno y Prócris, a quien llora
Céfalo por los celos de la aurora.
En fin, después de sufrimiento tanto,
quitó Micilda de la cara el manto
a la siempre celosa Zapaquilda,
y ella, echando las uñas a Micilda,
con el rebozo el moño,
no suele por los fines del otoño
quedar la vid ñudosa en los sarmientos
de los marchitos pámpanos robada,
sin resistencia a los primeros vientos,
que con nevado soplo y boca helada
cierzo dejó cadáver con la fiera
mano que floreció la primavera,
como las dos quedaron en la rifa;
ni Fátima y Jarifa
por el abencerraje Abindarráez,
ni por Martín Peláez,
que del Cid heredó la valentía,
doña Urraca y María de Meneses,
aquella a quien pedía
con palabras corteses
las nueces su galán, si no bailaba,
así celoso amor las provocaba.

En fin, a puros tajos y reveses
de las rapantes uñas aguileñas,
desmoñadas las greñas
y el solimán raído,
quedaron desmayadas sin sentido,
haciendo cada cual la gata-morta.
No fué con esto la prisión más corta,
pero salieron de ella finalmente;
que el tiempo, con los bienes o los males,
dejando siempre atrás todo accidente,
que fué final acción de los mortales,
vuela sin detenerse,
dejándose llevar para perderse.
Así pasó la gloria de Numancia
y la brava arrogancia
de la fuerte Sagunto,
porque la tierra toda es sólo un punto
de la circunferencia de los cielos.
Pero ¿qué desatino de las musas
me lleva a tan extrañas garatusas?
Las iras del amor y de los celos
pasaron adelante
en uno y otro amante.
Pero Marramaquiz, aconsejado
de sus amigos, remitió el cuidado
al amor de Micilda;
mas, como el que tenía a Zapaquilla
era del alma verdadero efeto,
aunque disimulaba a lo discreto,
andaba triste y de congojas lleno;
¡mísero del que vive en cuerpo ajeno,
y por un amoroso desvarío
pierde la libertad del albedrío,
que no la compra el oro,
porque es de todos el mayor tesoro!
Tenía las mandíbulas de suerte
que era un retrato de la muerte fiera,
aunque es yerro pintarle calavera,
porque aquélla es el muerto, y no la muerte.
La muerte ha de pintarse una figura

robusta, de cruel semblante airado,
los fuertes pies en una piedra dura,
si no sepulcro en pórvido labrado,
con reyes y monarcas,
hasta el que calza rústicas abarcas;
damas que sujetaron capitanes,
y en ásperas naciones,
por bárbaras regiones
de fieros mamelucos y soldanes,
y pintadas al uno y otro lado
la enfermedad, la guerra y la desgracia.
Parcas que tantas muertes han causado
por tantos desconciertos,
que huesos ya no es muerte, sino muertos.
No aprovechaba la hermosura y gracia
de Micilda a quitar al pobre amante
la memoria tenaz; que Amor escribe
con la flecha cruel en el diamante
del alma donde vive,
y compitiendo con el tiempo, quiere
que viva en ella cuando el cuerpo muere.
En estos medios Micifuf intenta,
a su competidor viendo remoto,
por medio de Garrullo, su compadre,
que había sido gato en una venta,
pedirla por mujer a Ferramoto,
de Zapaquilda padre.
Propúsole Garrullo
con prudente maúllo
las partes de su amigo,
como de ellas testigo,
sin otras consecuencias
que atajaban celosas diferencias.
Ferramoto era un gato
de buen entendimiento y de buen trato,
cano de barba y negro de pellejo;
persona que en la verde primavera
de sus años, jamás en la ribera
de Manzanares se le fué conejo,
porque sirvió de galgo

a cierto pobre y miserable hidalgo,
que con él se alumbraba,
y de suerte de noche relumbraba,
que pensando una moza que eran lumbre
las niñas de sus ojos, que brillantes
en la ceniza estaban relumbrantes,
yendo al hogar, como era su costumbre,
sin pensar darle enojos,
le metió la pajuela por los ojos.
Nunca sin esto, gato marquesote,
oposición le hizo;
oyó de buena gana lo propuesto,
y del novio galán se satisfizo,
aunque llegando a concertar el dote,
de seca mimbre un cesto
dijo que le daría,
que de cama de campo le servía;
seis sábanas de lienzo de narices,
con algunos fragmentos por tapices
de viejos reposteros;
cuatro quesos añejos casi enteros,
y una mona cautiva que tenía,
que hablaba en lengua culta y la entendía,
sin otras menudencias.
Con estas conveniencias
las capitulaciones se firmaron
y el día de la boda concertaron;
Marramaquiz estaba
en ocasión tan triste,
como por burla y chiste,
jugando a la pelota
con un ratón a quien pescó de paso,
que de un baúl de versos del Parnaso
a una maleta rota,
aunque llena de pleitos y escrituras,
pasaba haciendo gestos y figuras.
Tal suele acontecer un triste caso
en medio de la vida,
que no hay seguridad en cosa humana.
Ya con veloz corrida

daba esperanza vana
al mísero animal, ya le volvía,
ya le arrojaba en alto,
mojado de temor, de aliento falto,
y en medio del camino le cogía,
como quien tira al vuelo,
diciendo: "Tente", como al agua el hielo,
ya con las manos mizas
le daba por los lados
algunos bofetones regalados,
cuando llegó Tomizas;
Tomizas, su escudero, y sin aliento
le dijo el casamiento concertado
de Micifuf y Zapaquilda ingrata;
y sintiendo perder su dulce gata,
dejó al pobre animal, que, desmayado
apenas acertaba con la vida;
mas puesto en fuga, la libró perdida;
que quien no ha de morir, si la fortuna
revoca la sentencia,
nunca le falta diversión alguna.
En aquella dichosa intercadencia
a Tomizas, en fin, la diligencia
valió una manotada con la zurda,
que cuando no le aturda,
no es poco para zurda manotada,
que le dejó la cara desgatada.
Esto gana traer del mal albricias.
¡Oh cuánto, amor, de la razón desquicias
un noble caballero!
Por eso ningún paje ni escudero
se fíe en la privanza;
que es fácil en señores la mudanza,
y el sol es gran señor, y nunca para
en rueda más mudable; a la fortuna
se parece la dama doña Luna,
que nunca vemos de una misma cara.
Dejando la pelota el triste amante,
de celos y de amor perdido y loco,
que la vida y la honra tiene en poco,

vino a su casa con tristeza tanta,
que se metió debajo de una manta;
y luego, provocado a mayor furia,
de una carrera se subió al tejado:
así desnudo Orlando, provocado
de no menor injuria,
cuando leyó los rótulos del moro
que decían: "Amor, que sin decoro
en la buena fortuna te gobiernas,
aquí gozó de Angélica Medoro,
en el papel de las cortezas tiernas
de aquellos olmos, de su bien testigos
para el francés Orlando cabrahigós."
Bajó Marramaquiz desesperado,
y entrando en la cocina,
sin respeto de Paula y de Marina,
esclavas del ausente licenciado,
como laureles y álamos los mira,
donde Climene por Faetón suspira,
los pucheros y cántaros quebraba,
vertió la olla en la sazón que hervía,
y llamando a Borbón, borbor decía;
y a tanto mal llegó su desatino,
que sacó media libra de tocino,
que andaba como nave en las espumas,
y si no se la quitan, se le mama:
tanto pueden los celos de quien ama.
Una perdiz con plumas
quiso tragarse, y no dejaba cosa
que no la deshiciese,
por alta que estuviese;
trepaba la lustrosa
reluciente espetera,
derribando sartenes y asadores,
y con estas demencias y furores,
en una de fregar cayó caldera
(trasposición se llama esta figura)
de agua acabada de quitar del fuego,
de que salió pelado.
Pero viniendo luego

el señor licenciado,
 dijo que era veneno que tendría
 algún vecino que matar quería
 ratones de su casa,
 hecha de rejalgar traidora masa,
 y a su servicio ingrato,
 por matar los ratones, mató el gato.

Y dijo bien, según los aforismos
 de Nicandro: que son los celos mismos
 un veneno tan súbito, que apenas
 toca la lengua, cuando ya las venas
 y el corazón abrasan;
 tan presto al centro de la vida pasan,
 que no hay frías cicutas ni anapelos
 como sólo un escrúpulo de celos.
 En fin, de ver el gato lastimado
 que le había criado,
envió por triaca,
que todo venenoso ardor aplaca,
de la magna que hacen en Valencia,
 de que tenía una redoma sola
 cierta farmacopola.
 El gato con paciencia,
 respeto de su dueño,
 tomó dos onzas y rindióse al sueño.

SILVA V

Oh tú, don Lope, si por dicha ahora
 por los mares antárticos navegas,
 o surto en tierra, cuando al puerto llegas,
 preguntas a la aurora
 qué nuevas trae de la bella España,
 donde tus prendas amorosas dejas,
 y por regiones bárbaras te alejas;
 o miras en los golfos
 de la naval campaña
 por donde vino Júpiter a Europa,
 encima de la popa

sin velas de Muricios ni Rodolfos,
más traidores que fué Bellido Dolfos,
sereno el rostro en la dormida Tetis
de la airada Anfitrite,
más que en Sevilla corre humilde el Betis,
cuando a la mar permite
la luna barquerola,
no por las nubes de color de Angola,
una punta a la tierra y otra al cielo
de pocas luces salpicando el velo,
escucha en voz más clara que confusa
mi gatífera musa,
y no permitas, Lope, que te espante
que tal sujeto un licenciado cante
de mi opinión y nombre,
pudiendo celebrar mi lira un hombre
de los que honraron el valor hispano,
para que al resonar la trompa asombre,
arma virumque cano;
que, como no se usa
el premio, se acobarda toda musa;
porque si premio hubiera,
del Tajo la ribera
oyera en trompa bélica sonora
divinos versos hijos de la aurora.
Por esto quiere más que ver ingratos,
cantar batallas de amorosos gatos,
fuera de que escribieron muchos sabios
de los que dice Persio que los labios
pusieron en la fuente cabalina,
en materias humildes grandes versos.
Mira si de Virgilio fueron tersos,
cuya princesa pluma fué divina,
cuando escribió el *Moreto*, que en la lengua
de Castilla decimos *almodrote*,
sin que por él le resultase mengua,
ni por pintar el picador *mosquito*.
Y ¿quién habrá que note,
aunque fuese satírico Aristarco,
de Ulises el diálogo a Plutarco?

La calva en versos alabó Sinesio;
 gran defecto Tartesio,
 quiere decir que hay calvos en España
 en grande cantidad, que es cosa extraña,
 o porque nacen de cerebro ardiente.
 Y también escribió del transparente
Camaleón Demócrito,
 y las cabañas rústicas Teócrito,
 y tanta filosófica fatiga
 Diocles puso en alabar el *nabo*,
 materia apenas para un vil esclavo,
 el *rábano* Marción, Fancias la *ortiga*,
 y la *pulga* don Diego de Mendoza,
 que tanta fama justamente goza.
 Y si el divino Homero
 cantó con plectro a nadie lisonjero
 la *Batracomiomaquia*,
 ¿por qué no cantaré la *Gatomaquia*?
 Fuera de que Virgilio conocía
 que a cada cual su genio le movía.

Ya todo prevenido
 para el tálamo estaba,
 y el día estatuído
 la posesión llamaba
 a la esperanza de los dos amantes;
 mas muchas veces con peligro toca
 el vidrio lleno de licor la boca;
 alegres los vecinos circunstantes,
 convidados los deudos y parientes,
 y escrito a los ausentes;
 que en tales ocasiones más atentos
 están que a la verdad los cumplimientos.
 Sólo Marramaquiz, gato furioso,
 lamentaba celoso
 sus penas y cuidados
 por altos caballetes de tejados,
 en que su voz resuena,
 cual suele por las selvas filomena
 que ha perdido su dulce compañía
 con triste melodía

esparcir los acentos de su pena,
trinando la dulcísima garganta,
que a un tiempo llora y canta;
o como perro braco
que ha perdido su dueño,
o flamenco o polaco,
que ni se rinde al sueño
ni el natural sustento solicita,
aunque en cantar no imita
el ruiseñor suave,
que una cosa es el perro y otra el ave,
y a cada cual su propio oficio cuadra,
porque si canta el ave, el perro ladra.
Tenía ya Ferrato
en un zaquizamí curiosamente
la sala aderezada
de uno y otro retrato
de belicosa cuanto ilustre gente;
que las efigies son de los mayores
el más heroico ejemplo,
de la perpetuidad glorioso templo,
como se ven del Tarbolán y Eneas,
y en Calvo el de las fuerzas gigantes,
en Juan de Espera en Dios, y el Transilvano,
en Pirro (1), griego, y Escévola, romano.
Allí estaba Gafurio,
que ganó la batalla de las monas,
de grave gesto y de nación ligurio,
y otros gatos con cívicas coronas,
navales y murales,
y al laurel de los césares iguales.
No faltaban el Túmire y el Moco,
ni con el descolado Ociquimoco,
que asistía en las casas del cabildo,
y el armado Mufildo,
más de valor que acero,
ni Garavillos, gato perulero.

(1) "Imperio", dice la primera edición, yerro que salta a la vista.

Estaba el rico estrado,
de dos pedazos de una vieja estera
hecha la barandilla,
de ricas almohadas adornado
en tarimas de corcho, y por defuera
el grave adorno de una y otra silla,
con tanta maravilla,
que si un culto le viera,
es cierto que dijera,
por únicos retóricos pleonasmos:
Pestañeando asombros, guiñó pasmos.
Ya las sombras, cayendo
de los mayores montes
a los humildes valles,
enlutaban los claros horizontes,
y el mecánico estruendo
en las vulgares calles
cesaba a los oficios,
tráfagos y bullicios,
encerraba el silencio en mudos pasos,
y a diferentes casos
la ronda y los amantes prevenían
las armas que tenían,
cuando a la luz huyendo la tiniebla,
de alegres deudos el salón se puebla.
Vino Calvillo, de fustán vestido,
de patas de conejos guarnecido,
griguiesco y saltambarca,
más amante de Laura que el Petrarca,
por una gata de este nombre propio
aunque parezca en gatos nombre impropio;
pero si llaman a una perra Linda,
Diana, Rosa, Fátima y Celinda,
bien se pudo llamar Laura una gata,
de pie bruñida, como tersa plata
Maús de bocací trajo griguiesco,
cuera de cordobán, gorrón tudesco,
y de negro, con mucha bizarría,
Zurrón, gato mirlado,
de medias y de estómago colchado;

Ranillos, que bajó de Andalucía,
de conejo en conejo,
por la Sierra Morena
a ver del Tajo la ribera amena,
con el cano Alcubil, su padre viejo;
Gruñillos y Cacharro,
la nata y flor del escuadrón bizarro;
Marrullos y Malvillo,
uno de raso azul y otro amarillo;
Garrón, Cerote y Burro,
gatos de un zapatero.
Mas ¿para qué discurro
con verso torpe y proceder grosero,
cuando lo menos de lo más refiero,
si me aguardan las damas que aquel día
mostraron cuidadosa bizarría?
Vino Miturria bella,
Motrilla y Palomilla,
la flor de la canela y de la villa,
y cada cual en la opinión doncella;
cosa dificultosa,
por eso es bien que la mujer hermosa,
cuando honesta se llama,
tenga por obras el perder la fama.
Y entre todas fué rara la hermosura
de la bella y discreta Gatifura,
y vestida de nácar Zarandilla,
la gata más golosa de Castilla.
Ocupadas las sillas y el estrado,
salió Trebejos, gato remendado,
y sacando a la bella gatiparda,
comenzaron los dos una gallarda,
como en París pudiera Melisendra;
y luego, con dos cáscaras de almendra
atadas en los dedos, resonando
el eco dulce y blando,
bailaron la chacona
Trapillos y Maimona,
cogiendo el delantal con las dos manos,
si bien murmuración de gatos canos.

Mas ya, musas, es justo
que me deis vuestro aliento y vuestro gusto,
canoro, sí, mas claro,
que parezca de un nuevo Sanazaro;
denme vuestros cristales en los labios,
que de ignorantes me los vuelvan sabios;
que Zapaquilda de la mano sale
de doña Golosilla, su madrina,
saya entera de tela columbina,
de perlas arracadas,
en listones de nácar enlazadas;
la cabeza de rosas primavera,
más estrellada que se ve la esfera;
el blanco pelo, rubio a pura gualda,
y un alma en cada niña de esmeralda,
de cuyos garabatos
colgar pudieran las de muchos gatos;
chapines de tabí con sus virillas,
entre una y otra descubriendo espacios,
de la roja color de los topacios,
de nuestra edad y siglo maravillas;
que lo que ser solía
un medio celemín con ataujía,
un pirámide es hoy de tela de oro,
y cuestan sus adornos un tesoro,
que ponen miedo de casarse a un hombre,
subiendo el dote a un número sin nombre
si piensa sustentar traje tan rico.
Sentóse al fin mirlándose de hocico,
y prosiguió la fiesta de la danza
contra la posesión de la esperanza.
Mas ¡quién dijera que saliera incierta!
Marramaquiz, entrando por la puerta,
vencido de un frenético erotismo,
enfermedad de amor, o el amor mismo.
Suspenseo y como atónito el senado
de ver de acero y de furor armado
un gato en una boda,
donde es propia la gala, y no el acero,
alborotóse toda;

y Zapaquilda, viéndole tan fiero,
humedeció el estrado, y con mesura
comunicó su miedo a Catafura,
si bien consideraba
que entonces Micifuf ausente estaba.
Porque sólo esperaban que viniese,
y que la mano práctica le diese,
de que ya teórica sabía
que confirmase tan alegre día.
En esta suspensión todos turbados,
Marramaquiz abrió los encendidos
ojos, vertiendo de furor centellas;
los dejó temerosos y admirados.
E imprimiendo esta voz en sus oídos
al aliento feroz de sus querellas:
“Villanos, descortesés,
más falsos y traidores
que moros y holandeses,
porque siendo fautores,
no sois en las maldades inferiores;
escuadrón de gallinas,
junta de gatos viles,
que no de bien nacidos;
bajos habitadores de cocinas,
entre asadores, ollas y candiles,
donde, como a cobardes y abatidos,
la más humilde esclava os apalea,
no trocando jamás la chimenea
por la guerra marcial y sus rebatos;
lamiendo lo que sobra de los platos,
y durmiendo el invierno, cuando eriza
los cabellos el hielo,
revueltos en la cálida ceniza,
hasta que ardiente el sol corona el cielo:
Yo soy Marramaquiz; yo soy, villanos,
el asombro del orbe,
que come vidas y amenazas sorbe;
aquel de cuyos garfios inhumanos,
león en el valor, tigre en las manos,
hoy tiemblan justamente

las repúblicas todas;
que desde el Norte al Sur por varios mares
mira de Febo la dorada frente,
y el que ha de hacer que tan infames bodas,
y con tantos azares,
sean las de Hipodamia,
está en vosotros resultando infamia.”
¡Oh musas!, este gato había leído
a Ovidio, y por ventura
de la fábula de Hércules quería
el ejemplo tomar, pues atrevido
Hércules se figura,
y los gatos centauros que aquel día
murieron a sus manos;
porque no fueron pensamientos vanos
los de sus celos locos,
pues de sus manos se escaparon pocos,
llamándolos traidores Mauregatos,
que levantando una cuchar de hierro,
a eterno condenándolos destierro,
fué Taborlán de gatos,
haciendo más estrago su arrogancia
que en Cartago y Numancia
el romano famoso.
A un gato que llamaban el Raposo,
más que por el color, por el oficio,
la cara, que no tuvo reparada,
quitó de una valiente cuchillada,
imposible quedando al beneficio;
y de un revés que sacudió Garrullo,
dió el último maúllo;
cortó una pierna al mísero Trebejos,
gran cazador de gansos y conejos:
desbarató el estrado,
que pensaron guardar gatos bisoños,
con cucharas de palo por espadas,
que de galas quedó todo sembrado,
naguas, jaulillas, guantes, ligas, moños,
rosetas, gargantillas y arracadas,
chapines, orejeras y zarcillos,

y porque defendió llegar Malvillos
a robar a la novia, dió dos cabes,
como Hércules a Licas;
y quebrando con él a dos boticas,
desde una claraboya,
cuanto componen purgas y jarabes.
Ni a vista de sus naves
fué más furioso Aquiles cuando, en Troya,
le dijeron la muerte de Patroclo,
ni con mazo y escoplo
tantas astillas quita el carpintero
como vidas quitó, celoso y fiero,
ni más sangriento Nero
la mísera plebeya
gente miró quemar desde Tarpeya.
En fin, llegando donde ya tenía
Zapaquilda la vida por segura,
le dijo: "Tente, ¿dónde vas, perjura?"
Ella, temblando, respondió turbada:
"Huyendo el filo de tu injusta espada,
que se quiere vengar de mi inocencia
con tan fiera insolencia,
quitándome mi esposo;
pero yo me sabré quitar la vida,
Polifemo de gatos.

—Ojos hermosos siempre y siempre ingratos
(le respondió furioso),
¿desa manera habláis en mi presencia?
¡Oh gata la más loca y atrevida!
Yo sólo soy tu esposo, fementida;
y al villano que piensa que a sacarte,
con este casamiento, será parte
de estas enamoradas uñas mías,
que vencen las arpías,
verás, si no me huye
y el bien que me quitó me restituye,
cómo le mate, y desollando el cuero
le vendo para gato de dinero.
—Si tú (le respondió, mi dulce esposo
me matares tirano,

yo con mi propia mano
 me quitaré la vida.”
 Furióso entonces, sobre estar celoso,
 de donde estaba, ¡ay mísera!, escondida,
 trasladóla a sus brazos inhumano,
 cual suele hiedra, a los del olmo asida,
 trepar lasciva a la pomposa copa,
 vistiendo el tronco de su verde ropa,
 de tiernos lazos y corimbo llena.
 Así Paris robó la bella Helena,
 las naves aguardando en la marina;
 y así fiero Plutón a Proserpina.
 Ella entonces llamaba
 a Micifuf a voces,
 que no la oía, porque ausente estaba.
 Al fin, tirando coces,
 se le cayó un zapato;
 mas ni por eso se dolió el ingrato,
 viendo correr las lágrimas por ella;
 y él, corriendo con ella,
 que ni deudo ni amigo la socorre,
 la puso de su casa en una torre,
 como tuvo Galván a Moriana.
 Tal es del mundo la esperanza vana,
 porque quien más en los principios fía,
 no sabe dónde ha de acabar el día.

SILVA VI

Cuando el soberbio bárbaro gallardo,
 llamado Rodamonte
 porque rodó de un monte,
 supo que le llevaba Mandricardo
 la bella Doralice,
 como Ariosto dice,
 a dieciséis de agosto,
 que fué muy puntual el Ariosto,
 cuenta que dijo cosas tan extrañas
 que movieran de un bronce las entrañas;

prometiendo arrogante
no ver toros jamás ni jugar cañas,
aunque se lo mandasen Agramante,
Rugero y Sacripante,
ni comer a manteles,
ni correr sin pretal de cascabeles,
ni pagar ni escuchar a quien debiese,
porque más el enojo encareciese,
ni dar a censo, ni tomar mohatra,
ni pintar con el áspid a Cleopatra.
Y lo mismo decía, cuando el rapto
de Helena fementida,
el griego rey Atrida
contra el pastor para traiciones apto,
que dió en el monte Ida
en favor de Acidalia la sentencia;
que hay muchas de la vera de Plasencia,
que vienen más tempranas
si las hacen los ojos
de juveniles bárbaros antojos;
que aun no repara en canas
esto que todos llaman apetito,
y más donde no tienen por delito
que la santa verdad corrompa el premio.
Mas todo ese proemio
quiere decir, en suma,
aunque era campo de extender la pluma,
lo que el valiente Micifuf, ayendo
el suceso estupendo
del robo de su esposa,
Helena de las gatas,
dijo con voz furiosa,
cuando, galán, venía a desposarse,
tan imposible ya de remediarse.
De las tremantes ratas
fugitivo escuadrón con pies ligeros
temeroso ocupó los agujeros,
y arrojando la gorra,
que fué de un ministril de Calahorra,

hizo temblar la tierra,
 a fuego y sangre prometiendo guerra.
 Ferrato, ya perdida la esperanza,
 mesándose las barbas y cabellos
 blancos, que nunca blancos fueron bellos,
 culpaba su tardanza,
 porque las dilaciones
 pierden las ocasiones,
 porque en la calva tienen un copete,
 que sólo se le coge el que acomete,
 porque aguardar a que la espalda vuelva,
 es seguir un venado por la selva,
 que alcanzarle no fuera maravilla
 quien le fuera siguiendo por la villa.
 Micifuf la tardanza disculpaba
 con que lejos vivía
 el zapatero, que esperando estaba
 (¡oh, cuántos males causa un zapatero!),
 y que después calzarle no podía,
 aunque los dientes remitiese al cuero
 las botas justas, que con calza larga
 era la gala entonces, que por fresco
 dicen autores que mató el grigüesco,
 por quitar la opresión de tanta carga.
 ¡Oh quién para olvidar melancolías
 de las que no se acaban con los días,
 un gato entonces viera
 con bota y calza entera!
 Pero ¿dónde me llevan niñerías,
 que en Italia se llaman bagatelas,
 injiriendo novelas
 en tan funestos casos,
 más dignos de Marinos y de Tasos,
 que de Helicon son solos y soles,
 que de mis versos rudos españoles?
 Lloraba Micifuf, lloraba fuego,
 que fuego lloran siempre los amantes,
 arrojando los guantes,
 a quien los cultos llaman *chirotecas*
 (¡oh, bien hayan Illescas y Vallecas!),

sin admitir un punto de sosiego,
como en París el moro, en Troya el griego.
No suele de otra suerte pasearse
quien tiene algún extraño desconcierto,
sin que pueda apartarse
del negocio que trata,
pálido el rostro, de sudor cubierto,
como ya por su honor, ya por su gata,
inquieto Micifuf se condolía
por dilatar de la venganza el día.
En tanto, pues, que amigos y parientes
consultaban el modo
cómo acabar del todo
agravios tan infames e insolentes,
Marramaquiz estaba
solicitando el pecho
de Zapaquilda, de diamantes hecho,
que en la dura prisión perlas lloraba,
a guisa de la aurora,
que parece más bella cuando llora;
que la mujer hermosa,
cuando baña la rosa
de las mejillas con el tierno llanto,
aumenta la hermosura,
si no da voces y en el llanto dura.
Marramaquiz, en tanto,
produciendo concetos,
de su locura efetos,
ya en prosa, ya en poesía,
desvelado la noche y triste el día,
se alambicaba el mísero cerebro.
No dejaba requiebro.
que no imitase tierno a los orates,
que el mundo amantes llama,
y de la tierna dama
amores y cariños,
hasta los disparates
que les dicen las amas a los niños
cuando les dan el pecho a las mañanas,
con intrínseco amor diicendo ufanas:

*Mi rey, mi amor, mi duque, mi regalo,
mi Gonzalo;* mas esto solamente
si se llama Gonzalo,
porque fuera requiebro impertinente
si se llamara Pedro, Juan o Hernando;
que convienen las flores con los frutos
y a las cosas también sus atributos.
Estaba el sol apenas matizando
las plumas de las alas de los vientos,
dando a los dos primeros elementos,
esmeraldas al uno, al otro, plata,
cuando salía por su amada gata
al soto de Luzón el triste amante,
sin respetar el arcabuz tronante,
a buscar el gazapo entre las venas
de la tierra, que apenas
salir al campo osaba,
y de una manotada le pescaba.
No había pez ni pieza
de vaca en la cocina
que, en volviendo Marina
a buscar otra cosa la cabeza,
no caminase ya por los tejados
para el dueño cruel de sus cuidados;
tan ligero y veloz, tan atrevido,
que no paraba, sin hacer rüido,
hasta sacar la carne de la olla,
del asador la polla,
aunque sacase, por estar ardiendo,
o pelada la mano o con ampolla,
fufú, fufú, diciendo.
¡Oh amor! ¡Oh cuántas veces
de la misma sartén sacó los peces,
sin cuchares de hierro ni de plata!
Y la cruel, a más amor, más gata.
“¿Es posible (decía
con lastimosas quejas),
oh más dura que mármol a mis quejas
(porque el gato las églogas sabía),
y al amoroso fuego que me enciende,

más helada que nieve, Galatea,
que de mi fuego el hielo te defiende
de ese pecho cruel, que me desea
la muerte; que antes sea
la de tu Adonis, Micifuf cobarde,
que gozarás, cruel, o nunca o tarde,
que no te duelen tantas penas mías,
ni el verte tantos días
cautiva en esta torre,
que ni te viene a ver ni te socorre;
que para aborrecerle te bastaba?
Micilda me buscaba,
Micilda me quería;
por ti la aborrecía,
siendo gata de bien, siendo estimada
por honesta doncella, y retirada
de amigas, de papeles y paseos,
que, clandestinos, trazan himeneos.
¿Qué no dejé por ti, que te has casado
con un gato afrentado? Que si fuera
afrenta entre los hombres el ser gato,
que la costumbre toda ley altera,
sólo éste fuera gato por ingrato.
—No te canses (la gata respondía
con ojos zurdos de Nerón romano),
Marramaquiz tirano,
que siendo, como es, justa mi porfía,
ni he de temer tus daños
ni me podrás vencer con tus engaños.
—¿Qué obstinación, qué furia
te obliga, Zapaquilda, a tanta injuria?
Mira que la nobleza
de tu celoso amante,
siendo tan arrogante,
a su misma cruel naturaleza
se rebela, teniéndote respeto,
añadiendo al ser noble el ser discreto.”
Este apóstrofe ha sido
justamente advertido
a la gata cruel desamorada,

por lo que a los retóricos agrada,
que adornan la oración con voces puras,
y sacan un retablo de figuras;
que cuanto a mí, jamás me atravesara
con gente de uñas y de mala cara.
Ya Micifuf en casa de Ferrato
juntaba deudos, procuraba amigos,
de su dolor testigos,
acusando el cruel bárbaro trato
del común enemigo, que este nombre
como al turco le daba,
y porque más de su maldad se asombre,
el robo de su esposa exageraba;
que cada cual en su dolor y pena
hasta una gata puede hacer Helena.
Estando, pues, sentados en secreto
en el zaquizamí de su posada,
dijo a la noble junta lastimada
con triste voz, de su desdicha efeto:
"Aquel justo conceto
que de vuestro valor tengo formado
me excusa de retóricos ambages,
amigos y parientes,
si estuvisteis presentes
a la dura ocasión de mi cuidado,
de que tan tarde me avisaron pajes;
que siempre llegan tarde los avisos
a los que son, para su bien, remisos.
¿Con qué podré moveros?
¿Con qué podré obligaros?
O ¿qué podré deciros
que pueda enterneceros,
que pueda provocaros,
si no son los suspiros,
medias voces del alma,
cuando, con el dolor, la lengua calma?
Este, que aquí no explico,
está diciendo el pálido semblante
lo que con muda lengua significo,
pues cuando más la encumbre y adelante,

más corto he de quedar; que los enojos
remiten la retórica a los ojos;
que la muda tristeza muchas veces
el Demóstenes fué de la elocuencia,
y más donde son sabios los jüeces,
que excusan de captar benevolencia,
pues no pudiera en Grecia, en su Liceo,
ver más doctrina que en vosotros veo.
Todos Platones sois, todos Catones;
más podrá la razón que las razones.
Yo vine, provocado de la fama,
a ver de Zapaquilda la hermosura,
por alta mar del hado conducido,
donde mis ojos encendió su llama,
fuego de fénix, que a los siglos dura,
opuestos a la muerte y al olvido.
Si fuí favorecido,
si agradeció mi amor y pensamiento,
bien lo dice el tratado casamiento,
pues que nos veis con la ocasión perdida,
ella sin libertad y yo sin vida.
Cortés, la quise sin violencia alguna,
que nunca fué violenta la fortuna.
Cuando pagó mi amor, yo no sabía,
como quien era gato forastero,
que este tirano a Zapaquilda amaba;
con esto, la primera luz del día,
y con ella su cándido lucero,
en mis ojos brillaba
primero que en las flores,
a su ventana repitiendo amores.
Allí también en su primera estrella
la noche me buscaba divertido,
adorando las tejas,
de sus balcones rejas,
y dulce elevación de mi sentido,
hasta que hablar con ella,
envidioso, traidor y fementido,
me vió en su celosía,
donde probó mi amor su valentía.

Resultó la prisión, y es tan villano,
que ha engañado a Micilda,
y dándola su fe, palabra y mano
de que será su esposo,
siendo cumplirla el acto más honroso.
Cuando me vió casar con Zapaquilda,
en afrenta de todos sus parientes
y amigos, que presentes
estuvieron atónitos al caso,
echando los más graves por la tierra,
como estaban de boda, y no de guerra,
padeciendo mi sol tan triste ocaso,
se la llevó con atrevido paso,
celoso el corazón, la vista airada,
hiriendo a quien delante se le puso;
tanto, que con Garraf de una gatada
los botes y redomas descompuso
de un boticario que vivía enfrente;
y como de repente
en un perol cayese desde un banco,
todo le revistió de unguento blanco;
vertió una melecina,
y paró medio muerto en la cocina
en ocasión tan dura,
en ocasión tan triste,
que es mármol quien las lágrimas resiste.
Mas quiero epitomar mi desventura:
mi esposa me han robado;
sin honra estoy." Aquí, si no fué mengua,
fué el silencio la voz, los ojos, lengua,
porque la grave pena,
cortando la razón, dejóle mudo.
Enternecióse el ínclito senado,
haciendo propia la desdicha ajena,
luego que vió que proseguir no pudo,
y respondió Panzudo,
un gato venerable de persona,
aunque pelado de cabeza estaba,
cosa que a muchos buenos acontece;
si bien esto no fué lo que parece

cuando a un amante viene la pelona,
mas golpe que le dió cierta fregona,
que de un menudo que lavar pensaba,
cuando menos atenta le miraba,
asido del principio de una tripa,
que a la vista las manos anticipa,
la fué desenvolviendo hasta el tejado,
como cordel de un cabo y otro atado,
del ovillo de sebo el laberinto,
y cada cual de todos participa
de este dolor, como si propio fuera;
dijo con el semblante mesurado,
en prudentes palabras desatado:
“Con justa causa Micifuf espera
verse favorecido,
y vengado también del atrevido
que le robó su esposa;
fatal desdicha de mujer hermosa.”

Y respondió Tomillo,
propia razón de gato mozalbillo:
“Por mí ya lo estuviera,
porque con estas uñas se le diera.”
Pero Zurrón, que le miraba enfrente,
le dijo: “Con un gato el más valiente
que han visto los tejados de esta villa,
mejor es, a la usanza de Castilla,
escribirle un papel de desafío.

—No es ése el voto mío
(Garrullo replicó), ni que se intense
venganza de victoria contingente;
que siempre ha estado en varias opiniones
si ha de haber desafío en las traiciones.
Soy de voto que tome el agraviado
un arcabuz, y aguarde
al gato más valiente o más cobarde,
castigo de que vive descuidado
sin miedo del que agravia,
y propio efecto de la noche oscura.

—Si se pudiera ejecutar segura,
fuera venganza sabia

(dijo Chapuz, valiente
 gato de buenas partes);
 mas son tantas las artes
 de ese Marramaquiz, gato insolente,
 que no dará ocasión que se ejecute,
 por mucho que la noche el rostro enlute;
 y de mi parecer, mejor sería
 querellarse del robo y cartigarle
 por términos jurídicos y darle
 muerte que corresponda a la osadía.
 —Dirán que es cobardía
 (Trebejos replicó), ni esa querella
 está bien al honor de una doncella,
 que es poner su defensa en opiniones;
 que se averigua mal con las razones
 aquello que la causa pone en duda;
 que no hay para mujeres lengua muda;
 que ha dado el mundo en bárbaras querellas,
 no pudiendo excusar el nacer de ellas.
 Pleitos aun no son buenos para gatos,
 porque es gastar la vida y la paciencia;
 no hay que tratar de tratos ni contratos,
 ni andar en pruebas, ni esperar sentencia.
 Si aquesta injuria ha de quedar vengada,
 remítase a la pólvora o la espada.
 —Bien dice (respondió Raposo, haciendo
 debido acatamiento al gran senado)
 Trebejos, y no es justo,
 aunque se pruebe lo que estáis diciendo
 y quede a vuestro gusto sentenciado,
 que deis al pueblo gusto,
 al teatro sacando neciamente
 un gato con capuz y caperuza;
 y no menor locura que se intente,
 no siendo Micifuf el moro Muza,
 tratar de desafíos
 con quien sabéis que tiene tantos bríos.
 Perdóneme Zurrón, Capuz perdone,
 y aunque la edad le abone,
 me perdone Panzudo,

si de su parecer mi intento mudo ;
que el mío es juntar gente
para tan grave empresa conveniente,
y formando escuadrones
de caballos y armada infantería
de toda la parienta gatería,
hacer guerra al traidor, cercar la tierra,
y asestándole tiros y cañones,
batirle la muralla noche y día,
hasta saber qué gente le socorre ;
porque si el campo Micifuf le corre,
y el sustento le quita,
y que deje la plaaz necesita,
o en forma de batalla
asalta la muralla,
él se dará a partido,
o le castigaréis siendo vencido.
Sacad banderas, pues ; tóquense cajas,
haciendo las baquetas
los pergaminos rajas ;
terciad las picas, disparad cometas,
que así cobró su esposa en Troya el griego,
publicando la guerra a sangre y fuego.”
Calló Raposo, y luego del senado
el voto conferido
en la guerra quedó determinado,
por ser de todos el mejor partido,
más justo y más honroso.
Y dando Micifuf, como era justo,
los brazos y las gracias a Raposo,
brotando humor adusto,
a hacer la leva de la gente parte.
Perdona, Amor, que aquí comienza Marte,
Y sale Tisifonte
a salpicar de fuego el horizonte ;
suspende entre las armas los concetos :
pues das la causa, escucha los efetos.

SILVA VII

Al arma toca el campo micigriego
contra Marramaquiz, gato troyano;
violento sube, aunque oprimido en vano,
a la región elemental el fuego;
inquietan de los aires el sosiego,
con firme agarro de la uñosa mano,
banderas, que con una y otra lista,
trémulas se defienden a la vista,
no permitiendo, pues no dejan verse,
que las colores puedan conocerse,
respondiéndose a coros
las cajas y los pífanos sonoros,
y al paso que se alternan,
siguiendo el son marcial los que gobiernan.
Y luego, los soldados,
de acero, y de ante, y de valor armados,
agujas del cabello por espadas,
y sólo descubriendo las celadas,
por delante mostachos
y por detrás, plumíferos penachos,
marchando con tal orden que la planta
donde el que va delante la levanta,
estampa el que le sigue,
sin que el bastón del capitán le obligue,
y al son de las trompetas resonantes,
las picas a los hombros los infantiles,
en quien la variedad y los colores
formaban un jardín de varias flores,
a la manera que el abril le pinta
en cultivada quinta,
las picas de los bravos marquesotes
de varas de medir y de virotos,
y ya de los plebeyos,
baquetas de Babiecas y Apuleyos,
sin escuadras gallardas,
que llevaban en forma de alabardas
aquellos cucharones

con que suelen sacar alcaparrones,
y con las palas, como medias lunas,
las sabrosas de Córdoba aceitunas;
Córdoba, donde nacen andaluces
Góngoras y Lucanos;
y encendidas las cuerdas en las manos,
no de Milán dorados arcabuces
llevaba la lucida infantería,
más de huesos de piernas de carnero,
que gatos de uno y otro pastelero
trajeron a porfía,
que no fueron de gato de ventero,
sospechosos en tales ocasiones,
y de huesos de vaca los cañones
para batir la torre.
Con esto Micifuf el campo corre
y pone cerco al muro,
armado de un arnés cóncavo y duro
de un galápago fuerte,
que sin salir de sí le halló la muerte;
la cabeza adornada
de un sombrero, la falda levantada,
de un trencellín ceñido,
el pasador y hebilla guarnecido,
con pluma verde oscura,
señales de esperanza con tristeza,
aunque la justa causa la asegura;
con tanta gentileza
al caballo arrimaba
la estrella de la espuela,
y con la negra rienda le animaba
a la obediencia del dorado freno,
de espuma y sangre lleno,
que sin tocar los céspedes volaba.
Ni es nuevo el ver que vuela,
pues que pintan con alas al Pegaso,
volando por las cumbres del Parnaso,
que vemos en Orlando el hipogrifo,
monstruo compuesto de caballo y grifo.
Mas si dudare alguno de que hubiese

caballos tan pequeños,
pareciéndole sueños,
y a la naturaleza le quisiese
quitar de milagrosa el atributo,
aunque sea sin fruto
la tácita objeción, quedará llana
con irse de aquí a Tracia una mañana
que esté desocupado
de los negocios de mayor cuidado,
y verá los pigmeos,
que en la región de trogloditas feos
también los pone Plinio,
que hizo de estos monstruos escrutinio,
y en las lagunas del egipcio Nilo
otros autores por el mismo estilo,
que escriben que trayendo de Etiopia,
donde hay bastante copia,
dos pigmeos a Roma (gente grave),
se murieron de cólera en la nave.
Homero les da patria al mediodía,
con su intérprete Eustacio;
Mela, de Arabia en el ardiente espacio,
que el sol fénix mayores monstruos cría,
puesto que, aunque confiesa tales nombres,
Aristóteles niega que son hombres.
Ni en su *Ciudad de Dios* pasó en olvido
el divino africano los pigmeos,
y Juvenal *umbrípedes* los llama,
sin otros que han negado y defendido
esta opinión, que divulgó la fama.
Pero, pues pintan monstruos semideos,
que por los montes van de rama en rama,
las poéticas trullas,
diciendo que batallan con las grullas,
no será mucho que haya semihombres.
Estos con cierta patria y ciertos nombres
en la misma región caballos tienen,
de donde nuestros gatos se previenen;
que a hacer de solo un codo
hombres naturaleza,

como pintor que muestra la destreza,
a un naípe todo un cuerpo reducido,
y los caballos no del propio modo,
mayor monstruosidad hubiera sido
de su instrumento ilustre y poderoso;
que mal pudiera andar hombre muñeca
en el lomo espacioso
de un gigante Babiéca;
así que la objeción no es de provecho,
pues queda el argumento satisfecho;
demás de que el lector puede, si quiere,
creer lo que mejor le pareciere;
porque si se perdiese la mentira,
se hallaría en poéticos papeles,
como se ve en Homero, describiendo
a la casta Penélope, que admira
por los amantes necios y crueles,
tejiendo y destejiendo,
sin dejarla dormir, de puro casta.
Y lo contrario para ejemplo basta,
haciendo deshonesto
Virgilio a Dido, Elisa por Eneas,
como le riñe Ausonio,
aunque logró tan falso testimonio,
menos las aguas que pasó leteas,
donde escribió Merlín, con cuales iras
castigan al poeta sus mentiras.
Mas vuelve, oh musa, tú, para que pueda
ayudarme el favor de tu gimnasio,
que para lo que queda,
aunque parece poco,
al señor Anastasio
Pantaleón de la Parrilla invoco,
porque de su tabaco
me dé siquiera cuanto cubra un taco.
Marramaquíz, aunque lo supo tarde,
había hecho alarde
de sus gatos amigos,
y halló que para tantos enemigos
era su gente poca;

mas, como la defensa le provoca,
las armas al asalto prevenía,
supuesto que tenía
poco sustento para cerco largo;
y cuidadoso de su nuevo cargo,
más triste y desabrido
que poeta afligido,
que ha parecido mal comedia suya,
o bien la de su cómico enemigo,
andaba por la torre,
y viendo que su esposo la socorre,
Zapaquilda, más llena de aleluya,
más alegre, contenta y más quieta
que aquel mismo poeta,
si ha parecido mal, siendo él testigo,
la del mayor amigo.
Prevenido, en efeto,
de toda defensión y parapeto,
sacó sus gatos, animoso, al muro
por todas las almenas y troneras,
vestido de banderas,
que en alto y de diversos tornasoles,
eran entre las nubes arreboles;
y coronado de diversos tiros,
soldados de valor y archimargiros,
opuestos a la furia del contrario,
como se mira altivo campanario
de aldea, donde hay viñas,
para bajar después a las campiñas,
cubierto por el tiempo de las uvas
del escuadrón de tordos,
que en aquella sazón están más gordos,
cuando los labradores
limpian lagares y aperciben cubas;
así la negra cúpula tenía
de soldados, de tiros y atambores,
no menos valerosa gatería.
Quien viera el pie que el escuadrón ceñía
de Micifuf, y el chapitel armado
de uno y otro gatífero soldado,

dijera que tal vista no fué vista
de Dario ni de Jerjes,
ni tanto perdigón haciendo asperjes
en ninguna conquista,
ni la vió Escipión ni el rey Ordoño,
como en Cartago aquél, éste en Logroño;
y aunque entre la de Ostende,
pero sin *nobis dómine*, se entiende.
Ver tanto gato, negro, blanco y pardo,
en concurso gallardo
de dos colores y de mil remiendos,
dando juntos maúlllos estupendos,
¿a quién no diera gusto,
por triste que estuviera,
aunque perdido injustamente hubiera
un pleito, que es disgusto
después de muchos pasos y dineros,
para leones fieros?
Prevenidos, en fin, para el asalto,
mueven a sobresalto
los ánimos valientes
las retumbantes cajas,
previenen uñas y acicalan dientes,
calando juntas las celadas bajas,
que en las frentes bisoñas
más ern de sartén que de Borgoñas,
pero en silencio los clarines roncros,
que sonaban a modo de zampoñas,
puesto a la margen de unos verdos troncos,
que no importa saber de lo que fueron,
de pies en uno Micifuf bizarro,
cuando del sol el carro,
que Etontes y Flegón amanecieron,
atrás iban dejando el mediodía,
dijo a su belicosa infantería,
que atenta le escuchaba,
que aunque era gato, Cicerón hablaba:
“Generosos amigos,
de mis afrentas y dolor testigos:
la honra, que los ánimos produce,

a tan ilustre empresa me conduce;
 ésta sola me anima;
 quien no sabe qué es honra, no la estima.
 Miente el que dijo, y miente el que lo estampa,
 que *un bel fugir tutta la vita escampa*;
 pues mejor viene ahora,
 que *un bel morir tutta la vita honora*.
 Es la virtud del hombre
 la que le inclina a los ilustres hechos;
 digna es la fama de valientes pechos.
 Hoy habéis de ganar glorioso nombre;
 ninguna fuerza ni amenaza asombre
 el que tenéis de gatos bien nacidos;
 que estos viles alardes
 (porque en siendo traidores, son cobardes)
 ya están medio vencidos
 con sólo haber llegado a sus oídos
 que yo soy quien os guía.
 A Aníbal preguntó Escipión un día
 que cuál era del mundo el más valiente;
 y él respondió feroz, con torva frente:
 —Alejandro, el primero;
 el segundo fué Pirro, y yo, el tercero.—
 Si entonces yo viviera,
 cuarto lugar me diera.
 Al arma acometed, yo voy delante;
 y el no tener escalas no os espante,
 que no son necesarias las escalas
 si en vuestra ligereza tenéis alas.”
 Dijo; y vibrando un fresno en la ñudosa
 mano, al muro arremete,
 y con él mata siete,
 Maús, Zurrón, Maufrido, Garrafosa,
 Ociquimocho, Zambo y Colituerto,
 gatazo que, de roja piel cubierto,
 crió la mondonguífera Garrida,
 aunque toda su vida
 más enseñado a manos y cuajares
 que a nobles ejercicios militares.
 Mas son tan eficaces las razones

formadas de los ínclitos varones,
como Alcíato escribe, cuando asidos
llevaba de una cuerda de los labios
el alfitrioníades Alcides,
cuantos hombres prestaban los oídos
a la elocuencia de los hombres sabios.
Pero ya los agravios
de Micifuf la guerra comenzaban,
ya los gatos trepaban
la torre por escalas de sus uñas,
más fuertes garabatos
que los de tundidores y garduñas;
ya por la piedra entre la cal metidas,
sin estimar las vidas,
subían gatos y bajaban gatos,
los unos como bueyes agarrados,
que clavan en las cuevas las pezuñas;
los otros, como bajan, despeñados,
fragmentos de edificio que derriban,
que de su mismo asiento se derrumba.
A cuál sirven de tumba,
después que del vital aliento priván,
las losas que le arrojan;
a cuál de vida y alma le despojan
en medio del camino.
No despide en oscuro remolino
más balas tempestad de puro hielo,
que bajan plomos de la torre al suelo.
Allí murió Galván; allí, Trebejos,
que le acertó la muerte desde lejos,
dándole con un cántaro en los cascos,
y otros con ollas, búcaros y frascos.
Así suelen correr por varias partes
en casa que se quema los vecinos
confusos, sin saber adónde acudan.
No valen los remedios ni las artes;
arden las tablas, y los fuertes pinos
de la tea interior el humor sudan;
los bienes muebles mudan
en medio de las llamas;

éstos llevan las arcas y las camas,
y aquéllos con el agua los encuentran;
éstos salen del fuego; aquéllos entran;
crece la confusión, y más si el viento
favorece al flamígero elemento.
Mas como el alto Júpiter mirase
desde su Olimpo y estrellado asiento
la batalla cruel, de sangre llena,
temiendo que quedase
en competencia tan feroz y airada
la máquina terrestre desgastada,
justo remedio a tanto mal ordena.
"Dioses, no es justo (dijo) que la espada
sangrienta de la guerra
se muestre aquí tan fiera y rigurosa,
aunque es la misma de la griega hermosa,
y que, muertos los gatos, esta tierra
se coma de ratones,
porque se volverán tan arrogantes,
que ya considerándose gigantes,
no teniendo enemigos de quien huyan
y el número infinito disminuyan,
serán nuevos Titanes,
y querrán habitar nuestros desvanes."
Con esto luego envía
de oscuras nieblas una selva espesa,
y la batalla cesa,
revuelto en sombras de la noche el día;
y desde aquél, con inmortal porfía
los unos y los otros prosiguieron,
aquéllos en la ofensa
y éstos en la defensa;
pero durando el cerco, no tuvieron
remedio ni sustento los cercados;
tanto, que a Zapaquilda desfigura
la hambre la hermosura,
vuelta las rosas nieve;
por onzas come, por adarmes bebe.
Marramaquíz, que ya morir la vía,
con amante osadía,

pero sin que le viesen los soldados,
salió por un resquicio a los tejados
de una tronera que en la torre había,
para coger algunos pajarillos.
Iba con él Malvillos,
que a éste sólo fió su atrevimiento,
y por partir la caza del sustento;
y estando, ¡oh dura suerte!,
acechando a la punta de un alero
un tordo que cantaba,
la inexorable muerte,
flechando el arco fiero,
traidora le acechaba.
¿Qué prevenciones, qué armas, qué soldados
resistirán la fuerza de los hados?
Un príncipe que andaba
tirando a los vencejos
(nunca hubieran nacido,
ni el aire tales aves sostenido),
le dió un arcabuzazo desde lejos.
Cayó para las guerras y consejos;
cayó súbitamente
el gato más discreto y más valiente,
quedando aquel feroz aspecto y bulto
entre las duras tejas insepulto;
pero muerto también, como era justo,
a las manos de un César siempre Augusto.
Llevó Malvillos, pálido, la nueva,
que de su fe y amor llorando en prueba,
se mesaban las barbas a porfía,
como tudescos, muerto el que los guía;
mas deseando verse satisfechos
del sustento forzoso,
rindieron las almenas y los pechos
al héroe sin victoria victorioso;
y Micifuf, con todos amoroso,
porque le prometieron vasallaje,
hijo luego traer de su bagaje,
con mano liberal, peces y queso.
Alegre Zapaquilda del suceso,

mudó el pálido luto en rico traje;
dióle sus brazos, y a su padre amado,
y el viejo a ella, en lágrimas bañado;
y para celebrar el casamiento
llamaron un autor de los famosos,
que estando todos en debido asiento,
en versos numerosos
con esta acción dispuso el argumento,
dejando alegre en el postrero acento
los ministriles, y de cuatro en cuatro,
adornado de luces el teatro.

FIN DE "LA GATOMAQUIA"

Í N D I C E

	<i>Págs.</i>
EL ISIDRO	5
Canto primero	11
Canto segundo	12
Canto tercero	22
Canto cuarto	25
Canto quinto	32
Canto sexto	39
Canto séptimo	52
Canto octavo	53
Canto noveno	63
Canto décimo	75
LA FILOMENA	77
Dedicatoria	83
Prólogo	85
Canto primero	87
Canto segundo	97
Canto tercero	108
<i>Segunda parte</i>	123
LA ANDRÓMEDA	159
LA CIRCE	183
Dedicatoria	187
Prólogo	189
Canto primero	193
Canto segundo	224
Canto tercero	245
Poemas.	13

LA ROSA BLANCA	277
LA GATOMAQUIA	305
Soneto	317
Silva primera	313
Silva segunda	323
Silva tercera	333
Silva cuarta	342
Silva quinta	352
Silva sexta	362
Silva séptima	374

ESTAS NOVELAS DE FREY LOPE FÉLIX DE
VEGA CARPIO FUÉ ORDENADA EN LA CIUDAD DE BARCE-
LONA Y SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL ESTABLECI-
MIENTO TIPOGRÁFICO DE "SÁEZ HERMANOS", CA-
LLE DE MARTÍN DE LOS HEROS, 65, DE MA-
DRID, EL DÍA 20 DE JULIO DEL AÑO DE
1935, TERCER CENTENARIO DE LA
MUERTE DE LOPE DE VEGA

EDITORIAL BERGUA

Mariana Pineda, 9.

M A D R I D

Teléfono 19728

Obras Jurídicas, Políticas y Sociales

501.— **Legislación electoral**, por Juan B. Bergua, una pta.

502.— **Código de la circulación** (única edición completa con anejos, modelaje, gráficos y el programa para conductores de primera, segunda y tercera clase). Primorosa edición de bolsillo, una pta.

503.— **El abogado del obrero**.

Toda la legislación social española expuesta y comentada con sencillez y claridad para que pueda ser comprendida y utilizada por cualquiera; precedida de sus antecedentes históricos, o sea de la actuación del obrero español para la conquista de sus derechos a través de los siglos. Obra indispensable a obreros, patronos, Jurados mixtos y abogados y utilísima a todos en general. Se acaba de poner a la venta la quinta edición, muy ampliada. Su autor, Jácome Ruiz. Ptas. 2,50. Encuadernado, 4.

504.— **El derecho de asociación en España**. Constitución, legalización, registro y funcionamiento de toda clase de Sociedades civiles y mercan-

tiles, o b r e r a s , patronales, agrícolas, culturales, recreativas, benéficas, colectivas, por acciones, comanditarias, anónimas, limitadas, etc., etc. Con explicación práctica de cuantos casos y dificultades puedan ocurrir en la constitución de toda clase de Sociedades; forma de emisión de acciones y obligaciones, capital social, número de socios, beneficios, pérdidas, etc. Con formularios adecuados para cada caso; por Jácome Ruiz. Ptas. 2,50.

505.— **Las asociaciones cooperativas**. Fundamento, constitución, legalización, registro, funcionamiento, peligros, secretos del triunfo de las Sociedades Cooperativas de consumo, producción, crédito, mixtas, agrícolas, de la construcción, de la vivienda, profesionales diversas, etcétera, etc. Teoría y práctica cooperativas. Reglamento-tipo. Exenciones, formularios diversos, contabilidad, registro, consejos prácticos; por L. Campo Redondo. Pesetas 2,50.

506.—**Prontuario de Justicia municipal.** Actos de conciliación, juicio verbal civil, beneficio de pobreza, tercerías, desahucios, revisión de contratos de fincas urbanas, juicios sobre faltas, actos de jurisdicción voluntaria y Aranceles. Es decir, cuanto se relaciona con la Justicia municipal, al alcance de todos, para que cada uno sea su propio abogado en estos asuntos tan frecuentes y sencillos; por Manuel Izquierdo Sánchez. Ptas. 2,50. Encuadernado, 4.

507.—**Prontuario de Medicina legal,** por Jácome Ruiz. Vademecum del médico forense y del abogado criminalista. Con infinidad de formularios y toda la legislación relativa a estos asuntos dictada por la República. Pesetas 2,50.

508.—**La República agoniza. (¡Salvemos a España!)** La vergüenza de la política y la desvergüenza de los partidos políticos; la inutilidad y daño de las Cortes; el engaño del sufragio universal; los falsos y traidores espejuelos de las llamadas "conquistas democráticas" y otros asuntos edificantes, por Juan B. Bergua. Pesetas 2,50.

509.—**Jurisprudencia social española,** por Juan Ríos Sarmiento (magistrado). Repertorio ordenado y sistematizado de toda la Jurisprudencia social sentada por el Tribunal Supremo desde el adveni-

miento de la República. Ptas 2,50.

510.—**Práctica forense...** Teoría y práctica del Procedimiento judicial en materia civil. Con 144 formularios; por Jácome Ruiz. Este es el primer libro español en que se estudian a un tiempo, como es lógico que se haga, los Procedimientos judiciales y la práctica forense, es decir, el cómo y el porqué de las actuaciones jurídicas. Un volumen perfectamente encuadernado en tela flexible, imitación piel, 10 pesetas.

511.—**Legislación ordenada y comentada de la República Española.**—Tomo I. Compilación de las disposiciones de carácter e interés general dictadas y publicadas en la "Gaceta" desde el 14 de abril al 31 de diciembre de 1931, por Jácome Ruiz. Dos tomos de cerca de 1.000 páginas cada uno, encuadernados, 20 pesetas (no se venden tomos sueltos).

512.—Tomo II. Conteniendo desde el día 1.º de enero al 31 de diciembre de 1932. Dos volúmenes con más de 3.000 páginas e índices completísimos para su perfecto y fácil manejo, encuadernados, 20 pesetas. (No se venden tomos sueltos.)

513.—Tomo III. Conteniendo desde 1.º de enero al 31 de diciembre de 1933; dos tomos en todo semejantes a los anteriores, 20 pesetas. (No se venden sueltos.)

514.—Tomo IV. Conteniendo desde 1.º de enero a 31 de diciembre de 1934; dos tomos en todo semejantes a los anteriores, 20 pesetas. (No se venden sueltos.)

515.—**Enciclopedia manual jurídica - administrativa**, por Evelio Calatayud Sanjuán (abogado). Este verdadero diccionario jurídico - administrativo, único en su clase, contiene, además de todo el Derecho vigente, perfectamente sistematizado, cuantos formularios pueden necesitar en cualquier instante los abogados, procuradores, jueces, secretarios de Juzgados Ayuntamientos y Gobiernos civiles; alcaldes, agentes que ejerzan funciones públicas o autoridad por cualquier concepto, etc., etc. Un magnífico volumen, encuadernado, pesetas 15.

516.—**Legislación comentada sobre Jurados mixtos**, por Vidal Moya y Castellanos Díaz. Un tomo, 5 pesetas.

517.—**LOS CREDOS LIBERTADORES: Socialismo, Colectivismo, Sindicalismo, Comunismo, Bolchevismo Espartaquismo, Menchevismo, Solidarismo y Anarquismo**. Apéndice: **El Fascismo**. Síntesis de la historia, doctrinas y tendencias de cada una de estas escuelas sociales (4.^a edición), por Juan B. Bergua. Ptas. 2,50. Encuadernado, 4.

518.—**La salvación roja**. Bases para la instauración de una República comunista en

España, según la nueva Ética, la nueva Moral y el nuevo Derecho. Otras ideas sobre Política, Gobierno, Propiedad, Familia, Herencia, Justicia, Instrucción, Religión y Trabajo; por Juan B. Bergua. Ptas. 2,50.

519.—**Catecismo comunista** (La esencia del Comunismo), por Juan B. Bergua, 0,50 pesetas.

520.—**¡Justicia!** (El pueblo y la Guardia civil), por Juan B. Bergua, 0,30 pesetas.

521.—**La verdad desnuda** (La infamia del capitalismo andaluz), por Enrique Martín Villodres, fiscal de la Audiencia de Murcia. Todo el que quiera conocer la verdad sobre el estado del campo español debe leer este libro en que con notable franqueza expone su autor cómo, nombrado gobernador civil de Jaén, tuvo que abandonar su puesto ante la imposibilidad de luchar contra los latifundistas y terratenientes de aquella provincia, no obstante hallarnos en plena República socialista. Un volumen con preciosa cubierta ilustrada, 3 pesetas.

Obras del general Mola. El general Mola, tan injustamente difamado a causa de las villanas campañas emprendidas sin motivo ni fundamento contra él por algunos periódicos enemigos de la verdad y de la honradez profesional, ha concretado las experiencias que adquirió a

su paso por la Dirección general de Seguridad en tres libros extraordinarios y de enorme interés para cuantos deseen conocer a fondo los hechos y hombres que intervinieron en los sucesos políticos de las postrimerías de la dinastía borbónica. Los títulos de estos libros son:

522.—Tomo I: **Lo que yo supe...** Ptas. 6.

523.—Tomo II: **Tempestad, calma, intriga, crisis.** Ptas. 6.

524.—Tomo III: **El derrumbamiento de la Monarquía.** Pesetas 6.

525.—**El pasado, Azaña y el porvenir.** Las tragedias de nuestras instituciones militares. Estudio objetivo de nuestras instituciones militares: sus vicios, sus virtudes, sus desdichas. Crítica documentada y serena de la labor demoledora llevada a cabo por el Gobierno Azaña, tanto en el Ejército como en la Marina. Libro, en fin, de divulgación de cuestiones patrióticas, que interesa a todos, sean cuales sean sus ideas políticas. Ptas. 6.

526.—Juan Castrillo Santos.

Cuatro años de experiencia republicana. La verdad sobre la República, expuesta por un insigne diputado de las Constituyentes. 5 ptas.

527.—**Reglamento orgánico de Sanidad exterior,** seguido de la Ley de Sanidad y de un Índice de todas las disposiciones relativas a Sanidad promulgadas por la República. Una peseta.

528.—Luis Díaz Muñoz. **Los gastos de administración de Justicia en los presupuestos carcelarios.** Ptas. 2,50.

529.—**Reglamento de Policía Minera,** seguido de un Índice de todas las disposiciones relativas a Minería promulgadas por la República. Una peseta.

530.—**Formularios de Justicia Municipal,** por Jácome Ruiz. Única colección buena y completa publicada hasta la fecha. Ptas. 2,50.

531.—**Arrendamientos de fincas rústicas** (Ley sobre los contratos de), seguida de un índice de todas las disposiciones relativas a fincas rústicas promulgadas por la República. Una peseta.

NOV 11 1938

AUG - 1 1945 A

MAR 29 1948

JUL 16 1951

"REC'D LD-URL"
MAY 06 1991
NOV 25 1991

REC'D LD-URL

FEB 04 1992

LD-URL MAY 24 1965

RECEIVED
LD-URL

MAY 22 1965

AM

REC'D LD-URL 4-9

PM
9-10

LD-URL DEC 6 1971

LD-URL MAY 9 1972

INTERLIBRARY LOANS

APR 27 1972 LD-URL

TWO WEEKS FROM DATE OF RECEIPT

NON-RENEWABLE

San D MAY 12 1972 LD-URL
MAY 11 1972 5m

NIA

University of California, Los Angeles



L 006 340 857 9



